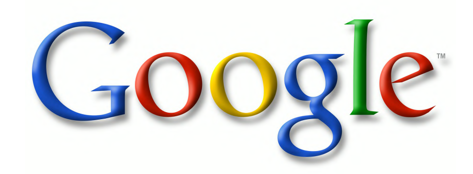
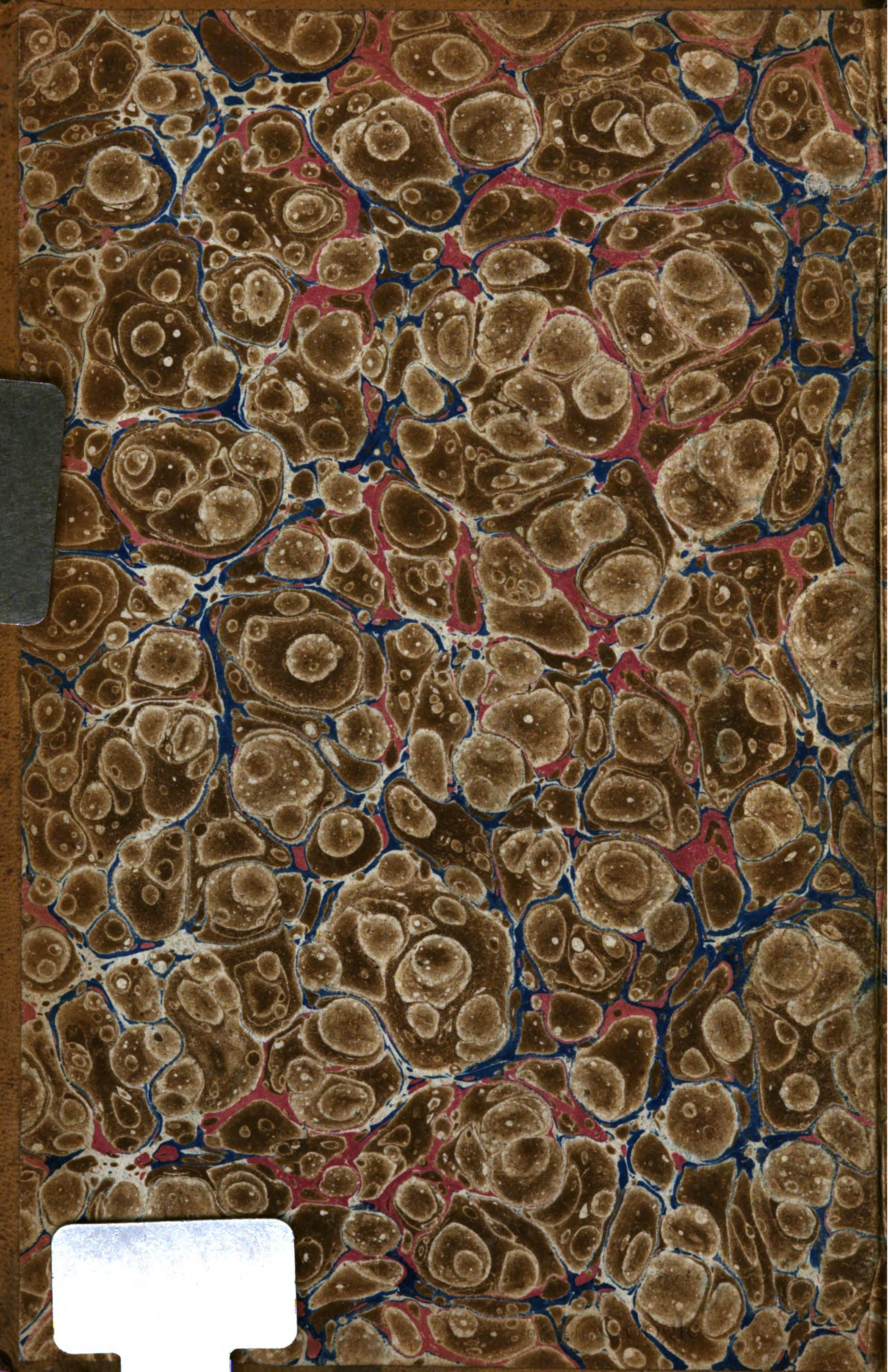
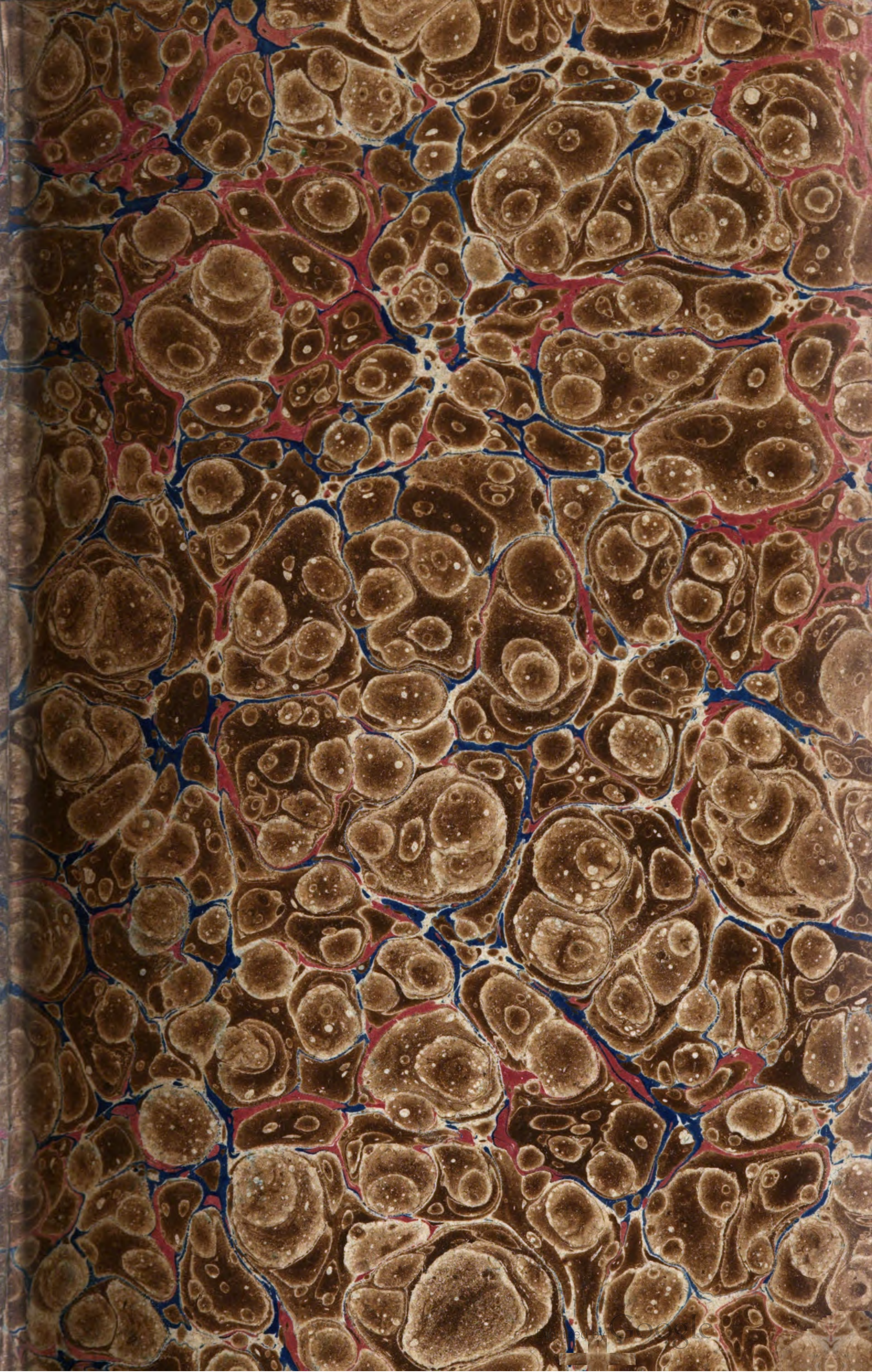



NEDL TRANSFER
HN 2X3E 6





OBRAS

DEL Dr. D. FRANCISCO MAJESTÉ,

PRESBÍTERO.

TOMO CUARTO.

OBRAS

DEL Dr. D. FRANCISCO MAJESTÉ,

PRESBÍTERO,

Doctor en ambos derechos, Catedrático de Derecho canónico é Historia sagrada, y Fiscal general eclesiástico que fue del Vicariato apostólico de la República oriental del Uruguay, etc., etc.

LAS PUBLICA

D. NICOLÁS AGUIRRECHE,

PRESBÍTERO.

TOMO CUARTO.

CON APROBACION DEL ORDINARIO.

BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERÍA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1867.

COLECCION DE SERMONES.

PANEGÍRICO

DE

SAN IGNACIO DE LOYOLA.

Dedi te in lucem gentium, ut sis salus mea usque ad extremum terræ. (Isai. XLIX, 6).

Quienquiera que atentamente registre los anales de la historia de los tiempos, quien con cuidado observe los monumentos preciosos de la antigüedad, y examine con detencion las inclinaciones naturales del hombre, no podrá menos de preguntarse á sí mismo: ¿Y qué es esta gloria que el hombre tanto apetece? ¿Y cuál es esta fama que con tanto afan busca? ¿Por ventura el hombre no deberia contentarse con una felicidad igual á su existencia? ¿Por qué no le han de acompañar al sepulcro y desaparecer en sus tristes sombras? Á mí me parece que nuestro espíritu percibe una voz interior que le dicta que semejantes pretensiones son efecto

de que la parte mas noble del hombre pasa en su duracion mas allá de los estrechos límites del tiempo, y que por lo tanto la buena memoria de sus hechos, el debido aprecio de sus sólidas virtudes debieran tambien servirle de satisfaccion. Así es, señores, y esto sucederá siempre á los que por caminos rectos fuéron en busca de la verdadera gloria y fama; fama y gloria que solo se encuentran en la práctica de las virtudes cristianas, y duran perpétuamente; cuando por el contrario vemos desaparecer como humo aquel falso brillo y esplendor que, como flor de la mañana, marchita por la tarde, ya no existe: enhorabuena que el mortal canse al mármol y fatigue el bronce, porque eternamente guarden su nombre á la posteridad, que á vuelta de muy cortos instantes se sepultarán en el olvido.

Volved vosotros por un instante los ojos á los siglos pasados; ¿y qué encontraréis sino desprecio consiguiente á la insustancialidad de los bienes que buscan? No así, no, á los que, despreciadores de esta gloria vana, lucharon por la sólida: no así, no, á los que á fuerza de sudores y fatigas triunfaron del mundo y sus maquinaciones: no así de aquellos que despreciando su propia fama buscaron la de aquel Señor á quien es debido todo honor y gloria, y para decirlo mas claro, los héroes del Cristianismo jamás echarán de menos la memoria agradecida de todos los siglos, ni sus nombres se perderán entre las ruinas del mundo, como no ha desaparecido ni cesado hasta el presente la memoria de aquel capitan esforzado que peleó las batallas del Señor, de aquel celoso apóstol que convirtió á un sinnúmero de provincias y naciones, de aquel prodigioso legislador, con cuyas leyes aun tan acertadamente se rigen los que se alistaron en su religion, de aquel doctor, admirable doctor, que con un solo libro enseñó y amaestró al orbe entero, del santo fundador y

patriarca san Ignacio, padre mio muy querido, lustre de la Vizcaya, honra de la España, ornamento de la santa Iglesia, cuyo panegírico debo en este dia haceros. A la verdad, que si es ley impuesta al orador sagrado que de tal manera elogie las virtudes que nada desmerezcan de la alta opinion del cristiano y religioso auditorio, y si por justicia está obligado á no pasar en silencio cosa alguna de las que puedan favorecer al Santo cuyo panegírico forma, mucho me temo que de Santo tan prodigioso, de vida tan admirable, yo el último y mas indigno hijo del Santo me veré precisado á infringir aunque á pesar mio leyes tan inviolables. No obstante, por satisfacer á mi obligacion, y aun si me es dado contentar vuestra devocion, quiero presentaros á Ignacio como á un héroe del Cristianismo que mira al mundo y triunfa de él; vuelve segunda vez á mirarle y le conquista para Jesucristo.

Padre mio amantísimo, no consientas que un hijo tuyo al querer celebrar tus glorias disminuya el alto concepto que con razon han formado de tí los que reunidos en este santo templo imploran particularmente tu proteccion. Y Vos, soberano Señor sacramentado, que siempre os habeis gloriado de formar de los mas inútiles instrumentos los medios mas aptos para vuestra mayor gloria, favoreced hoy mis deseos, y pues las glorias de vuestro siervo Ignacio lo son tambien vuestras, purificad mis labios para que dignamente yo las publique, y para mas aun obligaros pongo por intercesora á la que fue muy particularmente madre de Ignacio, saludándola con las palabras del Ángel: AVE MARÍA.

Primera parte.

Si la vida del hombre, segun la frase de la Escritura, no fuera una continua milicia (*Job*, VII, 1); decia, señores, si

el hombre desde el momento que salió á la luz de este mundo, antes que por el uso de la razon y deliberado consentimiento sea dueño de sus propias acciones, no encontrase obstinados enemigos que le siguen, sin que él los conozca; pasiones impetuosas que le arrastran, sin que las distinga; encontrados afectos que le enseñorean, sin que lo advierta; acaso pudiera temerse menos de lo que por lo regular se teme de las primeras acciones que el hombre en sus mas tiernos años ejecuta, de los arranques que en sus deliberaciones toma, y de las inclinaciones siniestras que en su espíritu brotan, hijas todas por lo comun de una naturaleza depravada, mas bien dispuesta á producir frutos amargos, que son los que á su raíz dañada corresponden, que no los dulces y sazonados, que al parecer son ajenos de su natural corrompido. Las disposiciones naturales que mas prometen, las prendas morales que mas encantan, y aun las ventajas físicas que mas nos interesan, ved aquí, señores, otros tantos lazos que un traidor nos arma, otras tantas envenenadas saetas que un encarnizado enemigo contra nosotros asesta; y duras cadenas, y pesados grillos, é insufrible yugo con que á la inocencia incauta se sorprende, y sorprendida se la abate, y una vez abatida, queda por mucho tiempo sepultada en tan lamentable ruina. ¡Miserable condicion de la humana naturaleza continuamente perseguida! ¡desgraciada juventud á quien por tantos medios preparan su desventura! Disimulad este transporte de mi imaginacion, pues en Ignacio jóven veo retratado al vivo ese combate fatal en que pocos vencen, y esa lucha sangrienta en que, no sé por qué triste condicion de nuestros tiempos, vemos á la mayor y mejor parte de la juventud gemir bajo el ominoso yugo de vergonzosas pasiones que mas denigran al linaje humano. ¡Dichosos una y mil veces vosotros, los que favorecidos de una particular gracia

del Altísimo, descubrísteis estos lazos, y tuvísteis la suerte de jamás experimentar cuán triste y doloroso sea haber abandonado al Señor! y vosotros tambien seréis dichosos, los que, conociendo el infame cautiverio, generosos como Ignacio, sacudísteis su yugo, emprendísteis el combate, rendísteis á vuestro enemigo consiguiendo de él el triunfo mas completo. Ignacio á la edad de treinta y tres años, por una de aquellas que el mundo llama desgracia casual, conoce su yerro, advierte su peligro, repara el precipicio en que se halla, y por decirlo en una palabra, mira al mundo, le desprecia, y en el mismo punto triunfa de su adversario. ¡Triunfo feliz! momento dichoso! Ea, naciones todas del mundo, escuchadme. Hoy ha deparado para todas vosotras la mano del Omnipotente un nuevo Moisés que, librándoos del penoso cautiverio en que Faraon os tenia oprimidos, os conducirá á la tierra de promision. La Iglesia santa del Señor, esposa querida del Cordero, se alegrará, se adornará con los vestidos de gloria y majestad; enjugue ya sus lágrimas que hijos ingratos la obligan á derramar. ¿Veis á este, aguerrido sí, pero vencido capitan español? Pues no le considereis mas como á secuaz ciego del mundo que en pos de la gloria vana se sacrifica, sino como adalid impertérrito que, alistado bajo las banderas del Crucificado, empeñará su valor en volver á la Iglesia santa la gloria de que hijos espurios la han despojado. Él los acometerá en sus propios reales, y al golpe de su espada hará desaparecer á cuantos destruirla quieran. Penetrará en la Alemania, y confundirá la soberbia de un Lutero. Correrá la Inglaterra, y con la sangre de sus hijos burlará los impíos esfuerzos de un Enrique; se presentará en Francia, y allí descubrirá la negra perfidia de un Calvino. Y cuando la malignidad de tus enemigos te despojen de la Germania, Suecia y Noruega y otras porciones

muy escogidas tuyas, Ignacio pondrá á tus piés el Japon, la China, el Brasil y todo el Nuevo Mundo, y uno solo de sus compañeros y pobre te dará mas hijos que la malignidad de los herejes en el largo transcurso de quince siglos te ha arrebatado. Acaso entre vosotros no faltará alguno, perdonad, señores, si lo digo; no faltará quien ponga en cuestion tan lisonjeras predicciones, y aun que las califique de temerarias y exageradas hipérboles, si no es que piense que el amor de hijo me haga juzgar por realidades lo que á solo una imaginacion exaltada puede ofrecerse; si hay alguno que así piense, desde luego le convido á que registre los hechos de mi gran Padre que la fidedigna historia nos ha transmitido. Examine los oráculos de la verdad en los testimonios auténticos que los sucesores de san Pedro han dado sobre este punto; pregunte á las naciones mas lejanas, consulte el dictámen de los hombres mas respetables en aquel siglo por su virtud y ciencia, y pida tambien su parecer á los mas encarnizados enemigos de Ignacio, y entonces aun sentirá y reprenderá que la modestia de hijo aunque el mas indigno de tan esclarecido Patriarca me obliga á pasar por alto lo que mas digno es de consideracion. Mas, lo entiendo, vosotros quereis saber qué combates precedieron á tan esclarecidos triunfos, puesto que no es dado ceñir la corona de la victoria sino al que, segun el Apóstol, legítimamente peleare. Así es; y cuando yo fielmente os refiera las luchas que Ignacio sostuvo, los obstáculos que venció y las dificultades que debió superar, creo que á una voz todos aclamaréis conmigo á Ignacio por triunfador del mundo.

Yo no quiero, señores, recordaros aquí la ilustre cepa de la familia de Ignacio, y que por sus venas circulaba la noble sangre de las dos casas de Oñez y Valda, bien conocidas de todos en la historia por los muchos y muy excelentes va-

rones que de ella salieron y que tanto se señalaron en la paz y en la guerra. Ni hay para qué deciros cuál fuese la delicadeza y esmero con que sus padres cristianamente le educaron, ni la amable correspondencia con que satisfacia á los desvelos de sus padres y maestros, y que solo bastaba el mirarle para que todos tiernamente le amasen. Pudiera presentaros á Ignacio en la corte de Fernando rey de Castilla hecho el objeto de la admiracion de cuantos en ella estaban; distinguido de los reyes católicos; favorecido de los grandes y de todos alabado; noble en su trato, moderado en sus diversiones, condescendiente con sus amigos, generoso en las injurias, y muy fácil en escuchar los ruegos de quien una vez le suplicaba. Su pasion dominante siempre fue el deseo de gloria, por aumentar el esplendor de su casa, y enemigo siempre de la ociosidad é incansable en el trabajo. Por esta cualidad tan recomendable, mas que por deseo de amontonar riquezas, se separó de la corte y emprendió la arriesgada carrera de las armas al lado del duque de Nájera, tio suyo. Allí le veríais el primero en la fatiga y el último para el descanso; y si en el ardor de la pelea se señala y hace admirar su esfuerzo, ninguno habia mas humano con los que interponian para con él sus ruegos. Saqueará la soldadesca una populosa y opulenta ciudad; mas entonces no busqueis á Ignacio amontonando oro y plata, sino buscadle retirado en una habitacion, contento con la victoria que en gran parte á él se debe, divirtiendo sus ocios, apenas puede creerse, en formar al glorioso Príncipe de los Apóstoles un poema nada despreciable. ¡Dichosa ocupacion! No tardarás, Ignacio, en recibir una abundante recompensa de tu religioso afecto; pues aquel á quien tú celebrando sus glorias ensalzas, dentro de muy poco tiempo te dará la salud del cuerpo y abrirá los ojos de tu alma para que veas al mundo y triunfes de él.

Fácil es de concebir el alto aprecio que de Ignacio hacian sus jefes, y por cierto que el duque de Nájera no halló persona de mas confianza á quien poder encargar la importante y arriesgada defensa de Pamplona y su castillo en las críticas circunstancias del apretado cerco que los franceses pusieron á esta ciudad. Desprovistos de armas, faltos de comestibles, sin auxilio cercano, llenos de terror y espanto á vista de las numerosas huestes del enemigo que cada dia se aumentaban, se rendirán los ciudadanos y darán entrada en sus propias casas á tan formidables contrarios; mas Ignacio sin asustarse se encerrará en el castillo, no dará oidos á ningun tratado, y empuñando la espada, jura antes morir que rendirse. Quiera el enemigo escalar el castillo, que él con su brazo rechazará á los primeros que se presenten: en donde esté el peligro, allí ofrecerá su pecho de bronce y peleará con los brazos de todos. Mas al fin Ignacio cae herido de un doble golpe, y con él cae el ánimo de todos sus soldados; le hirió el enemigo, ó por mejor decir la mano de Dios, como á otro Saulo. Y caido en tierra y rendido, hace el Señor la reseña, y se traba el combate entre la gracia que le llama y el mundo que le detiene. ¡Ea, espíritus fuertes! venid al lecho de Ignacio, presenciad lucha tan porfiada, probad como él vuestro valor, y si le acompañais en la resolucion que toma, no me detendré un punto en decir de vosotros lo que ya he dicho de Ignacio: esto es, miró al mundo y de él triunfó.

Reducido Ignacio á los últimos extremos de su vida por la gravedad del mal y violencia de los medicamentos, desahuciado de los facultativos y falto de todo remedio humano, el cielo se interesaba mucho en la vida de aquel denodado combatiente, en pago de aquella particular devocion que al glorioso Príncipe de los Apóstoles desde niño habia profesado, para prueba de que aquel valor tan extraor-

dinario habia de ser muy útil á la Iglesia y que aquella espada se habia de emplear en amparar al huérfano, defender al inocente, levantar al caido, sostener al que vacilase, y perseguir, ahuyentar y disipar á cuantos enemigos tuviese la Iglesia; en la víspera de la festividad de este Príncipe se le aparece y le da la mas completa salud. Cualquiera otro menos tenaz que Ignacio, y menos entregado al mundo, con tan celestial visita hubiera cambiado de ideas y entregádose á un género de vida mas arreglado. Pero al mundo le va mucho en conservar á sujeto tan interesante, y así para Ignacio este favor no le parece pueda exigir de él otra cosa que proseguir en su piadoso afecto, sin dejar de fomentar en su pecho los deseos de gloria mundana. Ya se considera por segunda vez al frente de sus tropas y que marchando impávido al campo del enemigo, ora le dispersa, ora le pone en confusion, é hiriendo aquí y matando allí se vengará de la pasada desgracia. Ya le parece que entre la confusion y gritería se percibe una voz que á Ignacio victorea; y que volando por el campo de batalla, entre el estruendo del cañon y el pavoroso choque de las armas, saltando por entre montones de muertos, acude donde ve estar el mayor peligro, y que tales serán sus esfuerzos que logrará abrir las puertas de Pamplona, entrará triunfante en aquel castillo en donde... Pero Ignacio, ¿y hasta qué punto quieres llevar tus temerarias pretensiones? ¿No conoces que esos pensamientos son otros tantos grillos con que el mundo te aprisiona? Así es, señores: Ignacio no conoce su peligro; y á la manera que el rabioso tigre, una vez herido por el cazador, vuélvese ciego contra la saeta y todo cuanto se le presenta lo destroza, tambien Ignacio, al sentir que no puede poner por obra lo que entonces piensa, vuélvese contra sí mismo, no perdona sacrificio, por costoso que sea, por salir cuanto antes de aquel

estado de inaccion de que se avergüenza: echará mano del cuchillo y de la sierra, y no dejará su cura hasta que á fuerza de dolores, pueda con razon merecerse el dictado de mártir del mundo y su vanidad. ¿Qué mas, señores? su inquietud se aumenta, sus vastos designios le despedazan; ¿buscará un alivio en uno de aquellos fabulosos y vanos libros de caballerías? ¿y así triunfará el mundo de Ignacio? y la divina Providencia, atenta siempre á disponer todas las cosas á la felicidad del hombre, ¿no le deparará en la misma lectura un medio fuerte y eficaz, al que él no se resista? En efecto, esta ocasion aguardaba el Señor, como lo hizo con el grande Agustino, y á quien no movieron las continuas lágrimas de una piadosa madre, ni los enérgicos discursos del grande Ambrosio, un libro santo le convence, y muda todos sus pensamientos. Ved aquí la pregunta que Ignacio repetidas veces á sí mismo se hace al registrar la vida de nuestro amable Redentor y de sus mas favorecidos Santos: «¿Y lo que estos y «estas hicieron no podré yo hacer?» Considera la rígida penitencia de los anacoretas, y se admira; contempla la angelical pureza de las vírgenes, y se espanta; examina la constancia de los mártires en defender su religion; y se confunde; admira la piedad y la firmeza de los confesores, y se abisma. Pero, señores, el color se le muda, las fuerzas le faltan, su corazon palpita, ¿y qué será lo que así acobarda á guerrero tan esforzado? ¿Sabeis qué? La lucha y combate de diferentes y encontrados afectos que su espíritu agitan. Siente ya la fuerza de la gracia, y la naturaleza se resiste; el deseo de gloria mundana le impide busque el desprecio; las propias comodidades le retraen de la aspereza; el qué dirán de los hombres, los ruegos de su hermano y las lágrimas de toda la casa fuertemente le aprisionan, y la virtud lucha con el vicio, la humildad evangélica con la arrogancia mun-

dana, la pobreza con el lujo, el amor propio con la voz del mismo Dios. Confieso, señores, que lucha es esta en la que si Dios no se hubiera compadecido de la triste situacion en que Ignacio se encontraba, hubiera acaso, como tantos de nosotros, sucumbido al peso enorme de tan peligrosa tentacion; pero al fin Ignacio vence y triunfa de su adversario. Vedle deshecho ya en lágrimas, postrado á los piés de una imágen de María santísima, dar el último adios á su casa y familia, despreciar la vanidad, y á costa de innumerables fatigas y sudores buscar entre la peste y el hambre, en los desiertos y en los poblados, entre la calumnia y el desprecio, entre grillos y cadenas la gloria, la sola gloria y la mayor gloria de su Dios. Resolucion heróica y grado de perfeccion á que solo llegaron algunos despues de largos años de sudores y fatigas. Cuál fuese el sentimiento del mundo y del infierno por verse burlados de aquel de quien menos lo esperaban, y qué extremos hiciesen de dolor al percibir el solemne juramento con que á su Dios se consagraba, yo no os lo sé explicar: solo sí puedo deciros que todo el palacio que Ignacio habitaba de alto abajo se estremeció, las paredes se hendieron, y no parecia sino que irritado Lucifer, queria desplomar todo el edificio y envolver en sus ruinas al nuevo campeon de la milicia de Jesucristo; pero estos fieros y amenazas jamás perturbaron el corazon de Ignacio, abrasado ya en las llamas del amor divino, mudado y fortalecido con aquella celestial visita de la Madre de Dios con que quiso en los primeros instantes de su conversion regalarle. De tales principios no hay duda se debia esperar cualquiera empresa extraordinaria; por lo tanto ya no os sorprenderá si le veis abandonar prontamente su propia casa y familia para nunca mas volver á ella, mudar su traje de caballero con el de peregrino, y de esta suerte entrar en el templo de

Monserrat, y despues de haberse confesado generalmente y comulgado, ofrecer y velar sus armas en señal de su fidelidad y á ley de buen caballero. Ni os admirará verle buscar una cueva espantosa á la vista, desconocida de los hombres, habitada de solas fieras y expuesta á todas las inclemencias del tiempo. De tí hablo ¡oh cueva de Manresa! teatro de los primeros fervores de mi gran Padre y hecha hoy morada de la santidad; tus toscas paredes vieron renovados los prodigios de penitencia que tanto admiraron en otros tiempos los desiertos de la Nitria y Tebaida: ¡oh si tú pudieras hablar por mí en este dia! Nos diria, señores, que ella vió á Ignacio vestido de un tosco saco en lo exterior, y en su interior rodeado de un áspero y punzante cilicio, su cabello desgreñado, su rostro flaco y macilento. Nos diria que pasaba las noches en continua oracion, disciplinándose, hasta derramar sangre, con duras cadenas tres veces cada dia, y que su cama era la dura tierra, y que su alimento un pedazo de pan duro y mohoso, mendigado de puerta en puerta y con dificultad habido despues de muchas injurias y baldones; diria que su ayuno era continuo, que se pasaban los ocho dias sin probar cosa alguna, y tambien le vió triste, afligido, exánime y á punto de espirar, luchar á brazo partido con las potestades del infierno, y ahuyentarlas con el báculo que en sus manos llevaba. ¿Y por qué, sagrada cueva, por qué nos ocultas las visitas celestiales y singulares favores que en tu recinto recibió? ¿No es cierto quedaste santificada con la presencia de la Reina de los Ángeles, maestra y directora de Ignacio? y que su voz resonó allí dictándole el admirable libro de los Ejercicios, que tantas almas ha santificado y que á tantas otras ha sacado del riesgo en que el mundo y las pasiones les habian puesto? Sí, tambien saltaste de júbilo y placer al percibir los celestiales acentos con que en aquel

desierto se celebraban las virtudes de Ignacio, y mas de una vez humillaste tu frente á la presencia de la augusta Trinidad empeñada en enseñar por sí misma al despreciado Ignacio. Regalos tan extraordinarios no eran sino señales de las muchas victorias que de sus enemigos en aquel triste lugar consiguió; porque necesario era que el que habia de ser maestro de tantos en la vida espiritual, experimentase en sí mismo toda clase de sugestiones y que las venciese. Ignacio presenta el cuerpo al peligro, permanece fiel en la lucha, y si se siente combatido y reducido cási al último extremo por los continuos escrúpulos que le perturban; si á su parecer Dios se le esconde y retira todos aquellos consuelos dejándole como en una oscura noche, redoblará sus rigores y austeridades, y con una santa violencia alcanzará de Dios el que su alma vuelva á la tranquilidad de él tan deseada. Se le presentará el espíritu de tinieblas y de terror, y transfigurándose en ángel de luz intentará persuadirle que vida tan austera y tan prolongada série de trabajos es imposible pueda sostenerla por espacio de mas de cincuenta años de vida que aun le restan. Acuérdate, le dice, del fin desgraciado de tantos y tan señalados varones que, despues de empleada la mejor parte de su vida en los rigores del desierto, sucumbieron al peso enorme de una fuerte tentacion, de la que en el último trance de su vida se sintieron acometidos. Abandona esa morada de tristeza, desampara en nombre del Señor esa guarida propia solamente de fieras, vuélvete al poblado, manifiéstate al mundo, y entonces tu virtud será mas provechosa y tus victorias mas conocidas. ¿Y qué partido, señores, tomará este nuevo soldado de la milicia de Jesucristo? No sé deciros mas sino que le encuentro de improviso en las plazas y calles públicas de Manresa, seguido de un pueblo inmenso que le aclama por santo, rodeado de pobres que le

siguen como á su protector, de tiernos niños que le escuchan como á su maestro, de sábios varones que le admiran como á un hombre singular, y aun de las personas mas espirituales, que le consideran como un portento de virtud. Díganlo los hospitales á cuyo servicio se consagra, para alivio de los que en ellos padecen. Díganlo las cárceles que con frecuencia visita, para consuelo de los que en ellas gimen. Díganlo los pecadores mas endurecidos, á quienes saca de su estado lastimoso. Mas decidme tambien vosotros, si juzgais que esta imprevista mudanza de Ignacio puede ser efecto de los malignos consejos de quien ya presentia los irreparables daños que la salida de Ignacio habia de causarle en todas las partes del mundo. ¡Ah señores! si Ignacio deja el desierto y entra en las populosas ciudades; si abandona la soledad por el tráfago y bullicio del mundo; si cambia el tosco saco por el vestido modesto aunque pobre; si cubre su cabeza y modera su rigor exterior, no es efecto de la inconstancia ni de la vanidad, una voz penetrante resonó allá en el recinto de la cueva, los Ángeles tutelares de todas las naciones le convidaron á una á que se presentase en el gran teatro del mundo: la divina Sabiduría le ofrece un nuevo campo de combates y victorias, y el mundo todo, haciéndole presente la desgracia en que gemia, pide su celo infatigable, y que los ardores de su ferviente caridad comuniquen á los corazones de todos una centella de aquel sagrado fuego que por mas tiempo no puede abrigar en su corazon inflamado todo en la gloria de Dios. Oyó Ignacio esta voz, y vedle al punto volar exhalado á las tierras regadas con la sangre de nuestro Redentor; y si allí no le es concedido satisfacer sus deseos muriendo al golpe de la cimitarra, volverá á Europa, y atravesará los campos de ejércitos enemigos: aquí le maltratarán como á espía, allí le perseguirán como á hombre sospecho-

so; allí tratarán los pilotos de sacrificarle para aplacar sus monstruosas deidades; allí que por su extremada pobreza se le niega una pobre habitacion en donde pueda recogerse. Pero en todas partes admiraréis la particular providencia con que el Señor le salva en los mayores peligros, le favorece en los mayores aprietos, y le alienta en las mas penosas fatigas. Y si el mundo le desprecia por su ignorancia, Ignacio por la mayor gloria de Dios en la edad de treinta y tres años emprenderá el árido y penoso estudio de la latinidad, y así prepare al orbe para la victoria con su sabiduría y le salve con su prudencia. Yo no sé ciertamente qué juicio formaréis vosotros de Ignacio al considerarle rodeado, en una pública escuela, de molestos condiscípulos que con sus puerilidades le atormentan y con sus dichos le insultan; al verle afanado por cumplir con la mas escrupulosa exactitud aquellas penosas tareas llevaderas solo de aquella inquieta edad. Aun esto no basta, su enemigo no descansará un punto, ¿lo creeríais? Apenas pronunciarán sus labios el verbo *amo,* cuando aquel mismo que en la soledad y silencio con figuras espantosas procuraba alterar su quietud, ahora entre el ruido y la gritería tales consideraciones le ofrecia á Ignacio, y tanta era la dulzura que sus sentidos embargaba, que le era imposible dar un paso en el estudio. Diabólico ardid de quien ya preve que Ignacio no se contenta con triunfar de sus contrarios por medio de la práctica de las virtudes sólidas, sino que dentro de poco con la doble espada de virtud y ciencia esgrimida con admirable discrecion ha de conquistar al mundo entero. Si os parece, señores, este hecho de Ignacio de menos valer, y deseais hazañas de mas nombre, permitid por lo menos que lleno de sorpresa pregunte á los que entonces le vieron, si el que allí estudia es aquel noble español, lustre y honra de la Guipúzcoa, si es aquel atento cortesano

tan favorecido de los reyes de Castilla, ó aquel esforzado capitan, terror de sus enemigos. Y si por tal ninguno le conoce, preguntaré si es aquel rígido anacoreta que tantas veces penetró los mas ocultos arcanos de la Divinidad, ó aquel ilustre penitente tan favorecido de Cristo y su Madre, y hallando que es el mismo, no dudaré afirmaros que mayor aparece Ignacio á los ojos de Dios estudiando gramática, que reformando monasterios y resucitando muertos en Barcelona, corrigiendo abusos y sufriendo prisiones en Alcalá, calumniado, cargado de cadenas y perseguido en Salamanca, infamado y maltratado por doquiera que vaya; y si os tengo de decir lo que siento, mas admirable me parece que cuando le veo reunir jóvenes nobles y aventajados en letras, y que los dirige y los enseña y los gana; ¿y para qué, señores? ¿Para qué? para saciar sus deseos de la mayor gloria de Dios; para pegar fuego al mundo por sus cuatro partes, y hacer que todo él se deshaga en amor divino; para atajar los incalculables daños que la infernal bestia de la herejía causaba en Europa; para disipar las densas tinieblas en que la gentilidad se hallaba envuelta; para que como sol brillante de un golpe iluminase al orbe, le preparase á su felicidad, y extendiese los cielos; y para decirlo mas claro, si Ignacio en el principio de su conversion miró al mundo y triunfó de él, ahora mirándole segunda vez quiere conquistarle para Jesucristo, que es la

Segunda parte.

Es verdad innegable que el amor suaviza todas las penas y que él solo arranca los sacrificios mas costosos, y que lo que ni el hierro ni el fuego consigue es triunfo del amor; tambien es cierto que corazones generosos no saben estar un

punto sin amar, y que el hombre criado para la sociedad jamás se cuenta en el número de los felices si carece de algun objeto con quien comunique sus satisfacciones. Todo el mal está en que el hombre ciego por la pasion no diferencia el bien verdadero del que solo lo es en la apariencia, y de aquí el error funesto de anteponer la criatura al Criador; de aquí dejarse arrebatar de impetuosas pasiones en las que jamás se encontró, ni encontrar puede el verdadero descanso, puesto que su corazon criado para disfrutar de un bien infinito no es posible pueda contentarse con un momentáneo y efímero placer que la pasion desordenada le ofrece. Bien conoció esta verdad mi santo Padre desde el momento en que contrapesó los gozos que el mundo á sus seguidores proporciona y las satisfacciones que en la práctica de la virtud se disfrutan. En aquellos no encontró sino inconstancia y falsedad, en estos duracion y solidez; aquellos solo producen frutos amargos de dolor y pesar, y estos verdadera paz y dulce sosiego; y conocido el verdadero mérito de entrambos, se resuelve á buscar con tanto mayor ahinco las cosas del cielo, cuanto mayor habia sido su ceguedad en seguir los bienes perecederos de la ciega fortuna. Ignacio, señores, no podia un momento estar indiferente entre el bien y el mal; dotado de un genio fogoso, ó se obstinaba en amar la vanidad ó á aquel que su corazon generoso habia ya cautivado. No era Ignacio de aquellas almas frias, cuyas resoluciones son tan varias como las circunstancias en que se encuentran, sino que decidido una vez á amar á su Dios, su amor será fuerte; ni la prosperidad, ni el contratiempo, ni los regalos, ni las fatigas, ni la gloria, ni la ignominia le harán vacilar un punto en su firme y generosa resolucion. ¡Oh Ignacio, si me fuera dado penetrar los secretos de tu abrasado corazon y conocer allí los subidos quilates de tu acendrada caridad, y ver como

tu corazon se deshacia al calor de aquella fuerte llama encerrada en tu pecho, que no pudiéndola sufrir te obligaba á prorumpir en los mas tiernos afectos para con tu Dios! Obra de esta caridad era aquel continuo orar con tanta intension, obra suya eran aquellos dulces transportes en los que privado de sus sentidos descansaba dulcemente su alma en los brazos de su amado, y tambien lo eran las tiernas lágrimas que continuamente lavaban sus mejillas con mucho riesgo de su salud y aquellos resplandores celestiales que le cercaban cuando ofrecia el tremendo sacrificio de la misa, aquellos raptos prodigiosos que le reducian á un estado de insensibilidad que no una vez sola sino muchas le juzgaron por muerto: ni le era necesario para experimentar tan suaves emociones retirarse á la soledad de su aposento ó recogerse en el santuario, puesto que Ignacio vivia siempre en la presencia de su Dios; en él estaba, con él vivia, y segun queria el Apóstol en él se movia. En el bullicio de la corte, en donde muchos pierden su recogimiento, allí Ignacio encontraba con gran facilidad á su Dios; en el embarazo de las muchas y muy sérias ocupaciones, que segun su empleo necesariamente debian ofrecérsele, allí recibia los mayores regalos su espíritu, teniendo siempre presente la mayor gloria de Dios, blanco de todas sus operaciones. La vista de una flor, el canto de una ave, el murmullo de un arroyo, la corriente de un rio, todo como en un terso espejo le representaba á Ignacio la viva imágen de un Dios de quien era amado, y á quien queria corresponder: le bastaba á Ignacio levantar los ojos al cielo y contemplar su hermosura, para que todo absorto, con admiracion de los que le veian, permaneciese por largas horas extático admirando la sabiduría y prudencia de su Criador; ¡y cuántas veces le vieron sus compañeros correr á descargar su encendido corazon, cuando en las con-

versaciones oia pronunciar el nombre adorable de su Señor! Cuantos conocieron á Ignacio, pasmados no sabian cómo podia vivir en medio de tanto fuego, calificando su vida por extraordinario milagro en que sè empeñó la divina Omnipotencia para conservar la vida de Ignacio; ¿y para qué, amados oyentes? Para abrasar al mundo con los ardores de su caridad, para conquistarle por amor á Aquel que por amor habia dado su vida por salvarle. Ignacio mira al mundo, y un celo abrasador le consume, y trata desde luego de comunicar á otros este fuego para que con él cooperen á tan gloriosa conquista. Trasladaos, señores, por un momento al monte de los Mártires en el dia glorioso de la Asuncion de María, y veréis nacer una nueva Religion puesta en la Iglesia para salud y remedio del mundo y piedra de escándalo para muchos; una Religion nueva, es verdad, pero robustecida con nuevos apóstoles por la gracia del Espíritu Santo; ella es la última entre las demás á quienes religiosamente respeta y venera, pero que tal priesa se dará á servir á la Iglesia, que merezca no ser contada la última entre las que se desvelan por el bien de los prójimos. Singular es, pero en su instituto reune la mas alta perfeccion evangélica; tiene por modelo al mismo Jesucristo, quien á imitacion suya la levanta á la vida contemplativa, sin olvidarse de la activa; ella no hace profesion de rigurosa penitencia exterior, pero toma aquella parte que mas le ayuda para cumplir con su doble fin de buscar la salvacion propia y la de los prójimos; no se emplea dia y noche en la dulce contemplacion, pero siempre pretende y en todas sus operaciones mira á la mayor gloria de Dios. No se ocupa en cantar las divinas alabanzas del Señor, pero resuena su voz en las plazas y en las iglesias entre fieles é infieles, indistintamente conversa con toda clase de hombres, pero lo hace para ganarlos á todos. Del suntuoso

palacio pasan al pobre hospital, de la casa del poderoso bajan á la oscura prision, y del trato con el sábio se internan en familiar conversacion con el rústico. Ocupan puestos eminentes en la Iglesia y república, pero con expreso voto de jamás pretenderlo. Serán escuchados como oráculos aun en los mismos concilios, pero sin olvidarse de la humildad de su estado; y cuando se vean aplaudidos y ensalzados, jamás darán entrada á la adulacion y lisonja. Todo el mundo reconocen por patria suya, si en todo él pueden trabajar á mayor gloria de Dios. Su descanso será el trabajo y su recreo la fatiga, y en la calumnia y en las persecuciones, y aun en la misma muerte, encuentran una justa recompensa de sus sudores; consagran sus desvelos en dirigir la juventud, sacrifican su vida en santificar las almas, y derraman hasta la última gota de su sangre por la conversion de un solo infiel; mas ¿á qué cansaros? miran al mundo y le conquistan. Confieso, señores, que me he separado de mi asunto algun tanto, pero tambien debia deciros que esto y mucho mas prometieron solemnemente los primeros compañeros de Ignacio en el santuario en donde por primera vez se reunieron para consagrarse á Dios. A mí me parece oir aquellas enérgicas expresiones con que Ignacio alentaba á los suyos, al mostrarles el campo de batalla en donde debian combatir contra el error y la maledicencia, y que repitiéndoles una y muchas veces aquellas palabras: *Ite, incendite, inflammate omnia,* les comunicaba gran parte del celo que su corazon abrasaba. No perdoneis, les diria, fatiga alguna, no temais el trabajo, jamás deis treguas al enemigo, mirad qué campo tan dilatado se ofrece á vuestra caridad. Naciones bárbaras é incultas os esperan, gentes indómitas que se recrean con la sangre humana, crueles tiranos que con exquisitos tormentos os despedacen, os aguardan. Vuestra casa será el despoblado, vues-

tro lecho el duro suelo, á cualquiera parte que vayais, os saldrá á recibir la contradiccion, y el hambre y la miseria y los desprecios serán siempre vuestros compañeros inseparables; pero no temais: *Ite, incendite, inflammate omnia,* porque la victoria es cierta, los despojos sin número y de mucho valor: veréis en todas partes renovada la frecuencia de los santos Sacramentos, desterrados los escándalos y arrancados de raíz los abusos, protegida la virtud y perseguido el vicio, y el mundo todo ganado con vuestros esfuerzos para Jesucristo. ¿Qué harian, señores, aquellos primeros compañeros de Ignacio animados con palabras tan alarmantes? ¿Vísteis alguna vez como un deshecho torbellino de improviso arranca con su violencia los mas corpulentos árboles, deshace los suntuosos edificios, y aun hace estremecer los mas fuertes alcázares? Así tambien aquellos varones inflamados con el mismo celo de Ignacio corren presurosos al Vaticano, se ofrecen al Vicario de Jesucristo, le juran obediencia perpétua, cierran la puerta á todas las dignidades, y viéndose unidos con los mas estrechos lazos en una misma Religion y gobernados con una misma regla, y que tienen por inmediato jefe de su compañía al mismo Jesús, cuyo nombre ella lleva por expreso mandato del mismo Señor, se reparten por las cuatro partes del mundo, cuya conquista buscan, y allí... pero dejémosles luchar á brazo partido contra todo el poder de las tinieblas, que no tardarémos en verlos aclamados conquistadores del orbe. Ignacio queda en Roma para desde allí como de alta atalaya pelear con los brazos de sus hijos y dirigir cual diestro general con su prodigiosa prudencia las operaciones de los suyos, para facilitarles el triunfo; esto hubiera bastado para un celo menos activo que el de Ignacio, pero á él no le basta, quiere por sí mismo combatir y amontonar nuevas palmas. La capital del mundo cristiano le

ofrecia un campo bastante espacioso donde buscase nuevos triunfos. Porque triunfo fue muy señalado y conquista para la Iglesia muy gloriosa el que en las calles y plazas se oyese de boca de Ignacio la explicacion de la doctrina cristiana, de la que no solo salian instruidos en los misterios de nuestra santa Religion, sino que tambien contritos y deshechos en lágrimas se convertian los pecadores mas obstinados. Triunfo fue para la Iglesia aquel cuidado tan extraordinario que Ignacio puso en desengañar á los obstinados judíos, y si Roma se alegró al ver fundada una casa de educacion para aquellos desgraciados, y que retuviesen sus bienes los que se convertian, y conservasen el derecho de herencia, y á la misma Sinagoga ingrata bien á su pesar con su misma sustancia alimentar á los que se instruian en nuestra fe, y finalmente si tuvo el placer de ver bautizados en un año á mas de cuarenta de ellos; todo se debia al empeño de Ignacio, que con todos trataba para ganarlos á todos. Si admiraron la constancia prodigiosa en desterrar los escándalos públicos, y para el efecto busca una casa en donde recoger á las doncellas incautas, á quienes la necesidad obligaba á hacer comercio de su honestidad, y las suministra lo necesario, y á unas coloca con decencia y á muchas otras persuade abracen el estado de religiosas, conquista fue del pobre Ignacio, que con las limosnas de personas piadosas las sustentaba. Ni se rendirá á las persuasiones de los hombres prudentes segun el mundo, con que mas de una vez intentaron retraerle de tan arriesgada empresa, antes bien, sin atender á los respetos humanos, siendo de avanzada edad, lleno de achaques y respetándole todos como á general de la Compañía, no se avergonzaba de acompañarlas por las calles mas públicas, porque nada le importa á Ignacio se pierda todo el mundo, con tal que pueda evitar una sola ofensa de su Dios. Ni te–

merá el resentimiento de hombres lascivos que le perseguirán de muerte, porque con gusto la sufriera en la demanda quien, por separar á un hombre impuro de un ilícito trato, tantos años antes, se habia arrojado en un estanque helado en el corazon del invierno. Accion, señores, que confieso haberla leido de los Bernardos, de los Anselmos, Enriques y Damianos, que hicieron lo mismo por amortiguar los ardores de su propia concupiscencia; pero que por otros lo hiciesen solo se dice de la abrasada caridad de Ignacio. ¿Y cómo habrá de temer la muerte el que en los primeros dias de su conversion ya la hubiera perdido á los golpes de unos viles hombres irritados contra su celo? Grite enhorabuena el furor de los herejes contra Ignacio, y confiesen estos haber recibido una herida mortal, cuando vieron que Ignacio en la misma Roma erigia un nuevo seminario para la enseñanza de los jóvenes extranjeros, en donde aprendiesen la sana doctrina, y bien provistos de ella fuesen despues la ruina de los sectarios, que Ignacio por sostener aquel honroso establecimiento se privará del propio sustento y hasta las piedras de su casa venderá, cuando otro recurso no encuentre. Conviertan contra él y sus hijos, los impíos todo su rencor y saña, publicando que él solo acabará con la Reforma y sus reformadores; sea acusado como hechicero y encantador, mírenle como á hereje y refractario, la negra envidia rompa sus dientes por despedazar la opinion de Ignacio y su Compañía, que todos sus esfuerzos solo servirán de acrecentar su gloria y de que todos conozcan que al que en Dios confia le sucede todo prósperamente. ¿No os parece, señores, que el celo de Ignacio debia ya darse por satisfecho al ver ya conquistadas con su celo las cuatro partes del mundo? ¿Pudiera pedirse mas de un apóstol? ¿Le quedaban en vida algunos laureles que no hubiese ya cogido? ¿Por ventura las glorias de sus

hijos no cedian en honor de tal padre? Sí, patriarca santo, descansad ya en paz, estrechaos con el objeto de vuestras ansias, dejad ya solos á vuestros hijos, que ellos, amaestrados por vos, ya sabrán por sí solos con ventaja rechazar á la impiedad atrevida. Oye, oye las voces de agradecimiento que toda la India, convertida por el celo de tus hijos, rendida á tus piés te confiesa por su salvador, escucha como la Etiopia y el Brasil te aclaman por su maestro y guia, mira enrojecidas las ondas del mar con la generosa sangre de tus hijos que derramaron en defensa de la religion católica. Atiende á tus hijos tenidos por oráculos de la Divinidad: á ellos buscan las cortes de los mas altos príncipes para que les ayuden en el acertado gobierno de sus pueblos, á ellos confia la Iglesia santa las embajadas y negocios mas importantes. La Francia, la España, la Inglaterra, Portugal, la Alemania y todas las naciones del orbe se reconocen deudoras á tí de cuantos bienes ellas disfrutan en la enseñanza de la juventud, en la santificacion de los pueblos, y ya juzgan como necesarios á tus hijos para conservar su paz y sosiego. Los Sumos Pontífices te reconocen como su brazo derecho con que persiguen la herejía, como columna de la fe con que se mantienen firmes los pueblos en su primera creencia. Nadie te niega el dictado de apóstol, pues tantas naciones has convertido; todos te aclaman por mártir de la caridad, pues por salvar á otros tantas veces hubieras perdido tu vida, si para mayor bien de la Iglesia el cielo te la conservaba; reconocen en tí la constancia de los confesores, pues tu vida ha sido un dechado de la mas consumada perfeccion; y todos te colocan entre el número de los vírgenes, pues tan bien guardaste la castidad desde que la consagraste á la Reina de los Ángeles. Aun las personas mas allegadas á Dios, que mas florecian en la virtud, te reconocen como á su director. Díganlo los

Felipes Neri, los Cárlos Borromeos, los Granadas y Ávilas y tantos otros á quienes tú, por tí mismo ó por tus hijos, levantaste á tanta santidad. ¿Qué mas, Ignacio? Aun el padre de la mentira despechado confiesa que tú eres su mas poderoso enemigo y que con solo mirar al mundo no solo de él triunfaste sino que tambien le conquistaste. Ni con todo esto, señores, se da por satisfecho el celo de Ignacio: él ve el cielo abierto que le espera y que la misericordia del Señor le quiere colocar en eminente grado de gloria, al que, como vió santa María Magdalena de Pazzis, pocos son los que llegan, y toda esta gloria abandonaria gustoso á la terrible contingencia de salvarse, si conociera ser la voluntad divina que permaneciese en esta vida por la salvacion de una alma sola; y aun partiria descontento si el Señor no le hubiera asegurado que sus hijos llevarian adelante sus conquistas, que heredarian su celo, y que léjos de degenerar en algun tiempo de los excelsos pensamientos de tan gran Padre, su fervor de dia en dia se aumentaria, y que la señal de esta lisonjera prediccion y de cuán gratos le serian siempre los servicios de la Compañía, serian las continuas persecuciones, y de la maledicencia, con los trabajos y padecimientos se conservaria el primitivo fervor sin mancha alguna, apareciendo siempre mas vistosa á los ojos de la divina misericordia.

Lo vísteis, hijos del grande Ignacio; vuestro padre muere cargado de merecimientos á la edad de sesenta y cinco años, y la manda que os deja es la continua persecucion, y los medios de santificaros, el trabajo y la fatiga. Á nosotros, en cumplimiento de la promesa divina, nuestros mayores nos han transmitido el espíritu que como otro Elías dejó nuestro buen padre á su Compañía, depositado en el admirable instituto que nos gobierna. Entera han depositado en nues-

tras manos esta gloria de Ignacio, y las futuras generaciones con toda justicia nos la exigirán cual la hemos recibido; uno mismo es el fin de la mayor gloria de Dios, que como ellos nosotros nos hemos propuesto, unos mismos los medios que á él nos conducen, porque uno es nuestro instituto en nada alterado; el campo para ejercitar nuestro celo, dilatado, las dificultades que hemos de superar son, es verdad, sin número; pero eso mismo debe excitarnos mas, porque la gracia de Dios con la que todo lo podemos tampoco se nos escasea: la Iglesia afligida esto pide de nosotros, el Estado esto espera, y el mundo entero con la mayor justicia lo reclama.

Sí, Padre mio amantísimo, á quien todos vuestros hijos despues de Dios reconocemos como nuestro salvador, guia y maestro, estos son nuestros deseos, y tan solo anhelamos extender mas y mas vuestras gloriosas conquistas, buscando solo la mayor gloria de Dios. ¡Ah! Padre mio, alcánzanos de la divina misericordia que todos nosotros sirvamos al Señor con el mismo espíritu con que tú le serviste. Mira por esta obra del Señor la Compañía de Jesús que te fue como á padre encomendada, y haz que nosotros no degeneremos de los excelsos pensamientos que tú en vida tuviste y ahora en el cielo te animan. Bendice tambien á este pueblo español que se gloria de haber nacido en la misma nacion que tú, y espera que tu poderosa intercesion desarmará el brazo del Señor justamente airado contra nosotros, y que alejarás de nosotros los terribles males que á las naciones comarcanas asolan; para que así todos reconocidos á tan singulares favores en los brazos de una paz sólida ensalcemos al Señor, que por tu medio tanto nos favorece, y sigamos algun dia al Cordero sin mancilla por donde quiera que fuése entonando alegres himnos que alegren la patria celestial, en donde todos reinemos por eternidad de eternidades. Amen.

PANEGÍRICO

DE

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES.

Sic honorabitur, quemcumque Rex voluerit honorare. (Esther, VI, 7).
Así será honrado el que el Rey quisiere honrar.

Este fue el conciso, pero magnífico elogio, que del pobre y al parecer despreciable Mardoqueo mandó hacer al soberbio y orgulloso Aman aquel portentoso rey de los persas y medos, señor de ciento veinte y siete provincias, y cuyo reino se extendia desde la Judea hasta la Etiopia, Asuero, aquel rey munificentísimo, cuyas riquezas, generosidad y poder habia ostentado en el tan celebrado y nunca visto banquete que, como dice la sagrada Escritura, duró ciento ochenta dias. Debió Mardoqueo su esclarecido triunfo al increible ascendiente que sobre el gran Monarca tenia la sin par hermosa Ester, y fue tambien el fruto y recompensa de su rectitud y fidelidad cuando descubrió la negra traicion de los dos sacrílegos eunucos que intentaban asesinar á su Rey.

De buena fe os confieso, señores, que no sé qué admirar mas, si el empeño de Mardoqueo en salvar la vida de Asuero, ó el generoso decreto de este para honrar á quien así lo habia honrado. En esta indecision me hallaba, cuando no sé si oportunamente reconocí en Mardoqueo la fidelidad y em-

peño de María santísima, bajo el tierno título de Madre de Mercedes, en honrar la sangre de su Hijo, ajada y menospreciada por el bárbaro furor del moro y del sarraceno contra los cautivos cristianos, disponiendo su redencion y libertad; ó mas bien la liberalidad y munificencia de Dios en honrar de un modo maravilloso la institucion de María santísima de la Merced, redencion de cautivos.

No juzgueis con severidad mi pensamiento, pues si no fuere exacto, á lo menos entenderéis los vivos deseos que bajo cualquiera figura me animan de engrandecer á María en su obra predilecta de la redencion de cautivos cristianos; y si por dicha mia hubiere acertado, solo me quedará el amargo sentimiento de no poder desempeñar mi asunto con la dignidad que se merece, y que vuestra devocion y deseos exigen; y para proceder con mayor claridad é inteligencia vuestra, digo: María santísima de las Mercedes en la institucion de la esclarecida Órden de la Redencion de cautivos honra á su divino Hijo, imitando la obra de la redencion del género humano, y será la primera parte; Jesucristo con los triunfos gloriosos que de esta institucion de María se siguen, honra de un modo nuevo y mas excelente á su Madre, y será la segunda parte. En una palabra, en la advocacion tierna de Mercedes con que en este dia honramos á María santísima, concibo que Jesucristo, con mucha mas razon y justicia que de Mardoqueo dijo Asuero, al mundo cristiano publica: *Sic honorabitur quemcumque Rex voluerit honorare*. Empeñaos conmigo en pedir las luces que necesito de lo alto, y saludad con ternura á la Madre santísima de Mercedes, diciendo con el Ángel: AVE MARÍA.

Primera parte.

Entre todas las obras maravillosas que la omnipotencia infinita de un Dios ha producido en beneficio del hombre, no hay una mas grandiosa, mas divina, que la obra de la redencion del género humano ; ella sola nos da á conocer los quilates del fino amor que Dios nos tiene. La redencion fue obra exclusiva de la infinita misericordia del Señor. Bien pudiera asegurarse, sin peligro de errar, que la segunda obra clásica de la creacion fue María santísima. En la obra de la redencion estaba decretado que María, Madre del Redentor, habia de tener una parte muy principal, y esta es la razon por que los santos Padres no han trepidado en llamar á María la Corredentora de los hombres. Y ¿cómo no? María prestó su purísima sangre para formar el cuerpo del que se habia de sacrificar por todos. Sí, la sangre de Jesús fue sangre de María : Jesucristo nos redimió sacrificándose en el árbol de la cruz, y María se sacrificó juntamente con Él estando fija y constante al pié de la misma cruz. ¡Que se logre, debia exclamar, la superabundante obra de redencion de mi Hijo! ¡Que no se malogre una sola gota de sangre de mi Hijo! ¡Que no se pierda una sola alma de las que redimió Jesús! ¡Sálvense todos ; rómpanse las cadenas del pecado ; conclúyase el cautiverio del infierno ; sean libres todos los hombres, á quienes mi Hijo ha dado la verdadera libertad! ¡Ábranse las cárceles!... Pero, señores, ¿y qué insensiblemente os he dicho que María santísima se interesa en la felicidad material de los cristianos?... Pues bien, es verdad. La religion de Jesucristo tiene por primero y principal objeto el bienestar de los pueblos y de cada uno de los hombres. La religion católica no es religion de exclusivismo, ni su espíritu es formar

refinados egoistas. La Religion se interesa en los adelantos materiales de la humanidad. ¿Quién, sino, fue mas benéfica? quién mas ingeniosa? quién mas desinteresada en promover los mejores planes de felicidad para las naciones? No ha podido el filosofismo emular las piadosas instituciones que para bien de la humanidad Jesucristo inspiró á sus fieles servidores, segun las necesidades que en su miseria experimentaban los desgraciados. Ved á unas instituciones ocupadas continuamente en las alabanzas divinas; ved á otras consagradas á la soledad y rigores de la vida eremítica, ó á la contemplacion y dificultades de la vida ascética. Veréis á unos ocupados en la oracion y en el estudio, y admiraréis á otros llevando la luz evangélica á remotas regiones. Unos asisten á la humanidad doliente en los hospitales, y otros, despues de recoger el último suspiro de los moribundos en el lecho del dolor, los depositan caritativos en el frio sepulcro; mientras que otros corren desalados á recoger el fruto desgraciado de un amor infausto, y lo educan, y lo forman, y le colocan en el estado social que debe hacerle feliz. ¿Y qué? ¿solo las mazmorras, los calabozos de Oran, de Argel y de Túnez, solo las desgraciadas víctimas del furor otomano, solo los cristianos cautivos habian de gemir sin consuelo ni esperanza de aliviar su desgracia, y en peligro inminente de perder su Religion? ¡Ah, no! El desgraciado pueblo de Israel, en las márgenes tristes del rio de Babilonia, lloraba su desventura al recordar las ruinas de la hermosa Jerusalen, y nunca le faltó un profeta que le asegurase que tendria pronto fin tamaña desgracia. Y ¿quiénes eran estos infelices?...

¡Ah! sí, pobrecitos cautivos: *Levate capita vestra, ecce appropinquat redemptio vestra.* El veterano, el mercader, la tímida doncella en medio de sus desgracias, en el exceso de su amargo dolor recordaron que María no se ocupa de otra

cosa que de presentar sus gracias y prerogativas á Jesucristo en favor de los cristianos. Ellos con todas las veras de su alma clamaron á la Madre de gracia y de misericordia, á la que es el refugio de los pecadores y el consuelo de los afligidos. Un nuevo título va á interesar á esta Señora: «Auxilio «de los cristianos» es el dulce nombre con el que los cautivos, enseñados por la Iglesia, alcanzaron el favor de la Madre de las Mercedes.

In tempore tribulationis suæ clamaverunt ad te, et tu de cœlo exaudisti eos. Sí, señores; María santísima oyó estos clamores; y la que siempre es Madre de misericordia, y de quien se ha dicho que cada dia *mecum crevit miseratio,* dispone una inspiracion nueva, un nuevo órden religioso. Oid, oid aquellas voces de la misma Señora á sus queridos hijos Pedro Nolasco, Raimundo de Peñafort y el piadoso Jaime, rey de Aragon: *Elige tibi viros, et libera fratres tuos.* ¡Oh noche verdaderamente alegre aquella en que María santísima se apareció en Barcelona á su hijo Nolasco, revelándole su pensamiento! ¡Oh noche feliz la del 1.° de agosto del año de 1218, y mas feliz aun el 10 del mismo mes, en el que sin duda los Ángeles tutelares de tantos infelices cautivos, llenos de alegría visitaron sus cárceles, llenándolas de resplandor, y les dijeron: «Sois felices; llegó vuestra redencion; la Ma«dre santísima de Mercedes manda á sus hijos que se con«sagren á vuestro rescate. Sí, María santísima quiere hon«rar la redencion de su Hijo santísimo con la redencion de «los que aquí suspirais: un momento mas de resignacion, y «veréis llegar á los nuevos redentores, hijos de María santí«sima de Mercedes.» Valorad vosotros ahora el mérito de esta redencion.

Siglo infausto para la España y para la Europa entera fue aquel en que los vicios y venganzas de los príncipes abrie–

ron al moro sanguinario las puertas de aquel desventurado reino. Cuatro siglos de obstinada lucha no fueron bastantes para arrojar de la Península á tan feroces enemigos. Las ciudades fueron destruidas, los campos talados, los templos quemados, y los cristianos, sin distincion de edad ni sexo, ó caian bajo el golpe cruel de la cimitarra, ó amarrados con pesadas cadenas eran arrojados indistintamente en aquellas terribles cárceles, en donde la muerte era preferible mil veces á los horrores que en ellas sufrian... y, lo que sin duda mas les afligia, era el verse privados de su Religion y de sus ministros.

Al ver desgracias semejantes ¿cómo podia la Madre de misericordia permanecer por mas tiempo indiferente y como insensible? María ha escuchado clamores tan tiernos; sus entrañas maternales se conmueven al ver en tantos desgraciados la sangre de su Hijo despreciada, é inutilizada en gran parte la redencion de los hombres. Encendida en celo santo de la gloria de su Hijo, concibe la idea mas generosa, y presentándose á Él, cual otra Betsabé á Salomon, le pide aquel pueblo, aquella herencia santa. Ni el cielo podia resistirse á peticion tan justa partiendo del trono de María, y Ella por sí misma instituye un órden cuyo objeto fuese realizar sus designios; y para que todo fuese exclusivamente obra suya, se aparece con el mismo traje con que deberán honrarse sus indivíduos. El orígen es todo santo, la institucion divina; María es la fundadora, y todas las clases se reunen á porfía por ser los primeros fundadores. Vedles en Barcelona, con el mas régio aparato, dar la investidura á tantos y tan ilustres campeones que juran emplearse con las armas, con sus intereses y propias personas en rescatar á los infelices cautivos. María santísima se congratuló á sí misma por esta sègunda y tan admirable redencion: bien pudo presentarse á su Hijo por la

debida recompensa á que se habia hecho acreedora por haberle honrado con una institucion tan laudable, y así fue que le obligó á que bendijese de un modo tan extraordinario á esta Órden santa, que desde luego pudo recoger laureles inmarcesibles, prueba convincente de que trataba de honrar de un modo especial y nuevo á María, que es lo que me propuse para la

Segunda parte.

Muchos y muy expresivos son los títulos que la Iglesia nuestra madre consagra á María santísima, y todos ellos explican el vivo interés que esta Señora tiene en el cielo en favor del género humano, y su poderoso valimiento para atender prontamente á remediar nuestras necesidades. ¿No es María á quien aclamamos continuamente madre de la gracia, madre de la misericordia? ¿No es María el amparo de todos los pecadores, el consuelo de los afligidos y el auxilio de los cristianos? ¿No es á María á quien tenemos por vida nuestra, por dulzura de nuestras amarguras y por firmísima esperanza en todas nuestras tribulaciones? Reconocemos en María á la mejor Eva, madre de todos los vivientes, á la mejor Sara, madre de los verdaderos creyentes. María es la verdadera hermosa Raquel, la verdadera mujer fuerte, valiente mas que Débora, intrépida mas que Judit; y la Iglesia ¿no canta de María: *Cunctas hæreses interemisti in universo mundo?* María recaba del cielo un nuevo título de Redentora de cautivos, y su santísimo Hijo se empeña, con los resultados de institucion tan saludable, en honrar á su santísima Madre bajo advocacion tan tierna y tan caritativa. Como la gloria toda de la sábia y santa Órden de la Merced, redencion de cautivos, es gloria que refluye á María, para comprender

cuánto quiso honrar Jesucristo á María en esta institucion, seria preciso presentaros los anales de los héroes Mercenarios, y hacer una reseña de los millares de cautivos que se salvaron por su medio.

Nada mas fecundo en recursos que el Catolicismo: en presentándose una necesidad, si se le deja obrar libremente excogitará desde luego los medios mas á propósito para socorrerla. Su secreto, para llevar á cabo las mayores empresas, es la caridad... Nada hay en la Religion que no sea á la vez especulativo y práctico, sublime y llano... No se contenta con palabras estériles... es positiva en grado eminente. Sus pensamientos los realiza con instituciones benéficas. La Religion habla poco, pero medita y ejecuta mucho...

Los religiosos de la Merced y redencion de cautivos se ligan con un voto especial á la práctica de esta caridad. ¡Qué símbolo mas bello de la Religion el proteger al desgraciado! ¡Qué emblema mas sublime de la redencion consumada en el augusto madero!

San Pedro Nolasco habla á los reyes para que peleen contra los sarracenos; con su patrimonio saca mas de tres mil cautivos; carga con las cadenas de otros, y les da libertad.

María se dejó ver en una misma noche de san Pedro Nolasco, de san Raimundo y del rey D. Jaime.

Elige tibi viros, et vade, et libera fratres tuos. (I Mach. v, *v.* 17).

El voto es no solo de acudir al remedio de los cautivos, sino de perder su propia libertad por conseguir la de ellos.

De cœlo in terram aspexit, ut audiret gemitus compeditorum. (Psalm. CI, 20).

El arzobispo de Valencia es abandonado á los discípulos de Mahoma.

Populus enim tuus est, et hæreditas tua, quos eduxisti de terra Ægypti.

Un rey en su trono le parecia menos respetable al Crisóstomo que san Pablo encarcelado por Neron.

Dieron su vida por los cautivos, en Granada Juan de Dios, en Baza Juan de Zorroza, en Almería Pedro Beteta, en Lorca Raimundo Víctor, en Túnez Antonio Valesio, en Argel Guillermo Sagiano, y con especiales martirios san Ramon Nonato, Pedro Pascual, Serapio, Armengol, y mil quinientos treinta y tres en Marruecos, en Túnez y Argel, sin contar los mutilados, como se vió en la primera junta general, parecida en esto al concilio I de Nicea.

Han favorecido esta institucion los papas Gregorio IX, Paulo V, Inocencio II, Alejandro VIII, Urbano, Clemente y Calixto III.

Se han interesado en esta obra los reyes de Aragon y Castilla, y Luis el Grande.

Y tú, ó María, *respice de cœlo, et vide, et visita vineam istam quam plantavit dextera tua.* (Psalm. LXXIX, 15).

Otro panegírico sobre el mismo asunto.

In tempore tribulationis suæ clamaverunt ad te, et tu de cœlo audisti eos, et secundum miserationes tuas multas, dedisti eis salvatores, qui salvarent eos de manu hostium suorum.
(II Esdr. IX, 27).

Mientras subsista el temerario empeño de excluir el elemento religioso del corazon de la moderna sociedad, nunca las teorías sociales darán resultados positivos y generales. No

seria otra cosa que levantar sobre arena un edificio que bien pronto daria en tierra con todos los proyectos. El espíritu de asociacion, hé aquí la idea dominante en nuestros dias, y acaso el medio mas poderoso para regenerar los pueblos viejos y engrandecer á los nuevos. El espíritu de asociacion es el elemento omnipotente; pero ¿por qué no se generaliza? ¿por qué no da los resultados prácticos que eran de esperar? Sírvanos de leccion el pasado: indaguemos lo que hizo tan convenientes y positivas las asociaciones religiosas, á quienes se pretende hoy despreciar como inútiles y perniciosas. ¡Ah, no! los pueblos lloran su desaparicion; la humanidad afligida echa de menos sus caritativos sacrificios. Las tildan de inútiles, y su memoria ha pasado bendecida á las generaciones. Lóbregos calabozos, espantosas mazmorras de Túnez, Oran y Argel, ¿qué se hicieron de vuestros grillos y cadenas con que aprisionábais á tantas ilustres víctimas, sin mas derecho que el odio que vuestros carceleros tenian á la civilizacion y al nombre cristiano? ¿Quién emprendió esa grande idea de dar la libertad á los que gemian desconsolados en la esclavitud? Los hijos de María santísima de la Merced. Título glorioso, título digno de la Madre del Redentor, título bajo el que se fundó la Órden de los Mercenarios para la generosa, para la divina empresa de la redencion de los cautivos cristianos. Título y advocacion de consuelo para todos los afligidos. ¡Ah, sí! acabáronse los hijos de María santísima de las Mercedes, pero nunca se acabará la memoria y la gratitud á tan bella institucion. En aquel entonces clamaron á tí, ó María, los desgraciados en el cautiverio, y tú, soberana Reina de los Ángeles, los oiste desde el cielo, y segun tu gran compasion les enviaste los salvadores. Obra digna fue de tu generosa compasion, y la advocacion de Mercedes siempre será objeto de nuestra mejor esperanza en tu poderoso amparo.

Como favoreciste á los cautivos, favorecerás con este nombre á los que con él te invocaren. Este es todo mi pensamiento. Imploremos los auxilios de la divina gracia por la intercesion de María santísima de las Mercedes, á quien saludamos: Ave María.

Primera parte.

Solo la Religion es la que ha dado un pleno conocimiento de la dignidad del hombre, y ella sola ha podido vindicar los derechos ultrajados de la humanidad. Considerando al hombre como el objeto caro de la redencion de un Dios, ha visto en él la imágen del mismo Dios, y ha condenado siempre la conducta de los que han degradado esta dignidad despojándoles del don precioso de la libertad. Nadie ha combatido la ignominiosa esclavitud con mas decision; y no olvidamos lo que ha dicho un sábio en nuestros dias: «La Iglesia no solo «es una escuela grande y fecunda, sino tambien una aso«ciacion regeneradora. La Iglesia católica regenera las so«ciedades, pero no lo hace en baños de sangre.»

¡Qué hermosas palabras las del Apóstol: «Cualesquiera «que habeis sido bautizados en Cristo, os habeis revestido de «Cristo; no hay judíos ni griegos, no hay esclavos ni libres, «pues todos sois unos en Jesucristo!»

El poder de la media luna se presentaba en una extremidad de Europa pujante y amenazador, como una sombra siniestra que asoma en el ángulo de un cuadro hermoso; pero no temais: sus huestes han sido arrojadas de Granada; el ejército cristiano acampa en las costas de África; el pendon de Castilla tremola sobre los muros de Oran, y en el corazon de España está creciendo en la oscuridad el prodigioso niño que, al dejar los juegos de la infancia, desbaratará los

últimos esfuerzos de los moros en España con el triunfo de las Alpujarras, y un momento despues abatirá para siempre el poderío musulman en las aguas de Lepanto.

Con motivo de las largas guerras con los infieles gemian en poder de estos un sinnúmero de cristianos privados de su patria y de su libertad, y expuestos á los peligros, en que su penosa situacion les colocaba á menudo, de apostatar de la fe de sus padres. Ocupaban todavía los moros una parte considerable de España; dominaban exclusivamente en la costa de África: pujantes y orgullosos en Oriente, á causa de los reveses sufridos por los cruzados, tenian los infieles ceñido el Mediodía de la Europa. Las revoluciones y vaivenes de aquellos tiempos les ofrecian á cada paso coyunturas favorables; y el odio y la codicia estimulaban de consuno sus corazones á satisfacer sus venganzas. Este era uno de los gravísimos males que afligian la Europa: ¿cómo conjurarle? ¿cómo librar tàntas víctimas? Nada mas fecundo en recursos que el Catolicismo: dejadle obrar libremente, y él excogitará los medios mas á propósito para socorrerlas. La caridad, sí, la caridad es el secreto que posee para llevar á cabo las mayores empresas. La religion católica es muy positiva, y para ella el amor del prójimo no es nada si no se demuestra dando de comer al hambriento, cubriendo al desnudo, consolando al afligido, aliviando al preso, rescatando al cautivo.

San Pedro Nolasco, despues de haber gastado cuanto poseia empleándolo en el rescate de cautivos, y no sabiendo ya de qué echar mano para continuar su tarea, acude á la oracion para asegurarse mas en su resolucion de vender su propia libertad, ó de quedarse en el cautiverio en lugar de alguno de sus hermanos.

Noche verdaderamente alegre la del 1.° de agosto de 1218, en la que la Reina de los Ángeles, apareciéndose á Nolasco,

le dice : *Elige tibi viros, et libera fratres tuos*. Le ordena la Señora que funde una órden con dicho fin de la redencion de cautivos, y al instante se consagra á Dios con un voto especialísimo. Se pone de acuerdo con el santo rey de Aragon D. Jaime, y con el sábio san Raimundo de Peñafort. El dia 10 del antedicho mes se estableció la Religion de los hijos de María santísima de la Merced y redencion de cautivos. *Ite, ite Angeli veloces*, llevad tan alegre nueva á los innumerables cautivos que gimen en las mazmorras de los infieles, y decidles que ya la Reina soberana de los cielos escuchó sus lamentos, se compadeció de su triste estado, y ordenó á su querido Nolasco que reuniese un escuadron de atletas de la caridad, para que corrieran á vosotros como otros tantos salvadores. Sí, *levate capita vestra*, pues que está ya muy cerca vuestra redencion. María santísima es la fundadora de tan bella institucion ; María santísima de Mercedes mandó la redencion á su pueblo.

Señores, ¿hay nada mas hermoso, mas interesante, mas tierno que el cuadro de una Religion redentora de cautivos? ¡Qué símbolo mas bello de la Religion protegiendo al desgraciado! ¡Qué emblema mas sublime de la redencion consumada en el madero augusto, extendiéndose á la redencion de la cautividad terrena!

Tan sublime pensamiento no queda meramente en proyecto : en la Religion solo es grande el que *fecerit et docuerit*.

Se multiplican los hijos y compañeros de Nolasco, y, rompiendo todas las ataduras que con el mundo les ligaban, conságranse todos con especial voto de redimir los cautivos á costa de su propia libertad y vida.

Nolasco es el primero en preceder con el ejemplo : en su primera expedicion rescata cuatrocientos cautivos ; y ¿quién podrá contar el número de estos nuevos salvadores? ¿quién

podrá decirnos el número sin número de los rescatados, y cuánta seria la alegría de las familias y de los pueblos?

Dínos tú, tan hermosa como fértil ciudad de Valencia, ¿cuántas veces presenciaste ese conmovedor triunfo de la piedad y mercedes de María, cuando los hijos de Nolasco presentaban los trofeos de su caridad heróica? ¿cuántas veces admiraste á estos hijos de María santísima de las Mercedes desfigurados con los atroces tormentos que hubieron de sufrir por la libertad de sus hermanos? No fueron solo los Armengoles, los Serapios, los Pedros Pascual los que perdieron la vida, víctimas de su celo por la libertad de sus hermanos. Apóstoles de la libertad, ¿os pareceis en nada á los hijos de María santísima de las Mercedes? Y ¿por qué obra tan preciosa ha desaparecido? ¿Por qué tan pequeños recuerdos de una obra tan grandiosa? Ó hermanos y hermanas de la Merced, ¿así permitís se borren para siempre las obras de María santísima? ¿Y en nuestros dias habrá de ser que desaparezca la institucion de María?

Es verdad que ya no hay objeto, que desaparecieron los cautiverios, que la civilizacion desterró la barbarie, y que Argel está ya civilizado; pero ¿dónde está nuestro reconocimiento á servicio tan importante? No hay ya cautivos á quienes poder rescatar, pero ¿nos faltan acaso calamidades que llorar? ¿nos bastamos á nosotros mismos? ¿nada mas tenemos que esperar del cielo? ¿nos fastidian las mercedes de María? y en el tiempo de la tribulacion ¿á quién llamarémos?

No hay sin duda alguna título mas consolador que el de María santísima de las Mercedes, y ciertamente que á la Señora no le falta ni la voluntad ni el poder de hacer nueva redencion espiritual en nuestras almas; lo que falta es la fe viva en el valimiento de María para el rescate de nuestras almas...

Otro panegírico sobre el mismo asunto.

De cœlo in terram aspexit, ut audiret gemitus compeditorum. (Ps. CI, 20, 21).

¿Y por qué, señores, ha desaparecido en esta católica ciudad el espíritu de asociacion religiosa? ¿Por qué hemos de lamentar la cási absoluta inanicion de aquellas piadosas instituciones que daban esplendor á nuestra Religion santa, y que eran tan consoladoras para todas las clases de la sociedad en todas circunstancias? Y es la verdad que esta capital contaba en mejores dias con asociaciones y hermandades, centro de...

¿Habrá prevalecido el genio del mal, y se gloriará de la total destruccion de obras tan dignas como provechosas? ¿Faltará el celo en los ministros para suscitar la piedad adormecida en los fieles? ¿ó será que se haya avenido á la idea antireligiosa de anatematizar todo lo que sea corporacion religiosa, ó que en algo se le parezca? Idea impía y sacrílega. Esto se dice cuando el mundo civilizado aclama al elemento religioso como el único salvador en el trastorno universal á que el espíritu impío ha conducido á todas las naciones.

Sí, señores; tan tristes ideas son las que se agolpan á la mente en este y semejantes dias en los que no ha muchos años que la católica Montevideo vió el esplendor de nuestro culto en las grandiosas festividades con que las hermandades solemnizaban los recuerdos y los beneficios recibidos, por la mediacion de María santísima, bajo diferentes advocaciones, y en este dia bajo el interesante título de Madre de las Mercedes.

No se diga, señores, que concluyeron aquellos tiempos: los favores del cielo no se deben olvidar, ni dejan de repetirse aunque sea bajo diferentes aspectos, y la proteccion de la Madre de Dios nunca ha sido ni será de menos valer para la Iglesia y los países católicos. Y ¿quién se figura que las mercedes de María santísima terminaron con Nolasco y sus hijos? ¿Acaso las calamidades han cesado en el género humano? ¿han ya terminado en la Iglesia de Jesucristo? No es fácil... El mundo, los pueblos, los hombres ¿no necesitan ya del favor del cielo?... Pues bien; el espíritu de la religion católica ha sido y será siempre mejorar la sociedad, pero no con teorías, sino personificando las realidades de sus deseos humanitarios. Feliz, alegre é inolvidable será aquella noche en la que María suscitó á aquellos tres insignes caudillos Pedro Nolasco, Raimundo de Peñafort y el piadoso rey D. Jaime, y los animó al heroismo de la caridad cristiana con aquellas tan sentidas palabras: *Elige tibi viros, et libera fratres tuos.* Y Nolasco, auxiliado del poder y de la sabiduría, levanta en nombre de María un nuevo órden de religiosos que, desplegando la bandera de la caridad mas heróica, redimen de la esclavitud, de la opresion, de las cadenas y de la desesperacion á los desgraciados cristianos en los tristes calabozos de Oran, de Argel y de Túnez. Los hijos de María santísima de Mercedes llenaron su mision, y ¡cuántos dias de gloria dieron á la Religion, cuántos de lustre y esplendor á la patria, cuántos de consuelo y regocijo á la humanidad! El recordar y agradecer á María santísima de las Mercedes tan heróico pensamiento; el excitar al cielo á nuevos favores que remedien los males que nos aquejan, hé aquí el fin laudable que se proponen los devotos de María de las Mercedes en este su dia. Quiera el cielo renovar entre nosotros la devocion para con María santísima bajo la advocacion de Mer-

cedes; quieran los que visten su santo escapulario renovar las obligaciones que contrajeron, y levantar la hermandad consagrada á la Señora, y que se honra con sus blancas y puras vestiduras; quiera, sí, quiera que, recordando la piedad y generosas mercedes de María santísima, todos nos empeñemos en aumentar nuestra devocion, para que no se olvide lo que debemos esperar de tan poderosa y caritativa Señora. Para merecer mejor sus mercedes la interesarémos saludándola reverentes: Ave María.

El espíritu de asociacion es eminentemente católico, y los que á él se oponen ó le impugnan son partidarios del error. «Reuníos para orar, dice Jesucristo, y el Señor estará en me«dio de vosotros.»

En la cuna del Cristianismo formaban todos los fieles una misma familia, que tenia su Padre en los cielos, y cuyo corazon era uno y el alma una.

Sí, es preciso confesar que los institutos religiosos hasta el siglo XII fueron un robusto sosten para impedir un completo desmoronamiento de la sociedad; un asilo del infortunio, de la virtud y del saber; un depósito de las preciosidades de los antiguos, y una especie de asociaciones civilizadoras que trabajaban en silencio en la reconstruccion del edificio social, y un plantel donde pudieron formarse los hombres necesarios para los altos puestos de la Iglesia y del Estado.

En el siglo XII y siguientes aparecen nuevos institutos, altamente religiosos y sociales: el emblema de ellos son estas palabras del Apóstol: *Omnia omnibus*.

Una grave necesidad surge en el mundo á principios del siglo XIII, y la caridad cristiana, que es toda positiva, necesita remediarla.

Á causa de las dilatadas guerras con los infieles gemian

en poder de estos un sinnúmero de cristianos, privados de su patria y de su libertad, y expuestos al peligro de apostatar de la fe.

In tempore tribulationis suæ clamaverunt ad te, et tu de cœlo exaudisti eos.

¿Cómo socorrerlos? Las reclamaciones de las potencias cristianas nada podian recabar en favor de los cautivos; nuevas guerras empeoraban aun mas su triste situacion; los medios pecuniarios poco ó ningun resultado ofrecian: ¿qué hacer en tan grave conflicto? La Religion, la caridad, ella sola...

¡Ah, sí! *Levate capita vestra, quoniam appropinquat redemptio vestra.*

El espíritu católico de asociacion supera todas las dificultades; y ¿á quiénes redime? Al veterano que, en vez del premio de sus largos servicios hechos á la Religion y á la patria, encontró la esclavitud en las tinieblas de una mazmorra; al mercader solícito que, surcando los mares para llevar bastimentos al ejército cristiano, paga su valentía cargado con pesadas cadenas; á la tímida doncella que, sorprendida y arrebatada por desalmados piratas, era despedazada como la paloma en las garras del azor... *Clamaverunt, et Deus exaudivit eos...*

La Religion habla poco, pero medita y ejecuta mucho...

María santísima ve la desgracia de sus hijos, é instituye una órden cuyos religiosos se ligan con voto de atender á esa obra de caridad. Libres de los embarazos de la familia y de los cuidados del mundo, se consagran á esta tarea con todo el ardor de su celo. Los viajes dilatados, los peligros del mar, la ferocidad de los infieles, nada les arredra: en sus vestidos, en sus oraciones llevan el recuerdo continuo de su voto. Su reposo, sus comodidades, su vida misma son de los

infelices cautivos que gimen en un calabozo, ó arrastran á los piés de sus amos una pesada cadena. Las familias de las desgraciadas víctimas fijan sus ojos en los nuevos religiosos, y les exigen el cumplimiento de la promesa de exponer la vida, si fuese necesario, para volver el padre al hijo, el hijo al padre, el esposo á la esposa, la inocente doncella á la madre desolada... Tan luego como esa institucion nace, la necesidad queda satisfecha.

Escucha Nolasco la voz de María. Despues de haber gastado cuanto tenia en el rescate de cautivos, trata de vender su propia libertad, de quedarse en cautiverio por sus propios hermanos. Puesto de acuerdo con el Rey de Aragon y con el sábio Raimundo de Peñafort, convierte su deseo en voto para sí y los que quieran seguirle.

Id, Ángeles veloces, á anunciar la paz á las naciones: corred, nubes benéficas, á derramar el rocío de salud y de consuelo sobre los países áridos y secos: id, soles luminosos, á disipar la lobreguez y tinieblas de la ignorancia y de la culpa: id, nuevos apóstoles y discípulos del Crucificado, á extender las conquistas de la fe.

¿Quién puede enumerar las crueldades ejecutadas con los hijos primogénitos de María de las Mercedes sin una queja de su boca, ni una lágrima de sus ojos, ni un suspiro de su pecho?

Convengamos en que no hay título mas dulce, invocacion mas suave, nomenclatura mas ámplia que la merced y misericordia de María. En ella, dice san Bernardo, halla el cautivo redencion, el triste consuelo, el enfermo salud, y el pecador indulgencia y perdon de sus pecados.

En todos tiempos y ocasiones María santísima de las Mercedes ha manifestado su proteccion.

En el año 1615 Lima rechazó las armas holandesas en el

nombre de María santísima de las Mercedes; Jerez y Barcelona en 1652 se vieron libres de la peste por su intercesion, y para Játiva y Valencia, que perecian de sequedad en 1719, fue María santísima de la Merced la nube de Elías. Quito y Guatemala, en el año 1583, por su proteccion se vieron libres de las erupciones volcánicas; así se verifica lo que san Juan Damasceno dice: «María santísima es la oficina de los «milagros de Dios, y la plenipotenciaria del Altísimo.»

Debidos son á María santísima de las Mercedes los trofeos gloriosos de tantos hijos suyos que, bajo su proteccion y amparo, consiguieron tan esclarecidos triunfos. ¿Quién hizo cambiar de vida al dichosísimo Pedro Armengol? ¿Á quién debió santa María de Cervelló los ardores del amor divino? ¿Quién le comunicó á Pedro Pascual aquella fuerza de ánimo para predicar con tanto teson la divina palabra á los mahometanos, y dar la vida por la fe? ¿No estuvo María santísima de las Mercedes al lado de san Serapio, recreando su alma en medio de los tormentos mas horrorosos?...

PANEGÍRICO

DE

NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

Gaudens gaudebo in Domino, quia induit me vestimentis salutis, et indumento justitiæ circumdedit me. (Isai. LXI, 10).

Siendo la Divinidad esencialmente comunicativa de sí misma y queriendo manifestarse á sus criaturas, debió comunicarse con ellas con signos exteriores y figurativos. ¿No vísteis, señores, la armonía prodigiosa y admirable consonancia entre el Viejo y Nuevo Testamento? San Juan Crisóstomo se fija en esta idea, y halla digno de observarse la vestidura de pieles que Dios proporcionó al primer hombre luego que perdió la justicia original, vestidura que se le da para defenderle de la inclemencia del aire y ocultar su desnudez é infamia. Si Rebeca desea en favor de su hijo menor la primogenitura del mayor, adapta á Jacob las vestiduras de Esaú; y siempre á la reconciliacion del género humano precede una señal sensible y que se coloca entre el cielo y la tierra. Moisés vió y admiró la prodigiosa zarza que ardia sin consumirse, y la vara de Aaron produjo maravillas sin número, y en las llanuras de Carib una nube ocultó á Elías de la pérfida é impía Jezabel, y en el momento de ser arrebatado el santo Profeta lega su abrasado celo á su digno discípulo Eliseo. Y

entonces fue cuando empezó á realizarse la promesa del Señor de quebrantar la cabeza de la serpiente por el valor de la que ya se declaraba madre y defensora de los suyos. En medio de la corrupcion de costumbres, de la idolatría de los reyes y sacerdotes, cuando el mundo entero se hallaba envuelto en el error y engaño aparece la celestial Aurora, María santísima, que aun en el seno de la Divinidad comunica sus influjos, y sin ser aun nacida es ya preconizada jefe de una obra digna de su piedad y amor. Regocíjese el Carmelo y sus valles salten de placer, pues han merecido ser los primeros en oir y celebrar las glorias de la Madre de un Dios y defensora de los derechos de los hombres. ¿Cómo se distinguirán los hijos predilectos de esta Señora? Con un traje peculiar, con un distintivo singular, con una vestidura de santidad, con una vestidura de salvacion: *Indumento justitiæ, vestimento salutis*. Hé aquí lo que se encierra en la tierna y piadosa devocion de María santísima del Cármen. Hé aquí las glorias del Carmelo que con tanto júbilo como esplendor celebramos en este gran dia.

Sí, hijos y devotos de María santísima del Cármen, en el dia de las glorias de nuestra Madre del Cármen debemos tomar una parte en las glorias de la Señora, y empeñarnos en que la vestidura con que nos honramos sea para nosotros vestidura de santidad, vestidura de salvacion, que es el asunto de este panegírico. Invoquemos con viva fe la asistencia de los auxilios divinos por medio de María santísima del Cármen, á quien saludamos reverentes: Ave María.

Primera parte.

Hablando el Sábio de las relevantes prendas ó virtudes con que se distingue la mujer fuerte, desciende hasta decirnos el

traje y distintivo con que se singularizan sus domésticos: *Omnes domestici ejus vestiti sunt duplicibus.* Una doble vestidura los enriquece. ¿Y quién, señores, es la verdadera mujer fuerte, sino nuestra querida madre María santísima del Cármen? ¿Quién reune en sí el conjunto de todas las virtudes divinas sino aquella que, despues de Dios, es la mas admirable en santidad y cuyos tesoros de gracia y esplendor son inagotables? Cofrades del Cármen, nosotros somos los familiares y los hijos tambien de María, que nos ha honrado y enriquecido con la divisa y distintivo mas precioso; nuestra vestidura del santo escapulario del Cármen es la doble vestidura de santidad y salvacion con que quiso favorecernos la Señora, y á la que nos obliga el título de hijos de María santísima del Cármen. Nuestra Reina y Señora, como emperatriz de cielos y tierra, quiso formarse su corte en el cielo de espíritus angélicos y en este mundo de sus cofrades del Cármen. Diga lo que quiera la razon humana y la sabiduría del mundo, la razon divina y sus consejos la son desconocidos y propios de un Dios.

El Padre de las misericordias, fiel en todo tiempo á sus promesas siempre magníficas, quiso escoger una mujer para Madre con el doble oficio de corredentora del linaje humano; y los países mas incultos y las edades mas remotas han participado de las benéficas influencias de María.

Remontaos, si quereis, á los tiempos de Elías, Eliseo, Abdías, Jonás y otros que entre sombras y figuras veneraban en espíritu y verdad á María nuestra Madre. Dejad á estos fieles adoradores perpetuar su culto por mas de novecientos años en la soledad y retiro. Pasemos en silencio los Frontones, Elenos, Jacintos y Onofrios de los primeros siglos de la Iglesia, soterrados en los desiertos de la Nitria y Tebaida,

y que participaban las mayores dulzuras de la Madre del Carmelo.

La Siria, la Palestina, el Jordan y el Carmelo fueron testigos de la austeridad, justicia y santidad de los Germanes, Telesforos y Serapiones bajo la primera regla del grande Elías. Los desiertos de la Armenia, de la Arabia, de Jerusalen aun están embalsamados con los perfumes de las olorosas virtudes de los hijos de María santísima del Cármen. En alas de nuestra devocion al Cármen lleguemos al siglo XIII, siglo muy feliz por la manifestacion que hizo María santísima de lo mucho que la agradaba el título y nombre del Cármen á su hijo predilecto san Simon Stock. De aquí data la pública y solemne devocion á María santísima del Cármen con la aprobacion del papa Honorio III, señalando á toda la cristiandad el dia para celebrar la memoria de la proteccion de María santísima bajo el título del Cármen, por órden y revelacion de la misma Señora. Ni era solo por medio de las amenazas que la Señora queria ser reverenciada bajo esta advocacion. Por los años 1225 quiso la Señora dar á sus hijos una prueba de la singular preferencia que le merecian, y en el dia en que celebraban con gran solemnidad la conmemoracion del Cármen, regaló la peculiar vestidura á Simon, y les favoreció la Señora con visitas continuas. ¿Cuántas veces los conventos de Rodas, de Bolonia y de Montpeller gozaron de los regalos y finezas de María? Y si la prueba de que es el santo Escapulario una vestidura de santidad son los frutos de santificacion, ¿quién puede enumerar los confesores, mártires y vírgenes que se han santificado con el hábito y regla del Cármen? ¿Cuán inmenso es el catálogo de sábios doctores, prelados y pontífices que se han formado bajo el amparo de la Señora, y que se honran con el título de Car-

melitas? Baste por todos la singular y mística doctora de la Iglesia santa Teresa de Jesús, que con el extraordinario penitente san Juan de la Cruz reformaron y dieron nuevo esplendor y santidad á la religion carmelitana. Y si María es la gloria del Líbano, del Saron y del Carmelo, nosotros, sus hijos, ¿no tendrémos que empeñarnos en copiar los rasgos de pureza, de humildad, de justicia y de santificacion? ¿Nos bastaria llevar exteriormente la doble vestidura de hijos del Cármen sin aspirar al conjunto de virtudes que forman la verdadera justicia? Cuando la Señora sin límites ni reserva nos distingue á todos sin excepcion de personas, ¿nosotros nos contentaríamos con una devocion exterior y superficial? Ser cofrades de María santísima del Cármen ¿y no interesarnos en su culto ni en sus glorias? Ser cofrades de María santísima del Cármen ¿y rehusar el servir á la Señora en su institucion, no haciendo el mas pequeño sacrificio? Ser hijos del Cármen, llevar su divisa ¿y mantener una desunion escandalosa hasta el extremo de poner á punto de disolverse esta antigua y piadosa corporacion? No olvidemos, amados cofrades, que al inscribirnos en el libro de los hijos de María santísima del Cármen hemos contraido voluntariamente obligaciones especiales con la Señora, y que es preciso que el santo Escapulario obre en nosotros los frutos de verdadera santidad y justicia, porque es el único modo de que esta vestidura de justicia, *indumentum justitiæ,* nos salve, y sea verdaderamente para nosotros vestidura de salvacion y vida.

Segunda parte.

Cuando el hombre considera los peligros que por todas partes le rodean en esta vida, le parece imposible la consecucion de su felicidad eterna, y lo seria ciertamente si la li-

beral mano de Dios no lo socorriera en todos los instantes, prodigándole sus gracias sobrenaturales con que pueda sostenerse en las tentaciones y levantarse en sus caidas. Mucho, sobreabundantemente socorre Dios al hombre, copiosa es la redencion, pero ni todo esto le basta para no perecer en su debilidad. Bien conocia el Señor nuestra miseria, y para remediarla nos dió una medianera poderosa, tierna madre, que acogiese á todos sus hijos desgraciados, y bajo mil títulos y formas nos llamase á sí, y á fuerza de gracias y beneficios nos obligase á volver por nuestra salvacion. Es sin duda, amados cofrades, la advocacion del Cármen la mas antigua de todas, y no dudo decir la mas abundante en gracias para los que quieren salvarse por la tutela del Cármen; por eso es que el santo Escapulario no es de invencion humana, es bajado del mismo cielo, no es una divisa insignificante, lleva consigo las bendiciones del poder de María, y es tal, que á solo su presencia obedecen los elementos, las enfermedades, la muerte y el mismo infierno, y tal es la proteccion del Escapulario del Cármen, que no hay que temer desde que dignamente lo vistamos; es cási segura la salvacion y la vida si tenemos en nuestro favor á María santísima del Cármen. ¿Y acaso, señores, son esto exageraciones, ó es la simple manifestacion de la voluntad de la Señora? ¿No está acreditada esta verdad con la fiel historia de la Iglesia en las diversas naciones que han sido favorecidas con extraordinarios favores conseguidos bajo la advocacion del Cármen? Nápoles conserva una navecilla de oro por el favor que recibió el devoto del Cármen D. Juan de Austria estando próximo á naufragar. El Brasil guarda en una rica caja de diamantes el sagrado hábito del Cármen, que enterrado nunca vió la corrupcion; Salerno se vió libre de los estragos de un voraz incendio, y seria cansar vuestra atencion si hubiéramos de

referir los innumerables prodigios obrados sobre la tierra por el santo Escapulario del Cármen. ¿Qué mas, señores, cuando su influencia alcanza tan prodigiosamente hasta la otra vida, hasta las cárceles del purgatorio? Bien sabeis la promesa que la Señora hizo al sumo pontífice Juan XXII, que debió su exaltacion á María santísima del Cármen, que cumpliendo las condiciones que prescribe á sus hijos les seria perdonada la tercera parte de la pena merecida, y de empeñarse, si fuesen sus cofrades al purgatorio, en sacarles cuanto antes, visitándoles especialmente los sábados consagrados á las glorias de la Señora, y la Iglesia por los vicarios de Jesucristo aprueba esta revelacion y amplia las gracias é indulgencias. Juan XXII, Benedicto XI, Urbano VI, Clemente VII ¿no declaran la remision de todas las penas del purgatorio á todas las personas que lleven el santo Escapulario é inscriban sus nombres en esta confraternidad del Cármen? Mas todo esto seria infructuoso si por nuestra parte no buscamos con empeño la salvacion eterna, la verdadera felicidad. Todas estas gracias suponen que al vestir el santo Escapulario del Cármen nos posesionamos de esta verdad, á saber: que es indispensable trabajar, y con teson, y hasta el fin en nuestra justificacion y en la santidad que exige el Evangelio y que demanda el santo Escapulario; entonces, sí, que verdaderos devotos de María santísima del Cármen, su Escapulario nos librará de todos los peligros, nos defenderá en todas las tentaciones, y ahuyentará á todos nuestros enemigos visibles é invisibles, pues es una vestidura de santidad y de salvacion. *Indumentum justitiæ, indumentum salutis.* Pero bien conoceis, señores, que el santo Escapulario del Cármen no librará del infierno al que no quiera y no ponga los medios de librarse. Huyamos siempre de la falsa devocion; hijos de María, sus cofrades bajo el título del Cármen, honremos á la Señora con

la santidad de nuestras costumbres, con la piedad y ternura que Ella se merece. Llenemos nuestras obligaciones sagradas, y verémos sobre nosotros, sobre nuestras familias y pueblos derramar á manos llenas sus misericordias y aliviar á las benditas almas del purgatorio.

Y permitidme que en dia tan solemne me dirija á vosotros, amados cofrades, y os diga: *Revertamur ad Dominam nostram, et serviamus ei.* Volvámonos hácia nuestra Señora y Madre del Cármen, y renovemos en este dia nuestras obligaciones, y consagrémosla nuestra existencia y esfuerzos, para que de nuevo nos adorne y hermosee con la vestidura de justicia y santidad su santo Escapulario del Cármen, y nos salve de todos los peligros. Sí, Madre amorosa del Cármen, salva de todos los peligros á la santa Iglesia y al Pastor supremo de ella; salva al Pastor y á todos sus sagrados ministros; salva la Confederacion argentina y al digno y heróico Jefe que la preside; sálvale en sus grandiosas empresas de sostener el lustre y esplendor de la soberanía é independencia americana; sálvale contra los injustos ataques de la perfidia y ambicion de los enemigos de este hermoso país. Aparezca el ramo pacificador de la oliva, y los ciudadanos perciban el fruto de su religion y patriotismo. Salva á tus cofrades y devotos; haz que correspondan al dictado de hijos tuyos, y que al presentarse ante tu divino Hijo con el santo Escapulario vean cuán cierto es que esta vestidura de justicia los santificó en la tierra, y que como vestidura de salvacion les ha abierto las puertas del cielo, que á todos deseo. Amen.

Apuntes para otro panegírico sobre lo mismo.

Induit me vestimentis salutis. (Isai. LXI, 10).

Los fieles convienen unánimemente en que la devocion con la Madre de Dios es una señal de predestinacion, y prescindiendo de las razones en que se fundan, este consentimiento general forma una verdad católica. Los santos Padres apoyan esta creencia, de modo que á las veces parece exageracion, y la misma Iglesia con su autoridad sanciona esta piadosa opinion. Cuanto las sagradas Escrituras dicen á favor del Verbo encarnado, lo mismo aplican á María santísima para inspirarnos una confianza sin límites. Si todas las devociones son buenas, la del santo Escapulario del Cármen lo es muy especialmente, y una muy especial garantía de salvacion, y á la que por lo mismo debemos plegarnos con mas celo y constancia. No es infundada esta esperanza; está apoyada sobre esta verdad infalible: María santísima adornada de todas las virtudes no puede ser insensible á nuestro reconocimiento, ni dejar de amar á los que la aman; debe proteger á los que la invocan. Como María santísima es tan querida de Dios y tan poderosa contra nuestros enemigos, ¿quién no ha de confiar en su maternal proteccion? ¿Y qué harémos para merecer esta proteccion? Vestir el hábito que la Señora nos presenta; vestir su santo Escapulario y vestirlo hasta la muerte. En dos razones estriba mi proposicion. María santísima ha prometido su proteccion á la vestidura de su santo Escapulario; nosotros mismos con esta santa práctica nos obligamos mas fuertemente á María. Tantos prodigios habeis obrado, Señora, en favor de vuestro santo Escapulario, haced...

No se trata de inspirar una seguridad imprudente.

Los santos Padres determinan el poder de María santísima.

San Buenaventura no reconoce otros límites al poder de María santísima que los de la omnipotencia divina.

San Antonino dice, que no es posible que Dios deje de despachar favorablemente las súplicas de la Vírgen.

San Pedro Damian añade: *Accedit ad aureum humanæ reconciliationis altare, non orans, sed imperans, domina non ancilla;* y el mismo: *Æternum væ non sentiet, pro quo vel semel oraverit Maria.*

San Anselmo: *Omnis ad te conversus et à te respectus impossibile est ut pereat.*

Simon Stock á la edad de doce años se siente llamado á la soledad y vive allí mas de treinta años entregado á las austeridades, y viviendo en el tronco de un árbol; María santísima le visitaba cási todos los dias, hasta que bajando del Oriente unos religiosos del monte Carmelo, Dios le ordenó se incorporara á ellos; en él resplandeció el doble espíritu de Elías, visitó los Santos Lugares, y vivió seis años en el monte Carmelo.

Nombrado general de la Órden, trabajaba en reanimar la devocion á María santísima, y en premio apareciéndosele la Señora le dice: *Dilectissime fili, recipe tui Ordinis scapulare, meæ confraternitatis signum, tibi et cunctis carmelitis privilegium, in quo quis pie moriens æternum non patietur incendium. Ecce signum salutis, salus in periculis, fœdus pacis et pacti sempiterni.*

Aceptacion en todo el mundo católico de esta vestidura. Juan XXII es elevado por María al pontificado con la condicion de autorizar la devocion al Escapulario; siete pontífices la han aprobado, innumerables milagros la han confirmado.

Qui facit mirabilia solus. Venit hora, et nunc est, quando veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu et veritate.

María es extremadamente sensible, porque es un ejercicio público y perpétuo; dos motivos para obligar á María santísima. Nos protege por reconocimiento, y nos auxilia por el interés de su propia gloria.

El cofrade del Cármen jamás se halla sin la librea de hijo de María en todos los lugares y ocasiones.

Fiat in me spiritus tuus duplex.

María nos presenta su Escapulario, y si le aceptamos, nos asegura nuestra salvacion; ¿dudarémos?...

PANEGÍRICO

SOBRE

LA INMACULADA CONCEPCION DE MARÍA.

Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te. (Cant. IV, 7).

¿Quién será aquella de quien el Espíritu Santo ha querido hacer un tal elogio? Sin duda que esta criatura privilegiada en quien Dios no ha encontrado mancha debe haber nacido en un otro mundo y no en este degradado por la desobediencia del primer hombre; sin duda que Dios hizo una creacion especial y diferente de la nuestra, y que para poderse complacer en ella ha debido repartir todas sus riquezas, todos sus tesoros, todas sus gracias; sin duda que ella ha debido sobreponerse á todos los resplandecientes coros de Ángeles y á todas las jerarquías consagradas de los cielos invisibles; sin duda que Ella con sus privilegios y virtudes ha eclipsado á los mismos Príncipes de la milicia celestial. Sí, María ha excedido á toda pura criatura por la extremada belleza de su persona y por la perfeccion de todo su ser; Ella ha cautivado al Espíritu Santo desde el primer momento de su existencia hasta merecer ser aclamada con los tiernos títulos de hermana suya, esposa suya y su muy querida, hasta complacerse en su inocencia y en su incomparable belleza: *Soror mea, sponsa mea, amica mea. Tota pulchra es, et macula*

non est in te. Pero lo que es aun mas prodigioso en esta augusta Princesa es el ser de nuestra misma creacion, del mismo mundo en que nosotros nos hallamos desterrados. María nació en nuestro globo, es de la raza de Adan, mas por una gracia especialísima Ella fue concebida sin pecado, Ella salió de una masa corrompida, mas Ella siempre fue pura. La Vírgen Inmaculada aparece para consolar la tierra y para anunciarla una y otra puridad que pertenece solo al Verbo encarnado. La Vírgen Inmaculada es un hermoso lirio de rara belleza que aparece rodeada de espinas sin que sea lastimada, es el vellocino de oro que atrae á sí todas las bendiciones del cielo, es la arca milagrosa que sobrenada triunfante por entre las olas borrascosas de la corrupcion de los hombres; mientras que nosotros nacemos culpables é hijos de cólera, mientras que cada uno de nosotros se ve obligado á exclamar con el Profeta: *Ecce in iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea.* El Espíritu Santo complaciéndose en la formacion de María, con amor la dice: *Tota pulchra es...*

María ha sido concebida sin pecado, hé aquí el objeto de nuestra gran solemnidad; esta verdad está basada sobre pruebas las mas convincentes, pero no son estas pruebas las que me van á ocupar en este dia: la archicofradía del santísimo Sacramento, el ardoroso celo del digno párroco de esta iglesia, la entusiasta devocion de los católicos orientales, toda se ha reunido para celebrar con tan gran pompa la fiesta de la Inmaculada Concepcion y el quinto aniversario de la definicion dogmática de este misterio. Yo me propongo manifestaros las conveniencias y la oportunidad de està definicion en nuestro siglo, y este será el asunto de la primera parte; y en la segunda os indicaré las lecciones útiles y prácticas que se desprenden de este dogma sagrado de la fe católica. ¡Oh

María, la mas santa, la mas pura, la mas inmaculada! yo necesito en este dia palabras dulces, ardientes, persuasivas, para ganaros todos los corazones de esta inmensa muchedumbre que ha concurrido á este magnífico templo para admirar vuestras virtudes y aumentar su devocion. Dignaos, ó Madre mia, alcanzarme de vuestro santísimo Hijo la gracia que necesito para mi feliz acierto, saludándoos entre tanto con las palabras del Ángel: Ave María.

Primera parte.

Al querer tratar de la oportunidad y conveniencia de la decision dogmática que se ha dado sobre el misterio de la Inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen, Madre de Dios, se presentan naturalmente dos cuestiones cuya solucion debe ser eminentemente gloriosa á María. ¿Por qué el dogma de la Inmaculada Concepcion no ha sido mucho antes definido como dogma de fe? Esta es la primera cuestion. ¿Por qué lo ha sido precisamente en este tiempo? En cuanto á la primera, no nos asiste ningun derecho para preguntar el por qué. La Iglesia, siempre llena de sabiduría y que no puede errar, pues que la infalibilidad de su doctrina la ha sido prometida por su divino Fundador, ha formulado sucesivamente con interrupcion de siglos los artículos mas importantes de su fe, y que son las bases de su propia existencia, como la consustancialidad del Verbo, la procesion del Espíritu Santo, la unidad de persona y dualidad de naturaleza en Jesucristo, y muchas otras verdades dogmáticas contenidas implícitamente en el Símbolo de los Apóstoles, en el santo Evangelio, y que hacen parte de la fe antes de su definicion. ¿Por qué todos estos artículos no se definieron mucho mas antes? La perpetuidad de la virginidad de María no fue declarada y

definida sino en el año 390 en un concilio reunido en Roma por el papa Ciricio que condenó la impiedad de Joviniano y sus partidarios que tuvieron la audacia de negar esta verdad. La maternidad divina de María no se definió hasta el año 391 cuando el primer concilio general de Éfeso, presidido por san Cirilo, patriarca de Alejandría, quien condenó la herejía de Nestorio. El privilegio de María de haber sido exenta de todo pecado actual fue definido en el siglo XVI, cuando el concilio de Trento creyó oportuno hacerlo. En fin, la Inmaculada Concepcion ha sido definida y promulgada como artículo de fe el 8 de diciembre de 1854. ¿Y por qué estos cuatro privilegios de María han sido definidos como de fe con tan largos intervalos? No hay otra respuesta sino que así lo ha querido la divina Providencia, que ha marcado en el tiempo y en el espacio todos los acontecimientos de este mundo, y los ha coordinado de una manera admirable para su mayor gloria, para el triunfo de su Iglesia, y para la santificacion de sus escogidos. Cuando subió el Salvador al cielo confió á su Iglesia el depósito sagrado de la fe, conteniendo implícitamente todas las verdades cuya creencia era necesaria para la salvacion de sus hijos, mas al mismo tiempo quiso que la antorcha de esta fe divina proyectase siempre sobre la humanidad las luces cada vez mas brillantes, hasta la aparicion de la verdad toda entera en el esplendor de los Santos. De ahí es que Jesucristo ha dejado á su Iglesia el poder, no de hacer nuevos dogmas pues que todo lo que es necesario creer la fue confiado en depósito; mas sí el poder de instruir, de interpretar, de decidir como dogma de fe cada dogma particular cuando ella lo juzga por conveniente. Este ha sido sin duda el motivo por que el decreto tocante á la Inmaculada Concepcion no se ha dado en el espacio de diez y ocho siglos á pesar de ser un dogma tan importante en sí mismo, tan

glorioso á Dios y á María santísima y á toda la humanidad. La Iglesia ha acostumbrado siempre á definir los diversos artículos de su fe en la ocasion en que las revueltas y los ataques de los herejes la han como obligado, y hé aquí como el retardo de esta definicion ha cedido todo en honor de la santísima Vírgen, y ha servido como para poner mas en claro la santidad y la gloria de la divina Madre y al mismo tiempo el celo y piedad de sus hijos. Porque, efectivamente, la Inmaculada Concepcion ha servido durante tan largo período de objeto maravilloso á la ciencia de los doctores, de los teólogos, para la elocuencia de los Padres de la Iglesia y de los predicadores, pues que todos se han empeñado en tributar á la Inmaculada Madre de Dios el obsequio de alabanza, de gloria, de admiracion y de amor. Jamás cesaron de llamar á la Madre de Dios lirio entre espinas, tierra intacta, virginal, sin mancha, inmaculada, siempre bendita y libre de todo contagio en donde fue formado el nuevo Adan; paraíso todo delicioso, todo agradable, todo perfecto de inocencia, de inmortalidad y de delicias; establecido por Dios mismo y defendido contra todas las mordeduras de la serpiente venenosa; madera incorruptible donde el gusano de la culpa jamás carcomió; fuente siempre cristalina, sellada por la virtud del Espíritu Santo, templo divino, tesoro de inmortalidad, vástago de gracia y no de cólera, siempre verde, siempre florido, aun cuando nacido de una raíz infestada y corrompida.

¿Podia decirse mas de la santísima Vírgen, dársela títulos mas gloriosos, alabanzas mas entusiastas que las que la tributaron los santos Padres de todos los siglos: títulos y alabanzas que hoy dia están consagradas por el decreto dogmático y monumental de nuestro actual Soberano Pontífice?

Ahora comprenderéis como la lentitud de la Iglesia cató-

lica para declarar dogma de fe la Inmaculada Concepcion de María ha servido para poner mas y mas en claro la pureza perfecta, la santidad, los privilegios y los méritos de la santísima Madre de Dios, para arrancar los mas pomposos elogios, y para obtener sucesivamente de la Silla apostólica una nueva concesion, un nuevo testimonio de su creencia y de la creencia de toda la Iglesia. Así es como hemos podido conseguir el establecimiento de una fiesta, despues el de un oficio propio, mas adelante poner en las Letanías de la santísima Vírgen el título de Inmaculada Concepcion; mas tarde introducir el mismo en el prefacio de la misa, hasta que en fin los pueblos y los pastores se han visto arrastrados de un ardor increible hácia esta devocion de la purísima Vírgen; entonces ha sido que se ha postrado la fe universal de la Iglesia de un modo visible y brillante, que ha oscurecido cualquier opinion contraria. Entonces ha sido que el Espíritu Santo inspiró al Sumo Pontífice el designio de acceder á los votos de la piedad de todos los fieles que deseaban despues de tantos siglos una definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen, Madre de Dios. Hé aquí como podemos satisfacer á la pregunta de ¿por qué la Iglesia ha dejado pasar tantos siglos sin esta declaracion? Este proceder ha sido muy glorioso para la santísima Vírgen.

Podemos entrar ahora sin recelo á satisfacer la segunda pregunta, y la respuesta será igualmente gloriosa á la Señora. ¿Por qué la definicion de este dogma ha sido precisamente en nuestro tiempo y en medio del siglo XIX? Léjos de nosotros la temeraria presuncion de querer comprender todos los designios de la sabiduría infinita de Dios, pero Dios nos permite á las veces percibir algo de sus altos fines. ¿Por qué precisamente en el lleno del siglo XIX se ha presentado esta

definicion? Os daré por primera razon el que en nuestra época esta doctrina de la Inmaculada Concepcion se ha hecho tan general y perpétua en la Iglesia que ha llegado sucesivamente al último grado de evidencia, y plugo á Dios hacerle definir como de fe en su Iglesia. Pero insisto de nuevo. ¿Por qué en el siglo XIX? Entremos á examinar en qué circunstancias se ha dado este decreto, y tendrémos la respuesta de la cuestion. ¡Gran Dios, y en qué momento el Soberano Pontífice se ocupó de esta grave definicion de la Inmaculada Concepcion de María! Precisamente en el momento en que todas las pasiones revolucionarias parecian haberse desencadenado; en el momento en que empezaban á rugir de nuevo todas las malas pasiones que habian trastornado la Europa al fin del siglo pasado; en momentos en que todos los poderes se debilitaban, en que todos los tronos se conmovian, en que todos los errores sociales, todas las utopias, á manera de torrentes devastadores, amenazaban arrastrarlo y destruirlo todo; en los momentos en que la sociedad toda entera se hallaba en el borde del mayor precipicio, cási al perecer en el naufragio universal; en el momento, en fin, en que el Soberano Pontífice se vió arrojado, por la revolucion triunfante, de su capital y de sus Estados; en ese mismo momento fue en que la Iglesia católica, que nada teme por sus destinos inmortales, pues Jesucristo la ha asegurado su inmortalidad, mientras el mundo se hallaba todo en revolucion general, la Iglesia católica se ocupaba tranquilamente de consultar, de sondear por sí misma por el órgano del Soberano Pontífice, y de formular el dogma de la Inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen María.

Fue en Gaeta en 1849 que nuestro santísimo padre el señor Pio IX desde el destierro consulta á todos los obispos del mundo sobre la creencia de sus diócesis y sobre la opor-

tunidad de una definicion dogmática acerca del misterio de la Inmaculada Concepcion.

¡Qué coincidencia y qué contraste entre la calma de la Iglesia perseguida y la revuelta del mundo! ¿Quién no ve aquí una señal manifiesta de la misericordia de Dios sobre los hombres, y de la proteccion de Jesucristo sobre su Iglesia?

Mas no es esto todo, redoblad vuestra atencion y seguidme. Precisamente llega esta solucion, esperada desde tantos siglos, tan ardientemente deseada y pedida por los pueblos, por los soberanos católicos, por los obispos y por todo el sacerdocio católico, por la ciencia sagrada de los pastores y por la tierna devocion de los fieles; interviene esta definicion dogmática de un privilegio tan glorioso á la Reina de los cielos precisamente cuando las pasiones políticas y sociales se habian calmado algun tanto, cuando acababa de ser la Europa el teatro de una lucha formidable, y cuando eran mas de temerse los golpes funestos contra la Religion: en ese mismo momento, el dia de hoy hace seis años, nuestro actual soberano pontífice, el Sr. Pio IX, con su autoridad suprema definió y proclamó el dogma de la Inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen. Desde entonces este nuevo homenaje rendido á María fue para toda la Iglesia como un signo de proteccion, como un arco glorioso en el cielo que nos promete las misericordias del Señor y la cesacion de los azotes que nos afligian. Dios ha querido exaltar á María en nuestros tiempos; sin duda que lo ha hecho por su mayor gloria, por la gloria de su augusta Madre, mas tambien lo ha hecho para ventaja de toda la humanidad, y para hacer triunfar nuevamente á su Iglesia.

¿Quién no sabe que la conclusion del último siglo y el principio del presente fue para toda la sociedad y los Gobier-

nos una época de ruina, de renacimiento y de transformacion, y para la Iglesia una época de prueba, de sufrimiento y de renovacion? ¿Y no nos será permitido creer que Dios ha querido preparar á nuestros tiempos tan trabajosos nuevos socorros, y que ha concedido á su augusta Madre una gloria mas brillante para prepararnos por su intercesion mayores gracias en mayor abundancia? ¿Quién no conoce que despues de las grandes conmociones por que hemos pasado marcha el mundo á sus nuevos destinos, que necesita de nuevos socorros, y, por hablar con mas propiedad, de una intervencion mas directa de la divina Providencia? ¿Y no es un presagio venturoso el que la Vírgen Inmaculada va á cubrirnos con su égida poderosa de pureza, y que hará bajar sobre nosotros por su intercesion todas las bendiciones del cielo? Últimamente nosotros podemos asegurar que en el órden de las cosas espirituales esta definicion de la Concepcion de María es un auxilio perfectamente apropiado á las necesidades de nuestros tiempos, y un remedio saludable á nuestros males. La mayor plaga de nuestra época es el racionalismo; es decir, la exaltacion y deificacion de la razon humana, que hace esfuerzos inauditos, despues de la Reforma, por negar y destruir todo órden sobrenatural; desecha el dogma del pecado original para en seguida negar la necesidad de la Encarnacion, de la Redencion y del sacrificio de Jesucristo. Ahora, definido que María santísima ha estado exenta de la mancha original por un privilegio único; la Iglesia católica da una nueva sancion á este dogma del pecado original, y viene á condenar indirectamente con la fuerza de su autoridad y de su doctrina el orgullo del racionalismo, que no es otra cosa que el ateismo práctico.

La segunda plaga de nuestra época es un materialismo abyecto, un sensualismo degradante, esto es, la preponde-

rancia de la materia sobre el espíritu, la del cuerpo sobre el alma, la de la naturaleza sobre la gracia, los goces materiales sobre la virtud, y por un contraste singular cuanto se ensalza la razon con palabras, tanto menos se la practica.

Mas la Iglesia con su definicion de la Inmaculada Concepcion, y por la exaltacion de la puridad perfecta de María, condena una vez mas los innobles instintos que no merecen llamarse doctrina. Ella nos impele á todos sus hijos á levantar nuestros corazones mas allá de los sentidos para pensar en las cosas de Dios y del alma; ella renueva con mas empeño la expresion de san Pablo: «No vivais segun la carne, «pues moriréis: pero si mortificáreis por el espíritu las obras «de la carne, viviréis.» Vivid santamente con puridad y segun el espíritu, nos dice la Iglesia una vez mas por su decreto de la Inmaculada Concepcion, porque si Dios ha escogido á María para ser perfectamente inmaculada, ha querido tambien establecer los Sacramentos para purificarnos, pues Él la ha escogido y predestinado para ser inmaculada delante de Él. Ved, pues, ya resueltas las dos proposiciones que formaban la primera parte.

Segunda parte.

No se ha declarado el dogma de la Inmaculada Concepcion tan glorioso á María por contentar solo á nuestra fe, ó para excitar nuestra admiracion y arrancarnos alabanzas para la Madre de Dios, sino que es tambien una fuente inagotable de útiles instrucciones. La definicion de este dogma nos hace conocer el horror que debemos tener al pecado. La fe nos enseña que no hay mayor mal que el pecado á los ojos de Dios y á los de la razon del hombre iluminado por la fe; no hay mas

que un solo mal verdadero, y ese es el pecado. Y efectivamente, ¿de qué se trata en este misterio? Se trata de escoger una Madre para un Dios, y es el mismo Dios el que la escoge y la prepara. ¿Cuál será el grande acto, el acto principal de preparacion en favor de la criatura la mas privilegiada, de la persona á quien Dios debe amar mas despues de sí mismo y á quién Él debe corresponder como á su Madre? ¿Será el eximirla de todas las miserias y de todas las debilidades de la naturaleza? ¿Querrá librarla de la pobreza, de la indigencia, de la oscuridad y de las humillaciones de la tierra? No, porque todo esto lo ama Dios, y no se desdeña de abrazarlo. ¿Cuál será la especial gracia con que quiere adornar á esta ilustre Princesa desde el primer momento de su existencia? La exencion del pecado: Dios no puede permitir que la Madre de su divino Hijo se vea manchada con el pecado ni la mas leve imperfeccion, y antes que permitirlo quiere suspender las disposiciones de sus decretos eternos. Él quiere mas bien hacer en favor de su Madre una excepcion á la ley mas grave y mas universal; así es como Dios en el misterio de la Inmaculada Concepcion nos da una verdadera idea del pecado. Y ¿qué pecado es este, que Dios no puede sufrir la presencia de él en la que está destinada á ser la Madre de su Hijo? No es ciertamente un pecado mortal cometido con pleno conocimiento, un pecado de malicia, un pecado infame ó escandaloso, uno de aquellos que Dios castiga severo. El Señor ha preservado á María de un pecado de transmision que nos hace desgraciados pero no culpables personalmente. ¿Pudo Dios manifestar de una manera mas sensible el horror que tiene á la culpa? Y este pecado ha sido castigado del modo mas terrible; lo ha castigado con los suplicios del abismo, y así este misterio nos manifiesta el grande horror que Dios tiene á todo género de pecado; y si Dios abomina así el pecado, ¿qué

nos tocará á nosotros hacer? Es claro que el horror que tuvo María siempre al pecado ha conservado y ha aumentado la gracia que recibió en la Inmaculada Concepcion. Este misterio nos enseña tambien el aprecio que hizo María de la gracia. Y cuando Dios y María santísima consideran de este modo el pecado y la gracia, ¿qué es lo que da que hacer á nosotros? Ved aquí dos lecciones interesantes que nos comunica el misterio de la Concepcion. Veamos otra tercera que nos da.

Es muy cierto que Dios obra para sí mismo y para su gloria; Él es el primer motivo y el primer móvil así en el órden de la naturaleza como en el de la gracia; y así cuando Dios decretó exceptuar á la santísima Vírgen de la culpa original tuvo en vista la maternidad divina, y por esa la previno con sus gracias, y la hizo tan perfecta y tan pura. Tambien el cristiano es llamado á unirse con Dios de la manera mas íntima por medio de la virtud, es llamado á unirse á Dios corporalmente por medio de la comunion eucarística, ¿y la conducta de Dios con María santísima no le dice el aprecio que debe hacer de la gracia y de la pureza de su alma? Aun cuando no tuviese sino una sola vez que recibir la sagrada Comunion, ¿no deberia el cristiano emplear toda su vida en prepararse á esta accion divina y acercarse mas y mas á la pureza perfecta de la santísima Vírgen?

Tales son las grandes doctrinas y frutos preciosos que debemos recibir de este augusto misterio y de esta gran solemnidad. Yo confundiré en este dia mi entusiasmo con el vuestro para celebrar juntos este triunfo de la Reina del cielo. ¡Qué espectáculo tan alegre y tan tierno nos ofrece en este momento este augusto templo! Esa profusion de luces que hacen este dia mucho mas brillante, esas guirnaldas y ramos de flores que con el incienso embalsaman el aire, esos alegres cánticos de la juventud oriental, cuya armonía ha com-

petido con la de los espíritus celestiales, esa hermosa imágen de la Vírgen sin mancha, que recibe nuestros homenajes; todo, todo contribuye á formar aquí un espectáculo del cielo, segun que podemos verlo en la tierra. Esta es María, como la vió san Juan en su célebre vision, en su celestial guia; esta es María rodeada toda de resplandores que se manifiesta á nosotros: *Mulier amicta sole et luna sub pedibus ejus et in capite ejus corona stellarum duodecim*. Yo os felicito por vuestro amor y entusiasmo para con la Vírgen inmaculada; amais sin duda á María, pues que haceis tan lucido su hermoso triunfo. La Reina del cielo va á abrir ciertamente todos sus tesoros, os va á colmar de sus favores, y para merecerlos todavía mejor, exclamemos todos: ¡Oh María concebida sin pecado, ruega por todos los que recurrimos á Vos! ¡Oh Vírgen inmaculada, ruega por nosotros en este tu dia!

Apuntes para otro panegírico sobre lo mismo.

Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te. (Cant. IV, 7).

Un nuevo y extraordinario acontecimiento religioso solemniza mas en este dia la fiesta de la Inmaculada siempre Vírgen María. Hoy hace un año que la Santidad del Sr. Pio IX, revestido de la autoridad que le es propia como vicario de Jesucristo en la tierra, digno sucesor de Pedro en el poder, definió con todas las circunstancias del derecho ser un artículo mas de nuestra fe y explícita creencia la verdad de la Inmaculada Concepcion de María, y ya no es lícito ni disputar, ni poner en duda la singular prerogativa acordada por Dios á la Madre del Redentor. Se callaron las escuelas y la voz del Espí-

ritu Santo se hizo oir en toda la redondez de la tierra. Triunfo bien merecido de María, triunfo bien deseado de todos los pueblos encomendados á la Reina de los Ángeles; el mundo católico se entrega con entusiasmo al mas puro regocijo, y nuestro digno Prelado repite á su vez la voz del sucesor de san Pedro, y anuncia con toda solemnidad á los fieles que le están confiados tan grande nueva, esperando sea acogido con mayor entusiasmo tan clásico acontecimiento como lo ha sido de todos los pueblos católicos. Nadie puede mostrarse indiferente en el triunfo que acaba de declarar la piedad cristiana. Triunfo esclarecido de la Iglesia católica, triunfo de la Madre de Dios, triunfo de los buenos deseos del orbe cristiano, triunfo honroso de nuestra naturaleza, triunfo de nuestro amor filial. Todos en este dia aclamamos á nuestra insigne Patrona enriquecida con el mayor de todos los dones, la preservacion de la culpa original en María santísima. Séame permitido, ilustrísimo señor, asegurar en este dia que á nosotros nos toca mas de cerca la celebridad de este dia, porque á nadie cedemos el empeño que nuestros padres tuvieron por aclamar este triunfo. La Inmaculada Concepcion de María santísima, patrona principal de toda la América, nos da un derecho á alegrarnos mas que nadie de esta solemne declaracion, y nos infunde las mejores esperanzas de conseguir especiales favores para nosotros sus protegidos. La Iglesia ha colmado los deseos de todos los buenos con la declaracion dogmática del misterio de la Inmaculada Concepcion de María santísima libre siempre de toda mancha original.

No se puede fijar ciertamente el tiempo en que en España se principió á celebrar este misterio, pero es muy cierto que en el siglo VII se hallaba ya establecida su fiesta. En la iglesia de Toledo se halla una acta del 1.° de marzo de 1653 con el juramento de defender este misterio, y en ella se asegura

que este culto contaba ya once siglos y medio. En el Breviario de rito gótico, ilustrado por san Leandro á fines del siglo V, se hace mencion de este privilegio.

Los reyes Juan I de Aragon y Alfonso IV ordenaron se celebrase la fiesta de la Concepcion; y ochenta y dos años antes que Sixto IV aprobara para toda la Iglesia el rezo de la pura y limpia Vírgen, era solemnizado en toda la España. Consiguieron en favor de este misterio los españoles las mismas gracias que para el dia del Corpus; y el papa Leon X concedió á los vecinos de Molina poder celebrar á la media noche la misa de la Concepcion. En Toledo se fundó la primera capilla consagrada á la Purísima, y se edificó un monasterio de concepcionistas. Felipe IV presta con todos los diputados del reino el juramento de defender la Inmaculada Concepcion.

Las universidades de Salamanca, Alcalá y Valladolid hacen el mismo juramento, y nadie por ley puede recibir el grado académico sin primero comprometerse á defender la Concepcion Inmaculada.

En tiempo de Felipe III pidieron á Paulo V la decision canónica sobre este punto, se renovó la peticion á Alejandro VIII. El dia 17 de julio de 1760 proclamó la España por su patrona universal, eminente, especial y principal á María santísima en el misterio de su Inmaculada Concepcion. El papa Clemente XIII la declara Patrona de la España y sus Américas. ¿Pudo llevarse mas allá la devocion? Á ruegos de Cárlos III concede el mismo Papa se añada en la Letanía lauretana el título de *Mater immaculata*. Se concede que todos los sábados no impedidos se pueda rezar y decir la misa del misterio.

Los caballeros de la órden de Cárlos III, su patrona la Concepcion, deben llevar la efigie al cuello y hacer juramento.

Otros apuntes para un panegírico sobre lo mismo.

Ecce mysterium vobis dico. (I Cor. xv, 51).

No hay cosa mas grandiosa que las fiestas que celebra la Iglesia: todo es en ella á la vez admirable y santo. Tres órdenes de misterios celebramos: los de un Dios que en la eternidad se ocupa de sí mismo, y son los primeros que adoramos; los del Hombre-Dios, obrados en la plenitud de los tiempos; y los de la Hija de un Dios, de la Madre de un Dios, infinitamente amable sobre la tierra.

El primer misterio de la Vírgen es su Inmaculada Concepcion, en el que fue escogida con preferencia á las demás criaturas, redimida con una redencion anticipada; misterio en el que reconocemos que Dios la poseyó en el principio de sus caminos, preparándola para Madre de su único Hijo; de manera que por el honor de su propio Hijo, dice san Agustin, debemos creer que obtuvo completa victoria del pecado; de modo que sostuvo á su querida Esposa para que como el arca de alianza no la tocasen las aguas envenenadas del pecado: *Ecce mysterium.* Misterio antiguo y nuevo; misterio de gracia preveniente de parte de Jesucristo; misterio de gloria y de especial eleccion de María; misterio de una veneracion especial. En otras palabras: la gracia de Jesucristo ha sido mas abundante en la Inmaculada Concepcion de María que en toda otra pura criatura; la naturaleza humana ha sido mas honrada en la Inmaculada Concepcion de María que por

todas las criaturas; y por último, el espíritu infernal ha sido abatido en este misterio mas que por ninguna otra criatura.

No, es imposible que el hombre haya salido de las manos del Criador con las imperfecciones que le rodean é invariablemente le acompañan. Él ha sido precisamente herido de muerte, y quien así le hirió ha sido el pecado que llamamos original. ¿Y quién puede dudar de su existencia? La mejor prueba que podemos aducir es la sangre de Jesucristo que lava en el bautismo esta mancha, porque, como dice san Agustin: *Si sub captivitate non teneremur, Redemptore non indigeremus; si carnem mortalem non haberet, unde sanguis quem pro captivis funderet?* Nacidos todos bajo la influencia de este terrible anatema, nadie se ha salvado sino por la redencion de Jesucristo. Ni creais que por honrar á María la reconozca con una santidad independiente... al contrario, *fecit mihi magna qui potens est...* Jesucristo pudo y debió eximir á María del pecado...

El poder de la gracia de Jesucristo resplandece en toda su fuerza en la Inmaculada Concepcion de su Madre. La gracia y poder de Jesucristo debe considerarse en un doble estado, primero y anterior á su venida, en el cual es muy cierto lo que dice san Pablo: *Una enim oblatione consummavit in sempiternum sanctificatos.*

Gracia de Jesucristo y poder de su gracia fue sin duda redimir á los pecadores, ¿y no será mayor el preservar la inocencia? ¿Y no era mejor el no permitir que la sangre de la redencion fuese afeada de la mancha comun? ¿María no debia ser mas favorecida que el Bautista y que Jeremías? La naturaleza es ennoblecida en Jesucristo y en María, se-

gun aquellas palabras: *Minuisti eum paulo minus ab Angelis*. Jesucristo debió conceder esta gracia de ser concebida María santísima sin mancha del pecado original, porque es mayor gracia eximirla que redimirla; es mayor gracia no permitir la caida en el pecado, como sucedió en María, de quien dice san Bernardo: *Vicit omne peccatum, non omne debellando, sed nullum prorsus sentiendo.*

Da una idea el célebre decreto del rey Asuero: *Ut occiderent atque delerent omnes judæos à puero usque ad senem*. La hermosa Ester se presenta cubierta de luto y la dice el Rey: *Noli metuere, non morieris, non enim pro te, sed pro omnibus hæc lex constituta est.*

Dios quiere destruir el mundo: *Noe vero invenit gratiam coram Domino*. María, *invenisti gratiam apud Deum*. La Inmaculada Concepcion honra mas que todo á la humana naturaleza.

Santo Tomás dice: *In beata Virgine debuit apparere omne illud quod perfectionis fuit. Non fuisset idonea Mater Dei, si peccasset aliquando*. No debió ser menos privilegiada que Adan en su creacion, luego debió ser criada sin culpa; quitad esta, y todo se presenta en la naturaleza santo y perfecto. ¿No es el pecado original, segun san Ambrosio, *radix omnium peccatorum?*

Tres cosas honran nuestra naturaleza: la creacion de Adan, la Encarnacion y la Concepcion de María. Esta porque nos hace ver que no nos mira con desprecio cuando ha enriquecido á una pura criatura con dones tan excelentes; porque resplandece la noble condicion del hombre en la inocencia y pureza de la carne de Jesucristo y de María igual á la del primer hombre. ¡Ah! qué glorioso es para María cuando todo el género humano se halla prosternado! María *astitit regina à dextris tuis, in vestitu deaurato, circumdata varietate.*

La Inmaculada Concepcion humilló cuanto cabe el poder del infierno: *Draco, quem formasti, ad illudendum ei.* Desde el principio dijo el Señor á la astuta serpiente: *Ipsa conteret caput tuum.*

Jesucristo reportó insignes victorias contra el dragon infernal; pero ¿quién podia resistir á su poder divino? El Señor quiso siempre obrar los grandes triunfos por los medios mas débiles. Humilló á Faraon con la vara de Moisés, vengó á su pueblo contra Goliat con la honda del pastorcito David, libró á Betulia por el brazo de Judit, y el pérfido Sísara quedó inmóvil con el clavo de Jael. María vestida del sol, orlada de estrellas, con la luna á sus piés pulverizó la cabeza de la serpiente infernal, que jamás tuvo imperio sobre ella por su Inmaculada Concepcion, primer misterio de las grandezas de María; misterio que mas nos da á conocer todo el poder de la gracia de Jesucristo; misterio que mas honra nuestra humana naturaleza, como tambien el que mas humilla el poder del enemigo comun de nuestras almas. Por lo que Jesucristo es ensalzado en el poder de su gracia, hermoseada nuestra naturaleza y perdido para siempre el infierno. Cánticos de alegría resuenen en los cielos y en la tierra, y todos nos regocijemos en la Inmaculada Concepcion de María santísima.

PANEGÍRICO

DE

LA ASUNCION DE MARÍA SANTÍSIMA.

Quia respexit humilitatem ancillæ suæ; ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.
(Luc. I, 3).

Sí, señores, tambien en nuestro siglo XIX se verifica la profecía de María santísima, y en este su dia, en que la Iglesia solemniza el glorioso é inconcebible triunfo de la exaltacion de la Vírgen de Nazaret, la generacion ilustrada de los verdaderos fieles de Jesucristo en toda la redondez de la tierra aclama á la triunfante María dichosa, una y mil veces bienaventurada: *Beatam me dicent omnes generationes.*

Bienaventurada eres y verdaderamente feliz cuando el cielo así te aclama por medio de los Ángeles, y forma tu esplendente cortejo hasta colocarte en cuerpo y alma á la diestra de tu Hijo santísimo. Bienaventurada eres y sin igual, pues subiendo sobre todos los espíritus celestiales eres acatada como Emperatriz de cielos y tierra. Bienaventurada eres, pues en este dia fueron remunerados tus sacrificios y virtudes con un grado de gloria tan excelente que no la puede haber mayor despues de la que á un Dios corresponde. Bienaventurada eres, ó dignísima Madre de Dios, y los cie-

los y la tierra nunca cesarán de alabarte: *Beatam me dicent...* ¿Qué católico puede menos de entusiasmarse al recuerdo de la exaltacion de María? ¿Qué hijo de Madre tan excelente dejará de mezclar sus cánticos alegres con los del mismo cielo, y mucho mas cuando el triunfo y elevacion de María es el triunfo y elevacion de todo el linaje humano? Á nosotros tambien nos pertenece, es la realidad de las promesas que nos ha hecho á todos Jesucristo, y las mismas á las que tenemos una obligacion sagrada de aspirar, realizando tambien las virtudes evangélicas que profesamos.

¿Quién no envidia con ambicion santa la Asuncion gloriosa de María á los cielos y su coronacion por Reina de todo lo criado?

¡Ojalá nos encendiéramos todos en estos tan puros deseos! ¡ojalá que aspirásemos á tan pura gloria!... Pero ¿os parece esto quimérico ó temerario? No, no os engañeis; no solo es factible, sino que la Religion nos enseña que á este género de gloria somos destinados; sí, en el cielo está nuestro último y feliz destino. Preguntemos á María santísima cómo llegó á tanta altura de gloria, cómo merece y es preconizada por todas las generaciones; ya nos lo tiene dicho: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ.*

La humildad de María la preparó el triunfo glorioso que hoy con tanto júbilo la universal Iglesia celebra: *Quia respexit...* Señores, el camino de la gloria nos está abierto; pero no busquemos otro que el que siguió María santísima, y con la humildad de María busquemos nuestra exaltacion y gloria, única verdad que quisiera grabar altamente en vuestros corazones como en el mio, y único medio de celebrar dignamente la Asuncion á los cielos de María santísima, de quien debemos esperar una especial gracia, si reverentes la saludamos diciendo: **Ave María.**

No hay una sola verdad en el Cristianismo que no sea práctica y realizable, y por mas ardua que parezca, atendida nuestra natural flaqueza siempre contamos con el sobrenatural auxilio de Aquel de quien dice María santísima en su humilde cántico: *Fecit mihi magna qui potens est.*

No ha hecho Jesucristo en el Evangelio una sola promesa que no la haya autentizado con un hecho luminoso.

Habiéndose dignado el mismo Dios bajar de los cielos y conversar con los hombres, les dijo: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde;* y trazó el único y solo camino que ha de conducirnos á la verdadera felicidad y gloria; y porque preferia enseñar con su propio ejemplo: *Exultavit ut gigas ad currendam viam.* ¿Y cuál fue este? Del abatimiento del portal de Belen por la calle de la Amargura terminó su carrera en la humildad de la cruz y bajó á la lobreguez del sepulcro; pero de este salió victorioso y triunfante hasta de la misma muerte, y luego glorioso se dejó ver de sus Apóstoles, y por su propia virtud se abrió paso por entre las nubes, y remontándose mas alto que el sol, se colocó en su trono, y abrió las puertas del cielo á todos los hombres que creyesen y practicasen aquella tan célebre como poco creida máxima: *Qui se humiliat exaltabitur.*

María, fiel imitadora de Jesús, asistida y llena de la gracia del Señor, concibió perfectamente la realidad de esta virtud, y se trazó tambien el humilde camino de una vida oscura y de privaciones. ¿Y cuánta no seria su humildad que con ella pudo enamorar á la Divinidad, en términos que por ella la escogiera entre millares, y la hiciera célebre en todas las generaciones? *Quia respexit... Beatam me dicent...*

Esta es sin duda una nueva sabiduría, sí, sabiduría del cielo, y á la que el mundo mira con preocupacion y des-

agrado... pero no hay otro camino... *Qui se humiliat exaltabitur, qui se exaltat...*

Porque el cielo miró la humildad de la Vírgen María, por eso la engrandeció el Todopoderoso: *Fecit mihi magna qui potens est.*

Entremos, señores, á formar el cuadro imperfecto de la humildad que á María sublimó á tanta gloria.

La vida de María santísima, como dice el sábio Fenelon, no fue otra cosa que un largo y doloroso sacrificio hasta la muerte de María, hija de tantos reyes, de tantos soberanos pontífices, de tantos ilustres patriarcas, dice san Gregorio Nazianceno; María destinada á ser la Madre de Dios, nace en un estado de pobreza.

Joaquin y Ana, príncipes por nacimiento, eran pobres de fortuna, y vivian desconocidos en Nazaret. Por voluntad de Dios y exigencia de la ley fue desposada con un pobre, pero muy humilde, carpintero. ¡Ah! no, no se desdeñaba María de ocuparse de los trabajos mecánicos mas humildes. ¡Cuántas veces esta soberana Reina del cielo emplearia sus manos puras en cultivar la tierra con el sudor de su rostro; cuántas se ocuparia en trabajar los vestidos necesarios para la familia; cuántas, á imitacion de las mas ilustres judías, bajaria á la fuente por el agua precisa á la casa! Es verdad, el cielo la dió un esposo, pero no fue mas que para proteger su virginidad, formando los dos un solo espíritu. María fue un gérmen de bendicion y de gracia.

¿La voz imperiosa del cielo la pide su libre consentimiento para la grande obra de la redencion? María se presta, viendo asegurada su integral virginidad, y ¡cuánto no hubo de sufrir su corazon! El humilde nacimiento de su Hijo y Dios, la precipitada fuga á Egipto por salvar á Jesús... cuántos

sobresaltos hasta que llegó á la edad de doce años. Pero no creais que cuando el Hijo dispute y enseñe á los doctores de la ley, cuando principie su predicacion, cuando manifieste su poder con multitud de milagros, tenga alguna representacion mas María; ella no saldrá de su humildad, ella no tiene otros pensamientos que obedecer, oir y humillarse. ¿No admirais la extrañeza con que la trata Jesucristo cuando quieren alabarla?... *Beatus venter qui te portavit.* ¿No os sorprende cuando dice que no tiene mas deudos que el hacer la voluntad de Dios? Hasta los mismos Evangelistas omiten los rasgos heróicos de las virtudes de María, contribuyendo tambien al espíritu de humildad que caracterizó á Jesús y María.

En esta vida retirada, María se une mas y mas á su Dios con el fervor de la oracion; así prepara su corazon para el gran sacrificio de su Hijo, sacrificio que llevó hasta el momento de su felicísimo tránsito, porque sin duda la hubiera sido menos costoso acabar al pié de la cruz, que no verse en orfandad por tantos años; pero así es como María santísima se preparaba á la muerte con una vida humilde y penosa, así aseguraba la gloria, la posesion de su Hijo, único objeto de sus amorosas ansias. ¡Qué confusion para nosotros que deseamos ciertamente una muerte feliz, pero que poco ó nada nos cuidamos de prepararnos á ella con una vida verdaderamente cristiana y humilde! Si deseamos la dicha de María, tomémosla por modelo.

El alma fiel, dice san Agustin, debe sobrellevar con paciencia las miserias de esta vida, y suspirar con fervor por los eternos goces de la otra.

María santísima, desde la subida á los cielos de su Hijo santísimo, se encerró, segun dice san Lucas, en el Cenáculo con los Apóstoles en ferviente oracion, y su corazon no sus-

piraba por otra cosa que por reunirse con su Hijo santísimo. El mundo no puede persuadirse que la muerte ha sido objeto de las ansias del justo, ni puede explicar sino por fanatismo que cuente la Iglesia con tantos héroes Mártires que cansaron la cuchilla de los tiranos perseguidores de los fieles. No es extraño que así suceda, cuando tan pocos cristianos hay que prácticamente estén convencidos de que mas allá del sepulcro hay goces mas excelentes, que son la recompensa de la vida cristiana.

No fue ciertamente la enfermedad, hija del desarreglo de costumbres, la que pudo ajar el purísimo cuerpo de María. No fue tampoco la rugosa ancianidad la que pudo marchitar aquella delicada flor siempre lozana y balsámica, pues el tiempo no dejó rastro alguno de fealdad en María.

Ni mucho menos la descarnada muerte tenia derecho á sujetar á su despótico imperio á la que nunca se manchó con culpa de ningun género, ni aun con la original.

La caridad ardiente, el fuego del amor hácia su Hijo Jesucristo, las ansias maternales por volver á estar al lado de su Dios, de su Redentor, del Hijo de sus purísimas entrañas, este pudo ser el principio disolvente, el único que podia ocasionar aquel tránsito; pero me parece mas acertado que la humildísima María espontáneamente se sujetó á las consecuencias del pecado sin haberlo cometido, y tan solo por imitar humildemente al humildísimo Jesús que tambien murió.

Pero no te glories, ó muerte, ni creas que estos sean despojos debidos á tu victoria; quedaste vencida en la cruz, y María no participó de tus amarguras, y Jesús y María endulzan con su asistencia la muerte de sus escogidos.

Acerquémonos, señores, al humilde lecho donde reposa María á la edad de mas de setenta años, entrad en la man-

sion de la criatura mas santa que jamás existió, vedla reunir á todos los Apóstoles y discípulos de su Hijo: todos la veneran como madre, todos la escuchan como maestra, todos la consultan como oráculo, todos admiran la hermosura de su semblante, todos se deshacen en las mas tiernas lágrimas al oir de su boca que parte de este mundo al otro, á donde su Hijo la llama diciéndola: *Veni et coronaberis... Jam hiems transiit...*

Alegraos conmigo, porque *lætata sum in his quæ dicta sunt mihi.* No creais, no, que al separarme de vosotros para unirme con mi Dios os abandone; nunca me olvidaré de vosotros, y cuando os falte mi presencia material, será mas solícita mi tutela sobre vosotros, sobre la Iglesia plantada y regada con la sangre de mi Hijo y con mis lágrimas. Desde el cielo os seré mas provechosa y estaré mas inmediata al Todopoderoso para defenderos y abogar por todos los pecadores.

Postrados todos en tierra y bañados en lágrimas de ternura recibieron los discípulos la última bendicion de la humilde María, de quien habia nacido Jesús... Aquella alma santísima voló al cielo, ó mas bien la humilde habitacion de María se transformó en otro empíreo; rasgáronse los cielos, los coros de los Ángeles entonaron los cánticos del Amado; y dejando inundada de gozo y de pesar á toda aquella santa reunion, condujeron á María al trono de gloria que le estaba señalado á su humildad y pureza, á la cási infinita dignidad de Madre de Dios, aclamándola la Trinidad beatísima por Señora y Emperatriz de cielos y tierra, y dejando por unos instantes el cuerpo purísimo de María para que se consolasen y se cumplieran los humildes votos de que su cuerpo viera el sepulcro como lo vió el de su Hijo. Pero Dios, justo remunerador de las virtudes, no permitió llegase

al cuerpo de María la corrupcion, y luego que con toda piedad le enterraron, los Ángeles cumplieron las órdenes del Señor, y gloriosa é incorruptible en cuerpo y en alma está en los cielos, como canta la Iglesia en este dia: *Maria Virgo assumpta est in cœlum*, y los Ángeles la alaban y bendicen al Señor: *Quia respexit... Fecit mihi magna qui potens est.*

Regocijémonos tambien nosotros, hagámonos dignos de sus bendiciones, imitándola en su humildad prodigiosa, porque tambien á nosotros se nos dice: *Qui se humiliat...*

Saludémosla Emperatriz de los cielos, y en el dia de su gloriosa asuncion y coronacion interesémosla en favor de la Iglesia universal, en favor de la Iglesia y Estado oriental; pidamos por la paz y concordia; que nos prepare con sus bendiciones á una muerte dulce y cristiana, y nos consiga la gracia que, devotos imitadores de sus virtudes en la vida, merezcamos por su intercesion poderosa entrar en la Jerusalen triunfante, para alabarla y ensalzarla por los siglos de los siglos...

Apuntes para un panegírico sobre el mismo asunto.

Quæ est ista quæ ascendit de deserto, deliciis affluens, innixa super dilectum suum?
(Cant. VIII, 5).

Exordio.—Relacion entre este misterio y el de la Encarnacion; en este la Vírgen recibe á Jesús, en aquel recibe Jesús á la Vírgen; en el segundo la Vírgen dió la carne, y en el primero recibe la inmortalidad; en los dos intervienen los Ángeles.

Proposicion.—Lo mas digno de atencion en este triunfo glorioso de la Vírgen son sus virtudes. El amor divino causa la muerte á María, la virginidad le da la inmortalidad, y la humildad la coloca en el trono.

La naturaleza y la gracia concurren á hacer indispensable la necesidad de morir: la primera debe pagar este tributo, la segunda fue establecida por el Hijo de Dios, que es necesario bajar al sepulcro para llegar á la inmortalidad; así es como se despoja de toda mortalidad. Esta es una parte del triunfo de María, todo es milagroso en María; su vida lo es, debe serlo su muerte, cuyo principio fue el amor maternal; el amor divino ocasionó esta muerte, pues no podia sufrir estar separada de su amado Hijo.

Un santo obispo explica este amor con estas palabras: *Duæ dilectiones in unam convenerant, ex duobus amoribus factus est amor unus. Cum Virgo mater filio divinitatis amorem infunderet, et in Deo amorem nato exhiberet.* La naturaleza y la gracia concurren juntamente á hacer impresiones las mas profundas en el corazon de María: para formar el amor de la Vírgen concurren los dos amores, que son los mayores que se conocen. Es preciso subir hasta el seno del eterno Padre para encontrar la fuente del amor: *Cum eo solo tibi est generatio ista communis.* La union y el amor que hay entre María y su Hijo es el que hay entre el Padre y el Hijo.

¿Cuáles serian las ansias de María para unirse con su Hijo, único objeto de su amor? Si san Pablo deseaba se rompiesen sus ataduras; si el jóven Tobías, despues de un año de ausencia, halló despedazado el corazon de su madre, ¿qué dirémos de María? La muerte, pues, de María es milagrosa, y mayor milagro es aun el que pudiese vivir la Vírgen separada de su Hijo.

Ni el amor divino causa esta muerte con movimientos ex-

traordinarios; es la misma perfeccion lo que la causa, pues el amor de María, perfeccionándose cada vez mas en su vida, llegó á un grado que ya no cabia en el mundo. Se eleva como la llama, es una varita compuesta de incienso y de mirra: *Quæ est ista quæ ascendit sicut virgula fumi ex aromatibus myrrhæ et thuris?* Un calor suave y templado la deshace, y la transforma en vapor sutil.

La virginidad la preserva de la corrupcion, la da nueva vida en la resurreccion, la hace gloriosa. La perfeccion de la pureza de la Vírgen se deja conocer por la eleccion que Jesús hizo de María para madre, careciendo hasta del *fomes peccati.* Era preciso mudase la forma de su ser para recibir un otro mas perfecto de la mano de Dios. Su carne era toda pura; debia, pues, ser incorruptible.

La pureza da á María un ropaje de gloria; pues esta virtud constituye los Ángeles de Dios, y da una claridad sobre toda claridad, que por eso pinta la Iglesia á María con la luna á sus piés, las estrellas al rededor de su cabeza, el sol la penetra toda, y la enviste con sus rayos: *Mulier amicta sole.*

En medio de esto Jesucristo la queria humilde, y la niega el nombre de madre, y perdido á su Hijo, quiere que reciba á otro por tal, en quien delega los deberes de la piedad natural. En cambio de esta humillacion es constituida abogada y refugio de los pecadores: *Quis tam idoneus ut loquatur ad cor Domini nostri Jesu Christi ut tu, felix Maria?*

Fecit mihi magna qui potens est. (Luc. I, 49).

El hombre desde su orígen fue grande por estar unido á su Dios y ser inmortal. Estos dos privilegios, anejos á la ino-

cencia, desaparecieron juntamente con ella. Irritado Dios por la rebeldía del hombre, se empeñó en hacerle conocer su nada, precisándole á volver por la muerte al polvo del cual habia sido formado: así es como el hombre entiende que no puede ser grande sino pasando por la humillacion. El pacto que primero hizo Dios con el hombre decia: «Sé fiel á tu «Criador, y serás dichoso.» Jesucristo sustituyó este otro al primero: «Sé humilde durante tu vida, y tus esperanzas de «gloria sean para la eternidad.» Dios hecho hombre se sujeta á este anatema, y sufre la muerte. Los que mas á Jesucristo se acercaban, mas debian tambien participar de la humillacion.

María entra sin trepidar en los designios de la Providencia, y mientras los hombres y los Ángeles hablan de su dignidad, ella no habla mas que de su pequeñez. Un Ángel la saluda como esposa del Espíritu Santo y madre del Rey inmortal de los siglos, y Ella se confunde, y turbada no halla mas voces que decir, sino: *Ecce ancilla*... Santa Isabel la saluda como madre de un Dios, y Ella contesta: *Fecit mihi magna... respexit humilitatem.*

Proposicion.—La grandeza de María fue grande durante su vida por un exceso de humillaciones con las que ocultó su gloria; fue grande despues de su muerte por un exceso de gloria que hace inmortales sus humillaciones.

Nada mas humillante al hombre que el ver despreciado de Dios lo que él llama elevacion, gloria, dignidad, reputacion, y vinculado á la sangre de un Dios hecho hombre lo que desde el principio del mundo se miraba con desprecio.

Tres son los grados de humillacion de María: 1.° La oscuridad impenetrable que ocultó durante su vida sus títulos gloriosos; 2.° la abyeccion á que la redujeron los padecimientos de su Hijo; 3.° la indiferencia aparente con que su Hijo la trató hasta la muerte.

Oscurécese el linaje de María. Ella es de la casa y descendencia de David, la mas antigua casa Real, y ¿qué honores recibia como princesa? Su habitacion y morada estaba léjos de la casa de sus abuelos. Ella se oculta con la pobreza y humilde condicion, y no es conocida sino por la esposa de un carpintero. Cuando los historiadores refieren los hechos y dotes mas minuciosos de los grandes personajes, ¿quién escribia de la belleza y demás cualidades que adornaron la obra mas completa del Criador? Y esto á pesar de haber sido celebrada en los Cánticos, y anunciada por los Profetas. ¡Cuán cierto es que *omnis gloria ejus filiæ regis ab intus!*

Sus prerogativas ¿quién las publicó? Fue concebida sin mancha... *Tota pulchra es... Lilium convallium... Pulchra ut luna, electa ut sol.* Mas á sus ojos en nada se distingue de las otras hijas de Judá, y la única criatura inocente, y la mas santa, es tratada con la mayor indiferencia, y Ella se alegra de su humillacion.

La integridad virginal y la maternidad de un Dios la elevan sobre todas las criaturas, y todos ignoran estos privilegios; solo los saben María y el Ángel. Y ¿habrá de sufrir una sospecha injuriosa de su esposo, y sujetarse á la humillante ley de la purificacion?

Humillacion de María en la vida privada de Jesucristo, y en la oposicion que á su persona y doctrina se hizo. Pudo aplicar á sí aquellas palabras: *Opprobria exprobrantium tibi ceciderunt super me.* Su Hijo le niega el título de madre... nunca se lo dió en público.

Muere María por una causa extraordinaria: es preciso un milagro para que Ella pueda vivir sin su Hijo. Á todas las criaturas preguntaba por su Amado: *Adjuro vos..., si inveneritis dilectum meum, ut nuntietis ei.*

El Esposo la responde: *Surge, amica mea, columba mea,*

et veni. Jam hiems transiit, imber abiit et recessit... Veni in hortum meum, soror mea sponsa. Sicut virgula fumi ex aromatibus myrrhæ et thuris.

Su cuerpo es incorruptible, pues lo fue el arca del Viejo Testamento. Bajará, sí, como su Hijo, al sepulcro, pero será como un depósito; su resurreccion se anticipa al dia señalado.

¿Quién podrá pintar con los debidos colores la gloria y esplendor de María? Sale victoriosa del infierno, tiene á sus piés la serpiente que engañó á la madre del género humano, y es Reina del cielo. Los Ángeles se preguntan: *Quæ est ista, quæ ascendit de deserto deliciis affluens, innixa super dilectum suum? Luna sub pedibus ejus, et in capite ejus corona duodecim stellarum, mulier amicta sole.*

¿Cuál estará su alma, imágen la mas pura, la mas fiel del mismo Dios, donde como en un espejo se reflejan la santidad del Padre, la sabiduría del Hijo y el amor del Espíritu Santo? Este es el primer grado de su gloria, con que realza sus humillaciones.

La exaltacion de Jesucristo forma el segundo grado de su gloria.

Entra en el cielo María, y ve toda la celestial Sion postrada ante su presencia, y que los veinte y cuatro ancianos arrojan á sus piés las coronas; ve á su Hijo colocado en su trono, de donde parten las órdenes que gobiernan el mundo entero. Es colocada á la derecha de su Hijo como reina, repartiendo con Él su poder y adoraciones: *Astitit regina à dextris tuis.*

El tercer grado de gloria es ser glorificada por el mismo Jesucristo.

Jesucristo eleva á María sobre todas las jerarquías angélicas: todos la obedecen, y la constituyen medianera entre

Jesucristo y los hombres; es protectora de su Iglesia, y árbitra de los reinos y de los imperios.

¡Oh! y ¡qué bien participan de este poder los que á Ella acuden! ¡Cuántas victorias y triunfos! ¿Qué nacion se puso bajo su proteccion que no haya sido salva?

PANEGÍRICO

DE

SAN MIGUEL ARCÁNGEL.

Michael et Angeli ejus prœliabantur cum dracone, et draco pugnabat..., et non prævaluerunt.
(Apoc. XII, 7).

Exordio.—Ardua y difícil empresa es y será siempre para el entendimiento humano hablar con dignidad de las obras grandiosas del Omnipotente, y mucho mas cuando sea preciso atravesar los cielos y llegar hasta el trono del Altísimo, y con toscas palabras exponer lo que es invisible, y con limitados alcances hablar de las virtudes celestiales. Tal es, señores, la difícil posicion de un orador cristiano que se ve en el caso de contentar la devocion y piedad de un pueblo no menos ilustrado que cristiano. ¡Hablar el hombre de la naturaleza y prerogativas de los Ángeles! ¡Formar el elogio del Príncipe de todos ellos! Espíritus celestiales, y tú mas que todos, glorioso arcángel san Miguel, ¿por qué no purificais mis labios como á Isaías? ¿por qué no abrasais mi corazon? ¿por qué no comunicais á mi alma los grandes, los excelsos conceptos que son necesarios para formar el debido elogio de la grandeza y buenos oficios del celoso defensor de los cielos y de las almas justas de la tierra?

Estrecho y sembrado de dificultades es el campo que se le presenta al orador sagrado para poder extender sus ideas so-

bre la superior naturaleza de los Ángeles, sus altos y difíciles oficios en rededor de la Divinidad. ¿Qué podemos deciros? que son espíritus sin asociacion alguna de materia? que son inteligencias privilegiadas y racionales, cuyos alcances y penetracion son mayores que los del hombre? que, criados para su servicio por el mismo Dios, solo les concedió uno, dos ó tres breves instantes para que pereciesen ó fuesen dichosos, segun el libre uso de su libertad? que desgraciadamente un número considerable de estos espíritus se precipitaron en su ruina eterna, mientras otra parte mas fiel doblaron sumisos la rodilla ante el supremo Hacedor? Pero ¡qué recuerdo, señores! Me parece percibir ya aquel agudo acento que resonó en los principios en el encumbrado empíreo en medio de la primera y mas sensible rebelion, que solo pudo acallar aquella penetrante voz: *Quis ut Deus?* Hubo, señores, un jefe en aquella rebelion; hubo un genio del mal, que por vez primera atacó los derechos de la Divinidad, y que osado se atrevió á decir: *in cœlum conscendam; super astra...* «Seré semejante al Altísimo, escalaré el trono de la Divini«dad.» Horrenda blasfemia que Lucifer inventó, y que sirve de enseña á cuantos partidarios ha obcecado la infernal soberbia; y en los estandartes del desórden, de la anarquía y de la impiedad se lee este lema: *Non serviam.*

Cuantas veces la anarquía levanta su voz, bien pronto le contesta la justicia y el órden: *Quis sicut Dominus?* Y esta es una voz imperiosa que, resonando en lo alto, hace conmover los mas encumbrados cedros del Líbano, y los hiende y los arranca para lanzarlos de la tierra de bendicion. Bien pudísteis conocer que es la voz del Príncipe de los Ángeles del Señor, del Príncipe de la milicia del Altísimo, á quien le fue encomendado el esplendor de la gloria de los cielos, la tutela y direccion de las almas justas, y que es el conductor seguro

de la gloria. Tal es el doble carácter que en el cielo y en la Iglesia desempeña el glorioso arcángel san Miguel, tan acreedor por estos títulos á nuestra devocion y rendidos cultos. Al príncipe san Miguel fue encomendada la defensa del cielo y el sosten de la Iglesia, comisiones que fielmente desempeñó, y por las que obtuvo la mayor recompensa en el cielo y la mejor devocion en la tierra. Permitid que desenvuelva como me sea posible esta idea que tengo concebida, y para mejor realizarlo imploremos la asistencia del Todopoderoso por la intercesion de María santísima, diciéndola: **Ave María.**

Primera parte.

Admirable es Dios en todas sus obras, pero mucho mas lo es en sus Santos, y sobremanera debe serlo en la formacion de aquellos coros celestiales encargados de las mas sublimes funciones en rededor del trono del Altísimo; y si, como las estrellas, difieren los unos de los otros en claridad y excelencia, ¿quién podrá comprenderlos? Todos, á la verdad, son perfectamente dichosos y bienaventurados, y disfrutan una misma felicidad esencial, pero cada uno se distingue en la gloria especial que le corresponde segun sus méritos y oficios. Se ocupan los unos en contemplar cara á cara la divina Esencia, y extasiados la aman, y su vida es abrasarse en el divino amor; otros, de entendimiento penetrante, conocen muy de cerca las divinas perfecciones, y arrebatados por ellas no se cansan de admirarlas. Viérais á unos ser depositarios del poder del Señor, y encargados de administrarlo segun los divinos designios; viérais á otros que son ejecutores de las órdenes del Señor, y que las ejecutan en todas las criaturas, y todos manifiestan la santidad del Criador, todos se ocupan en ser fieles ejecutores de los mandatos del Señor,

y en llevar á cabo cualquiera empresa, sea en los cielos, sea en la tierra, porque es muy cierto que Dios ha deputado sus Ángeles para el ministerio de los hombres.

En favor de los hombres el Dios de paz acordó amorosos decretos para remedio y alivio del género humano; pero antes de fijar los ojos sobre la tierra levantémoslos al cielo, pues allí tambien tiene la historia sus páginas instructivas é interesantes para el hombre.

No es fácil decidir de un modo positivo qué causas pudieron alterar la paz de los cielos en lugar tan privilegiado y entre criaturas tan excelentes, exentas de las viles pasiones que al hombre arrastran cási irresistiblemente á su ruina y eterna perdicion. Lo único que hay de positivo es que unos se levantaron contra Dios, y que otros sumisos le adoraron. Lucifer es el nombre que dan las sagradas Escrituras al que fue el primero en la soberbia y se constituyó en cabeza de todos los malos, y refieren que no fueron pocos en número los que miserablemente se perdieron arrastrados de la corrupcion de su pernicioso ejemplo.

El jefe, príncipe y cabeza de los espíritus fieles adoradores de su Dios se llama Miguel, y á sus órdenes debieron hallarse todos los buenos Ángeles que pelearon por el nombre y gloria de su Dios. Tal es el lenguaje de la sagrada Escritura, cuando nos dice : *Michael et Angeli ejus prœliabantur cum dracone, et draco pugnabat, et Angeli ejus, et non prævaluerunt.* ¿Quién no concibe desde luego dos ejércitos beligerantes que, adoptando principios opuestos, luchan con ardor hasta decidir la victoria?

Intereses, é intereses de la Divinidad, no pueden ser de menos valer y de no escasa trascendencia á todos los seres : aquella fue sin duda la primera guerra, y por fuerzas muy superiores á lo que nosotros podemos conocer, y la causa no

podia ser mas noble. Es la decision de lo que debe prevalecer en todo tiempo; es la lucha entre el órden y la anarquía, entre la legítima autoridad y los rebeldes; es el tipo de todas las guerras que tantos estragos han hecho y hacen entre los hombres; porque se cambiarán los nombres, se sucederán los jefes, pero siempre se verán luchar los sanos principios de la Religion, de la justicia y de la probidad contra las máximas destructoras de usurpacion, impiedad y vandalismo. Y ¿no es en nuestros dias que vemos la virtud luchar contra el vicio, la constancia contra la volubilidad, los principios religiosos contra los ataques de la incredulidad, del libertinaje y salvajismo? ¿Qué otra voz se oye en las cuatro partes del mundo, y muy particularmente en la ambiciosa Europa, teatro de los mayores escándalos y de la barbarie mas brutal?

In cœlum, decia y proclamaba Lucifer á los suyos, *in cœlum conscendam, super astra Dei exaltabo solium meum... Similis ero Altissimo.* ¡Gran Dios! y ¿prevalecerán estos gritos sediciosos? llegará el impío á compararse con la Divinidad? ¡Oh Dios santo! ¿dónde se hallará un espíritu verdaderamente fuerte que vengue vuestros ultrajes, y humille la altanería de este dragon sedicioso? Escoged entre vuestros fieles servidores un adalid que, armado de vuestro poder, anonade para siempre al bando luciferino. Y lo escogió el Señor; y armó, y entregó su causa al arcángel san Miguel, el cual peleó contra el dragon mónstruo. ¿No le veis, señores, en el empíreo al frente de mil y cien veces mil de Ángeles sumisos, que juran defender el solio del Altísimo? como conduce capitaneando las huestes, y las lleva de triunfo en triunfo hasta la mas completa victoria? ¡Qué fortaleza, qué heroicidad, qué amor el de este dichosísimo Arcángel!

Daniel vió á san Miguel, y le vió como uno de los primeros príncipes del cielo.

El extático de Patmos vió tambien á este Arcángel distinguirse entre todos los coros de los bienaventurados, cubierto de un resplandor admirable, con vistosos cambiantes que templan su luz refulgente, y que mueve sus piés cual firmes columnas, que en señal de su poder y dominio con uno descansa sobre la tierra, y con el otro sujeta la mar; él está adornado de los ricos dones de gloria: *Positus in sublimitate cælesti*, y conserva las gracias de su angelical naturaleza: *Exultans omni gloria cælesti*, como dice Tertuliano; él es el jefe de los ejércitos celestiales: *Angelicarum copiarum dux*, como dice san Basilio; él se halla investido del carácter soberano de gobernador y digno príncipe de la sagrada milicia: *Sacræ militiæ princeps*, como dice Sofronio.

Ni creais que estos sean vanos adornos que solo se dirijan á deslumbrar, ni títulos innobles que la lisonja ó el favor haya dispensado, son sí en san Miguel timbres gloriosos que se ha ganado en terrible lucha, en la que ha vencido su espada: *Factum est prælium magnum in cælo*. Batalla ha habido, y grande, en el mismo cielo.

Nunca, dice el angélico Doctor, se descubre mejor la fortaleza de ánimo, como cuando un incidente imprevisto pone á prueba el valor, y como cuando sin antecedente alguno de experiencia se arroja el ánimo en el mayor peligro. Se hallaban todos los Ángeles apenas en el segundo instante de su creacion, como dicen los teólogos, en el que quiso Dios probar á sus criaturas, y experimentar la fortaleza de Miguel, cuando el desacordado Lucifer, orgulloso y desvanecido con los ricos dones de gracia y naturaleza con que su Autor le habia hermoseado, concibe el desacertado designio de dispu-

tar al mismo Dios su solio. ¿Cómo, pues, una criatura tan excelente doblará su rodilla y adorará á un hombre, aunque sea Dios, y obedecerá á una vírgen, aunque sea pura? Ángeles que me escuchais, y que sois ricos con dones tan excelentes, seguidme en la empresa: nuestra naturaleza es muy superior, nuestro poder es grande, seguidme: *In cœlum conscendam.*

Poderoso resorte es la ambicion para los espíritus nobles: ¡qué tentacion tan poderosa! Y espíritus tan nobles ¿se dejarán seducir? Sí, desgraciadamente sí: muchos y muy muchos se perdieron; pero no todos, porque san Miguel habla, aconseja, mueve á la mayor parte, y con una empresa mas noble y con un valor mas decidido se levanta, y con los suyos promueve una guerra santa, y acometiendo no sé con qué armas, y con valor divino desbarata á los enemigos del Señor, los concluye, y precipita para siempre del cielo á los malvados, y desde entonces hasta ahora los sujeta encerrados en las cárceles del abismo: *Quomodo cecidisti Lucifer*... Y el que esta empresa acomete y lleva á cabo es Miguel, que por su denodado valor fue colocado al frente de todos los Ángeles, y en cierto modo constituido cabeza de todos los buenos, como Lucifer de todos los malos. Así le vió san Juan en el Apocalipsis: vió un Ángel fuerte, el primero en el valor, peleando con sus fieles compañeros, y venciendo y desbaratando á su opositor; y la lucha, la victoria y el triunfo todo fue obra de un solo momento.

Quis ut Deus? este es el lema y significacion de san Miguel; y al presentarse en el campo de batalla, dirigiéndose á los rebeldes les acusa é increpa por su temeridad. «Respe-«tad, les dice, los reales del Señor: *Castra Dei sunt.* Yo os «enseñaré, por medio del poder de Dios, hasta dónde llega «su omnipotencia. ¿Cómo nosotros, criaturas de la Omnipo-

«tencia, sacados de la misma nada hace un instante, enri-«quecidos liberalmente con los dones excelentes de naturale-«za y gracia, nos dejarémos alucinar por el loco pensamiento «de igualarnos al Altísimo? Temamos la ira del Señor, que «con una sola insinuacion de su voluntad puede de nuevo «acabar con nuestra existencia. ¡Ah! no obremos con deci-«sion y presteza, que el Señor no necesita de nuestros esfuer-«zos, pero sabrá valorar nuestra determinacion. Sofoquemos «en su principio á los enemigos del Señor: es muy glorioso «lanzarse en medio de las llamas cuando mas vivo es el in-«cendio; oponer un dique de resistencia en lo mas impetuo-«so de la inundacion; conjurar la tempestad cuando mas «bravo se halla el mar: seguidme, el triunfo, como el pre-«mio, es seguro.»

Ninguno de los Ángeles buenos pudo resistir á la fuerza de las palabras y los ejemplos de san Miguel. *Quis ut Deus?* exclamaron todos. Hubo un momento de lucha, y al punto fueron coronados, y Miguel constituido el mejor de todos los Ángeles, príncipe de los ejércitos del Señor, jefe de todos los predestinados, fiel conductor de las almas santas, reparador de la gloria del Altísimo, Ángel tutelar de la especie humana y defensor de la Iglesia de Jesucristo; porque, señores, si al glorioso arcángel san Miguel le fue confiada la defensa del cielo, tambien se le ha encargado la salvacion de la Iglesia militante, querida esposa del Señor.

Segunda parte.

Al hablar de la distincion y mérito del glorioso arcángel san Miguel, nunca pudo ser mi ánimo el satisfacer á las innumerables cuestiones y dudas que en las escuelas se agitan para decidir cuánta y cuál sea la diferencia de los Ángeles en-

tre sí, el órden y diversidad de sus jerarquías, ó sean órdenes sagrados, y si cuando denominamos á san Miguel, arcángel, le hacemos inferior á los Querubines y Serafines: á nosotros nos basta saber que es uno de los primeros que asisten de continuo al trono del Señor; que es, como llevamos dicho, el que mas se distinguió é hizo de cabeza entre los que pelearon en el cielo, y que siempre el Señor nos lo ha hecho conocer por la importancia de sus repetidas misiones sobre la tierra en favor de los hombres, y finalmente parece que este celestial Príncipe estuviese encargado de hacer conocer y respetar la Divinidad de todos los hombres, y que es ministerio peculiar suyo llenar las sillas que quedaron desocupadas por la caida de los Ángeles protervos. Y si todos son, como dice san Pablo, *administratorii spiritus*, y todos son mandados para los hombres, y su ministerio es para los que han de recibir la eterna herencia, ¿quién se mostró mas veces protector del hombre?

Todo el empleo y oficio de los Ángeles, segun san Bernardo, se ordena á Dios, á nosotros y á sí mismos: ellos se empeñan en imitar la clemencia, la misericordia de Dios, y en reparar las pérdidas del cielo; y en estas tres cosas vemos distinguirse al glorioso arcángel san Miguel.

Entre los infinitos atributos de nuestro buen Dios aparece mas claramente la suma comunicacion de sí mismo con sus amadas criaturas; aunque dichoso en sí, derrama sus gracias y resplandece de un modo especial en cada una de ellas. La Divinidad se empeña en comunicarse y manifestar sus atributos al hombre, y solo así podria ser conocido; pero para estas manifestaciones se vale el Señor del ministerio de sus Ángeles; y ¿de quién se sirve mas ostensiblemente que del glorioso san Miguel, á quien podemos considerar como el sol de la divina gracia, que derrama abundantemente sus rayos

luminosos, y esclarece las ideas mas puras, y disipa las tinieblas mas densas? ¿No se tiene una idea en la tierra de la inmensa gloria de Dios? Ved cuán majestuosa y terrible se despliega en la cima del monte Sínai. El numeroso pueblo hebreo al sentir las señales precursoras de esta aparicion se sorprende, se aterra, y clama: «No, no nos hable Dios.» El mismo Moisés no pudo sufrir el resplandor de san Miguel sino á larga distancia; porque san Miguel fue el portador de la primera ley positiva divina. ¿No se conoce el poder del Dios de los ejércitos entre las naciones incircuncisas? Bien pronto lo experimentó Senaquerib y su ejército, pues bajo la espada de san Miguel cayeron mas de cien mil asirios. ¿Se resiste Faraon á la libertad que Dios le manda dar á su amado pueblo? Pues la espada vengadora de Miguel quita la vida á todos los primogénitos, y visita cruelmente á todo el Egipto; y hasta el mismo pueblo del Señor pagó bien cara su pérfida idolatría. ¿Quién alumbró de noche y protegió de dia la marcha del pueblo de Israel? ¿Quién abrió las aguas del mar Rojo para dar paso franco al mismo pueblo, y al pasar sus enemigos ahogó al caballo y al caballero? El ministro del Señor, el príncipe san Miguel abria paso por doquiera en medio de naciones extrañas y enemigas. Él mantuvo con el maná que proporcionaba á los descendientes de Abrahan, Isaac y Jacob. Él fue quien destruyó los muros de Jericó, quien endulzó las aguas salobres, é hizo brotar agua de las peñas; él fue quien detuvo al sol en medio de su carrera en la batalla de Gabaon.

Miguel es el brazo fuerte de la divina Providencia, y traspasó en un solo momento en medio de Babilonia al profeta Habacuc; él quitó el poder á las llamas del horno en que se abrasaban los tres niños que confesaron el nombre del Señor; él fue quien se compadeció y sacó del lago de los ham-

brientos leones al inocente Daniel; él quien... pero, señores, ¿vamos á hacer una reseña de todos los favores que hizo al pueblo santo? Mejor será decirlo compendiosamente con el célebre diácono san Pantaleon...

En la cruda é infernal guerra que el mundo experimenta desde su principio se ha podido conocer el empeño que tiene Lucifer en hostilizar y perder para siempre al género humano. Él mueve todo resorte, y prepara y tiende todo género de asechanzas para borrar en nosotros la imágen de Dios; y ¿qué seria de nosotros si el Señor no nos hubiese resguardado con la proteccion de sus Ángeles?

San Juan vió á nuestro tentador cual fiero dragon, de color ceniciento, levantando siete disformes y espantosas cabezas, que representan los siete pecados capitales, y en ademan de acometer á la mujer que iba á dar á luz un fruto de bendicion, á la Iglesia y al pueblo fiel: *Ecce draco magnus et rufus, habens capita septem... stetit ante mulierem quæ erat paritura, ut cum peperisset, filium ejus devoraret.* Pero en este momento se levantará el gran príncipe Miguel, y defenderá los hijos del pueblo oprimido, y todo será gracia y bendicion. *Per te,* dice el mismo Santo, *omnis gratia illuminans, et sapientia et virtus data est fidelibus.* Dígalo un Gedeon, vencedor de los madianitas; un Josué, triunfador de los amalecitas; un Matatías, destructor de la Siria: dígalo un Constantino el Grande, destructor de la gentilidad; un Justiniano, dominador de los vándalos; un Carlomagno y un Luis, rey de Francia; un san Fernando, rey de España; un... pero ¿á dónde voy? Donde quiera que se ha dejado oir el nombre de Miguel todo ha sido gracia, bendicion, proteccion y triunfo. Con razon podemos decir con un escritor eclesiástico: *Michael... princeps in prælio, princeps in orationis suf-*

fragio, usque ad finem sæculi princeps, iste principatur populo Dei.

Tienen los bienaventurados Ángeles del Señor un empeño, emanado del celo de la gloria de Dios, en llenar las sillas vacías con las almas de los hombres predestinados del Señor.

Para que estas almas lleguen á ocupar estos lugares de gloria es preciso arriben, ó por la inocencia conservada, ó por medio de la saludable penitencia, y todos por la perseverancia final.

San Miguel, desde el momento en que oyó de boca del Señor: «Te he constituido príncipe de todas las almas que «han de entrar en mi reino,» intervino en todos los acontecimientos que pudieran servir al hombre para su salvacion. Predijo á Abrahan que de su sangre habia de salir el Mesías redentor del mundo; anunció el primero á los pastores el nacimiento de Jesucristo; mandó al casto José que huyese con el Niño recien nacido á Egipto; confortó á Jesucristo en la agonía de la oracion del huerto.

¿Es preciso llevar al hombre por la áspera senda de la penitencia? Miguel conducirá á Adan, desterrado del paraíso, á la práctica de ella para satisfacer la divina justicia airada. Miguel mueve las aguas de la probática piscina, y lleva en la ley de gracia á los cristianos á la participacion de los santos Sacramentos. Miguel trabaja incesantemente con todos los buenos, ya iluminándolos en sus dudas, ya esforzándolos á combatir contra el astuto enemigo infernal, arrojándolos de las almas y de los cuerpos: ilumina á los fervorosos para que conozcan los enemigos del Señor, y corran de virtud en virtud hasta la cima del monte santo de Horeb. Otras veces les colma de gracias y dones del Altísimo, y, asistiéndoles de continuo, los lleva seguros por el camino del

cielo; y en los trabajos les alienta, en la desolacion les consuela, y en el punto de la muerte lucha contra el poder de las tinieblas, y tomando á las almas las presenta ante el divino tribunal para que reciban las bendiciones del Dios que las escogió y amó, y entra triunfante en el cielo, causando inexplicable gozo á los bienaventurados. Miguel, finalmente, apresura y acorta los padecimientos de las almas que purgan sus leves defectos, ó satisfacen la divina justicia en las llamas del purgatorio.

No cesa, dice san Juan, no cesa el arcángel san Miguel de asistir al altar del Señor, y levanta de continuo el incensario de oro, y llena la mística ciudad de Dios del suave y aromático olor de las oraciones en favor del género humano, de la ciudad santa su Iglesia querida, á la que defiende en todos los asaltos de la herejía, de la impiedad y de la falsa filosofía, sin cansarse nunca de ser el fiel defensor de la gloria del Señor en el cielo empíreo, como acá sobre la tierra. Es muy justo que acatemos al glorioso arcángel san Miguel, el mayor y mejor de los Ángeles en el cielo, y el mas acérrimo defensor de los buenos en la tierra. Así es como llena este glorioso Arcángel la honrosa mision de reparar el vacío de las sillas de los Ángeles rebeldes.

Quis ut Deus? nos repite siempre, y siempre con los mas felices resultados; y nosotros debemos reconocer en él nuestro mejor protector. *Agnoscant singuli,* dice Justiniano, *agnoscant omnes protectorem suum.*

Protector le aclamaron los Ángeles buenos en el cielo; protector le reconocen los hombres en la tierra. La Sinagoga le acató como su Ángel de guarda; la Iglesia católica le invoca en sus aflicciones. Reconozcamos todos en Miguel á nuestro mayor defensor, y particularmente los que perteneciendo á esta parroquia le consagran y solemnizan con tan majes-

tuosa pompa. Sí, señores; reconociéndole como tan poderoso, imploremos su valor, su virtud y poder en pro de la santa Iglesia católica, del Sr. Pio IX, de la Confederacion argentina y su benemérito presidente, el general..., á quien la Religion y la patria tanto deben.

Repitamos con Miguel: *Quis sicut Dominus?* Cuando la impiedad reitere sus furibundos ataques; cuando el filosofismo quiera atacar los fundamentos de nuestra fe y creencia; cuando el espíritu del mal, espíritu de tinieblas, espíritu infernal, quiera conculcar los derechos de la Iglesia católica, diseminar la discordia entre los fieles, y muestre una de sus cabezas formidables la espantosa hidra del averno, con todo nuestro espíritu exclamarémos: *Quis ut Deus?* Temblad, impíos; aun los rayos del Vaticano son temibles: adorad á Dios y respetad el santuario, pues la espada de san Miguel aun está desenvainada sobre vuestras sacrílegas cabezas. Los pueblos católicos se ilustran cada vez mas, y se convencen de que la Religion es la sola base de la verdadera felicidad de los pueblos libres. *Quis ut Deus?* repite el Ángel tutelar de la Esposa de Jesucristo. El supremo pastor de la Iglesia, el digno sucesor de san Pedro, el inmortal Sr. Pio IX es el protagonista de la libertad de las naciones europeas, y en el siglo XIX dice á los pueblos: «Romped vuestras ominosas «cadenas de servidumbre; sed libres:» y el poder mágico de este grito, cual rayo que arroja la ira de Dios desde el alto empíreo, cual chispa eléctrica que atraviesa la inmensa distancia de la atmósfera y penetra hasta los senos de la tierra, y toda la estremece y sacude, así, así los pueblos y los tronos se han sacudido violentamente á los nombres de Religion, libertad, Pio IX. *Quis ut Deus?*

Al que por especial comision del Todopoderoso tiene bajo su égida á todo el género humano y á la Iglesia militante,

compuesta de los pueblos católicos; al que ha cifrado su gloria en salvar las mas almas que pueda, y al que preside los grandes sucesos de los imperios, nunca pudieron serle indiferentes los habitantes de la mayor y mejor parte del mundo, ni pudo descuidar á los libres y religiosos americanos, á los que sin duda dijeron : *Quis ut Deus?* nuestra causa es santa, Dios nos inspira, rompamos las cadenas, Dios está con nosotros : y ¿no seria la espada del glorioso san Miguel la que disipó los ejércitos enemigos? y en la ciudad de su nombre ¿no fijó la cuna de la libertad é independencia? Los pueblos del Sud-América dijeron : «Somos libres,» y, á pesar de todos los esfuerzos y maquinaciones de los contrarios, fueron y serán libres. En vano han pretendido cansar con trabajos y guerras á tan gloriosa nacion; en vano la serpiente, sacando su septiforme cabeza, y lanzando una mirada aterradora, se propuso devorar la patria en la misma cuna de su libertad; pues ellos, sin mas muros que los generosos pechos del pueblo argentino, sin mas esperanza que su buena causa, han disipado cuantas negras nubes se han presentado, y, contando siempre con la proteccion del glorioso Arcángel, llenos de entusiasmo dijeron : ¿Quién como Dios? ¿qué cosa mas sagrada que nuestra cara patria y nuestra sacrosanta Religion? Y los hijos del Plata humillaron antes al poder británico, y rindieron al leon de Castilla, y acometieron, desbarataron y arrojaron al otro lado de los mares á cuantos se opusieron á su felicidad.

Quis ut Deus? En vano el genio de la discordia, de la ambicion y de la anarquía derramó la copa emponzoñada bajo los dorados nombres de ilustracion, reforma y filosofía. *Quis ut Deus?* dijo el inmortal..., á quien sin duda le fue dado empuñar la espada del glorioso Arcángel, y sin mas antecedentes que su laboriosidad, desinterés y patriotismo resta-

blece el órden, corta la cabeza á la anarquía, y cuantas veces la patria le necesita se presenta, la defiende de los males que consigo lleva la guerra fratricida; y si los hijos espurios se venden al oro extranjero, y si contra la madre patria se suscita una guerra injusta, vandálica, que amaga esclavizarla para siempre, «¿Quién como Dios? exclama el gene-«ral...: pocos somos los argentinos para contrarestar el fu-«ror combinado de la Europa, pero nuestra libertad é inde-«pendencia, nuestro honor y felicidad, nuestras propiedades «y Religion peligran; ¿quién, pues, se mostrará cobarde?» Él lo dijo, y los valientes generales Urquiza, Oribe y Pacheco, y los demás campeones lo repitieron. «Perecerémos «bajo los escombros de la patria, envueltos en las cenizas de «nuestros altares, antes que permitir que nos sean robadas «nuestra independencia, nuestra libertad, nuestras fortunas «y familias, nuestro honor y nuestra Religion.» Ved como huyeron esos colosos de poder, ved como fueron escarméntados, vedlos retirarse avergonzados de sus inútiles esfuerzos. *Quis ut Deus?* En vano... pero, señores, ¿para qué cansaros? He dicho lo suficiente para ratificaros en la devocion para con el celador de la gloria de Dios en el cielo y en la tierra. Vencedor en la primera batalla, nunca fue vencido; protector de la Iglesia, nunca la abandona; defensor de los pueblos, él siempre los protege en todos sus intereses; titular de esta distinguida parroquia, él acoge vuestros ruegos, y nadie con mejor título que vosotros podrá interesarlo en este dia en favor de la Iglesia universal, y de su pastor universal el Sr. Pio IX, en favor de la iglesia nuestra, y de nuestro venerable pastor y respetable clero. Roguémosle todos por la Confederacion argentina y su esclarecido jefe ; por la independencia, paz y prosperidad de todos los pueblos confederados, para que teniendo presente las palabras triunfa-

doras del Príncipe de la Iglesia, repitamos con él: ¿Quién hay como Dios? así en la tierra como en la gloria, que á todos os deseo.

Apuntes para un panegírico sobre el mismo asunto.

Factum est prælium magnum in cœlo, Michael et Angeli ejus præliabantur cum dracone.
(Apoc. XII, 7).

Exordio.—Una batalla singular hubo en el cielo, que no puede compararse con ninguna de la tierra por el número, fuerzas y lugar del combate.

Pudiera presentaros á san Miguel, segun san Buenaventura, como el Ángel mas propicio para nosotros, ó como el mas terrible acusador de los malos; pero aquí le considerarémos como el mejor defensor de la Divinidad.

Sobre el pecado de los Ángeles, unos sienten que quiso Lucifer igualarse á Dios; otros que pretendió ser independiente de la Divinidad; otros que rehusó adorar al Verbo encarnado, y lo mas probable es que el amor propio de su excelencia le cegó, creyéndose demasiado feliz en sí mismo.

Tres circunstancias reagravan el pecado de Lucifer, y otras tres opuestas singularizan el mérito de san Miguel. La rebelion de Lucifer fue precipitada, tenaz, seductora; y la accion gloriosa de san Miguel fue pronta, constante, fecunda; modelo de cuál debe ser nuestra conversion.

1.° *Pronta.*—El primer acto de razon en el ser racional debe ser dirigirse al Criador, pues Dios amó las primicias de

Abel, y ordenó que se le consagrasen las primicias de todas las cosas. En el Ángel este acto debió ser en el momento, y ellos debieron conocer aquel precepto: *Adorate eum omnes Angeli ejus.* Un solo instante hubo de prueba, que fue el tiempo de su guerra. ¡Oh ingratitud! En vez de la adoracion que Dios pedia, dijo Lucifer: *In cœlum conscendam..., et similis ero Altissimo.*

El motivo de esta rebelion fue el haber comparado Lucifer sus gracias con las de los demás Ángeles, pues que la humildad, dice san Agustin, *ex intuitu nostri conditoris, et nostræ conditionis oritur.* Y por esto sucedió que, *ut se vidit pulchrum, confestim gloria quadam privata cœpit in se, et non in Deo gloriari.*

No hay duda que estaba dotado de una gran perfeccion: *Tu plenus sapientia et perfectus decore fuisti.* Pero, en vez de mostrarse agradecido, *ex aris accendit faces.*

San Miguel hizo con gusto el sacrificio que dice san Agustin: *Hoc est sacrificium naturæ angelicæ, quæ se Deo tamquam suo conditori subjecit.*

Otra circunstancia hay en esta rebelion, y es que el Ángel desde el primer momento debió hacer este reconocimiento, y dar á Dios la gloria exterior que el Señor queria. En nosotros por la clase de naturaleza que tenemos no nos apremia tanto; sin embargo, ¡con cuánta razon podemos decir: *Sero te amavi pulchritudo tam antiqua et tam nova!*

2.° *Constante.*—La voluntad de Dios, *et semel, et simul, et semper vult omnia quæ vult.* Como el Ángel es tan semejante á Dios, participa tambien de esta inflexibilidad en su voluntad: la razon es porque la causa de la volubilidad es no conocer las consecuencias de una determinacion; por eso Miguel y Lucifer en un solo acto fijaban su suerte eterna. Y como el Ángel tiene mas poderosos motivos para conocer los

resultados que no el hombre: *Quanto fragilior homo natura, tanto facilior ad veniam; quanto vero Angelus sublimior in gloria, tanto major in ruina.*

No solo el mal Ángel insiste en su culpa, sino que quiere y se esfuerza en reducir á obra su soberbia; por eso se empeña en la ruina de las almas: *Thronum suum ponit supra sidera, quando decipit electum, cujus opera lucent sicut stellæ in cælo.* Quiere destronar á Dios, y repite: *Si non in cælo, saltem in terra moriatur.* Es insolvente en medio del castigo y de su miseria.

La adoracion de san Miguel es tambien constante por su naturaleza y por recompensa. El amor de este Arcángel ha merecido, dice san Agustin, *ut amore grandi tibi cohærens tamquam semper meridies luceret et ferveret ex te.*

Empeñado una vez san Miguel contra los enemigos del Señor, *Persequar*, dice, *inimicos Dei, et non convertar donec deficiant.*

Dios se vale de nuestra misma inconstancia para que no nos obstinemos en el crímen: ¿qué empeño no tiene san Miguel en salvar las almas de todos? No ha sido menos fecundo el celo de este Arcángel, que corrompedor el escándalo de Lucifer.

3.° *Fecunda.* — Es pensamiento de san Dionisio que los Ángeles superiores esclarecen á los inferiores con un perpétuo comercio de influencias y luces, por cuyo motivo el pecado era muy contagioso por el ascendiente que sobre todos tenia Lucifer por su superioridad: nada, pues, tiene de particular que arrastrase una tercera parte de Ángeles, los cuales fueron precipitados: *Et projecti sunt, et non inventus est amplius locus illorum.* Pero estas pérdidas fueron reparadas por san Miguel, á quien Gerson llama *Princeps magnus.* Grande, porque es cabeza de los ejércitos celestiales, por ha-

ber sido el primer vengador de la gloria de Dios, y porque obtuvo el lugar de Lucifer.

¿Y con qué armas? Con estas tres palabras: *Quis ut Deus?* Estas mismas nos deben valer para las tentaciones; con ellas *tota percussit divinitatis dextera inimicum.*

Cuatro ultrajes diferentes vemos que hizo á Dios Lucifer: 1.° En el cielo, rebelándose; 2.° en el paraíso, diciendo: *Eritis sicut dii;* 3.° cuando quiso que los judíos adorasen el cuerpo de Moisés; 4.° al fin del mundo, cuando se empeñará en que sea adorada la bestia del Apocalipsis. Los cuatro vengó san Miguel; el primero, arrojándolo del cielo; el segundo, echándole del paraíso; el tercero, ocultando el cuerpo de Moisés, y el último, porque de él está escrito: *Interficiet spiritu oris ejus,* y la Glosa dice: *Spiritus oris ejus est Michael.* Todavía mas; ha sido constituido príncipe de las almas de los que mueren: *Princeps super omnes animas.* Es el Ángel tutelar de la Iglesia, como lo fue de la Sinagoga: bien podemos aplicarle lo que del celo de san Pablo decia san Ambrosio: *Michaelis vocatio, cœli et Ecclesiæ firmitudo.*

SERMON

DE

SANTO DOMINGO DE GUZMAN.

Manus ejus contra omnes. (Genes. XVI, 12).

En muy diferente sentido, ilustrísimo señor, he tomado las palabras del capítulo XVI del Génesis para aplicarlas al héroe distinguido de la Religion á cuyas glorias tributan hoy sus esclarecidos hijos estos solemnes cultos. La presencia respetable de esas dos veneradas comunidades que hace tantos siglos ocupan un lugar muy distinguido en los prodigiosos anales de la Iglesia católica, cuyos esfuerzos de santidad y sabiduría, unidos con los vínculos sagrados de la caridad fraterna, cada dia reportan nuevas conquistas y victorias, suscita en mí los sentimientos mas profundos de veneracion y respeto hácia ellas, al igual que el espíritu del siglo las menosprecia y envilece. En estas dos sagradas familias considero los mejores y mas firmes baluartes de la Religion, en la sociedad política los sostenedores de la moral pública y el mejor apoyo de la sociedad cristiana. Digan lo que quieran los innovadores arrastrados del espíritu de vértigo y furor con que quisieran ver destruido el mundo entero. ¿Me preguntais de qué sirven estos ilustres personajes? Yo os lo diré muy sucintamente. Con su vida escondida y humilde reprue-

ban la vuestra altanera y bulliciosa; con su abnegacion y penitencia condenan vuestra insolencia y molicie; y luego con su celo impiden otros intentos malignos: con su prudencia preservan los incautos; con su voz previenen á la muchedumbre; con sus consejos persuaden las virtudes religiosas y sociales, y con su doctrina desmienten otros errores y descubren otros artificios. Son el azote de la impiedad, el martillo de los herejes, los acusadores de los malvados. Tan útiles á la Religion como necesarios á la sociedad. ¡Levanten sus sangrientas manos la impiedad y el error contra ellos! ¡Redoblen sus esfuerzos las pasiones, el infierno, y juren exterminarlos! La experiencia de los siglos nos demuestra que aunque todo sea contra ellos, prevalecerán, se aumentarán y triunfarán de sus enemigos: *Manus ejus contra omnes*. El espíritu del Señor pelea con ellos y nada podrán sus adversarios. Este espíritu del Señor, espíritu de verdad, espíritu de sabiduría y fortaleza para luchar contra los enemigos de la Religion y de Dios, es el que forma el carácter del gran patriarca santo Domingo de Guzman, héroe distinguido de la Religion y bienhechor insigne de la sociedad. El espíritu magnánimo de este campeon de la Iglesia se ha transmitido, se conserva, vive en sus hijos; y su generacion se multiplica y engrandece. Nacido Domingo en tiempos tan trabajados por los errores de la herejía que por doquiera pululaban, el cielo le puso en la Iglesia para que con su celo y santidad pelease contra todos los enemigos de la verdadera fe que existieron en su tiempo y habian de venir despues: *Manus ejus contra omnes;* y con su fortaleza y teson venciese á todos los que levantaban sus manos contra la Iglesia: *Manus omnium contra eum*. Y en este triunfo considerad el de la Religion y el de la misma sociedad. Sagradas religiones, interesadas á la par en las glorias del santo Fundador y Padre vuestro co-

mun, dispensad si no acierto á hablar con aquel acierto y sublimidad que vuestra sabiduría y respetabilidad exige; pero vuestra prudencia sabrá animar mi propia desconfianza. Imploremos los auxilios de la divina gracia saludando á la que es Madre de ella: Ave María.

Primera parte.

La Religion es la base de la sociedad. No es posible haya un solo pueblo que sea feliz si la Religion no le acoge en su misma cuna; porque ya se dijo que al lado de los pueblos se halla siempre la Religion y la filosofía sobre la losa de su sepulcro. La Religion da vigor á las leyes, conserva la sumision á las autoridades, protege las ciencias y las artes. La Religion ha sido siempre la conservadora de los mejores monumentos y el depósito de las ciencias, y las familias religiosas el seguro puerto donde se refugiaron en los calamitosos tiempos de la ignorancia y oscurantismo. ¿Qué es un religioso? Un ministro del santuario, un adorador fiel del verdadero Dios, un sábio maestro de la doctrina evangélica, un predicador excelente, un hombre revestido del espíritu del Señor. A estos elige Dios para sus batallas, y les arma con aquellas virtudes necesarias para guerrear en nombre del Dios que vive. Y aunque el espíritu es uno como el Dios que lo da, diferentes son los medios y caminos por donde Dios á los suyos conduce y reparte sus dones, segun le place al Dador de todos; si no es ya que quiera acumularlos todos en uno solo, como sucede en el escogido del Señor para desbaratar la herejía en todos sus atrincheramientos, el campeon ilustre, santo Domingo, sobre quien el cielo derramó todas sus gracias, y lo constituye gran patriarca por la muchedumbre y santidad de sus hijos; profeta por los conocimientos sobre-

naturales que comunicó á su alma; apóstol por su celo infatigable y ardiente en la conversion de las almas; mártir por sus grandes deseos, por sus grandes trabajos, por la voluntaria efusion de su sangre en sus continuas mortificaciones; predicador por su particular carácter y ejercicio constante; activo y contemplativo; solitario y hombre público por sus diferentes ejercicios y funciones, por la reunion de todos los dones y virtudes.

¿Y qué virtudes fueron las de Domingo? Las que forman su heróica santidad, primera arma con que él solo habia de luchar contra todos los vicios y errores. Resplandecia en Domingo una fe viva y penetrante que le descubria y patentizaba los mas sublimes misterios de la Religion y de la Divinidad. Profundísima humildad con que constantemente rehusó las altas dignidades que le ofrecieron los Sumos Pontífices de su tiempo; que le hacia sentir el mas cruel tormento en los aplausos y los mayores consuelos en los desprecios y humillaciones, hasta protestar que nunca mas se presentaria en Roma ni en Italia si llegaba á descubrirse el milagro que habia obrado en resucitar á un muerto. Una penitencia austera y dolorosa en que no daba treguas á su cuerpo, sino que sin compasion le castigaba con ayunos, vigilias, cilicios y disciplinas de sangre. Una oracion continua y fervorosa que lo transportaba y arrebataba en dulce contemplacion de las cosas del cielo. Una pobreza total que le hace sacrificar sus muebles, sus libros, todos sus bienes en beneficio de los pobres, ofreciéndose á sí mismo con vivas ansias en rescate por un infeliz cautivo, única esperanza de una desconsolada madre. ¡Oh generosidad cristiana, qué extremosa eres con quien te implora! ¡Oh beneficios grandes los que han resultado á la humanidad! Tú la consuelas con los recursos que la proporcionas en sus mayores aflicciones, tú enjugas las lágrimas

de tantos desvalidos que una filantropía fementida, que con pretexto de mejoras y adelantos roba al infeliz el pan con que se sustenta, le obstruye los conductos de felicidad, que consisten en el órden, paz y justicia. ¿Qué hacen cuando la calamidad aflige á un pueblo, y la peste ó el hambre los devasta? Huyen cobardes, y léjos de condolerse, insultan á los infelices; en vez, como Domingo, de ofrecer su libertad y entregarse á los grillos y cadenas, remachan mas las prisiones, si no son ellos mismos los que sumergen mas á los que peligran, añadiendo males á males con el robo y pillaje.

Discurrid por toda la extension de la vida de Domingo, y veréis su santidad manifiesta. En sus primeros dias encontraréis indicios extraordinarios de la eminente santidad á que el cielo le destinaba. La oracion, la penitencia, el retiro, la modestia, la devocion á María santísima, á Jesucristo, fueron los primeros ensayos de sus grandes virtudes. Sábio, prudente y devoto desde su primera edad... *Cum esset junior... nihil puerile gessit in opere.* Creciendo cada dia en edad y sabiduría delante de Dios y de los hombres, va subiendo de virtud en virtud hasta formar un rio caudaloso de gracias, cuyas aguas saludables, nacidas de la fuente del Salvador, bien léjos de apagar en Domingo los ardores de su caridad, lo inflamaban cada vez mas en los divinos ardores.

La efusion de su sangre, la mutilacion de sus miembros, las injurias y torturas mas atroces padecidas por amor de Jesucristo, en esto pone Domingo sus mas dulces consuelos. Si le preguntan los herejes qué haria si le quisieran matar, responde: «Os rogaria que fuéseis cortando sucesivamente los «miembros de mi cuerpo, y despues de revolcarme largo «tiempo en mi propia sangre, me cargáseis de atroces inju«rias y me hiciéseis espirar en la mayor ignominia y tormen«tos, para así sufrir algo por amor de Dios.»

Ni creais fuesen estas meras exageraciones, pues ya que veia no se le proporcionaban tan nuevos padecimientos, despedazaba su carne por amor á Jesucristo, y constituyéndose cruel verdugo de sí mismo, entregábase á todos los rigores de la penitencia. Una cadena de hierro, tejida de agudas puntas, ciñe y aprieta fuertemente su enflaquecido cuerpo. Un aguzado cilicio disputa á la misma Tebaida el exceso de rigor y crueldad. Tres prolongadas y sangrientas disciplinas cada noche acaban de apagar sus extenuadas fuerzas. El sueño breve y en el duro suelo, peregrinaciones continuas, trabajos siempre nuevos, desfallecimientos prevenidos de la penitencia y amor de Dios, le hacian una víctima agradable y le constituian verdaderamente santo; arma poderosa con que habia de confundir á los malvados, levantándose él solo contra todos los vicios: *Manus ejus contra omnes.*

Premiados se veian los esfuerzos de Domingo con los regalos y visitas celestiales con que dulcemente le regalaba el cielo. Vedle aquí bañado en lágrimas y en su propia sangre; pero al mismo tiempo visitado de Jesús y María, que hablan familiarmente con él y le comunican los mas infalibles dones. Consideradlo en una parte postrado en tierra y en otra arrebatado en un éxtasis en union íntima con Dios. Pero ni las austeridades tan excesivas, ni sus prolongadas oraciones, ni los entretenimientos del cielo le impedian los ejercicios trabajosos en bien de la Iglesia y en utilidad del Estado, combatiendo con su celo apostólico por la gloria de Dios. Llevado de este espíritu emprende su carrera; la reputacion de Domingo se aumenta, se extiende. El obispo de Osma lo llama para su clero; ligado con sagrados vínculos á su iglesia, lo coloca en las primeras dignidades de ella. Camina Domingo con pasos agigantados de virtud en virtud; el sacerdocio da un nuevo lustre á su santidad. Comienza su apostolado; ya

España resuena con sus primeros oráculos; Francia ha de ser el teatro de sus trabajos apostólicos. Pero ¡qué cuadro tan triste nos presenta el siglo XII, fecundo en nuevos herejes, atrevidos para emprender y acertados para llevar á cabo lo emprendido! Sus errores herian á la Religion de muerte. Su partido era poderoso; sostenido por los príncipes, y muy especialmente por el rey de Aragon, llevaba por todas partes el estandarte de la rebelion. Su atrevimiento, sus prósperos sucesos parecian amenazar con el exterminio á la Iglesia. Muchas provincias estaban inficionadas con el veneno; la Francia era el castillo donde se habia hecho fuerte el error, y de aquí se propagaba á toda la Europa. La mentira se habia sobrepuesto á la verdad, y á esta se la trataba de impostura. La Iglesia gemia, y parecia que todos los errores pasados volvian á resucitar. Jesucristo ya no era igual á su Padre, como decia el arrianismo, era uno de los profetas; no era el Hombre-Dios. Á María santísima se la negaba, con Nestorio, el hermoso título de Madre de Dios y Vírgen. Se reproducen los dos principios de Manés; todos los errores se agolpan, y el calvinismo se insinúa antes de nacer Calvino. Hé aquí, señores, la herejía de los albigenses, herejía, como todas, destructora; el vicio era estimado, la virtud ultrajada, los altares destruidos, los templos arruinados; tales eran los trofeos que la herejía levantaba á su gloria. ¡Cuántos enemigos y cuán terribles!... ¿Quién será el que contra ellos combata? Domingo, señores; de él se puede decir que *manus ejus contra omnes;* fortalecido con la gracia del Señor, á todos combatirá y arruinará. Domingo es el nuevo Jeremías que da Dios á su Iglesia como columna inmoble: *Ego dedi te in columnam ferream.* Sus primeros ensayos los hace en Roma, y Roma lo juzga el mas fuerte apoyo del Vaticano. Predicador

de fuerza y prudencia, teme de sí mismo y se muestra mas inmoble.

El celo prudente de Domingo nunca se expone á disputas inútiles; pero tampoco se niega á las mas dificultosas. Él va de ciudad en ciudad, de provincia en provincia, y en todas partes ataca la herejía, y *manus ejus contra omnes.*

Los templos mas espaciosos no bastan para contener la muchedumbre de oyentes. Tolosa, Albi, Carcasona, Agen os anunciarán los milagros que Domingo obra á vista de todos. Monte-Real oye las conferencias y presencia la confusion de los herejes á pesar de la perfidia de los que con un silencio sospechoso no querian manifestar la verdad; pero Domingo con su prudente celo les obliga á ser los panegiristas de sus victorias y de la verdad.

En Tolosa desenvolvió los artificios de la herejía, obligándola á que se diese á conocer por sí misma; y entonces ya manifiesta, la ataca, la destruye, abate el orgullo de los grandes, destruye la prevencion de los pueblos, y roba á la herejía sus mas firmes apoyos y sus mas celosos protectores. Un nuevo y dilatado campo se abre al celo siempre prudente de Domingo. En Montpeller aparecen dos hombres funestos capaces de alucinar á la piedad mas ilustrada. Parecidos en sentimientos y costumbres, acometen las mismas empresas, los mismos trabajos y obtienen los mismos sucesos. Espíritus altaneros manejaban diestramente los resortes de la elocuencia, y bajo las flores de esta ocultaban el veneno mas activo. Incrédulos por el extravío de su razon, defensores del error por una política interesada, tanto mas peligrosos cuanto que aparentaban una santidad con la que se ponian fuera de la crítica, árbitros soberanos, universalmente respetados por oráculos é imitados por cuantos los ven, admi-

rados por los que los oyen y superiores á los demás, ¿quién podria contrarestarles? Y luego todos los pueblos están prevenidos en favor de ellos. ¿Tan fácil es persuadir á una ciudad que se ha dejado sorprender por la impostura? ¿Quién tendrá coraje para tan grande empresa? Solo Domingo es el que levanta su voz y sus manos contra ellos. Él la emprende y la ejecuta. Disputa con ellos, y descubre sus artificios. Los pretendidos apóstoles desafian á Domingo al combate, él lo acepta; los convence, los humilla, y el silencio á que los reduce es el mas elocuente testimonio de su victoria.

Domingo levantó su celo contra los albigenses, y estos de combate en combate se ven arrojados con ignominia. Por todas partes obra Domingo, por todas se aplauden sus talentos. Basta abrir su boca para ganarse los corazones; no es una vana elocuencia la de Domingo, es el lenguaje de los Libros santos el que usa. Él es el intérprete de los Crisóstomos, Ambrosios, Agustinos; estas son sus armas, y con ellas siempre triunfa de la herejía. *Manus ejus contra omnes.* Con estos triunfos la Iglesia adquiere nuevas conquistas y reconoce en Domingo una firme columna de la verdad. Desengaña los pueblos, los aparta del error, los tranquiliza, y la sociedad le aclama bienhechor de la humanidad; porque con su santidad y su celo discreto, levantando sus manos contra la herejía, la arrancó de las ciudades, provincias y reinos: *Manus ejus contra omnes.* Pero aun le quedan otras dos armas invencibles con las que Domingo sabe combatir con ventajas á pesar del furor de sus contrarios que se conjuran contra él: *Manus omnium contra eum:* su sabiduría, su paciencia, y es la

Segunda parte.

La sabiduría, señores, es un don precioso que nos viene del mismo Dios, y que el Señor lo comunica á sus escogidos á medida que le precisan para el desempeño de sus funciones sagradas. El que haya leido la descripcion del Sábio en las sagradas Escrituras, descubrirá sin duda la que adornó á Domingo, segun que lo acreditan la extension, los ejercicios y los triunfos que con ella consiguió. Domingo pide á Dios con el mayor fervor la luz de la sabiduría para iluminar á los que estaban sepultados en las sombras de la muerte. Estudia de continuo las sagradas Escrituras, las obras de los santos Padres, la teología y todo cuanto puede conducir á formarle un verdadero y cristiano sábio. ¡Oh, señores, y cuán necesaria es la sabiduría para lo delicado de nuestro ministerio! ¡Qué de desgracias no ocasiona la ignorancia en los ministros del santuario! Eso pretende la impiedad, hacer que el sacerdocio sea ignorante para que no pueda descubrir y refutar sus errores, para hacerlos víctimas de sus desprecios y sarcasmos. Domingo aparece humilde y glorioso delante de los obispos, cardenales y sumos pontífices que admiraron y aplaudieron su doctrina. Se hace temible de los herejes y se gana los aplausos de los católicos. La oracion era siempre el principio de su estudio, la gloria de Dios su fin, la Escritura santa su libro y el Espíritu Santo su maestro. El conocimiento y amor de Dios, la propagacion de su culto, la tierna devocion de María santísima, la propia santificacion y la de sus prójimos eran los asuntos de sus discursos, convertir muchos millares de herejes sus mejores triunfos.

Huyendo siempre de los aplausos de sábio, renuncia el

ejercicio de la cátedra y del magisterio, para ocuparse exclusivamente en el ministerio de la palabra. Él la dirige contra los enemigos de Dios, los impíos de su tiempo, y el ateismo y el deismo, que tienen por orígen la soberbia y la impiedad, por objeto el libertinaje, por discípulos á los impíos y á Satanás por maestro; descarga sobre ellos los mas violentos golpes de celestial doctrina, de modo que caen diez mil á su lado y diez mil á su derecha. No podian resistir los corazones mas obstinados la fuerza irresistible de sus razones, y sus palabras eran saetas de fuego que derretian la mas pertinaz herejía. ¡Qué multitud de pecadores convertidos! ¡Qué sinnúmero de herejes reducidos al seno de la Iglesia! Ejércitos numerosos conjurados contra el Señor y su culto son deshechos con las oraciones de Domingo: *Manus ejus contra omnes.* Proscritas las blasfemias é impiedades; restablecido y aumentado el culto del Señor y de María santísima; los dogmas de la Religion reconocidos; los templos y altares reedificados; el clero instruido y reformado; los pueblos convertidos; María santísima desagraviada de las blasfemias sacrílegas de los enemigos de su pureza y de su gloria; su verdadero culto, el santísimo Rosario, adoptado en todo el mundo; los Sacramentos restablecidos; la impiedad confundida. ¡Oh celo infatigable de Domingo! ¡Qué triunfos tan insignes de sabiduría y santidad! *Manus ejus contra omnes.*

Pero, señores, era indispensable que si tan denodado se mostraba contra sus enemigos, estos procurasen derrocarle, y levantasen sus esfuerzos contra Domingo: *Manus omnium contra eum.*

Avergonzada la herejía de las continuas y terribles pérdidas que por el valor de Domingo sufria cada dia, jura la venganza, y la venganza de la herejía es muy terrible: ella no se levanta de su sepulcro sino para precipitar en él á su

vencedor; sus golpes son tanto mas formidables, cuanto son mas diestramente preparados: *Manus omnium contra eum*. Mas ¿qué puede el furor de la herejía contra un apóstol? Al verdadero apóstol nada se le da de sus enemigos: *Insultat pericula*. Se juzgaria feliz de caer víctima de sus asaltos; su muerte seria su triunfo: *Ridet mortem*. Su ánimo invencible aplaca las mayores tempestades: *Omnia vincit*.

Conjurados contra el Santo sus encarnizados enemigos, nada omiten para perderle; este profeta de la nueva ley debe pasar por las pruebas mas fuertes y experimentar contrastes los mas amargos. Pero estos dias de contradiccion serán siempre los mas distinguidos para sus triunfos, como los primeros héroes del Cristianismo, siempre atacados, siempre perseguidos, pero siempre superiores á sus enemigos, mas invencibles, mas gloriosos.

Espíritus sediciosos se presentarán contra él con discursos satíricos. Se levantan contra su mision; la política, dicen, le guia, no el celo de la Religion. En Carcasona se le calumnia, la credulidad le condena, y la injusticia se decide á sacrificarle. Domingo sufre y calla. Es un nuevo Pablo en Jonia que hace alarde de sus humillaciones; y primero se cansaron sus enemigos de ultrajarle, que Domingo de sufrir: *Signa apostolatus in patientia*.

Nuevas adversidades, nuevos prodigios. Un guia infiel lo aparta del camino que debe seguir, y lo empeña en otro cubierto de abrojos y espinas y que termina en un precipicio; y no obstante, la paciencia de Domingo le hace entrar dentro de sí mismo; confundido de su poca sinceridad, se arroja á los piés del Santo, y abandona la herejía despues de ser baluarte de ella: *Manus ejus contra omnes*.

Irritada la herejía, premedita un golpe estrepitoso, y se decide á acabar con Domingo de un solo golpe; arman y pa-

gan á unos asesinos para que quiten del medio á aquel hombre que solo impedia sus progresos. ¡Vanos esfuerzos! Ved á los piés de Domingo á aquellos desdichados, confiesan sus crímenes, y admiradores de su paciencia, se constituyeron trofeos de sus conquistas.

Una empresa delicada arma contra Domingo millares de adversarios: se trataba de evitar un escándalo público en un monasterio de religiosos cuya conducta manifestaba bien no haberse recogido por espíritu de religion. Roma presenciaba los mayores desórdenes, y pedia se restituyese la antigua observancia; ¿y á quién se habia de confiar empresa tan ardua? Al celo de Domingo. El papa Honorio lo manda; Domingo lo emprende, y al punto se levantan amigos interesados, protectores poderosos, criminales defensores de una libertad sacrílega; lo insultan, lo amenazan, forman los mas culpables designios, pero la prudencia y celo de Domingo obtiene la mas completa victoria: *Manus ejus contra omnes.*

Sí, señores, los triunfos de Domingo se multiplican á cada paso, se cuentan por el número de sus combates. Sus mismos enemigos se ven forzados á confesarlos. Los albigenses le preparan una ocasion tan célebre como la que prepararon los adoradores de Baal al profeta Elías. Dos sacrificios se preparan, dos víctimas están prontas; la víctima que el fuego consuma es la que decide entre el Dios de Israel y Baal. Los impostores le invocan y la divinidad no responde; el fuego no baja y la víctima no se consume, y quedan confundidos.

¿Os acordais de aquel dia en el que los albigenses provocan á Domingo con esta delicada prueba? El libro de los albigenses queda reducido á cenizas y el de Domingo sale ileso. Este suceso rasga el velo que á muchos impedia ver la verdad.

En vano les previene la desgraciada suerte que les espe-

raba. Ellos confiaban en los poderosos aliados, en el número de sus tropas. Los vaticinios de Domingo se cumplen; el ejército de los confederados queda destruido, la campiña cubierta de horribles despojos, el ejército de los cruzados triunfante, y á Domingo le pertenece toda la gloria de este suceso : sus propios enemigos lo confiesan.

¡Oh siglo XII, qué manchadas están tus páginas con el nacimiento y progresos de los albigenses! El espíritu de furor animaba á todos los pueblos, y todos tomaron parte en la defensa de la Religion. Los albigenses insultaban á los católicos al verse sostenidos por dos novadores; el rey de Aragon, cual otro Goliat, desafia al mas fuerte de los fieles adoradores; Saul tuvo un humilde David, y Domingo lleno de indignacion toma parte en la venganza de su Dios; y siendo el apoyo del nuevo Macabeo, el conde de Montfort, mientras este pelea, cual otro Moisés él ruega á Dios por la destruccion de sus enemigos: Moisés y Josué se repartieron la gloria del triunfo; Domingo y el Conde consiguieron el decisivo triunfo contra sus enemigos. *Manus ejus contra omnes*. ¡Qué multitud de sucesos comprueban el valor de Domingo! Cual otro Macabeo quiere perpetuar su apostolado y tener siempre sus manos contra sus enemigos, y esto lo consigue. Ya no existe Domingo y aun su espíritu triunfa de la herejía. Domingo no existe, pero antes de morir, cubierto con las armas de la penitencia, anima á sus hijos á caminar sobre sus pasos y tener por enemigos á los enemigos de Dios; todo lo deben sacrificar por su Dios. Domingo muere, pero ¿á cuántos Eliseos no deja sobre la tierra?

Pedro de Verona víctima de la fe en Italia. Polonia reconoce á Domingo en el apostolado de Jacinto. Lo sumo de la sabiduría eclesiástica, Tomás de Aquino. Modelo de apóstoles, san Vicente Ferrer; de obispos, san Antonino. En el

claustro y en el mando, los Raimundos y Bertranes. En la Europa, santa Catalina de Sena; en América, santa Rosa de Lima. Los Albertos... mil nombres se me escapan. Nuevos Domingos, nuevos apóstoles, nuevos predicadores reconozco en sus hijos; útiles á la Religion, necesarios á los pueblos.

Hijos del gran patriarca santo Domingo, seguid la senda que él os ha marcado: humildes, sábios, prudentes, celosos, levantad vuestro celo contra todos los enemigos de la Religion y de la Iglesia; caritativos, extended vuestras manos al necesitado; sed útiles á la Religion y á la patria. Admirais la santidad y el celo prudente de vuestro gran Padre; confesais su profunda sabiduría y el esfuerzo que contra todos combatió; no temais aunque veais conjurados los enemigos de la Religion contra vosotros; vuestro triunfo será cierto si imitais sus virtudes. Sed agradecidos á la autoridad y persona del distinguido magistrado que os sostiene y protege; y en este dia interesemos todos al grande, al ínclito campeon de Jesucristo, santo Domingo, para que interponga su valimiento en favor de la Confederacion argentina, haga los buenos oficios que en vida hizo en defensa de la Religion, para que mientras denodados pelean los argentinos contra un bando que se ha distinguido por la perfidia, libertinaje é impiedad, obtengan los valientes federales un triunfo que importe la paz, la independencia americana, la salvacion de la patria y de la causa nacional. Bajo los auspicios de la Religion, del órden y de la justicia florecerán las sagradas religiones, se aumentarán las ciencias y las artes, y las virtudes sociales y religiosas llegarán á su mayor altura, que proporcionándonos en esta vida una felicidad pasajera, nos conduzca á la eterna que á todos os deseo.

Panegírico sobre el mismo asunto.

Qui vicerit, faciam illum columnam in templo Dei mei, et scribam super eum nomen Dei mei, et nomen civitatis novæ Jerusalem; et exivit vincens ut vinceret. (Apoc. III, 12).

Á quien venciere le haré columna en el templo de mi Dios... y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalen, y salió el vencedor para vencer.

Ardua y muy difícil me pareció siempre la empresa de satisfacer vuestro amor y devocion en la gran solemnidad que celebramos en este dia. Estoy en la conviccion de que solo á vosotros seria dado el formar el cumplido elogio de tan esclarecido Patriarca, porque el amor filial y la mejor noticia de su heróica vida encomiaria dignamente al Santo y á todos nos estimularia á la práctica de sus hermosas virtudes. Pero, ya que así habeis querido honrarme, os protesto el afecto mas puro, y rindo este corto tributo á vuestra caritativa hospitalidad, ó dignos hijos del esclarecido patriarca santo Domingo, cuya fiesta con tanto entusiasmo celebramos. Mas ¿qué nombre acabo de pronunciar, señores? ¡Santo Domingo de Guzman, honra y prez de la católica España, lustre y esplendor de la honrada Castilla, cara patria mia, antorcha luciente de la nueva Jerusalen, firme é inmóvil columna de la santa Iglesia católica, apostólica, romana! Sí, reverendos Padres, cuantas veces veo entrelazadas vuestras manos, y que renovais el ósculo y abrazo de paz y caridad fraterna que un dia se dieron los grandes patriarcas Francisco de Asis y Domingo de Guzman, no puedo menos de exclamar: *Ecce*

quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum! Ved, modernos políticos del mundo, cuán excelente, cuán agradable es la caridad, segun Jesucristo, entre los hermanos. ¡Que jamás se rompan vínculos tan sagrados! ¡que os estrecheis ahora mas que nunca! pues el genio del mal, el espíritu de nuestro siglo os quiere rechazar. Dispensadme esta digresion.

Os decia, señores, que la hermandad de estas dos respetables comunidades, y la caridad con que se aman, me han hecho recordar, no sé si oportunamente, las dos tan ponderadas columnas de que nos habla el libro III de los Reyes, que colocó Salomon en el pórtico del famoso templo de Jerusalen, y no he trepidado en creer que acaso ellas figuraban á nuestros gloriosos Patriarcas, fieles sostenedores, firmes columnas de la Jerusalen nueva, de la Iglesia santa de Jesucristo. ¡Ah! sí, la historia, la verídica historia así nos lo comprueba, y los hechos no se desmienten con utopias.

¡Oh! si me fuera dado en un solo discurso probar mi aserto, quedarian confundidos los falsos filósofos, los pretendidos iluminados de nuestros dias, los que miran con indiferencia ó con desden estas dos santas comunidades. Francisco y Domingo son verdaderas columnas de la Iglesia católica. Mas, señores, no es mi ánimo elogiar á dos tan grandes Santos á la vez; debo contraerme á hablar del glorioso patriarca santo Domingo, á quien con tanta piedad y grandeza solemnizais. Pero los elogios del uno reflejan en el otro. No abandono mi idea, y me esforzaré en probaros que el glorioso patriarca santo Domingo es la columna de la Iglesia de Jesucristo desde el siglo XIII; y advertid, señores, que las columnas del templo de Salomon eran de una sola piedra, lo que nos dice ¡cuánta era su solidez y fortaleza! y servian al mismo tiempo de adorno, ¡cuánta seria su belleza! y en ellas

se escribian los nombres de los héroes dignos de la inmortalidad. Tales son tambien las excelencias de santo Domingo de Guzman; al considerarle como columna del templo del Señor, es porque hallo en él solidez y fortaleza de espíritu, celo ardiente, cargado de hermosos trofeos en sus grandiosas obras. San Juan en su misterioso Apocalipsis nos dice lo que es Domingo: *Qui vicerit, faciam illum columnam in templo Dei mei;* Domingo apoyo ó columna de la casa de Dios, hé aquí la solidez ó fortaleza; *et scribam super eum nomen Dei mei;* este es el adorno ó sea el celo de la casa del Señor; *et nomen civitatis novæ Jerusalem*, esta es obra de la inmortalidad. *Exivit vincens ut vinceret.*

Vírgen santísima del Rosario, Madre mia muy querida, Vos fuísteis la que formásteis á vuestro predilecto Domingo; Vos lo dirigísteis en todos sus pasos; os constituísteis su guia y maestra; le fortalecísteis en los combates, lo adornásteis con el santo Rosario, y lo habeis colocado en el templo inmortal de la nueva Jerusalen bajada del cielo; que mis palabras sean aceptas á vuestro santísimo Hijo, que ellas enciendan á mis oyentes en la devocion para con el santo Patriarca y para con Vos, y os repetimos con Domingo aquellas tan gratas palabras con que tan armoniosamente os saludó el Arcángel, diciendo: Ave María.

El Señor Dios de las misericordias en medio de los mayores apuros, angustias y calamidades de su pueblo, nunca le faltó con oportunos socorros para aliviarle ó librarle de los males que le afligian. El Señor Dios de la justicia en medio de las mayores depravaciones de su pueblo nunca dejó de enviarle excelentes ministros llenos de celo y de caridad, los cuales fuesen medianeros entre Dios y los hombres pecadores, entretuviesen ó suspendiesen la venganza que les ame-

nazaba, les diese en rostro con su rebeldía é ingratitud, los exhortasen á penitencia, convidasen con la divina misericordia y procurasen apaciguar y templar su justa indignacion. Tal fue siempre la conducta que guardó el Señor con el pueblo de los judíos; tal es tambien la que hasta hoy guarda con los pueblos católicos. La mision del hijo de Helcías al pueblo de Israel; la mision de nuestro padre santo Domingo á los pueblos católicos es un comprobante de esta conducta de parte de nuestro Dios y Señor.

El estado y órden de la nacion hebrea se hallaba todo trastornado y en la mayor confusion; el culto del verdadero Dios abandonado, viciado y profanado con públicas idolatrías; la vida comun en continuo desórden, y depravada con toda suerte de pecados que dominaban; apenas habia quien se acordara de su Dios y sinceramente le adorara. Irritado por esto justamente contra su pueblo, parece que iba ya su justicia á pronunciar su fallo y última sentencia contra él; pero su misericordia detiene el merecido castigo; y para hacer la última prueba y ver si aquella nacion rebelde le quitaba el azote de las manos, se convertia á él y detestaba sinceramente sus pecados, suscita al segundo de los profetas mayores, le dota de las mas eminentes cualidades para el desempeño de su ministerio, y lo envió á oponerse al torrente de vicios y pecados que inundaban á aquel pueblo, le reprendiera vivamente amenazándole con la ira de Dios y con el rigor de sus castigos, y procurara traerle á conocimiento, antes que de lleno se desplomase sobre él la ira divina, pues estaba decretada la última ruina por los caldeos. Esta era la situacion lastimosa de Jerusalen y su reino, cuando el Señor le dió la mision de predicar á Jeremías. Oid, oid el cuadro lastimoso de la Iglesia de Jesucristo cuando el Señor envió al mundo á santo Domingo de Guzman.

¡Dias felices aquellos que principiaron el siglo XII! ¡Dias de gloria y de esplendor para la Iglesia católica! La fe y la opinion gobernaban el Occidente, y una multitud de pueblos obedientes y libres formaban una perfecta comunidad. En la cúspide del órden social estaba sentado el sumo pontífice en un trono, de donde la majestad descendia en auxilio del mundo. Juntamente vicario de Dios y de la humanidad, el brazo derecho sobre Jesucristo y el izquierdo sobre la Europa, el pontífice romano impulsaba á las generaciones á los caminos rectos. Jamás se habian reunido sobre mas alto pedestal la fe, la razon y la justicia; jamás habia parecido mas inmediato el restablecimiento de la unidad en las desgarradas entrañas del linaje humano. El estandarte de la cristiandad ondeaba en Jerusalen sobre el sepulcro del Salvador de los hombres, y la Iglesia griega queria reconciliarse con la Iglesia latina; el islamismo vencido en España y arrojado de las costas de Italia se veia atacado en el centro mismo de su poderío; veinte pueblos marchaban de consuno á las fronteras de la humanidad regenerada para defender contra la brutalidad de la ignorancia y el orgullo de la fuerza el Evangelio de Jesucristo, y prometian á la Europa el término de aquellas sangrientas emigraciones, cuyo foco era el Asia. Pero ¿no vísteis, señores, en apacible tarde trasponerse el sol, aparecer las nubes, engrosarse, y luego cubrirse la tierra de oscuridad imponente, resonar el aire y estremecerse el mundo con el estampido del trueno, y deslumbrarse el hombre con el resplandor fugitivo del relámpago?

Así, así cuando el mismo siglo declinó hácia el horizonte para hundirse en la eternidad, pareció que la Iglesia declinaba cargada la frente de un pesado porvenir. Nuestros caballeros, vencidos por Saladino, apenas conservaban algunos piés en la Tierra Santa; la Iglesia griega se habia obstinado

en su cisma; el Oriente estaba perdido para los cristianos. Cayó Constantinopla y la ocuparon los turcos otomanos; tres siglos de incursiones de los tártaros; la Rusia adoptaba el cisma y amenazaba destruir toda fe y toda libertad en la Europa. ¡ Pero siquiera consolara el espectáculo interior de la Iglesia! Mas ¡ ah! ¡ que los esfuerzos de san Bernardo fueron infructuosos contra el desenfreno de la simonía, de la avaricia, del fausto del clero! ¡ Cuánta vanagloria! ¡ Qué ciega ambicion! ¡ Deseo insaciable de honores y dignidades! Ya nadie se cuida en saber cómo las almas han sido engendradas para Jesucristo, sino en averiguar su nacimiento segun la carne. La oracion, la humildad, la penitencia, la abnegacion huyen como tímidas avecillas: las sepulturas de los Santos son extranjeras en sus propias casas. La reforma de la Iglesia era muy necesaria, y la Santa Sede la habia procurado por medio de tres concilios ecuménicos. Se agravaron mas los males con la aparicion de un hombre funesto, que en el exceso de su orgullo se creyó llamado á reformar la Iglesia, ¿ y qué reforma intentó? Echar por tierra la verdadera Iglesia de Jesucristo; y afectando una modestia y rigor farisáicos condenaba á los pontífices, á los eclesiásticos y religiosos sin distincion. En estas circunstancias y por el mismo tiempo llegó del Oriente y se introdujo en Alemania y en Italia, se entronizó en el corazon de la Francia aquella herejía siempre combatida y nunca aniquilada, mezcla de ideas cristianas y de doctrina persa. Los maniqueos contaban con Raimundo VI, conde de Tolosa. El cisma y la herejía, favorecidos por el mal estado de la disciplina eclesiástica y por la resurreccion de las ciencias paganas, socavaban en Occidente la obra de Jesucristo, y el malogro de las Cruzadas completaba la ruina del Oriente y abria á los bárbaros las puertas de la cristiandad.

Entonces fue cuando Jesucristo miró á su Iglesia con ojos de misericordia, y al ver sus manos y sus piés desgarrados por los ajenos y por los propios, hizo nacer dos hombres que todo lo reparasen, y estos dos hombres son los gloriosos patriarcas santo Domingo y san Francisco, porque nunca le faltaron á Israel fieles adoradores.

El año 1170 Félix de Guzman y la beata Juana de Aza dieron al mundo y á la Iglesia al niño Domingo, tambien santo. ¡Ah! señores, yo recuerdo la resistencia que opuso el profeta Jeremías cuando el Señor le daba la mision de predicar á sus hermanos, y cuando se disculpaba con su lengua balbuciente. «Antes que te formara, le dice el Señor, en el vientre de «tu madre, te conocí; antes que salieras á luz te santifiqué, «y te puse por profeta entre las naciones.» ¿Y qué, señores, no vemos realizado esto mismo en el hijo de Guzman? ¿Nada nos dice aquella vision profética de la santa Madre de Domingo? nada la vigilancia y fidelidad del perro? nada esa tea encendida para abrasar la tierra? Y ¿qué tiene de extraño que el resplandor ó estrella que brilló en la frente de Domingo al tiempo de recibir las sagradas aguas del bautismo, fuera una manifestacion del cielo, de la heróica santidad y de la alta mision que el Dios de los cristianos le daba de abrasar la tierra con los rayos de su predicacion? «Te puse por «profeta en todas las naciones,» dijo el Señor á Jeremías, y creo que lo dijo tambien por Domingo. Admire vuestra devocion los rasgos sorprendentes de su niñez, y como apenas pudo moverse por sí solo, salia en secreto de la cuna, y se echaba en el suelo; ¿y quién le diria que así imitaba á Jesús? Agradeced al cielo porque á los siete años fue entregado como Samuel á las lecciones de la Iglesia, y apoyado en sólido cimiento crecia en edad y en talento; y ¿de qué otro modo acostumbra el Señor á formar á sus Santos? Seguidle

á la célebre universidad de Palencia, y á la edad de quince años le veréis penetrar con facilidad en las ciencias humanas, y de ahí beber con ansiedad en las profundas fuentes de la sagrada teología; él abrió su corazon á la verdadera sabiduría, y se engolfó de tal modo en estudiar las santas Escrituras, que pasaba las noches cási sin dormir por aprenderlas. Olvidado de que era jóven, la madurez de su conversacion y la fuerza de sus costumbres le presentaban como un anciano; toda su vida se deslizaba entre una devocion y un trabajo constante, y el Señor le premiaba con el don de inteligencia para resolver las mas arduas cuestiones. No me pregunteis, os suplico, cuánta era su caridad para con los pobres; preguntádselo á ellos mismos. ¿Cuántas veces vendió sus vestidos, sus libros y cuadernos por socorrer la indigencia? ¿Cuántos se estimularon con su ejemplo en la universidad, á esa verdadera beneficencia que solo el Evangelio inspira? Dígalo por todos aquella pobre mujer que lloraba el cautiverio de un hermano suyo, y la generosidad de Domingo que quiso venderse á sí mismo por acallarla. Pero no, Domingo, no te esclavices por un hombre solo, el cielo te lo prohibe; porque el cielo, yo te lo aseguro, te ha puesto profeta en todas las naciones. Sí, señores, así le anunció á su profeta querido Jeremías: «Yo te he puesto por ciudad for«tificada, por columna de hierro....» ¿Y con tales elementos y con tal destino, Domingo, esta nueva columna de la Iglesia, dejaria de ser la mas compacta, la mas sólida, la mas á propósito para sostener la Iglesia? Y ¡de cuánta solidez no necesitan los ministros del Señor! pero Él les da la gracia, que todo lo puede. Por esta razon le decia el Señor á Jeremías: «Y guerrearán contra tí mis enemigos; mas no pre«valecerán; no temas, yo estoy contigo para librarte.»

Veinte y cinco años tenia Domingo, y aun estaba esperando

la voz del Señor para ir á donde el cielo quisiera colocarle. El obispo de Osma, D. Martin Bazan, y el grande varon espiritual D. Diego Acevedo, fueron señalados por Dios para hablar á Domingo, para que se les reuniese á la grande obra de la reforma eclesiástica; y Domingo, oyendo la voz del Señor, no trepida en consagrarle su vida en el Cabildo reformado de canónigos de Osma. Apareció desde luego entre los canónigos, sus hermanos, como una antorcha encendida, el primero, dice Jordan de Sajonia, por la santidad; el último de todos por la humildad de su corazon. Nueve años emplea en prepararse para su mision apostólica, y siguiendo la regla de san Agustin, experimenta en sí mismo lo que despues habia de ordenar á sus hijos. Pasaba el dia y la noche entregado sin descanso á la oracion; Dios le habia concedido la gracia de llorar los pecados, las aflicciones y desgracias del prójimo; ¡qué caridad tan desinteresada! la principal súplica era pedir al Señor una verdadera caridad para arrostrarlo todo por la salvacion de los hombres. ¡Oh libro divino de las conferencias de los Padres! tú elevaste á Domingo á la mas alta contemplacion y á un altísimo grado de virtud, que así es como los varones apostólicos se fortalecen para ser verdaderas y sólidas columnas del templo del Señor. Despues de haber fortalecido su alma con las virtudes y vencídose á sí propio, consideradle en la edad vigorosa de los treinta y cuatro años de su vida.

Saca Dios á Domingo de su patria, porque escrito está: «Ninguno es buen profeta en su patria.» Parte con el obispo de Osma para el Norte de Alemania, ve en el Languedoc el estrago que hacian los albigenses, y no resistiendo por mas tiempo su caridad, habla en Tolosa al hereje que les habia hospedado, y despues de haber llorado la desgracia de aquel hombre, pasa toda la noche exhortándole hasta que logró con-

vertirlo; y contento y halagado con su triunfo, fue el momento en que el Señor le inspiró la idea de fundar una órden consagrada exclusivamente á la defensa de la Iglesia por medio de la predicacion. Mucho se consoló su fe cuando se vió en Roma, en la ciudad santa, y conoció al Sr. Inocencio III. Pero Tolosa debia ser el primer teatro de su apostolado. Principia, pues, Domingo su apostolado en sus inmediaciones, donde á la vez sostiene como columna firme la Iglesia; pero ya hà inscrito en ella el Señor su santo nombre, *et scribam super eum nomen meum;* y no puede menos de ser vistoso.

Abre Domingo conferencias con los albigenses, y en todas ellas confunde á los herejes. Escribe una memoria en defensa de la fe, y los enemigos de la Iglesia, á falta de razones, toman el caprichoso arbitrio de arrojar á las llamas los escritos del error y la memoria escrita por Domingo: acordaos del suceso del profeta Elías en igual prueba; los primeros se redujeron á cenizas, y la segunda por dos y tres veces intacta la arrojaron fuera las llamas: impíos necios, ¿lo creeis? En otra ocasion se repitió el mismo hecho. Observa Domingo que los herejes se aprovechaban de las doncellas nobles cuando los padres no las podian proporcionar una educacion correspondiente, y Domingo toma la empresa de fundar un monasterio destinado á recoger á las dichas jóvenes. El célebre y humilde monasterio de la Prulla fue las primicias de las instituciones dominicas, y ya no busqueis al Sub-prior de Osma, pues solo es conocido por el del hermano Domingo, prior de Prulla. Los Apóstoles son verdaderas columnas de la Iglesia; columnas firmes, columnas vistosas; santo Domingo, verdadero apóstol, sostiene y hermosea la Iglesia : *Qui vicerit, faciam illum columnam... et scribam...* y el apostolado no puede menos de ser vistoso.

Tolosa era el foco de todos los errores, y en Tolosa fijó su

asiento el nuevo Apóstol, sin atemorizarse por el estruendo de las armas. Domingo y el conde de Montfort fueron los dos héroes de la guerra de los albigenses; el primero como sacerdote, el segundo como caballero. ¡Callad, mordaces, no querais con vuestras calumnias manchar la hermosura de Domingo! Ignorantes, leed la historia. Moisés oraba mientras el pueblo del Señor peleaba contra los incircuncisos; Domingo lloraba y oraba en una iglesia de Maurel mientras Montfort acuchillaba á los enemigos implacables de los pueblos católicos. Bien fácil os será concebir que Domingo fue el blanco de los insultos, vejámenes y persecuciones de los herejes. *Bellabunt, sed non prævalebunt.* ¡Cuántas veces deseó un martirio prolongado! ¡Á cuántos herejes libró de la última pena! Grande fue su caridad, grande su desinterés; renunció los obispados de Beziers, de Conserans y de Comminges. Era tan férvido predicador, que en todos tiempos y á todas horas anunciaba la palabra de Dios. Su vida era tan austera, que su comida ordinaria era solo pan y agua; consolaba con tierna bondad á los enfermos, y animaba á los tentados. No tenia mas cama que la iglesia; cuando esta le faltaba se tendia sobre un banco; vestia una sola túnica y esa remendada. El apostolado siempre va acompañado de prodigios. Si un barquero le apura porque le pague, el cielo hará que se aparezca una moneda; si ve á unos peregrinos que se sumergen en el mar, los salva diciendo: «Os mando en nombre de Cristo que vengais todos á la orilla.» El don de la profecía es otro de los adornos del apostolado. Domingo profetizó la muerte del rey de Aragon; resucitó tres muertos, pero los milagros solo sirven para confundir la incredulidad. Para que conociéseis toda la belleza de esta sólida columna seria preciso que en ella inscribiera todas sus obras. Estas son las que lo han hecho inmortal.

Las columnas del templo del Señor son inmortales, y Domingo con las obras de su apostolado inmortalizó su nombre y el del Señor. Referir todas estas obras seria un imposible; debo fijarme en algunas, y para esto basta señalar como las primeras la institucion del santo Rosario, el establecimiento del Órden de Predicadores y la venerable Órden tercera de la penitencia, ó sea milicia de Jesucristo; *et nomen civitatis novæ Jerusalem.*

Bien lo sabeis; en sus aflicciones María santísima le revela la devocion al santísimo Rosario como arma la mas poderosa para convertir á los pecadores y herejes. ¡Qué devocion mas eficaz! santo Domingo la regularizó, la predicó, la instituyó, haciendo que se practicase en comun, y se uniese la oracion vocal de las dos mejores plegarias, con la mental, en la meditacion de los misterios de Jesucristo. Se establecieron las cofradías del santísimo Rosario. ¿Y cuántos triunfos no ha conseguido la Iglesia en todos los siglos? Esta institucion sola es una hermosa columna indestructible, tal es su solidez; magnífico adorno de la Iglesia, tales han sido sus trofeos; y en esta columna se inscribe el nombre santo del Señor y el nombre de María santísima; verdadera ciudad nueva de Jerusalen, nuevo y eficacísimo resorte para conservar la fe, para contrarestar las herejías: *Qui vicerit;* venciste, venciste, Domingo, con el santo Rosario cuantos obstáculos se oponian á tu apostolado: *bellabunt adversum te, et non prævalebunt.* Nadie podrá ya resistir tu poder: *Exivit vincens, ut vinceret.* Vencedor inmortal...

Tal se creyó santo Domingo, y despues de vencidos los albigenses, emprende la fundacion de su deseada Órden de Predicadores que sean otras tantas columnas de la fe, sostenedores de la Iglesia, monumentos que inmortalicen el nombre del Señor y de María. Tolosa, capital de la herejía, es la

cuna que entre tempestades vió nacer esta esclarecida Órden. Seis compañeros tiene Domingo, y los seis dignos de él; se distinguen por la modestia de su traje, una túnica de lana blanca, sobrepelliz de lino, capa y capucha de lana negra, tal fue el primer distintivo de Domingo y sus primeros hijos; cuál era su fin, nos lo dice el célebre Fulco, obispo de Tolosa y su primer protector: «Instituimos, dice, por predicadores «en nuestra diócesis al hermano Domingo y á sus compañe«ros, los cuales se han propuesto caminar en la pobreza «evangélica, á pié y como religiosos, anunciando la verda«dera palabra.» Estos fueron las primeras siete estrellas que el célebre teólogo Alejandro vió en ensueños, las que eran pequeñas en su principio, pero que creciendo en tamaño y brillo iluminaban la Francia y el mundo entero. Parte ansioso Domingo á Roma á recabar la aprobacion del sumo pontífice el Sr. Inocencio III; pero las grandes obras tienen que vencer grandes obstáculos. ¿Y cómo establecer una Órden apostólica? ¿Puede haber mas en la Iglesia que el episcopado? ¿Y el concilio de Letran, que decretó no se instituyesen nuevas órdenes religiosas, tan pronto se habia de quebrantar? ¡Oh Dios, protector de la Iglesia, cuán fácil os es allanar las mas graves dificultades! Inocencio III vió en sueño la basílica amenazando ruina, y que Domingo y Francisco sostenian con sus hombros sus vacilantes paredes. Ved por qué os dije que estos dos santos Patriarcas estaban figurados en las dos célebres columnas del pórtico de Salomon; ved dos héroes que ni se conocian y trabajaban al mismo tiempo por el bien de las almas; estos son los dos hombres que vió nuestro santo Patriarca presentaba María santísima á Jesucristo irritado contra el mundo; y entonces fue cuando al salir de una Iglesia se conocieron, y estrechándose en mútuos abrazos exclamó Domingo: «Sois mi compañero; caminad conmigo; no

«nos separemos, y ninguno podrá prevalecer contra nosotros;» *Stemus in unum*, y esta union despues de siglos dura sin alterarse entre los hijos del uno y del otro santo Patriarca. El cielo continúe sus bendiciones sobre vosotros; y la caridad os estreche mas y mas para que el espíritu del siglo no prevalezca contra vosotros.

Bajo la proteccion del gran padre san Agustin era preciso formase Domingo una mezcla íntima del monje y del apóstol. Estudiar, rezar, predicar, ayunar, dormir en el suelo, andar descalzo, pasar del acto penitente á la funcion del apostolado, ¿no habia sido la vida de Domingo? Unir la vida contemplativa con las fatigas del apostolado era el espíritu del Santo. Regla tan santa fue aprobada inmediatamente por el Sr. Honorio III con estas sentidas palabras: «Considerando «que los hermanos de vuestra Órden serán los campeones de «la fe y unas verdaderas lumbreras del mundo, confirma«mos vuestra Órden.» El mismo Pontífice en su tercera bula les da el nombre de Predicadores, ó sea Órden apostólica. Domingo debió acreditar que el título de su Órden no era en vano, y en el palacio mismo del Papa explicó las epístolas de san Pablo; y el Papa erigió entonces el oficio de maestro del sacro palacio; Domingo fue el primero, y hasta ahora sus hijos desempeñan con honor las altas funciones de este magisterio. Teniendo compañeros, ya no podia caber el celo de Domingo en los límites de la Europa; deseaba predicar á todo el mundo, cuando los santos apóstoles san Pedro y san Pablo le dicen: «Vé, y predica, porque para eso has sido elegido.»

Diez y seis compañeros contaba ya santo Domingo y le parecian muy bastantes para diseminarlos por Roma, París y Bolonia, preparándose él para pasar al Oriente; y diseminó á sus hermanos segun la costumbre de los Apóstoles, y despues de haber recibido su profesion en la iglesia de la

Prulla. Se sitúa el Santo en Roma y obra maravillas con la eficacia de su palabra; qué ¿os diré que resucitó á un muerto? que prolongó la vida á un hermano? que abastecia la Providencia las casas de la Órden, y mas de una vez la de sus hijos? Mucho mas difícil que todo era la empresa de la reforma de los monasterios de religiosas; pero ¿quién puede resistirse á la palabra de Domingo? Todo, todo lo consiguió. ¡Oh! si me fuera dado trazar un cuadro de la grandeza y prodigios en sabiduría y santidad que con la institucion de la Órden de Predicadores ha hermoseado la Iglesia del Señor é inmortalizado el nombre santo y la Jerusalen celestial, ¡cómo leeríais inscritos en esa sólida y hermosa columna el nombre del Señor y el de la nueva Jerusalen, el inmenso catálogo de Santos pontífices, doctores, mártires, confesores y vírgenes que ha producido la Órden de Predicadores! ¡Cuánto les debe la sociedad, cuánto las ciencias, cuánto la humanidad entera! Díganlo sino... No puedo, señores, detenerme; aun nos resta otra obra inmortal que adorna al vencedor Domingo, y es el establecimiento de la venerable Órden tercera de penitencia.

Al recorrer Domingo la Lombardía habia notado que los legos se habian apoderado del patrimonio de la Iglesia. Bajo el pretexto de que era demasiado rica, todo el mundo la robaba, lo mismo que en nuestros dias sucede: el clero estaba reducido á una pobreza degradante, y no podia sostener la magnificencia del culto ni ejercer con los pobres el deber de la caridad; esto es lo que desea la impiedad. No hay para la Iglesia peor estado que este. Domingo, fundador de una religion mendicante, tenia derecho para oponerse á tan espantosa combinacion de mal; y al efecto instituye una asociacion que llamó Milicia de Jesucristo. Se habia de componer de personas legas, que se obligaban á defender los bienes y la

libertad de la Iglesia por cuantos medios pudiesen. Debia distinguirse con los dos colores símbolos de la inocencia y de la penitencia. Sin ser religiosos, participaban de la vida de ellos. Esta era la tercera rama que abrazaba á toda clase de personas. Con la creacion de esta Órden introdujo la vida religiosa hasta en el seno del hogar doméstico y en la cabecera del lecho nupcial. Ya no era preciso huir del mundo para ser santo; toda habitacion podia ser una celda, y toda casa una Tebaida. La institucion de esta Órden es una obra bella en que se inmortalizó Domingo. En todas las clases de la sociedad humana ha producido Santos y Santas. Las mujeres sobre todo han enriquecido las Órdenes terceras. ¡Cuántas formaban del rincon de su casa un misterioso santuario! se consagraban al Esposo invisible, á quien únicamente amaban. ¿Quién no ha percibido la fragancia de la Rosa de Lima? ¿Y á qué mas podia aspirar ya el patriarca Domingo?

Por la vez sexta abrió Roma sus puertas á nuestro Santo, y Domingo se encontró con el mejor y mas antiguo amigo, el obispo Fulco, y allí se despidieron estos dos grandes colaboradores de la viña del Señor. En el año 1221 se celebró el segundo capítulo general en Bolonia, donde acudió el Santo. Se hizo la division de la Órden en ocho provincias. España, la Provenza, Francia, Lombardía, Roma, Alemania, Hungría y la Inglaterra; las primeras provincias contaban sesenta conventos. ¿Podia esperar mas Domingo sobre la tierra? ¿Qué mas se habia de inscribir sobre esta preciosa columna, columna sólida, columna de adorno, columna de inmortalidad? Sí, señores, Domingo anhelaba por la inmortalidad, y pedia ya la disolubilidad de su cuerpo, y el cielo oye su plegaria justa, y un mancebo le invita diciendo: «Ven, «amado mio, ven al seno de la felicidad, ven;» y ya señala

Domingo el plazo de su vida para antes de la Asuncion de la Vírgen.

No pensó sino en aconsejar á sus hijos hasta el último momento, dejándoles en testamento aquellas importantes palabras: «Tened caridad, observad la humildad, poseed la po«breza voluntaria.» Fue llevado á Bolonia, y leyendo aquellas palabras de la Iglesia «venid en su ayuda, Santos de Dios, to«mad su alma,» el Señor la recibió el 6 de agosto el año 1221 á la hora de mediodía un viernes. Fue visto al pié de dos escaleras; por la una bajaba Jesucristo y por la otra María santísima para elevar al cielo al Santo; otros dos hijos suyos le vieron ceñida la frente con una corona de oro, rodeado de una admirable luz. El cardenal Ugolino hizo las exequias. Domingo, aun considerado humanamente, fue el ingenio mas atrevido y el corazon mas tierno. Una perfecta fusion hizo la actividad de la vida exterior con la vida interior, de la que cada aliento era un acto de amor á Dios y á los hombres; guardaba las lágrimas para la noche y la alegría para el dia; daba el dia al prójimo y la noche á Dios. Su sepulcro fue glorioso, y la fragancia que despedian sus restos ha inmortalizado sus virtudes. Él venció á los enemigos de la Iglesia, y san Juan dijo: «Al vencedor le haré columna del templo «de mi Dios, é inscribiré en él mi nombre y el nombre de «la nueva Jerusalen bajada del cielo.» Victorioso de sí mismo, Domingo salió á vencer á los enemigos del Señor, y él con el glorioso patriarca Francisco de Asis son las dos columnas de hierro que sostienen la entrada de la Iglesia católica, habiéndose inmortalizado con el establecimiento del Órden de Predicadores, la institucion del santísimo Rosario y la venerable Órden tercera Milicia de Jesucristo, y era lo que os habia prometido.

¿Qué podré yo deciros, mis amados Padres y hermanos, sino que sigais las huellas de tan santo varon y de tantos hermanos y hermanas que han inmortalizado la fama y gloria de tan gran Patriarca? Que se anime vuestro espíritu con el recuerdo de la santidad de vuestros mayores, y que todos los que le pertenecemos emulemos las virtudes de los que nos han precedido. Todos, en todas las clases de la sociedad, tenemos, no uno, sino muchos ejemplares de cómo debemos llenar los designios de nuestro santo Patriarca. Vosotros, sus hijos predilectos y primeras columnas de la Iglesia, recordad el largo catálogo de Santos que hermosean á la Esposa de Jesucristo, y veréis confirmada mi idea de que Domingo es una verdadera columna de la fe y de la sociedad. De la fe, porque con su predicacion y con sus escritos los Dominicos la han sostenido, y con su sangre la han propagado; son columnas de la sociedad, porque con el santo Rosario y la venerable Órden tercera la han morigerado, la han arraigado en el corazon de las masas del pueblo, y donde quiera que existan los hijos de Domingo no puede desaparecer la verdadera Religion. Calle la atrevida impiedad, que nunca mejor que en el siglo XIX ha quedado confundida la calumnia de que son inútiles las corporaciones religiosas. ¿Qué seria de los pueblos sin ellas? Hablad, vosotros, piadosos santafesinos, y decid si podríais conformaros con que la infame filosofía viniera á derrocar estas dos beneméritas corporaciones, y si no mirais vuestros dos conventos como el asilo de vuestra fe, la mejor garantía de vuestra piedad y como el refugio de la inocencia, y aun el amparo y consuelo en vuestras calamidades y desgracias. Respetad dos columnas de la fe de Jesucristo en esta católica y benemérita provincia, amadlos, protegedlos, y el cielo, no lo dudeis, recompensará vuestras liberalidades caritativas.

Que el cielo en este dia nos bendiga por la intercesion de nuestro glorioso patriarca santo Domingo. Sí, bendecid, Santo y Padre mio, á estas dos comunidades religiosas, conservando siempre el espíritu de caridad fraterna entre sí; crezcan de mil en mil los hijos de tan excelsos Padres, y la impiedad los respete y no pueda nada contra su existencia; que los hijos vuestros conserven siempre vigoroso el espíritu que les legásteis; unan constantemente la accion de la vida apostólica con la sublime contemplacion de las altas verdades; sábios y santos con su palabra impongan y pulvericen el error, y con sus virtudes edifiquen y atraigan á los pecadores; que nunca pierda su eficacia esa arma invencible del santísimo Rosario, y que, propagándose la venerable Órden tercera, mantengan la fe en este piadoso pueblo, moralicen las familias y nos santifiquemos todos aumentando con la gracia del Señor los esclarecidos nombres que hermosean y están grabados en esa grandiosa columna de la Iglesia de Jesucristo san Francisco de Asis y santo Domingo de Guzman, dos columnas de la fe y de la piedad en los pueblos católicos contra la herejía, el filosofismo y la corrupcion. He dicho.

Apuntes para otro panegírico sobre lo mismo.

Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei. (Ps. LXXXVI, 3).

Así se expresaba el Profeta rey entusiasmado con las grandezas de la celestial y terrestre Jerusalen, y así anunciaba sin cesar la hermosura y maravillas de la nueva Jerusalen bajada del cielo, ataviada con todas las galas como para arrebatar al esposo y entusiasmarse en su amor. Sí, señores, la obra

mas principal de Jesucristo fue fundar la Iglesia, en la que todos los hombres se salvaran; su santidad y su duracion desafian á los siglos; ella es eterna y durará hasta la consumacion del tiempo y mas allá. Es la grande obra de aquel de quien confesamos que nunca se acabará su reinado. De esta Iglesia, verdadera ciudad de Dios, se ha dicho y se dice tanto y tan bueno, que el Profeta lo epilogó diciendo: *Gloriosa dicta sunt de te...* No os ofendais, devotos religiosos de santo Domingo, permitidme que yo salude con todo respeto y verdad á vuestra esclarecida Órden objeto siempre de mi admiracion y cariño, y que comprometido á hablar de vuestros Santos, despues del acierto y erudicion con que otros oradores han celebrado sus glorias, reduzca todo mi elogio á aquellas palabras: *Gloriosa...*

Sagrada Órden de Predicadores, desde que fuiste instituida por el grande, el sábio, el docto, el apóstol santo Domingo, *gloriosa dicta sunt de te*. Hasta el siglo XIX no puede menos de hablar maravillas de tí. Yo te llamaré, no ya familia, sino ciudad de María santísima. Es preciso, señores, que yo os manifieste la idea que imperiosamente me domina en este momento; no la creo exagerada ni presumo que sea nueva, pues ella es hija de la consideracion de las extraordinarias circunstancias en que el Señor quiso suscitar á santo Domingo. Inocencio III se resiste á la institucion de nuevas Órdenes, el concilio de Letran ha decretado y acaba de sancionar esta prohibicion; pero Inocencio III ve la Iglesia que amenaza ruina, Domingo y Francisco arriman sus hombros, y la sostienen y la fortalecen, y vuelven á su primitivo esplendor. Una Órden de Predicadores, esto es nuevo; una familia de Apóstoles solo Jesucristo la formó, y con ella plantó su Iglesia: *Gloriosa dicta sunt*. Esto es sorprendente, pero es obra de María santísima, que no pudiendo permitir que la obra de

su Hijo sufriese detrimento, suscitó el apostolado mariano, que ayudase, renovase y aumentase el espíritu de la Iglesia, y la hermoseara con el catálogo de los innumerables Santos del Órden de Predicadores. Es muy sencilla mi idea, pero asimismo desconfio llenarla: *Gloriosa dicta sunt de te*. Madre santísima del Rosario, las glorias de Domingo, de sus hijos, vuestros apóstoles, todas son vuestras; confortad mi espíritu para hablar con dignidad de vuestra obra predilecta, y al efecto, con el mayor entusiasmo os saludamos: Ave María.

La grande obra de Jesucristo al plantar su Iglesia era ilustrar al mundo y ganar su corazon; lo primero se consiguió con la doctrina, y lo segundo con los buenos ejemplos: *Cœpit facere et docere. Qui fecerit et docuerit*. Los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo y todos sus dones, y despues enseñaron con la palabra y con el buen ejemplo. Tal es la idea del verdadero apostolado de Jesucristo, tal la inspiracion que de María santísima recibe santo Domingo; establecer predicadores que prediquen, y se predique con la ciencia y la virtud; y esto, señores, siempre es lo mismo, y la Órden de Predicadores siempre debe llenar esta importantísima mision para con todos los hombres: la obra de Jesucristo nunca perecerá, el apostolado de María se perpetúa.

Para predicar y para enseñar es preciso saber, y se sabe estudiando y orando. Es el primer deber de un hijo de santo Domingo, estudiar como si solo en los libros se hubiera de aprender, orar como si sola la oracion fuese la maestra.

Con estos dos elementos quiere el Santo se formen sus hijos, y se formaron sábios y Santos de primer órden: san Alberto Magno y el Ángel de las Escuelas, el sol de la sagrada teología, el angélico doctor de la Iglesia santo Tomás de

Aquino. Si los Apóstoles escribieron los santos Evangelios, san Pablo sus imperecederas Epístolas; santo Tomás escribió su siempre nueva *Suma;* y en el sagrado concilio la Biblia y la *Suma* de santo Tomás son los que deciden las grandes cuestiones...

PANEGÍRICO

DE

SAN FRANCISCO DE ASIS.

Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.
(I Joan. v, 4).

En vano se lisonjearon los escribas y fariseos de haber satisfecho sus inícuos deseos al ver levantado en alto sobre la cima del Gólgota el madero santo de nuestra redencion : cuando aquellos desgraciados, en la embriaguez de su furor contra Dios y su Cristo, clamorearon su fementido triunfo, y creyeron sacudir para siempre el yugo del Señor, otra voz mas poderosa resonó del uno al otro polo : el reinado de Jesucristo principió en el árbol de la cruz, y su reinado no tendrá fin. Esta es la única verdadera victoria que venció al mundo : nuestra fe es nuestra victoria, es nuestra salud, nuestra vida, nuestra felicidad ; ella nos libra, ella nos salva. No debemos tener los cristianos otra gloria sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo. Y ¿no es esta, reverendos Padres, la regla de vuestra santa vida? Os fijásteis en la cruz del Redentor, y abrazásteis vuestro partido. Leísteis en ella el gran programa de la única y verdadera felicidad, que primero leyeron y practicaron en sí mismos vuestros gloriosos padres Domingo de Guzman y el Serafin de Asis, cuyas glorias con universal aplauso todos celebramos en este fausto

dia. Sí, señores; diga lo que quiera el siglo XIX con toda su ilustracion; es forzoso confesarlo: el gran patriarca san Francisco de Asis ha demostrado por sí mismo, por su santa regla y por medio de sus hijos en todos los siglos, desde que figuró en el mundo en el siglo de los Santos, que la cruz de Jesucristo, que solo ella puede conducir al hombre al término de su felicidad; que si los siglos, si los hombres de todos los tiempos en vez de sus peregrinas utopias trabajaran en conformarse con la doctrina de la cruz, no veríamos tan lamentables trastornos, guerras tan sangrientas, odios eternos, rivalidades perpétuas. Á la vista de la cruz, y leyendo la profunda y celestial doctrina que en ella se encierra, dejaria de lamentarse el pobre desvalido contra el codicioso opulento; no se quejaria el caido contra la tiranía de los soberbios magnates, ni la voluptuosidad descarada insultaria á la humilde moderacion. Y ¿quién no sabe que el orígen de todos los males ha sido siempre la codicia de los bienes terrenos, la molicie de los placeres sensibles y la soberbia de la vida? Vicios capitales que corrompieron al mundo, desórdenes que vino á reparar Jesucristo, para lo que fue preciso que los enclavara en la cruz para triunfar de ellos, y esta es la mejor victoria del Hijo de Dios, y donde descubrió los quilates de su inmensa sabiduría y misericordia para con los hombres. Y ¿qué descubrísteis en esta cruz victoriosa, ó glorioso patriarca seráfico san Francisco de Asis? ¿qué aprendísteis en este libro misterioso abierto á todos los hombres, y el que tuvísteis la dicha de leer con la luz de la fe? El divino Crucificado te descubrió, para que al mundo lo enseñaras, los tesoros que en la pobreza de la cruz se encierran, las glorias que en la humillacion de Jesucristo crucificado se contienen. Hablaré, señores, con claridad: en Jesucristo puesto en la cruz, pobre, humillado y hecho un varon de dolores, aprendió san

Francisco de Asis que la pobreza y la humildad son el camino real de salvacion, que con estas virtudes destruyó el Redentor el imperio del error y venció al mundo. ¿No os parece enigma incomprensible que en la pobreza se hallen las verdaderas riquezas, y en la humillacion la verdadera grandeza y gloria? El Señor hace alarde de ocultar estos misterios á los soberbios, y los revela á los pequeños. Gloriaos, pues, hijos de Domingo y de Asis, porque el Señor os ha revelado estas verdades: practicadlas como ellos las practicaron. Reproduzcamos los hechos del gran Francisco de Asis, y ellos nos revelarán que no hay cosa mas rica que la pobreza de la cruz, ni mas gloriosa que su humillacion. Francisco de Asis, rico y muy rico en la pobreza evangélica, glorioso en las mayores humillaciones de la cruz. Hé aquí la idea de mi discurso.

Reverendos Padres, me es muy sensible no poder lisonjearme de contentar ni vuestra admiracion, ni vuestro afecto filial, al honrarme en este dia con el panegírico de vuestro santo Fundador y Padre: os protesto todo mi reconocimiento, y estoy seguro que vuestra piadosa devocion suplirá con generosidad lo que faltare á mi discurso. Pero acudamos antes á implorar los mismos auxilios del Señor que iluminó á nuestro gran Santo, interponiendo el valimiento de la madre protectora y especialísima maestra, la Reina de los Ángeles María santísima, á quien saludamos reverentes: Ave María.

Primera parte.—San Francisco de Asis halló inmensas riquezas en la pobreza de Jesucristo.

Diez y ocho siglos y medio han transcurrido desde la venida del Salvador, y aun no se quiere conocer la importancia

de la mision divina de Jesucristo sobre la tierra en beneficio de la humanidad: diez y ocho siglos hace que se enarboló el estandarte de la cruz, y que la tierra fue regada con la sangre del Hombre-Dios, y el mundo no abandona aun sus viejas preocupaciones sobre la verdadera dicha de los pueblos: diez y ocho siglos hace que la doctrina de la sabiduría del Padre fue solemnemente proclamada y anunciada por los Apóstoles y sus sucesores, y aun se mira como locura la pobreza evangélica, y los unos se escandalizan, y los otros se mofan, y, lo que es todavía mas sensible, los mismos cristianos se avergüenzan de la desnudez de los fieles imitadores de Cristo, y no se creen sus promesas mas solemnes. Francisco de Asis ha leido como nosotros en el santo Evangelio: *Quicumque reliquerit aut patrem, aut matrem... propter me, centuplum accipiet, et vitam æternam possidebit.* Él ha creido, y se ha dicho á sí mismo: *Vende quæ habes, et da pauperibus.* ¿Seria esto un efecto de las preocupaciones de una educacion ascética, recibida de unos padres fanáticos? ¡Ah, no! Francisco, jóven, dotado por la naturaleza de amables prendas, lleno de esperanzas por sus talentos, por su viveza y por el acierto con que manejaba los negocios del comerciante avaro que le habia dado el ser, hace todo esfuerzo para aumentar su patrimonio, y, llevado no sé de qué sueño, él se cree llamado á la bulliciosa carrera de las armas: amigo del lujo y de la ostentacion, gasta mas de lo que su padre codicioso quisiera, y una madre cariñosa dispensa sus prodigalidades y las disculpa. Francisco de Asis, jóven de veinte y cinco años, á la vista de sus padres no tiene mas que un defecto que reprendérsele... suspended vuestro juicio, temerarios; no creais que este jóven en la fuerza y ardor de sus pasiones haya mancillado su virginal pureza. Era muy noble aun en las habitudes de una vida regalada. El defecto que hubieran de-

seado corregir en él sus padres era su caridad compasiva y generosa para con los desgraciados: no puede ver una necesidad sin socorrerla: una sola ocasion distraido dejó de hacerlo, y esto fue para él un crímen que jamás pudo perdonárselo, y en el acto pronunció un voto de jamás desatender la miseria del prójimo, el que cumplió hasta la muerte. ¡Bello corazon! Alegraos, pobres, y reconoced en el jóven Francisco al padre, al bienhechor, al compañero, al amigo, al servidor de los pobres; he dicho poco: él se hará pobre con vosotros. Sí, señores, el amor á los pobres es el gérmen y el principio del amor que bien pronto profesará á la virtud de la pobreza. Ved, ved los rápidos progresos que el jóven Francisco hace: ¡cuán benéfico se presenta! Un dia de los mas floridos de su juventud, y de los muchos en que hacia alarde de sus riquezas, elegantemente vestido y montado en un brioso caballo, y distraida su imaginacion fogosa, ve á un hombre asqueroso y cási del todo desnudo; su corazon se conmueve, se agita, y, sin ser dueño de sí mismo, apeándose del caballo se desnuda de su rico traje, y lo cambia con los harapos del mendigo. El cielo presenció solo este rasgo sublime; el mismo Jesucristo fue acaso el socorrido... ¡Oh beneficencia! ¡oh caridad cristiana! tú eres la virtud mas esplendorosa del Cristianismo: esta el cielo se la participó al jóven de Asis. El premio de la buena accion debe seguirse inmediatamente. Dios le habla, y Francisco repite y multiplica estos hechos: él halla un consuelo inefable en estas obras de caridad; él se alegra con el traje de los pobres, se honra con la librea de Jesucristo; busca á los pobres por todas partes, en los hospitales, en las cárceles, por las calles y plazas; los socorre, los alimenta, los viste, los sirve, los abraza, los besa; no se halla bien sin ellos, y raro es el dia que no vuelve á casa de sus padres cubierto de asquerosos

andrajos, y es recibido, como podeis figuraros, con dicterios, reconvenciones amargas y hasta con castigos; pero Francisco no puede resistir á los impulsos de la compasion para con los pobres: el cielo le habla, y él se siente llamado á la pobreza, y quiere ser pobre para servir mas á los pobres, para parecerse á Jesucristo pobrísimo en la cruz. Ahora entiendo, glorioso Patriarca, por qué el cielo dispuso que naciéseis como Jesús en un establo de bestias, por la inspiracion de aquel desconocido peregrino: ahora me atrevo á explicar lo mucho que significa esa cruz que imprimió en tu hombro no se sabe quién: sin duda que el pobre Jesús quiso formar en tí un vivo retrato... No me pregunteis, señores, cómo valoro el acto de Francisco de Asis en haber sacrificado tanta parte de sus intereses por alivio de los pobres, por reparar los templos del Señor, pues yo no sabré deciros sino que el cielo le impulsaba á ello, que Francisco sobrellevó con resignacion y con alegría los efectos del furor de su padre, y que toleró el hambre, la oscuridad, las prisiones, y que todo le parecia poco, sin que pudiese desistir de su compasion, y que no habia otro arbitrio sino, ó que Dios le diera otro corazon y otra alma, ó que le quitara todos los recursos. ¿No le vísteis con alegría acudir á la presencia del santo obispo de Asis, y en sus manos, y porque así lo exigia la codicia de su padre, renunciar á todos sus títulos y herencias, á los intereses que ya le pertenecian, al título de hijo, y desnudarse de los vestidos y entregárselos á su padre, exclamando lleno de regocijo: «Ahora sí que podré con toda verdad decir: Padre «mio que estás en los cielos, en quien tengo todo mi tesoro «y toda mi esperanza?» Hé aquí al jóven Francisco reducido á la condicion de mendigo. El santo obispo lo hace cubrir con una vieja ropa de uno de sus sirvientes, y le da su bendicion. Calle ya la avaricia y corazon desnaturalizado de un

padre tan severo; compadézcase el egoismo siquiera esta vez del desamparo de un jóven delicado: solo tiene derecho para hacerse oir la voz y cánticos de alegría con que Francisco da gracias al cielo porque no tiene ni aun dónde reclinar su cabeza como el Hijo de Dios. Ya en adelante el hambre y la sed, la desnudez y el oprobio, las irrisiones y los malos tratamientos serán sus compañeros inseparables; y los ricos le negarán un socorro para escarmiento, y los pobres le insultarán por su temeridad, porque ya no puede regalarles: pasará los dias expuesto á los rayos del sol, y en las noches se recogerá en las cuevas ó en alguna iglesia arruinada. ¿Están ya satisfechas tus ansias de pobreza, ó Francisco? Tres años de pobreza extremada ¿aun no te acallan? No, señores: en la ermita de María santísima de los Ángeles oye aquellas palabras del Evangelio dichas á los Apóstoles: «Vosotros no «llevaréis oro, ni plata, ni provisiones algunas, ni tendréis «dos túnicas, ni iréis calzados, ni con baston;» se mira á sí mismo, aun teme llevar algo supérfluo, y deja el baston y calzado que hasta entonces habia conservado. ¡Qué pobreza tan extremada! ¡Oh Dios! Vos revelais vuestros mejores misterios para los pequeñuelos. ¿Cuánto seria este amor á la pobreza cuando, desahogando su corazon, no se cansaba de llamarla su madre, su esposa y su reina? «¡Oh Jesús! de«cia, pues que Vos habeis vivido en el sumo desamparo de «todas las cosas, concededme la gracia, el honor y el pri«vilegio de esta mi querida virtud. Yo os pido este privile«gio para mí y para los mios, á fin de que por la gloria de «vuestro nombre nada poseamos en la tierra, y que hasta el «pan de cada dia lo debamos á la caridad de otros.» Él decia que la pobreza era el camino de la salvacion, la nodriza de la humildad y la raíz de la perfeccion. Él recordaba lo que el Señor prometia á los pobres: *Beati pauperes*, y lo

que se ganaba por sacrificarlo todo á Dios. Él halló los inestimables tesoros que se hallan en la pobreza de Jesucristo, muriendo pobre, y hasta el último momento quiso imitarle, pues en lo último de su vida pidió lo pusieran desnudo en el suelo, y recibió de limosna el hábito que habia de servirle de mortaja.

San Francisco de Asis pudo muy bien aplicarse á sí mismo aquellas palabras del salmo XXVI: *Pater meus et mater mea dereliquerunt me, Dominus autem assumpsit me.*

Cuando el hombre voluntariamente así se desprende de todo, sin reserva alguna y por amor á Jesucristo; cuando la criatura se lanza en los brazos de la Providencia, entonces, ¿quién lo duda? Dios lo prohija: *Dominus autem assumpsit me.* Hé aquí la recompensa; estos son los tesoros que se hallan en la pobreza de la cruz, mina inagotable que tan perfectamente supo explotar el pobre Francisco de Asis, que, constituyéndose pobre de Cristo, quedó muy rico de bienes de toda clase: con su renuncia experimentó Francisco de parte de su Dios todo el amor y solicitud paternal para con su buen Hijo. Él le llama en todas sus necesidades, y le encuentra pronto á socorrerlas; él lo invoca en sus penas y trabajos, y halla un pronto socorro. La Providencia, señores, vela incesantemente por la conservacion del justo, y le cumple sus deseos dispensándole todos sus tesoros. Sin oro, sin plata reparte mas limosnas que lo que vale la mas opulenta riqueza: pobre de todo, remedia los males de todos: en menos de dos años reedifica con limosnas tres iglesias: sin casa ni asilo, él levanta conventos para sus hijos, y muchas veces se lamenta de la munificencia de los reyes y príncipes, que ceden sus propios palacios para que sus hijos se alojen y ocupen las mejores ciudades de la Italia, España, Inglaterra, Francia, Alemania, Grecia y hasta la misma

África. Diez años despues de establecida su Órden religiosa reune en el capítulo general de Asis á cinco mil de sus hijos, y los alimenta, y se transportan; y el que renunció á su familia ha dejado un pueblo de servidores del Señor que, perpetuando su amor á la pobreza, han perpetuado sus virtudes, la proteccion de la divina Providencia, pues hace seis siglos que en ellos se verifica que *tamquam nihil habentes, et omnia possidentes.* Y cuando despues de épocas tan azarosas, al través de tan deshechas borrascas, viven y se conservan los hijos é hijas de Asis, ¿no podemos conjeturar que existirán hasta la consumacion de los siglos? Y ¿quién los ha perpetuado, quién los ha librado del furor de los intrusos reformadores, y quién les mantiene en el corazon y amor de los fieles? El espíritu de pobreza que les enseñó su santo Patriarca, que les ha dejado en su santa regla, y que ellos con asombro del universo rigurosamente guardan. Ved pues, señores, descifrado el primer enigma de la cruz de Jesucristo: La pobreza encierra inmensas riquezas; descifremos el segundo, en la humillacion se halla la verdadera gloria.

Segunda parte.—Francisco de Asis en la humildad glorioso.

Destruir el vicio capital de la soberbia fue uno de los principales fines que tuvo Jesucristo en su aparicion sobre la tierra. Su cuna á la vez nos enseña, como tambien su cruz, aquella importante leccion: *Discite à me quia humilis sum corde;* y por esto es que la humildad es el fundamento de la santidad verdadera y de toda perfeccion cristiana. ¿Quién, despues de Jesucristo, conoció y practicó mejor que Francisco esta virtud? ¿quién estuvo mas pronto á las humillaciones y oprobios? ¿quién rehusó mas constantemente las dignidades y los altos

honores? ¿quién deseó mas ser olvidado y menospreciado? Desde los primeros años de su juventud y de su penitencia se prestó gustoso á ser el objeto de la risa pública en su propia patria: él no se alteraba en los mayores insultos y menosprecios del populacho insolente: él se regocijaba en el Señor en las mas deshechas persecuciones, y se tenia por muy dichoso en las ignominias de la cruz. Lo mas difícil, señores, es conservar este fondo de humildad en medio de los mas altos honores. Dios ensalza siempre á los humildes, y se complace en los honores que se tributan á la virtud. Francisco de Asis se vió honrado de los soberanos pontífices Inocencio y Honorio III, y por los reyes de cási toda la Europa: recibió las mayores demostraciones de los pueblos, que le tributaban honores de santo; y ellos fueron tales que Francisco no podia menos de exclamar: «Yo vuelvo al Señor todos es«tos respetos y alabanzas, pues solo á Él son debidas... Yo «me abismo y me confundo en mi bajeza y en mi nada.» Toma para sí los nombres mas abyectos, como: gusano de la tierra; el mas indigno de los siervos del Señor; el mayor de los pecadores, y se miraba como tal, y la conviccion que se habia formado de su bajeza le hizo rehusar irrevocablemente el sacerdocio. Francisco de Asis, el santo, el profeta, el taumaturgo, temblaba á la sola consideracion de esta alta dignidad: ¡qué confusion para nuestra soberbia! Francisco de Asis, simple diácono, sin letras, sin estudios, sin conocer mas que la cruz de Jesucristo, desempeñaba el ministerio de la palabra, y era lo bastante presentarse en el púlpito para arrancar lágrimas á sus oyentes y convertir á los mayores pecadores. Habla delante de los pontífices y cardenales, y les dobla su voluntad, empeñada en no admitir su regla por demasiado austera. Él amansa al cruel Soldan de Egipto hasta hacerle cási cristiano, y triunfa de su barbarie.

¿Os habeis fijado, señores, en la interesante competencia que se forma entre Dios y el alma verdaderamente humilde? Francisco se empeña en ocultar sus virtudes, sus penitencias, los regalos y las distinciones que Dios hacia con él, y el Señor se complacia en que se descubriesen sus éxtasis amorosos, sus frecuentes arrobamientos. Unas veces le encuentran elevado en los aires; otras es arrebatado en un carro de fuego para visitar á sus discípulos; otras hace salir en forma de humo la fuerza del amor de Dios, orando en la iglesia de la Porciúncula con su hija predilecta santa Clara. ¡Oh monte Alberna! ¿por qué no nos descubres aquel prodigio singular de la impresion de las sagradas llagas de Nuestro Señor Jesucristo? ¡Ah, Señor! permitid que os diga: *Nimis honorificati sunt amici tui Deus*. ¿Qué favor podíais hacer mayor á vuestro glorioso siervo?

Despues, señores, de este inefable prodigio, perdonadme, ó hijos esclarecidos de este Serafin crucificado, si no os digo que vuestro santo Padre, como otro Moisés, hizo brotar agua de los duros peñascos; que, como san Pedro, con solo una palabra sanaba las enfermedades; que resucitaba los muertos como Eliseo; que amansaba las bestias feroces como Daniel; todo es ya menos que el parecerse en un todo á Jesucristo, y llevar sus preciosas llagas impresas en manos, piés y costado. No puede llegar á mas el recíproco amor de Jesucristo para con Francisco de Asis, y ya no es posible que pueda tampoco vivir este mas separado de Jesús. Él se traslada á su amada Porciúncula, cuna del Órden seráfico; sus ojos se han secado con el llanto del amor y de la penitencia: él se alegra al anunciársele la proximidad de su muerte, y lo celebra con alegres cánticos; se despide de sus hijos é hijas con las palabras mas tiernas y con los consejos mas saludables: él pide al Señor con vivas instancias: *Educ de custodia ani-*

mam meam, ad confitendum nomini tuo. «¡Ah, Señor! que «los Santos que cercan vuestro trono me esperan para que «me deis el galardon de mis servicios:» *Me expectant justi, donec retribuas mihi.* Con esta confianza muere el justo: estas fueron las últimas palabras del gran patriarca san Francisco de Asis; y hasta el dia de hoy su sepulcro es glorioso. Gloria, señores, que sacó de la cruz de Jesucristo, porque en ella se encierra todo poder y verdadera grandeza; grandeza y gloria que solo Dios revela á los pequeñuelos, y lo son los pobres de espíritu y los humildes de corazon: hé aquí descifrado ese enigma misterioso que el mundo no quiere conocer.

En el desprendimiento de los bienes caducos y perecederos, en la pobreza de la cruz hallarémos, como Francisco de Asis, los tesoros inacabables de la rica Providencia: *Qui reliquerit... Beati pauperes.* En la humillacion y abatimiento se encuentra la verdadera gloria, porque *qui se humiliat, exaltabitur.*

Tal es la enseñanza práctica que de la ciencia del divino Jesús crucificado nos han dejado los gloriosos patriarcas Domingo de Guzman y Francisco de Asis. En vuestras santas constituciones teneis expresado el espíritu de pobreza y de humildad. Este espíritu doble ha hecho prodigios en la Iglesia del Señor, y ensalzado la fe cristiana. Así lo ha dicho un santo concilio. Por medio de vuestras sagradas Órdenes se han conseguido los mayores triunfos.

Á vosotros, hijos de Asis, recordaré las últimas palabras con que se despidió vuestro seráfico Padre; son palabras de fuego: «Amense unos á otros con amor puro, sencillo y re«cíproco, como yo os amo: amen con todo esfuerzo á mi se«ñora la santa pobreza: siempre vivan fieles y sumisos á los «obispos y clero de la santa Iglesia de Dios.»

Y á vosotros, hijos del gran patriarca santo Domingo de Guzman, que tanta parte tomais como buenos hijos en las glorias de vuestro comun Padre, os recordaré la promesa mútua que se hicieron los dos santos Patriarcas en el primer abrazo que se dieron al verse por la vez primera en Roma: *Stemus in unum*, se dijeron; y esta union íntima de Domingo y Francisco ni el infierno jamás há podido desatarla. Ellos representan las dos místicas columnas que Salomon puso en el atrio del templo, sobre las que descansaba la fábrica del mismo.

Reparadores sois de la Iglesia santa. Inocencio III os vió á los dos juntos sosteniendo la iglesia de San Juan de Letran. En un mismo siglo, y para remediar unos mismos males, suscitó el Señor á vuestros Padres; *state in unum*. Unos son vuestros negocios, unos los intereses de Dios, unos los fines de la Providencia. Siempre caminaron juntos vuestros mayores, y los triunfos de su union, firmada con el sello de la caridad, están señalados en todo el mundo.

El cielo os bendiga, sagrados institutos de Predicadores y Menores; aumente sus gracias sobre vosotros, y os haga crecer de virtud en virtud, y entrelazadas vuestras glorias como lo están vuestros corazones, no querais temer á vuestros enemigos por muchos y desalmados que sean, pues sus ataques no harán mas que aumentar vuestros laureles.

Vuestra conservacion en este siglo es una patente prueba de la existencia de un Dios próvido, y de que el espíritu evangélico de vuestros Padres vive y vivirá en vosotros, y de que aumentaréis sus glorias.

¡Ay de nosotros si llegaran á faltar los hijos é hijas de su predilecta Clara, émula de sus virtudes, y muy especialmente de su pobreza y penitencia! Pero no; yo descubro en vuestros institutos un carácter de estabilidad parecido al del

Evangelio, al de la Iglesia : vuestra pobreza y humildad ha desbaratado siempre los soberbios y ambiciosos planes de la impiedad.

Es una prueba tambien del verdadero catolicismo y piedad de esta República, y del ilustre jefe que nos gobierna, quien os dispensa una proteccion decidida y un afecto paternal juntamente con su digna hija: y ¿cómo no? Si sois depositarios de los respetables restos de aquella mujer fuerte, buena cristiana, verdadera patriota, que el cielo haya premiado sus virtudes, y deber vuestro es rogar incesantemente por su conservacion y por su felicidad, por todos los pueblos y autoridades que os alimentan, que os respetan, que os aman, y que desean que os multipliqueis, para la direccion y enseñanza de la juventud y de las conciencias en el camino del Señor, hasta conseguir aquella victoria que debe ser nuestra por la cruz de Jesucristo, por la que hemos sido redimidos.

Santos y gloriosos patriarcas Francisco y Domingo, reparadores en todo tiempo de la Iglesia del Señor, bendecid en este clásico dia á nuestro santísimo padre el Sr. Pio IX, á nuestro ilustrísimo prelado y á todo el clero secular y regular : bendecid á vuestros hijos é hijas, multiplicadlos, crezcan de virtud en virtud, y lleguen á vuestra perfeccion, y perpetúen vuestras glorias acá en la tierra y despues en el cielo.

Apuntes para un panegírico sobre el mismo asunto.

Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi, per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. (Galat. VI, 14.).

Ilustrísimo señor, sábios y religiosos Padres: ¿Hasta cuándo será que para la mayor parte del mundo el sagrado Evangelio se presente como un enigma para la inteligencia, como una imposibilidad para la práctica? La civilizacion y los adelantos de la sociedad humana ¿no han llegado aun á comprender los misterios que se encierran en la cruz de Jesucristo? Los rápidos progresos del filosofismo no han hallado hasta nuestros dias el verdadero medio de hacer la felicidad de los pueblos. Tantas teorías, tan halagüeñas utopias, tantos cambios y combinaciones ¿qué resultados nos dan? ¿dónde está la felicidad? dónde la gloria? ¿Qué eco hacen en sus corazones las expresiones del Apóstol que acabo de pronunciar? *Mihi autem absit*... Bien lo sabeis, señores; el mundo y sus sábios no entienden ni pueden convenir en esta gloria que se halla en la cruz de Jesucristo. Es un absurdo, es un escándalo para ellos esa crucifixion; es una quimera el creer que en el desprendimiento de los bienes del mundo, en la humillacion del espíritu y en los sufrimientos de la cruz pueda jamás hallarse la verdadera gloria. Sin embargo, ellos vociferan con furor: «Igualdad, fraternidad, libertad.» Y ¿no es el Evangelio el que nos inspira y realiza esa verdadera igualdad de derechos y de fortunas? ¿Qué doctrina fraterniza

mas con los hombres que el espíritu del Evangelio, que destierra las rivalidades, sofoca la ambicion, y enseña á valorar á los hombres y sus actos? ¿Quién mas libre ni con mejor libertad que los seguidores de la cruz? ¡Felices vosotros, respetables y religiosísimos Padres, que entendísteis la celestial doctrina que se encierra en la cruz, y que la seguís y la practicais, y con el Apóstol y con vuestro seráfico patriarca el glorioso san Francisco de Asis, cuyas glorias hoy recordamos, hallais vuestra dicha y felicidad en la humillacion, en el desinterés y en la total abnegacion! ¡Vosotros sois el mejor argumento para probar que el Evangelio se ha dado para todos, y que en el Evangelio se halla la perfecta felicidad de los hombres! Sois los conservadores del espíritu evangélico, que practicaron Jesucristo y los Apóstoles, y que redujeron á reglas vuestros santos Fundadores. Llamados y suscitados los gloriosos santo Domingo de Guzman y san Francisco de Asis, en época para la Iglesia bien trabajosa, para renovar el espíritu y fervor de los primitivos fieles, hicieron ver que la práctica del Evangelio es para todos los tiempos, para todos los pueblos y clases de personas. Sí, señores; esta es la idea que mas me domina en estos momentos, en que me veo en la honrosa y difícil precision de hacer el panegírico de vuestro glorioso padre san Francisco de Asis. Este glorioso Santo, iluminado del cielo, leyó y comprendió el precioso programa de la felicidad del mundo, y lo leyó en la cruz y lo ejecutó; y os anima á practicarlo con la observancia de vuestra santa regla, cuyo lema es: «Des«prendimiento de los intereses humanos, humillacion verda«dera, abnegacion de sí mismo.» Tal es la gloria que se encierra en la cruz, gloria que ha hecho célebre á san Francisco de Asis, verdadero modelo de desprendimiento, de

humildad y mortificacion evangélica. Esta será la idea de mi discurso.

Nació san Francisco en Asis en el año 1182. Dióle á luz su madre en un establo, señal precursora de la imitacion de Jesucristo. Hubo diferentes prodigios en su nacimiento en el valle de Espoleto, y hasta lo fue el nombre de Juan que le pusieron en el bautismo. Hasta los catorce años estudió la gramática y la retórica: su padre le aplicó al comercio. Aunque pródigo y divertido, se conservó siempre puro é intacto. El Señor le habla en sueños; él se cree llamado á las armas, y cae prisionero. Una grave enfermedad le humilla y prepara su alma para oir la voz del Señor. Vence la repugnancia á un leproso, le da limosna y un ósculo tierno; busca despues al pobre y no lo encuentra. En Roma da todo el dinero á un pobre, cambia sus ricos vestidos, y se confunde con aquellos infelices.

Jesucristo ordena á san Francisco que repare la iglesia de San Damian, y él busca arbitrios, vende una parte de las mercancías de su casa, y deja el dinero para la obra. Su codicioso padre monta en cólera, lo encarcela en su propia casa, y le hace sufrir atrozmente. Luego que pudo evadirse de la prision renuncia los derechos que tenia como á hijo, cumpliéndose aquello: *Pater meus et mater mea dereliquerunt me, Dominus autem assumpsit me.* Se creyó mas feliz cuando, desnudo de todo, pudo decir: *Pater noster qui es in cœlis.*

Repara la ermita de San Pedro y la de Nuestra Señora de los Ángeles, cuna de la Religion seráfica, taller de los grandes hombres y tesoro inagotable de gracias: aquí aprendieron los Menores observantes la tierna devocion á María santísima, defendiendo sus mas antiguos privilegios. Aquí fue

donde el cielo le señaló la clase de vida que debian abrazar él y sus hijos : *Nolite possidere aurum, neque argentum, neque pecuniam in zonis vestris, non peram in via, neque duas tunicas, neque calceamenta;* y en el acto se vistió de un saco ordinario ceniciento, se ciñó con un tosco cordel, y se descalzó los piés. Desde luego el cielo le dió compañeros á propósito en Fr. Bernardo de Quintabal y en el santo Fr. Gil, el primero hombre opulento, y tambien le siguió el canónigo de San Rufino de Asis, Pedro Cataneo : los aleccionó en el retiro de Rigatorto, y luego *bini et bini* salieron á predicar penitencia, causando efectos maravillosos...

Defiende y enseña á sus hijos el espíritu de pobreza como principal distintivo.

Afligido el Santo con el recuerdo de sus pecados, oyó del Señor que todos le habian sido perdonados, y le reveló los aumentos y vicisitudes de su Religion. Siendo siete los compañeros, los distribuyó por la Italia, para que predicasen la paz á los hombres y la guerra al pecado. Á sus primeros hijos les cargaba de breve oracion vocal, para que se entregaran mas á la mental.

San Francisco escribió la primera regla, y fue el primero que acudió á la Silla apostólica para la aprobacion, y se presentó á Roma con doce de sus discípulos.

Inocencio III con sus cardenales hicieron oposicion á la regla de san Francisco, por la rigurosa y extremada pobreza á que les parecia imposible se pudieran sujetar los Menores observantes. En esta ocasion y cinco años despues vió el Pontífice á Francisco y á Domingo sosteniendo la ruinosa iglesia de San Juan de Letran.

Aprobada la regla, fuéron de Roma á Horta, y porque aquí les socorrian con abundancia dejaron aquel punto, y

volvieron á la ermita de Rigatorto, decidiéndose por la vida apostólica, mejor que por la solitaria.

Se aparece á sus discípulos en un carro de fuego.

Los monjes Benedictinos cedieron el uso de la ermita de los Ángeles á san Francisco y á sus hijos, y fue el primer convento que tuvieron. Gustaba mucho de que sus hijos pidieran limosna de puerta en puerta. Reprimia en ellos todo exceso de penitencias, siendo consigo tan extremadamente austero.

Guardó en una ocasion una cuaresma tan rigurosa, que de dos panes solo comió medio.

Ganó en Florencia á algunos varones célebres para su Religion.

Su humildad profunda recibia las mayores demostraciones como dirigidas á Dios.

El año 1212 predicó la Cuaresma en Asis, y recogió por fruto á la esclarecida vírgen santa Clara, primogénita del Santo.

El cielo reveló que el trono de gloria para san Francisco era la silla que perdió Luzbel por su soberbia.

Pasa á España, y pretende embarcarse en Victoria para Marruecos.

Pidió al concilio Lateranense la confirmacion de la regla, y la obtuvo, como santo Domingo la suya; y se leen aquellas palabras: *Quia propter hos duos ordines fides illuminata est, et Ecclesia Dei exaltata.*

Repartió sus hijos por toda la España, Francia y Alemania...

Vió santo Domingo, despues de la muerte de Inocencio III, y elegido ya Honorio III, el cielo sumamente airado, y vibrando tres lanzas, y á María santísima que interponia todo

su valimiento presentando á los santos patriarcas Domingo y Francisco, que habian de satisfacer la divina justicia, y reparar de sus pérdidas á la Iglesia.

Se conocieron y abrazaron en Roma, y formaron union la mas estrecha contra el infierno. Las Órdenes que los dos Santos fundaron pelearon juntas contra los albigenses y valdenses; entraron juntas en la España, Borgoña, Suecia, África, y rubricaron juntas con su sangre la fe que predicaban: ambas predicaron las cruzadas. Siempre han caminado juntas hasta en sus Santos: los Jacintos y los Antonios, los Tomases y Buenaventuras, los Vicentes y Bernardinos, los Antoninos y Luises, las Catalinas y Claras, los Pedros, los Diegos y las Rosas.

En esta ocasion san Ángelo, carmelita, saludó á los dos Santos, llamándoles: «Máximos doctores de la escuela cris-«tiana. Tú, Domingo, impugnador acérrimo de las herejías, «y tú, Francisco, singularísimo imitador de Cristo, serás se-«ñalado con las armas de nuestra Redencion.»

San Francisco llamaba á la pobreza madre, esposa, hermana y señora.

Al capítulo llamado de las Esteras concurrieron cinco mil religiosos: *Vere castra Dei sunt hæc.* La primera disposicion fue que todos los sábados se cantara misa de la Inmaculada Vírgen.

Se embarcó en Ancona para pasar á buscar el martirio en la Siria. Predica al soldan de Egipto, lo suaviza, y visitó los Santos Lugares de Palestina, desde donde se volvió para dirigir su Órden.

En el segundo capítulo general renunció su dignidad, y eligió á Fr. Pedro Cataneo, siendo el Santo su mas rendido súbdito. En el tercero hizo lo mismo, y viendo despues el empeño que habia por seguir su ejemplo, estableció la

Órden de penitencia, y le dió regla confirmada por Nicolao IV.

El año 1221 fue cuando Jesucristo y María santísima le concedieron el jubileo de la Porciúncula del 2 de agosto, que despues se hizo extensivo á todas las iglesias de Menores, y á todos los dias del año en la *Portiuncula*.

Celebraron un convite en la iglesia de la Porciúncula san Francisco y santa Clara.

Por dos años sufrió su espíritu gran desolacion.

Se arroja el Santo á las llamas huyendo de una mujer lasciva.

Escribió el Santo una segunda regla, que es la que observan...

Se retira á la soledad del monte Alberna, donde recibió el año 1224 la impresion de las sagradas llagas, que le hizo un Serafin con seis alas, crucificado de manos y piés...

Otros apuntes para un panegírico sobre lo mismo.

Si charitatem non habuero, nihil sum. (1 Cor. XIII, 2).

La caridad sola, dice san Agustin, forma nuestra grandeza y excelencia. Si el Ángel fiel es superior al hombre, no es por la espiritualidad de su ser, ni por la sublimidad de sus luces, ni por la santidad de sus empleos, sino por la perfeccion de su amor. Si el hombre justo es superior al Ángel malo, no es porque esté exento de sufrir, sino porque es ca-

paz de amar. San Francisco se distingue de los demás Santos por su caridad.

El elogio de este Santo es el de la caridad. San Pablo describe las propiedades de la caridad: sufrir los propios males con paciencia; aliviar los de otros; evitar todo daño á otro; mirar sin envidia; calmar los resentimientos; ser inmutable en el amor; tal es la caridad que describe san Pablo, y la que practicó san Francisco.

La caridad es bienhechora, es paciente, es eterna; ella se desprende, ella se sacrifica, ella se inmortaliza: la primera le constituye padre de los pobres, la segunda modelo de los penitentes, y la tercera padre y fundador de una esclarecida Órden.

Segun san Agustin, el egoismo y la caridad forman este contraste: *Alter socialis, alter privatus; alter amicabilis, alter invidus.*

Tres medios hay para santificarse con los bienes del mundo: desprenderse de ellos; comunicarlos, y, por último, abandonarlos: lo primero es precepto del Evangelio, lo segundo de la naturaleza, y lo tercero milagro de la gracia.

El Evangelio de san Lucas dice: *Qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.*

Las circunstancias del jóven Francisco, rico jóven, feliz en el comercio, que se muestra indiferente por los bienes del mundo, los mira sin orgullo, los aumenta sin usura, y los distribuye en las miserias particulares, y no es rico sino para ser liberal, y toda su gloria es repartirlos. ¡Qué bello espectáculo ver á Francisco ingenioso en el comercio de la caridad, ambicioso solo por la virtud! ¡Cuántos pobres, cuántas iglesias remedió!

Su caridad es la del cielo: él ama como los Serafines; él comunica lo que tiene sin reserva y sin acepcion de personas.

Por caridad se despoja de todo, y no se reserva otros fondos que la caridad de los otros : *Deus meus et omnia.*

Renuncia públicamente su herencia ; confunde la avaricia de su padre con la pobreza heróica. Esta pobreza sobrenatural, dice san Juan Crisóstomo, es mas poderosa que el poder del siglo. No manda á los hombres, pero enfrena á los demonios ; no valdrá en los palacios de los grandes, pero sí delante de Dios. Mas grande se presenta Francisco cuando renuncia al generalato de su Órden por obedecer á sus inferiores ; mas libre cuando sus manos se vieron cargadas de cadenas por su propio padre ; nunca mas glorioso que cuando se vió maltratado y burlado como á mártir de la pobreza evangélica. San Agustin habia dicho : *Diligenti te quantum præcipis, ostendis te et sufficis.*

Á un mismo tiempo se le ve en Asis y en Roma socorriendo á los pobres y visitando los hospitales.

Virtus de illo exibat et sanabat omnes. Se fija en Jesucristo sufriendo voluntariamente ; en todo ve á Jesús, y en especial en los pobres. Siente sus necesidades mas que las suyas propias.

Charitas benigna est, patiens est. La penitencia, dice Tertuliano, debe imitar la justicia de Dios en el castigo del pecado : ella no puede menos de castigar el pecado en proporcion ; ella lo ve todo, lo castiga todo. San Francisco conoce sus defectos en toda su extension ; él se conoce á sí mismo, y, como san Agustin, ve cuán separado está de Dios : él entra en un santo horror, y se irrita contra sus propios defectos. Persigue el pecado en todas las partes de su cuerpo : condena sus ojos á llorar toda la vida ; se cubre con cilicios, y polvorea sus manjares con la ceniza. Él se dice : *Dilectus meus candidus et rubicundus*, y se empeña en borrar sus pecados, enrojeciéndolos con su propia sangre.

Charitas numquam excidit. La inmortalidad es tan apetecida del hombre, que no hay uno que no trabaje por ella. Jesucristo se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza, y le fueron dadas todas las naciones en premio; y Dios le concede que la Iglesia esté bien servida por sus hijos. *Omnis locus quem calcaverit pes vester, vester erit*. Se inmortaliza Francisco, perpetuándose su penitencia en la de sus hijos, en la de la venerable Órden tercera. Tus hijos, ó Francisco, son un firme apoyo de la Iglesia por sus mártires, vírgenes, predicadores y pontífices...

PANEGÍRICO

DE

SAN FELIPE Y SANTIAGO,

APÓSTOLES.

PATRONOS DE MONTEVIDEO Y DE TODO EL ESTADO ORIENTAL DEL URUGUAY.

Señor Redactor de *La República*.

Mi estimado amigo: He de merecer á la liberalidad de V. se sirva dar cabida en las columnas de *La República*, al panegírico de los santos Patronos pronunciado por el doctor D. Francisco Majesté en la festividad del 1.° del corriente. Remito á V. ese trabajo con las dos cartas adjuntas á que espero dará V. un lugar preferente en *La República*. Espero tambien se sirva insertar la lista que incluyo de las señoras de la Comision de beneficencia pública, y señores de la Junta económico-administrativa, para que las coloque en forma de nota al pié del panegírico en la parte en que se hace referencia á tan distinguidas corporaciones.

Cuento con que, á pesar de lo que vale la publicacion de la carta del Dr. Majesté como un homenaje de justicia al señor Jefe político de la capital, se servirá V. hacer mencion

de su delicada cortesía para con los señores de la Junta y su patriótica cooperacion para el realce de la fiesta.

Agradeciendo desde ahora ya su obsequio me repito su afectísimo amigo y capellan Q. S. M. B.—Juan J. Brid.

Casa de V., mayo 4 de 1860.

Sr. D. Juan José Brid.

Muy estimado amigo: No habiéndome podido negar á las exigencias de V. y de los señores de la Junta económico-administrativa del departamento, para que les facilitase el humilde panegírico de nuestros santos Patronos que tuve el honor de pronunciar en la santa iglesia matriz, le remito mi discurso, al que no puedo conceder mas mérito que el haber sido favorablemente acogido por el bondadoso pueblo de esta capital.

Creo deber á V. algunas explicaciones muy del caso para la inteligencia de algunas alusiones que en el discurso se hacen. Y en primer lugar no tiene por que ofenderse su modestia, cuando hablo de las mejoras del templo que V. preside. Siete meses le han bastado para renovar todo el interior, para dorar y retocar todo, ó la mayor parte de los altares. El rico alfombrado, las numerosas arañas, la magnificencia de la Semana Santa y el esplendor sin igual de la solemnidad de la fiesta de los santos Patronos en el presente año, han excitado la admiracion y gratitud de todo el pueblo; mucho mas cuando todos saben que para hacer frente á estos inmensos gastos, V. no cuenta sino con los recursos de su parroquia y algun socorro del Gobierno; es decir, que ha consagrado V. y consagra al esplendor del templo cuanto como párroco podria utilizar.

La divina Providencia y la gratitud de sus feligreses indemnizarán á V. de tantos afanes y sacrificios.

Si V. no lo llevase á mal, desearia que acompañase á la publicacion del discurso esta mi carta, y que hiciese V. una honorífica mencion de la concurrencia del excelentísimo señor presidente de la república D. Bernardo P. Berro, de sus ilustrados é íntegros ministros, el Dr. D. Eduardo Acevedo y el Sr. D. Tomás Villalba. Es preciso dar al César lo que es del César, así como damos á Dios lo que es de Dios. Nadie puede desconocer los importantes servicios que antes y ahora están prestando al pueblo, á la moral, á la humanidad, á la Religion, las dos tan ilustres corporaciones, la Junta económico-administrativa y la amable Sociedad de beneficencia. Hablen los hospitales, hablen las escuelas de uno y otro sexo, hablen los huérfanos, los mendigos, hablen las calles y caminos; hasta los muertos hablan por las mejoras hechas en la mansion de ellos. Empéñese en publicar los nombres de tan distinguidas corporaciones. No se olvide de la parte que ha tomado en sus funciones nuestro activo y amable jefe político el Sr. D. Santiago Botana; y está V., á mi parecer, en el caso de agradecer á todo el pueblo las cordiales felicitaciones con que han llenado á V. de la mas completa satisfaccion.

Quiera V. dispensarme esta molestia, y espero que siempre me considere su verdadero amigo y capellan que besa sus manos.—Francisco Majesté.

S. C. mayo 2 de 1860.

Sr. D. Francisco Majesté.

Mi estimado amigo: Agradezco á V. íntimamente la bondadosa deferencia con que se presta á la publicacion del elocuente panegírico de nuestros santos patronos san Felipe y Santiago, que pronunció V. en la iglesia matriz el 1.° del corriente. Accediendo V. á mi súplica, apoyada por los se-

ñores de la Junta económico-administrativa del departamento, responde V. á un deseo general de la poblacion, dándome á la vez una prueba de amistad y consideracion que valoro debidamente.

No es V., mi estimado amigo, quien ha de fallar sobre el precio de su obra. La modestia inherente á las grandes inteligencias, si bien sirve para realzar su propio mérito, como las sombras de un cuadro dan á este mas fuerza y realcen el relieve de las formas, impide la severidad de un juicio exacto sobre aquello mismo que han producido.

El efecto que ese hermoso panegírico ha alcanzado en el ilustrado auditorio que honró la funcion de los santos Patronos ha sido completo, y si él ha podido ocultarse al orador por la misma razon que la vista no devuelve al color la impresion que este produce, son los que han oido sus palabras, y han sido conmovidos por ellas, los competentes para decidir sobre el mérito de aquel trabajo. Por otra parte, es esta una especie de triunfo á que debe estar V. muy habituado.

Creo que es oportuno agradecerle nuevamente la honorífica mencion que hizo de mis trabajos para hermosear el templo confiado á mi celo y contraccion, y tanto mas le agradezco, cuanto que creyendo en la sinceridad de sus palabras, aparte la exageracion á que ha podido llevarlo la indulgencia de su bondadoso carácter, le miro como una valiosa recompensa á mis esfuerzos; pues viene á confirmarme en la conviccion de que ellos han sido bien apreciados por todos mis amigos.

En cuanto á la fiesta, es la Junta económico-administrativa la única acreedora á sus elogios, porque al patriotismo, á los sentimientos cristianos de sus miembros, es debido el esplendor con que esta vez ha podido celebrarse la festividad de los santos Patronos de la república. Cuando se en-

cuentra una cooperacion tan decidida como la que me ha prestado esa distinguida corporacion, V. lo sabe bien, el sacrificio, si es necesario, no tiene límites; y esta vez poco esfuerzo ha sido necesario de mi parte para cumplir como párroco y oriental.

Permítame repetir mis felicitaciones por su hermoso trabajo, y permítame por lo mismo acompañar esta contestacion al enviar su carta á la prensa, como una débil muestra de la gratitud con que se repite de V. su afectísimo amigo y seguro capellan.—Juan José Brid.

S. C. mayo 4 de 1860.

Señores que componen la Junta económico-administrativa.

D. Luis Lerena, presidente.—Francisco A. Rodriguez, vicepresidente.—Juan I. Blanco, segundo vice.—Benito Lombardini, contador.—Pedro G. Vizcaíno, tesorero.—Vocales: D. Joaquin Errazquin.—Juan D. Jackson.—Adolfo de la Puente.—Cárlos Salvañac.

Señoras de la Junta de Beneficencia pública.

Sra. D.ª Eusebia Vidal y Zabala de Pasos, presidenta.—Inés Perez de Herrera, vicepresidenta.—María García de Requena, tesorera.—Dolores Carballo de Estrázulas, secretaria.—Antonia Vazquez.—Juana Diaz de Viana.—Ángela Z. de Cunha.—Pascuala C. de Lecoq.—Manuela A. de Errazquin.—Ramona Diago de Salvañac.—Josefa G. de Artagabeita.—Dolores O. de Maza.—María F. de Britos.—Dolores A. de Nin.—Cármen N. de Gomez.

Data est mihi omnis potestas in cœlo et in terra. Euntes, docete omnes gentes, baptizantes...
(Matth. VIII, 18).

Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, enseñad á todas las gentes, bautizadlos...

Excelentísimo señor: Con estas palabras fue que Jesucristo autorizó á sus Apóstoles para que predicasen y extendiesen la Iglesia que con su sangre el divino Maestro acababa de plantar sobre la tierra. Jurisdiccion ilimitada, autoridad omnímoda dentro de los límites de su divino objeto y fin celestial. Nueva sociedad, inmensa familia, libre, soberana é independiente en el reino espiritual, como lo es la sociedad que para dirigirla os elevara al poder, excelentísimo señor Presidente. ¡Cuánto reanima mi espíritu vuestra presencia en este santo templo y en dia tan clásico para la Religion y para la patria de los orientales! La infatigable é ilustrada Junta económico-administrativa del departamento de esta ilustre capital hoy se empeña en dar nuevo lustre y esplendor á la festividad cási olvidada de los santos Patronos de la capital y del Estado oriental del Uruguay, y así acredita una vez mas su sensatez y celo en promover los verdaderos intereses del pueblo, y de un pueblo tan católico como el que representa. Dignos son, por cierto, nuestros santos protectores los apóstoles san Felipe y Santiago de la majestad y grandeza de estos cultos. Pueblo oriental, pueblo ilustrado, pueblo religioso, acudes presuroso en este dia á rendir el justo homenaje de tu religiosa gratitud á los Santos tutelares por los grandes beneficios con que reconoces haber sido agraciado, y este paso te honra ante Dios y los hombres. Yo debo formularos su elogio, y no sabré deciros otra cosa sino que san Felipe y Santiago fueron dignos apóstoles de Jesús, y será el asunto de la primera parte.

Vuestro reconocimiento y gratitud os reune para confesar los favores que habeis recibido; pues bien, nuestros santos patronos san Felipe y Santiago nos han dispensado beneficios por los que debemos estarles agradecidos, y será el argumento de la segunda parte.

Cuento, excelentísimo señor, con vuestra benevolencia, cuento con la indulgencia de todos, y lo que es mas, cuento con la soberana proteccion del Padre de las luces, nuestro buen Dios, cuyos auxilios implorarémos todos por medio de la Reina de los Apóstoles, á quien saludamos reverentes diciendo: Ave María.

Primera parte.

La grande obra que vino Jesucristo á realizar sobre la tierra fue establecer su Iglesia: ¡pensamiento divino! quiso que todo el género humano se reuniese en un solo aprisco: *Unus pastor, unum ovile.* Cansado de groseros sacrificios, que no haya mas distincion, dijo, entre judíos, griegos y romanos; toda la humanidad sea un solo cuerpo místico; yo seré su cabeza. En esta Iglesia deben verificarse las magníficas promesas hechas á los antiguos Patriarcas y tantas veces repetidas por los Profetas. La Iglesia, sí, la Iglesia católica es la posteridad demostrada á Abrahan, cuya muchedumbre solo pudo compararla con el número sin número de las estrellas que hay en el firmamento, ó con las arenas del mar. La Iglesia católica, ella es el reino anunciado á David que debia extenderse del Oriente al Ocaso. La Iglesia católica, ella es la santa y muy dichosa Jerusalen que dilata su seno para recibir la plenitud de las naciones. La Iglesia católica es el verdadero pueblo de Dios repartido por todo el mundo del uno al otro polo, y es la única que puede ofrecer al Señor una

hostia pura y un incienso agradable. Este gran pueblo, esta familia inmensa estuvo reducida al principio, bien lo sabeis, á solo doce Apóstoles; y á la manera que Dios despues de haber criado al primer hombre le dijo: Creced y multiplicaos, llenad toda la tierra; así Jesucristo les dijo á sus Apóstoles: Id, instruid á todas las naciones, bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. ¡Señores! ¡cuán rápidos y cuántos fueron los efectos prodigiosos de estas palabras! Doce pobres pescadores las reciben, y emprenden la conquista moral del mundo; sin armas, sin tesoros, sin apoyo, sin guia, ignorando las leyes y las costumbres de los pueblos, y apenas conociendo sus nombres. Recorren varias regiones, predican la santidad de la cruz á las naciones mas civilizadas y sábias, como á las mas feroces y bárbaras. Por todas partes son combatidos, mas ¡oh maravilla! por todas triunfan. Al eco solo de su voz se estremece el imperio de la idolatría hasta sus cimientos; se disipan los prejuicios de la falsa filosofía pagana. El orgullo, la ambicion, la voluptuosidad, la codicia y todas las demás pasiones aun las mas vivas y las mas indómitas, ceden á una fuerza desconocida; se escucha, se humilla, se cree, y por todas partes se abrazan las virtudes mas austeras, se adora al divino Crucificado, y están prontos á morir por su fe. Á la vista y esplendor de esta revolucion los judíos y los gentiles se enfurecen: *Ipsi videntes sic admirati sunt, conturbati sunt, commoti sunt.* Los reyes y los príncipes, los magistrados y los sacerdotes del paganismo, se reunieron y coligaron contra los embajadores de Dios y de su Cristo, se figuraron que la religion de Jesucristo atacaba los derechos de los reyes y emperadores; se engañaron, no la conocieron bien, al contrario, les da nuevo vigor, robustece el principio de autoridad dándole un orígen divino, y entonces el hombre obedece

al hombre que en el nombre de Dios le manda. Así como lo habia anunciado el Profeta rey: *Astiterunt reges terræ et principes convenerunt in unum*. Llaman en su favor á los filósofos y políticos, á los soldados y verdugos, las hogueras y catastas, ¡vanos esfuerzos! conforme el Padre me envió, así tambien os envio yo, dijo Jesucristo. En efecto, al través de las persecuciones ellos siguen y acaban su carrera como el sol empieza y acaba su curso, sin que nada les detenga; los fieles y los mártires se aumentan, caen los altares de los ídolos; un mundo cristiano se levanta sobre las ruinas de un mundo idólatra; la Iglesia, bañada en la sangre de sus hijos, crece y se fortifica: vedla como llena el Oriente y el Occidente, la tierra firme y las islas; lleva un nombre glorioso que jamás perecerá, que la distinguirá en todos los tiempos de toda otra sociedad. El nombre de Iglesia católica se lo dieron los mismos Apóstoles. San Felipe y Santiago pertenecieron al número de tan heróicos atletas, fueron del número de los doce que recibieron la mision divina, y la desempeñaron tan heróicamente que sus nombres gloriosos viven y son acreedores á nuestra admiracion.

El ilustre apóstol san Felipe se distinguió entre sus doce compañeros por no sé qué de ilustracion, por la actividad de su celo y el vivo deseo de conocer y de que fuese conocido su divino maestro Jesucristo.

Encuentra Jesús á Felipe y le dice: Sígueme.

Nadie puede comprender la eficacia de estos llamamientos de Jesucristo, que sin dar explicaciones de su exigencia queria ser obedecido, y en san Felipe hubo una circunstancia remarcable, pues pidiéndole al Salvador le permitiese ir á enterrar el cuerpo de su padre, le contestó Jesús: *Sine mortuos sepelire mortuos suos*. No faltará quien llene ese deber, deja á los muertos que entierren los muertos. ¿Qué juicio for-

mará el mundo de esta sentencia al parecer tan dura? ¿Qué interpretacion se querrá dar? No, exclamarán algunos exaltados, este lenguaje es indigno, es feroz, es incompatible con el carácter bondadoso de Jesucristo; sin embargo, ellas son palabras con que quiso probar Jesús la resolucion de Felipe. Quien tan pronto estuvo para sacrificar á la divina vocacion un pensamiento natural de piedad, mas pronto debia de estar para dar pruebas inequívocas de su reconocimiento y amor á Jesucristo. Versado sin duda en las divinas Escrituras, é iluminado por un rayo de luz sobrenatural, conoció perfectamente la divinidad de su Maestro y se apresuró á hacerlo conocer al doctor de la ley Natanael asegurándole lleno de entusiasmo: *Quem scripsit Moyses et Prophetæ, invenimus Jesum; veni et vide.* He hallado aquel Jesús de quien nos habla Moisés y los Profetas, ven y conócele.

¡Grandioso espectáculo! Jesús el divino maestro predicando la celestial doctrina y seguido de una multitud innumerable que le sigue con ansiedad hasta la cima de los montes, y extasiada prueba aquella verdad de Jesucristo: *Non in solo pane vivit homo,* el hombre no se sostiene tan solo con el alimento material. ¿No vísteis al hombre pensador engolfado en una idea, en un cálculo, en la solucion difícil de un problema, abstraerse hasta olvidar, en cierto modo, su propia existencia? Pues así era la eficacia de la divina palabra en los labios de Jesús, que tres, cuatro, cinco mil personas las extasiaba hasta olvidar el alimento material de sus cuerpos, pero no les olvidaba el próvido Jesús, y en una de esas ocasiones fue que se dirigió á su apóstol Felipe diciéndole: *Philippe, unde ememus panes?* En esta soledad ¿cómo compraríamos pan para esta muchedumbre? permitidme hacer una nueva digresion.

Respetable Junta económico-administrativa, ¿cuántas ve-

ces allá en vuestros consejos afligidos al ver la miseria, la orfandad, la humanidad doliente en la peste, en la guerra, en la escasez os preguntásteis, ¿y de dónde sacaríamos recursos para remediar las graves y urgentes necesidades que aquejan á nuestro pueblo? Excitásteis la caridad, la compasion de orientales y extranjeros, y os dividísteis en dos ramas, y esas respetables matronas quisieron compartir con vosotros las tareas y sacrificios que les imponia la caridad cristiana, y la Sociedad de beneficencia se constituyó amparadora, madre de la orfandad, alivio de la humanidad afligida; y llenais, señores y señoras, con aplauso de Dios y de los hombres vuestro apostolado.

Grande debió ser la confianza de san Felipe cuando se atrevió á decir: *Domine, ostende nobis patrem et sufficit nobis.* Grande la distincion que de su celo hacia Jesucristo cuando despues de resucitado, le hace avisar por un Ángel se coloque en el camino de Gaza á Jerusalen para la conversion del superintendente de la reina de Etiopia, conversion de grande importancia, conversion obrada por la genuina inteligencia de las sagradas Escrituras, conversion milagrosa, pues conseguido el objeto desapareció milagrosamente Felipe.

Esto ocurria cuando aun no habia recibido el Espíritu Santo; ¿qué extraño que despues agitado del divino celo y en cumplimiento de su alta mision emprenda su larga carrera recorriendo toda la Judea? pasa á la Escitia, la feroz Escitia, la que tanto alarmaba á aquel poeta profano que no veia en ella otra cosa sino el clima mortífero ó el antropófago sármata armado siempre de su arco y asestando sus certeros tiros contra la víctima que en seguida devoraba. La Escitia, de quien dice Tertuliano: *Totus annus hybernus: omnia torpent, omnia rigent... Parentum cadavera convivio convorant...:* Es un invierno eterno, todo se entorpece, todo es cruel. Cele-

bran sus festines devorando los cadáveres de sus parientes... pero san Felipe persuade, suaviza, instruye y bautiza á aquellos desgraciados.

Veinte años de sudores y fatigas, de predicacion y persecuciones, rico de triunfos, cargado de despojos entra en Hierópolis, declara en la Frigia su mision, hace la guerra incansable á los ídolos y á sus sacerdotes, busca con ansiedad la muerte, y la halla por medio de tres martirios, la flagelacion, la lapidacion, la crucifixion...! Llenó su mision: digno es de vuestro elogio! La gracia divina, á pesar de que es una, es múltiple en sus efectos, y tan flexible que se acomoda á las exigencias é índole de nuestra naturaleza; por esta razon es tan variada la santidad del Catolicismo y cada héroe tiene su carácter peculiar, y caminando al mismo fin, son muy diferentes los medios y caminos que á la suprema felicidad conducen; y podemos asegurar que esta variedad de virtudes hace mas graciosa á la Esposa de Jesucristo. Si el carácter del apóstol san Felipe fue todo de actividad y celo, el del apóstol Santiago nuestro patrono es la misma amabilidad y dulzura. La oracion continua, el prolongado ayuno, las vigilias, la paciencia y sufrimientos en todos los trabajos y persecuciones le granjearon sumo respeto y amor, aun de parte de sus mayores enemigos, los obstinados judíos.

Omitiré decir lo difícil de este apostolado constituido primer obispo de Jerusalen, pues la pertinacia de sus adversarios hubo de respetar tanta virtud y santidad y franquearle hasta el impenetrable *Sancta sanctorum*.

Pasaré en silencio el respeto y veneracion que le tenian todos los cristianos y los mismos Apóstoles, fuera porque pariente inmediato de Jesucristo érale muy parecido, fuera por la grandeza de su santidad. Pablo lo respetaba y hacia los mayores elogios de su mérito y de su sabiduría; sabidu-

ría, señores, que está consignada en la famosa carta que nos dejó escrita. Ella es un monumento eterno de su amable santidad, en ella vemos consignados los mayores principios de la virtud sufrida que exige el Evangelio y de la que nos dejó grandes ejemplos. Su epístola canónica se ocupa de desvanecer la ilusion perniciosa de Simon Mago, y de los que despues le han seguido: *Fides sine operibus mortua est.* Fe inútil, fe de muerte, fe del demonio, como dice san Agustin. En ella señala especialmente los pecados de que debemos huir, y nos enseña la paciencia, la resignacion y alegría con que debemos recibir los contratiempos, la constante perseverancia con que debemos pedir á Dios las gracias de que necesitamos. Esta carta ataca fuertemente la crítica, la maledicencia que tantos males causa, demuestra las fatales consecuencias del orgullo y de la vanagloria, condena el mal uso de las riquezas, la necesidad de la penitencia y del sincero arrepentimiento. Por último, nos enseña á desconfiar del mundo como del mayor enemigo, á mirar su amistad como opuesta á la de Dios, á no dejarse llevar de la sabiduría mundana, á la que califica de animal, terrestre y diabólica.

Ni al apostolado de Santiago le faltó el sello de sangre, ni careció de la hermosa auréola del martirio. Consumaron su furor arrojándole de lo alto del templo; y tan calificada fue esta muerte, que el historiador Josefo atribuye á este atentado la última ruina de Jerusalen que tantos escándalos habia dado, asesinando á los profetas y crucificando al mismo Hijo de Dios. Veis, señores, las altas funciones del apostolado cumplidas por diferentes medios, pero todos conducentes á la heroicidad religiosa, á la santidad, la que sin duda confesaréis digna de nuestros encomios, y esta era la primera parte.

Segunda parte.

Hay un sentimiento profundo grabado en el corazon del género humano, que siempre y en todas partes nos avisa que la debilidad del hombre necesita ser auxiliada, protegida por el Todopoderoso, y es innato en el ser racional, levantar sus ojos y sus manos al cielo, máxime cuando se ve oprimido de la desgracia. De aquel sentimiento universal nace la necesidad de constituir santos tutelares para los pueblos, para las naciones, para los hogares domésticos; extraviándose la ciega gentilidad, divinizaron sus prácticas ridículas y hasta sus vicios groseros. Esta aberracion, hija de la ignorancia y de la idea grosera que del Ser supremo se habian formado, es sin embargo un testimonio auténtico de que los destinos de los hombres, así como el de las naciones, están sujetos á las miras y elevados fines que el supremo Creador se ha propuesto.

La Iglesia católica al tributar culto á los distinguidos siervos de Dios, y al establecer la comunion de los Santos, al invocarlos, ni ha sido fanática, ni supersticiosa; está persuadida que estas almas heróicas que tambien merecieron para con los hombres y para con Dios, no han olvidado la ley de la perfecta caridad, virtud que en el cielo se perfecciona, y que dichosos en la mansion de los justos se interesan en favor de sus semejantes los mortales, y cuando menos hacen valer sus respetos delante de Dios é interceden continuamente por nosotros y recaban las mejores bendiciones para los que se dirigen á ellos con fervientes súplicas. De aquí nace la piadosa y católica costumbre de poner como guardadores de los pueblos á determinados Santos, y cupo la suerte á la capital de Montevideo y á toda la república ponerse bajo la

salvaguardia de los santos patronos san Felipe y Santiago, columnas de la Iglesia de Jesucristo. En vano una anticatólica filosofía pretende que nuestro Dios sea inaccesible é indiferente á la suerte de las naciones, y que la fuerza de los pueblos y su porvenir solo se lo deben á los finos cálculos de la política ó al poder de la fuerza irresistible. Está escrito de antemano que: *Justitia elevat gentes, miseros autem facit populos peccatum.* La justicia hace grande á las naciones y la iniquidad las hace desgraciadas.

Sí, señores, la felicidad de los pueblos marcha á la par de las virtudes prácticas que en ellos se ejercitan; florecen estas, se hace sensible la otra; y como la Religion es la que promueve las virtudes morales y la religion católica la que impera el ejercicio mas heróico de ellas, de aquí la sagrada liga con que une los lazos sociales y les da una fuerza y consistencia indestructibles; y los pueblos han aprendido despues de muy amargas lecciones que sin religion no pueden marchar, que la base sólida y firme fundamento de prosperidad y grandeza para las naciones es la justicia, compendio y suma de todas las virtudes. ¡Qué glorioso espectáculo ofrece la Junta económico-administrativa en el aniversario de sus gloriosos patronos los apóstoles san Felipe y Santiago! Ella cumple con un deber religioso á la par que civil. Ella en este dia desde el supremo magistrado que preside la república hasta el último ciudadano, rodea las aras del Dios que adora y entona el sagrado himno de la mas reconocida gratitud. Vuestro reconocimiento es grande y debe serlo sin duda, pues grandes han sido los beneficios con que el cielo os ha favorecido por medio de la intercesion de nuestros santos Patronos. No olvidemos que está escrito: *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilant qui custodiunt eam.* Recordad con júbilo y patriótico entusiasmo los felices aconte-

cimientos que han ensalzado á vuestra jóven pero gloriosa república, trabajada, pero nunca humillada. Ved en vuestros anales, si este dia en que alegran al Nuevo Mundo los primeros rayos del hermoso sol americano, no ha sido siempre para vosotros señalado con algun hecho ilustre que ha venido á hermosear las páginas de vuestra historia. Sí, los laureles de la patria no sé por qué feliz coincidencia vienen entretejidos con los de nuestra Religion santa. ¡1.° de mayo de 1829! tú harás época y marcarás el heroismo de aquel puñado de valientes que supieron conquistar de nuevo la independencia para este suelo que solo brota libres! Treinta y un años que pudo el Gobierno nacional de la república volver á entrar en esta capital para nunca ser arrojado del lugar que de derecho le pertenece! En este dia enarbolásteis vuestro estandarte glorioso, y los hermosos colores de vuestra bandera alegraron á los que llenos de entusiasmo os aguardaban. Tres años de combates, repetidas batallas, mejor dicho, grandes victorias, y dísteis en tierra con el colosal imperio que os oprimia, rompísteis la dura coyunda del poder extranjero, y aquellos valientes os legaron una patria libre, la misma que conservais ilesa, gloriosa é independiente. ¡Cuán radiante se presenta vuestra república en 1.° de mayo de 1860! La paz asegurada, respetadas las instituciones, ya no teneis que temer la guerra fratricida, ni la feroz anarquía; unidos y estrechados todos los orientales, habeis dicho, no hay mas partido, no hay mas enemigos, y echando un velo á lo pasado, somos todos hermanos.

No era posible desconocer estos beneficios, ni que pasara desapercibido este aniversario de nuestros santos patronos san Felipe y Santiago, y de las glorias orientales.

Así lo comprendísteis, respetable Junta económico-administrativa, cuando excitada por el activo celo del benemérito

párroco de esta iglesia resolvísteis coadyuvar con él para que esta festividad se celebrase con el antiguo esplendor que nos enseñaron nuestros padres; ellos nos legaron esa preciosa herencia de religion y de patria, y vosotros nunca la podeis olvidar. Para no abusar por mas tiempo de vuestra bondad será forzoso concluyais conmigo que nuestros grandes patronos los santos san Felipe y Santiago son con sobrada razon dignos de nuestra admiracion y gratitud, y es lo que os propuse en el principio de mi discurso.

Permitidme, que haciéndome intérprete de vuestros deseos y agradecidos afectos, yo eleve mi voz al Todopoderoso por medio de los gloriosos apóstoles san Felipe y Santiago.

Dignos Apóstoles de Jesucristo, celosos protectores de los intereses y religion del pueblo oriental, acoged propicios los votos de todos los pueblos de esta república, prosperadlos á todos en sus fortunas, arraigad mas y mas el árbol de la paz, y á su sombra gocemos la mas perfecta tranquilidad. Haced que olvidando los viejos resentimientos y las mezquinas pasiones, sea entre todos una realidad la union y verdadera fraternidad. Perezca para siempre el ruinoso nombre de partido; sea una la voluntad de todos, y esta la de mejorar las instituciones y desarrollar el gérmen de prosperidad que en sí encierra el pueblo oriental.

Y vos, excelentísimo señor, poned vuestra nueva administracion bajo la proteccion de los santos Patronos; que Dios y la patria sean el blanco de vuestros desvelos; que el Evangelio de Jesucristo y la Constitucion del Estado sean vuestra senda y los que regulen vuestra vida pública. Llenad ese juramento que ante Dios y la patria habeis prestado, y dando nuevo vigor á la república la mejoreis en sus intereses materiales. Recordad la promesa que solemnemente hicísteis al

subir á esa silla: la Religion, dijísteis, del Estado; el atender á ella será uno de los objetos de mi preferencia. Sea pues así, excelentísimo señor, y extended vuestra mano protectora hácia esta pequeña iglesia oriental; definid de una vez su situacion anormal, y que ella tenga cuanto antes un pastor propio y que la baste para atender á todas las necesidades espirituales. Mientras tanto no permitais que la dignidad de la Iglesia y de sus ministros sea menospreciada.

¡Oh santos Patronos! proteged á nuestro ilustrísimo Vicario apostólico que, llevado del celo de la salvacion de las almas, ha corrido presuroso á repartir la divina palabra y los santos Sacramentos á los pueblos de nuestra campiña. Sean protegidos el clero y sus autoridades, y animad al celoso pastor de esta santa iglesia. Bendecid á los respetables miembros de la Junta económico-administrativa y á la Sociedad de beneficencia. Habeis llenado un deber sagrado, proseguid en el ardoroso empeño por las mejoras materiales de este pueblo; no os canseis en la educacion cristiana de la tierna infancia, que así prepararéis una nueva sociedad, bella esperanza de la patria en su porvenir. Recibid, pueblo católico, las mejores bendiciones que por la intercesion de nuestros gloriosos Patronos nos mandó el cielo en tan alegre dia y las que yo con toda la expansion de mi alma os comunico en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Otro panegírico sobre el mismo asunto.

Montevideo mayo 3 de 1862.

La Junta ha quedado vivamente satisfecha, al oir el panegírico pronunciado por el señor Doctor en la funcion religiosa celebrada el dia 1.° de mayo en la iglesia matriz, en honor de los santos Patronos de esta ciudad. Y reconociendo todo el mérito de este discurso, espera que el señor Doctor tenga á bien enviárselo, en lo que recibirá un nuevo testimonio de su deferencia hácia ella.

Dios guarde á V. muchos años.—L. Lerena.—B. Guerrero, secretario.

Al señor presbítero Dr. D. Francisco Majesté.

Montevideo mayo de 1862.

El que suscribe ha tenido el honor de recibir la respetable nota de la Junta económico-administrativa del departamento, en la que se digna manifestar haber quedado vivamente satisfecha al oir el panegírico pronunciado por el infrascrito en la funcion religiosa celebrada el dia 1.° de mayo en la iglesia matriz, en honor de los santos Patronos de esta ciudad.

Altamente reconocido á la mucha indulgencia de los señores que componen la Junta, agradezco sus honoríficos conceptos, y cumplo con el grato deber de acompañar el dicho discurso, como se me pide; y no teniendo otro medio de corresponder á su generosa bondad, desearia aceptase mi

humilde trabajo como una manifestacion sincera de respeto y gratitud para con esa benemérita Corporacion.

Dios guarde al señor Presidente de la Junta económico-administrativa muchos años. —Francisco Majesté.

Señor Presidente de la Junta económico-administrativa del departamento, D. Luis Lerena.

Non vos me elegistis, sed ego elegi vos ut eatis et fructum afferatis, et fructus vester maneat.
(Joan. xv, 16).

No fuisteis vosotros los que me elegísteis, sino que yo os elegí para que vayais y deis fruto, y vuestro fruto sea permanente.

Excelentísimo señor: Hoy hace un año que con el mayor entusiasmo religioso tuve el honor de ocupar este sagrado lugar, y desde aquí felicité á V. E. y á toda la poblacion por la restablecida armonía entre ambas autoridades, la civil y la eclesiástica. Hoy violentando mi deseo, y tan solo por llenar un deber religioso y cediendo á las instancias, subo á esta sagrada cátedra con el corazon atribulado y poseido de la mayor tristeza y amargura por el lamentable estado de nuestra iglesia oriental.

Clásico es sin duda este dia para todos los orientales. La Religion y la patria nos convidan al regocijo, pero el corazon de todos, como el mio, deplora que nuestra iglesia se halle lastimada; llora cual otra Raquel que busca á sus hijos, y no encontrándolos, no puede recibir consuelo alguno.

Hoy la benemérita Junta económico-administrativa del departamento viene una vez mas, en nombre del pueblo católico á quien representa, á solemnizar las fiestas de nuestros gloriosos patronos san Felipe y Santiago, apóstoles de Jesucristo nuestro Redentor y Maestro.

Hoy venimos tambien á tributar al Dios de las misericordias el himno de nuestra gratitud en el trigésimotercio ani-

versario glorioso de la entrada triunfante del Gobierno patrio en esta heróica capital. ¡Dia 1.° de mayo de 1829! dia de regocijo, dia de entusiasmo para los católicos orientales. Pero ¡ah! no me pidais que derrame flores sobre vuestras cabezas, pues todas están marchitas, todas se han agostado con el huracan de la tempestad que á todos nos envuelve. Todos habíamos esperado que este dia venturoso para la Religion y para la patria seria de paz, de reconciliacion y de fraternidad; pero nuestra afligida Sion llora en medio de esta solemnidad. ¿Dónde está el sacerdocio? ¿Dónde están mis hermanos?... ¿Dónde?...

Pero no temais, señores, no vengo á agitar cuestiones ni á desahogar pasiones miserables; no, no profanaré mi ministerio; conozco lo que debo á la santidad de este lugar; conozco el respeto que os mereceis, y lo que me debo á mí mismo. Yo me he comprometido á deciros algo de nuestros santos Patronos... yo debo recordaros algunas de sus glorías y las de la patria.

Dispensadme vuestra piadosa atencion, vuestra indulgencia hoy mas que nunca; yo me propongo hablaros de la eleccion que Jesucristo hizo de nuestros santos Patronos para el apostolado; el desempeño fiel de su mision, y el resultado de sus conquistas.

Non vòs me elegistis; sed ego elegi vos. Vocacion divina de los santos Patronos.

Ut eatis et fructum afferatis. Mision apostólica de san Felipe y Santiago.

Et fructus vester maneat. Resultado de la predicacion evangélica de los santos Patronos.

Imploremos los auxilios necesarios del divino Jesús sacramentado, por la intercesion de la Reina de los Ángeles, diciendo: AVE MARÍA.

El apóstol san Pablo, hablando de los ministros de Dios, nos dice: *Minister Dei in bonum.* Para el bien del género humano dispuso Jesucristo y arregló el ministerio de sus Apóstoles; para el bien de la sociedad constituyó el Señor el Apostolado *in bonum*, y el bien y solo el bien es el que procura y debe procurar el digno ministro de Jesucristo. Para hacer el bien le ha sido confiado el ministerio sacerdotal *in bonum;* para hacer el bien en todas sus fases, y con este fin se le concede esa autoridad espiritual, esa superintendencia sobre las almas, la que ha sido dada *ad ædificationem*, para edificar; pero no *ad destructionem*, para destruir. ¡Ay de aquel que por ignorancia ó torpeza abuse de ese poder!

El divino Jesús quiso escoger por sí mismo á sus Apóstoles, y no quiso librar esta eleccion á la accion del hombre, siempre expuesto al engaño y á las pasiones.

Jesucristo en persona llamó á Felipe y á Santiago al apostolado, Felipe fue el quinto de los Apóstoles, y Santiago se puede decir que desde la infancia. Sígueme, le dice Jesús á Felipe, y al punto le obedece, sin inquirir á dónde y para qué debia seguir al divino Maestro; sígueme, y en el momento dejando las afecciones mas caras de la carne y de la sangre, siente Felipe una fuerza interior é irresistible; era la gracia de la vocacion al apostolado.

Vedle ya desde luego entusiasmado con su nuevo género de vida; vedle lleno de gozo correr al encuentro del sábio Natanael noticiándole haber hallado á aquel Jesús, de quien Moisés y los Profetas han hablado en las sagradas Escrituras.

Si me preguntais, señores, cuál fue la virtud ó virtudes mas prominentes de nuestro santo Apóstol, os diré que desde luego se deja ver por su fe viva en Jesucristo, su ardiente deseo de profundizar en la divina sabiduría, en los miste-

rios mas incomprensibles de la Religion de Jesucristo, llegando hasta el arrojo de decirle á su divino Maestro: *Domine, ostende nobis Patrem.* Señor, pues que tanto nos hablas del Padre, de quien Vos venís, cuya gloria tanto os interesa, cuya voluntad haceis en todas las cosas, muéstranos al Padre y nos basta.

La segunda virtud que desde luego brilla en nuestro Santo es la compasion en favor de los necesitados; virtud hermosa, propia de almas nobles, de fino temple, porque es muy cierto que *charitas animam dilatat;* la caridad agranda el alma. ¿Y por qué aquella singular distincion de parte de Jesús para con san Felipe, cuando el divino Redentor se preparaba á obrar aquel extraordinario prodigio de alimentar á cinco mil personas con unos pocos panes? *Philippe, unde ememus panes?* Felipe, ¿en dónde compraremos los panes necesarios para satisfacer la necesidad de tantos? Vé, le dice el Señor, averigua qué provisiones teneis; tráeme los panes y peces que halleis; no hay necesidad de buscar mas. Jesucristo obró el prodigio que sabeis, ¡milagro portentoso! figura del pan eucarístico, pero ¿y qué sorprende esta multiplicacion prodigiosa? dice el Padre san Agustin. ¿No es el mismo que hace todos los dias, y que un solo grano de trigo enterrado en la tierra dé una espiga, y esta, ciento de granos? Jesús conocia sin duda las entrañas de compasion de sus discípulos, conocia la expansion de su grande alma, y fue Felipe de los primeros en ejecutar la órden de su Maestro, en arreglar la muchedumbre y distribuir el pan misterioso por el compasivo Jesús; *vos date illis manducare,* y de mano de los Apóstoles recibieron todos aquellos hambrientos el pan que remedió la necesidad apremiante; *vos date illis manducare,* como si dijese: á vosotros, mis Apóstoles, os encargo el socorro y alivio de las necesidades, á vosotros toca la admi-

nistracion de los santos Sacramentos, á vosotros pertenece repartir la celestial doctrina de mi Evangelio. Los Apóstoles todos cumplieron el mandato de aquel Señor que quiso llamar á Felipe al apostolado; todos quedaron satisfechos y aun quedaron abundantes sobras.

Nuestro patrono Santiago, llamado el Menor, de quien asegura san Hegesipo: *Ab utero matris suæ sanctus fuit,* criado y educado al lado del mismo Jesús, de quien era pariente tan inmediato, fue elegido para el apostolado. ¿Cómo no, cuando Orígenes asegura que era muy semejante á Cristo, *ob mores et doctrinam?* Santificado aun antes de su nacimiento, fiel imitador de las purísimas costumbres de Jesús, y aleccionado con la celestial enseñanza del mismo, era sin duda muy acreedor á ser llamado al sagrado ministerio del apostolado.

Aun sus mayores enemigos, judíos y gentiles, hicieron justicia á la santidad de Santiago apellidándole el Justo. Este glorioso Apóstol, que desde la infancia aprendió de Jesús la compasion y el verdadero espíritu de caridad, nos ha dejado en su célebre carta estas memorables palabras: *Religio munda et immaculata hæc est.* Esta es la Religion pura é inmaculada: visitar á los huérfanos y viudas, y conservarse libre de la corrupcion del siglo. ¿No veis aquí prescritas con preferencia vuestras caritativas ocupaciones, ó respetable Junta económico-administrativa? Mas ¿para qué fue él llamado entre los Apóstoles? *Ut eatis, et fructum afferatis; id y fructificad.* Mision apostólica.

Jesucristo dirigió á sus Apóstoles estas formales palabras: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra; del «mismo modo que mi Padre me envió, así yo os envio á «vosotros.» El ser supremo Dios, que tiene el universal dominio sobre todos los lugares del mundo, y de quien origi-

nariamente viene todo poder, despachó á su enviado el Mesías, Jesús, Dios y hombre á la vez, y es el mismo que envió á sus Apóstoles; ¿y á dónde? ¿para qué? «Id, enseñad «á todas las gentes, bautizadlas en el nombre del Padre, y del «Hijo, y del Espíritu Santo; el que creyere y fuere bautizado «será salvo, pero el que no, *condemnabitur,* será condenado.» ¡Mision divina! Mision encargada á todo el colegio subordinado á aquel Apóstol, á quien el mismo Jesucristo dijo: «Tú «eres Pedro, y sobre esta piedra fundaré mi Iglesia;» el mismo á quien la Iglesia canta: Tú eres el príncipe de los Apóstoles; á tí fueron entregadas las llaves del cielo; y se repartieron los santos Apóstoles por todo el mundo, y su voz se hizo sentir en todas las partes del globo. Esta es la mision apostólica, enseñar, bautizar, apacentar las almas. Aquel Señor que proclamó bien alto: *Regnum meum non est de hoc mundo,* «mi reino no es de este mundo,» no podia decir á sus ministros los Apóstoles, ni á sus sucesores: id, reunid gentes, formad ejércitos, conquistad reinos é imperios, no. *Regnum meum non est de hoc mundo.* El reinado de Jesucristo es de paz, de persuasion, de dulzura, de verdadera caridad, de abnegacion y de humildad.

Así fue como resonó la voz evangélica de los Apóstoles, atrayendo, convirtiendo, y bautizando á todas las gentes.

Nuestros santos patronos san Felipe y Santiago hicieron sentir su voz evangélica y predicaron al divino Crucificado.

El primero recorrió el Asia superior, pasó á Escitia y de allí á la Frigia, trabajando apostólicamente en aquellos países por el largo espacio de veinte años. Dejo á vuestra consideracion la ardua tarea de nuestro Apóstol, sus padecimientos de todo género, las persecuciones que debió experimentar en tan dilatado tiempo, en tierra tan ingrata, en clima tan destemplado. Felipe hubo de luchar con la ignorancia estú-

pida y agreste condicion de los feroces escitas, tan conocidos en la historia por la rigidez de sus arcos y el veneno de sus emponzoñadas saetas. Su ardoroso celo, su tierna caridad los ganó, convirtió y bautizó. ¡Esclarecido atleta del Apostolado! triunfaste de todas las dificultades, y tu mejor premio fue la corona del martirio; tambien tú ¡oh Felipe! fuiste crucificado como tu divino maestro Jesús.

No menos difícil, aunque al parecer mas suave, fue la mision de nuestro apóstol Santiago.

Él fue el primer obispo de Jerusalen, él fue la verdadera columna de la fe de Jesucristo, como lo llama san Pablo. Él hubo de luchar por espacio de veinte y nueve á treinta años con la perfidia y obstinacion del pueblo deicida. Sirvió de luz y guia á todos sus hijos y hermanos; él proclamó, adhiriéndose á san Pedro en el primer concilio, aquel dogma: «Ya «no obliga la ley judáica.» El apóstol san Pablo se gloriaba de no haber conocido mas apóstol que á Santiago; y con él mismo consultaba humildemente sus dificultades, y sus respuestas eran otros tantos oráculos que ponia en práctica. ¡Cuán admirable debió ser la austeridad de su vida, la frecuencia de su oracion y su compasion y positiva caridad para con todos! Todo el tiempo lo compartia entre Dios y sus queridos pobres, el dia lo destinaba á la predicacion y ejercicios de caridad, y las noches las pasaba en la oracion. ¿Cómo no habia de ser acatado de todos? ¿cómo su dulzura no habia de conquistar el corazon de todos? Esta es la mision del apostolado, la del sacerdote católico; volveré á repetir: *Minister Dei in bonum*. Nuestro ministerio es solo para el bien; para el pobre, para el enfermo, para el encarcelado, para el huérfano, para la viuda, para el moribundo, para las necesidades todas, que afligen al hombre en su espíritu y en su cuerpo. *Dei adjutores sumus*. En el fiel desempeño

del ministerio sacerdotal somos coadjutores de Dios. ¿No llenamos nuestro ministerio? Culpa nuestra es, no de la Religion santa y divina que á todas las virtudes antepone la verdadera caridad para con Dios y para con el prójimo. Hablo, señores, de esa hermosa caridad, de la que habla el Apóstol de las gentes; la caridad es sufrida, es paciente, es bondadosa, no se irrita, no se enorgullece, no busca su conveniencia, sino los intereses de Jesucristo. Sí, es virtud divina bajada del cielo, que con celeste manto cubre las miserias del hombre, salvando su honor y su alma.

¡Dichosos vosotros, respetables miembros que formais la benemérita corporacion encargada de velar por los intereses de este pueblo! ¡Dichosos vosotros si en el desempeño de vuestros difíciles deberes, si en todas vuestras caritativas empresas teneis presente ese espíritu de caridad que nos inspira el sagrado Evangelio, y en el nombre del Señor á quien adoramos, vestís y sustentais á los pobres enfermos que llenan vuestros magníficos hospitales de caridad, sosteneis vuestro caritativo asilo de mendigos, y alimentais á los desgraciados que perdieron el uso de la razon, mirándolos como á prójimos, como á hermanos, y llevais vuestra solicitud esmerada hasta la triste mansion de los muertos! ¡Dichosas vosotras, respetables matronas que formais la Sociedad de beneficencia, si conducidas por el verdadero espíritu de caridad, sacrificando vuestras propias conveniencias, mirais con la mas tierna compasion á la infortunada infancia, constituyéndoos madres cariñosas de esos seres desgraciados, para criarlos, sustentarlos y educarlos hasta ponerlos en estado de ser dichosos! ¡Una y mil veces felices vosotras y vosotros, que con tan noble y cristiano celo trabajais en la propagacion de la enseñanza de los pobres de ambos sexos, facilitando á todos con la multiplicacion de escuelas gratuitas

la educacion primaria, tan indispensable para la vida del hombre! ¡Loados sean vuestros desinteresados trabajos! nunca olvideis la bella máxima de Jesucristo: «Lo que hiciéreis «con uno de mis pequeñuelos, á mí mismo lo haceis.» ¡Qué bella recompensa os promete el cielo! Recibiréis un bien doblado, y os asegurais con esas caritativas acciones la vida eterna.

Imitad é imitemos todos el cuadro de cristianísimas virtudes que nos ofrecen los santos patronos san Felipe y Santiago. Viva en nosotros la fe pura en Jesucristo y abracémonos en las vivas llamas de la ardiente caridad.

Et fructus vester maneat. Resultados y frutos de la mision evangélica de nuestros santos Patronos.

Las obras de Dios se diferencian de las de los hombres en el carácter de permanencia y estabilidad de las primeras, así como las otras son esencialmente transitorias, como lo es el mismo hombre; las obras de Dios sobreviven á los siglos y á las generaciones. Este carácter de estabilidad resplandece en la obra predilecta de Jesucristo, la fundacion de su Iglesia, y esta viene desafiando á diez y nueve siglos y á millares de generaciones, y la piedra sobre que se halla establecida, tan inmovible se encuentra hoy como el primer dia en que fue colocada, verificándose siempre *et portæ inferi non prævalebunt adversus eam:* ni el filosofismo antiguo, pero ni el moderno, ni las herejías, pero ni las persecuciones pudieron jamás prevalecer contra la Iglesia santa, fundada por Jesucristo. Todos los pueblos y todas las naciones la conocieron y la adoraron; el Evangelio atrajo á sí á todas las gentes, y todos entusiasmados en la fe, llamaron bendito al enviado del Señor, todos le cantaron unísonos el alegre *Hosanna.* ¡Prueba inequívoca del triunfo de Jesucristo en su Iglesia! ¡obra divina é imperecedera!

La sangre pura de los santos apóstoles san Felipe y Santiago, sacrificados del modo mas cruel é inhumano, enrojeció la tierra de la Escitia y de Jerusalen, y esta sangre fue semilla fecunda que produjo maravillosas conversiones y conquistas á la fe. ¿Y permanece el fruto de la mision de nuestros santos Patronos?

¿No se halla destruida la célebre Jerusalen, silla episcopal de Santiago? ¿No volvió el Asia á su primera barbarie? ¿En dónde está el fruto de la predicacion de nuestros santos Patronos? Respetemos, señores, los impenetrables arcanos de la divina Providencia, que tiene dicho que para castigo de las naciones ingratas á la fe, les arrancará el reino de Dios: *Auferetur à vobis regnum Dei.* Libre el cielo á ese hermoso país de tamaña desgracia; que jamás el católico pueblo oriental pierda sus cristianas creencias.

¿Y para vosotros no es un fruto permanente de la predicacion de nuestros santos Patronos el que hasta nosotros haya llegado el suave olor de sus evangélicas virtudes? que los reconozcamos como los mejores baluartes de nuestra fe y la mejor defensa de la patria querida? ¿No vemos enlazadas las solemnidades religiosas con los mejores triunfos, conseguidos por el valor heróico de los orientales?

¡Memorable dia 1.° de mayo de 1829! tú fuiste saludado por los hermosos rayos del sol de los libres, tú alegraste la majestuosa entrada del Gobierno patrio, que precedido de cien combates y de mayor número de victorias, en cuatro años de lucha, y acompañado del triunfante ejército compuesto de los hijos de la patria, venia á ocupar el solio y á sentarse en la silla del poder, para pertenecerse á sí mismo y no ser mas esclavo de ningun extranjero.

Mucha ha debido ser vuestra constancia, valientes orientales, mucho vuestro valor y sufrimiento, para no perecer

en los fuertes sacudimientos por los que pasar suelen todos los pueblos antes de ver arraigada su independencia y su libertad; y dichosos vosotros, esforzados guerreros, que habeis alcanzado la época feliz de colgar vuestra espada vencedora, y sentados á la apacible sombra de vuestras liberales instituciones, saboreais los frutos de la venturosa paz.

¡Prez y gloria á los treinta y tres orientales patriotas y á todos los que los siguieron! Vosotros dísteis comienzo á aquella grande obra y la condujísteis á su complemento en tan alegre dia.

Pero vosotros jamás habeis desconocido la proteccion visible del cielo, por la interposicion de nuestros santos patronos san Felipe y Santiago. Pero vosotros habeis venido en este dia á agradecer á nuestro buen Dios los beneficios de que nos ha colmado, y todos, á fuer de verdaderos católicos, venimos á implorar nuevas gracias en favor de la Iglesia, nueva proteccion para nuestra república de Montevideo. Séame permitido que despues de haberos presentado un ligero bosquejo de las virtudes, vocacion, mision y triunfo apostólico de nuestros santos patronos san Felipe y Santiago, me constituya intérprete de vuestros mejores deseos; seré sin duda el menos á propósito, el menos digno de entre vosotros, pero así lo habeis querido con repetidas instancias. No lleveis á mal que en nombre vuestro me dirija á los santos Patronos, agradeciéndoles los beneficios de que disfrutamos, y pidiéndoles de nuevo muchos otros de que ciertamente carecemos.

Súplica.—Gloriosos Príncipes de la Iglesia, queridos Patronos nuestros, gracias, gracias os damos por todos y cada úno de los favores que hasta hoy habeis dispensado al pueblo católico oriental; gracias por la paz y prosperidad de que disfruta el Estado; que ella se arraigue mas y mas; que no

haya mano atrevida que quiera conmoverla; conseguidnos la lluvia saludable para que cese la calamidad de nuestra campiña; que el comercio, que la industria, que la agricultura y el pastoreo, que las ciencias y las artes se cultiven, se desarrollen y lleguen á su perfeccion.

¡Ay! excelentísimo señor; en tan hermoso dia nuestro gozo no es completo. Santos Patronos, en nombre de este escogido pueblo, os suplico que nos restituyais la paz de nuestras conciencias, renovando la armonía y conformidad de los sentimientos religiosos. Inspirad á nuestro digno Gobierno el medio de terminar ya hoy mismo. Armonícense de una vez la Iglesia y el Estado. Sálvese la dignidad de la Religion y la dignidad de la república. Que se arraigue la verdadera fe de Jesucristo en el corazon de los orientales; que la verdadera caridad que nos enseña el santo Evangelio sea una realidad para todos nosotros. La caridad extinga los odios; la caridad concluya con la division de ideas en materia tan delicada. Sálvese la república oriental, sálvense sus dignos magistrados, sálvese esta ilustre capital y toda su campiña; que el Señor bendiga los trabajos de la benemérita Junta económico-administrativa, que todos seamos benditos en el Señor por la intercesion de nuestros santos Patronos.

Sálvese el dogma católico que profesamos, sálvese la Iglesia; salvad, Santos mios, al romano Pontífice, pues como padre comun de los fieles no podemos dejar de interesarnos por su conservacion y felicidad; salvad á nuestra pequeña iglesia. Prescindiendo de individualidades, sálvese la unidad del sentimiento religioso. Todos, todos cooperemos de la mejor voluntad á una obra tan conveniente á la Religion; haya abnegacion en todos, y estemos prontos al sacrificio que de cada uno se exija, excelentísimo señor; y si fuese de algun valor el sacrificio de mi humilde persona, héme pronto por

el bien de la Religion, por el de la Iglesia, por el bienestar y tranquilidad del Estado.

Abracémonos con sinceridad unos y otros; el manto de la caridad cubra nuestras miserias; cesen de una vez las recriminaciones, y terminen los escándalos. Esperemos que en cambio de nuestro sacrificio lloverán del cielo nuevas bendiciones sobre la patria y sobre nuestra Iglesia, que nos harán mas felices en la tierra y en el cielo como á todos os deseo.

Apuntes para un panegírico sobre el mismo asunto.

Non est bonum hominem esse solum; faciamus ei adjutorium. (Gen. II, 18).

Esta es la figura del gran plan, el gran designio de la divina Providencia, segun el cual el hombre perfecto, el hombre por excelencia, Jesucristo no debia tampoco permanecer solo, y por lo mismo le dió la Iglesia por auxiliar y compañera de su generacion espiritual; es decir, que Dios desde el principio del mundo anunció de una manera sensible la necesidad del ministerio eclesiástico para la generacion de los hijos de Jesucristo y para la propagacion y conservacion del Cristianismo.

¿Qué son y qué fueron nuestros santos patronos san Felipe y Santiago? Ellos pertenecieron al cuerpo de pastores de la

Iglesia, y segun el lenguaje de san Pablo: *Dei enim adjutores sumus.* San Felipe y Santiago fueron verdaderos ministros de Jesucristo, dispensadores de los divinos misterios. Así hablaba san Pablo de la necesidad, de la excelencia y del valor del ministerio eclesiástico.

Este dogma está patentizado en el prodigio de la multiplicacion de los panes. Eran como cinco mil personas las que rodeaban á Jesús por oir su divina palabra. Los Apóstoles trataron de hacer retirar á aquella muchedumbre para que fuésen á buscar de comer, y Jesús respondió: *Non habent necesse ire.* El Señor para probar la fe le dice á Felipe: *Unde ememus panes ut manducent hi?* Se dirigió el Señor á Felipe porque era el mas ávido por saberlo todo; él mismo fue el que dijo á Jesucristo: *Ostende nobis Patrem*, y entonces le fue revelado aquel misterio: *Philippe, qui videt me...* es decir, que es hijo consustancial de Dios y Dios omnipotente en sí mismo... Repuso Felipe: *Ducentorum denariorum non sufficiunt.*

Non sunt nobis plus quam quinque panes et duos pisces... Et manducaverunt omnes et saturati sunt.

Y el Señor mandó á sus discípulos: *Colligite quæ superaverunt fragmenta ne pereant, et impleverunt duodecim cophinos.*

San Agustin dice: «Este mismo Dios hace que de un solo «grano de trigo, no solo nazcan muchos granos, sino muchas «espigas.»

Podia Jesucristo por sí mismo haber hecho todo esto, pero dijo á sus discípulos: *Vos date illis manducare.* Bien se puede decir que desde este prodigio recibieron la mision de predicar. Los Apóstoles dividieron la gente en grupos, y solos ellos pueden erigir iglesias. *Posuit Episcopos regere ecclesiam Dei.* Los Apóstoles distribuyeron los panes, el alimento de la vida eterna. Los siete panes representan los siete Sacra-

mentos. Solos los Apóstoles recogieron las sobras, solo á ellos se les ha confiado los misterios de la Iglesia: *Vos date illis manducare.*

La divina Sabiduría ha dicho al hombre: *Non in solo pane vivit homo;* y esto mismo se ha dicho á los poderes públicos, á quienes Dios ha confiado la suerte de los pueblos, y están obligados á asegurar el alimento espiritual mediante la posesion de la verdad religiosa, lo mismo que el alimento del cuerpo. San Agustin, san Ambrosio y san Cirilo establecen que la verdadera religion, la verdadera piedad y el culto del verdadero Dios son la base de todo reino y de toda república. Los publicistas de la sociedad de los cuerpos no hacen caso alguno de los santos Padres.

Platon dice: *Ante omnia Deum invocemus, ut civitatem nostram stabiliamus, obsecremusque ut nos exaudiat, et nobis propitius sit atque benignus, ut ad nos veniat, et leges ipse nos doceat, nostramque civitatem adornet.*

Y en otra parte ha dicho: «En toda república bien ordenada es preciso principalmente cuidar de la verdadera Religion.» *Ejus reipublicæ quæ felix esse solet, Magistratus in Verbi Dei et veri boni cognitione edocentur à prima statim infantia.* «La verdadera Religion es la base de la república, y «por consiguiente toda impiedad debe ser severamente castigada.» La fe es el fundamento de las sociedades humanas, la perfidia es su peste.

El Hijo de Dios hecho hombre condenó con sus anatemas los artificios de que se valian los fariseos para hacer públicos los actos de su religion y de su caridad: *Ut videantur ab hominibus.* Pero tambien el Señor ha dicho: *Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum qui in cœlis est.*

El ostentar públicamente sentimientos religiosos y carita-

tivos por vanidad es un crímen; el ostentarlos en provecho de la pública edificacion es un deber imperioso para la autoridad.

Santiago el Menor, de quien dijo san Pablo: *Alium Apostolorum vidi neminem, nisi Jacobum fratrem Domini.*

San Hegesipo dice de él: *Ab utero matris sanctus fuit.*

San Epifanio y san Jerónimo dicen que nunca Santiago entró en el camino de los pecadores.

Fue el compañero inseparable de la infancia de Jesús, y crecia con los años en sabiduría y santidad como educado por María.

Orígenes le llama: *Christo simillimus ob mores et doctrinam.*

Santiago juró no tomar alimento de ninguna clase hasta ver á su Maestro resucitado, y san Pablo dice: *Visus est Jacobo.*

Fue consultado por san Pablo sobre su predicacion.

Fue uno de los primeros Apóstoles.

Segun san Pablo: *Jacobus, et Cephas, et Joannes qui videbantur columnæ esse.*

Santiago ruega por Pedro estando en la prision, y este le consulta: *Narrate Jacobo hæc.*

Santiago es una verdadera columna por la sublimidad de sus pensamientos, por la rectitud de su corazon, por su firmeza incontrastable; columna como aquella que precedia al campo de los israelitas que les cubria y les guiaba; columna de proteccion, como columna de luz por la doctrina que nos dejó consignada en su carta.

Ataca á los que dicen que basta la sola fe; y él nos enseña: *Fides sine operibus mortua est. Dæmones credunt, et contremiscunt.*

Santiago explica la Religion: *Religio munda et immaculata*

hæc est: visitare pupillos et viduas, y conservarse libre de la corrupcion del siglo.

Como columna fija fue puesto en Jerusalen el primero de los obispos para la Iglesia mas privilegiada; fue nombrado el obispo de los judíos, como san Pablo para los gentiles.

Durante su episcopado se celebró un concilio en Jerusalen para abolir el judaismo y establecer el Cristianismo. Ya no obliga la ley judáica.

Despues enseña con su carta que todo mal viene de nosotros; que todo bien desciende del Padre de las luces; que debemos someternos á su providencia, aceptando las humillaciones con paciencia y alegría. Señala los caractéres de la verdadera sabiduría opuesta á la prudencia de la carne. Enumera las ventajas del silencio cristiano y la necesidad de refrenar nuestra lengua, mas perjudicial que el fuego y el veneno; mas indómita que las bestias feroces: habla de todas las virtudes cristianas.

Él nos habla de la confesion: *Confitemini alterutrum peccata vestra*, y nos encarga el sacramento de la Extremauncion.

Santiago mereció el renombre de *justo* entre los paganos, los judíos y los mismos cristianos.

Fue mortificado en extremo.

Multum valet deprecatio justi assidua. Con suma prudencia gobernó su Iglesia por veinte y nueve ó treinta años.

Despues de la predicacion, su gran cuidado eran los pobres de Jerusalen: *Patientia opus perfectum habet*.

Muere arrojado de lo alto del templo y apedreado.

San Felipe y Santiago recibieron el martirio en el mismo dia, aunque en diferentes lugares; y por esta razon la Iglesia ha reunido en un solo dia su memoria.

El Asia superior fue el campo de la predicacion de Felipe. Pasa á la Escitia, y despues de veinte años de predicacion su-

fre la prision, la flagelacion, es apedreado y muere en la cruz...

Excelentísimo señor: El imperio y el sacerdocio en la mas perfecta armonía; la Religion y la patria; la Iglesia católica y la república oriental estrechando sus manos, trabajando de consuno en bien de los pueblos; la religion católica triunfando de sus adversarios en el siglo XIX; tales son las ideas que preocupan mi ánimo á la presencia del superior Gobierno, doblando su rodilla ante los altares consagrados al Ser supremo. Se acabaron los viejos recelos de que la Religion fuese usurpadora de los imperios, y estos por la historia han llegado á desengañarse y creer que su mejor apoyo es la Religion, y en nuestro siglo XIX es en el que con mayor aprecio se reconocen aquellas palabras del Profeta rey: *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilant qui custodiunt eam.*

¡Cuán bello espectáculo ofrece la sensata y católica Montevideo en el acto de solemnizar con tanto entusiasmo la festividad de los santos patronos de la república san Felipe y Santiago, antiguos guardadores de esta capital y de todo el Estado! merecen nuestro reconocimiento, y justo es alabemos á nuestro Dios en sus Santos, porque nos ha dispensado sus grandes beneficios é inmensas bondades. Dignos son de nuestros elogios por su mérito y virtudes, dignos de nuestra gratitud por los beneficios que en todas épocas habeis recibido de la proteccion de estos dos santos Apóstoles.

Los santos san Felipe y Santiago, como primeros discípulos de Jesucristo, llenaron heróicamente su Apostolado, y por esta razon merecen nuestros elogios. Los santos san Fe-

lipe y Santiago, como Patronos y amparadores de esta capital y de toda la república oriental del Uruguay, reclaman vuestra gratitud y reconocimiento. Tan sencilla como verdadera es la proposicion que va á ocuparos al desempeñar yo el honroso cargo que el celoso Prelado ha tenido á bien encomendarme. Cuento, excelentísimo señor, pueblo oriental, con vuestra benévola indulgencia; invocarémos primero las luces de nuestro buen Dios, y para mejor conseguirlas saludarémos reverentes á la que es llena de gracia, diciendo: Ave María.

APUNTES

PARA

VARIOS SERMONES Y PANEGÍRICOS.

Purificacion de María.

Postquam impleti sunt dies purgationis Mariæ secundum legem Moysi, tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino. (Luc. II, 22).

Reverendísimo señor: Un acto de sumision á vuestra legítima autoridad es el que hoy me coloca en este sagrado lugar despues de la tribulacion por la que plugo á Dios pasáramos. Sea Dios bendito en todo y por todo; yo no he podido menos de exclamar: Solo á tí ¡oh gran Dios! es debido todo honor y toda gloria, y bajo el peso de la persecucion he debido repetir: *Bonum mihi, Domine, quia humiliasti me.* Perdonadme, Dios mio, perdónenme mis hermanos, y perdonémonos todos con verdadera caridad. Volvieron los dias de paz al santuario, y debemos empeñarnos en desagraviar á nuestro Dios de los males que hayamos causado.

Los tiernos misterios que hoy celebra la Iglesia nos dan una enseñanza, que muy provechosa puede y debe sernos y

de gran estímulo para arraigar las dos virtudes que se desprenden de ellos, la humildad y la caridad.

Estas dos virtudes son esencialmente cristianas; la humildad y el amor á los enemigos. Jesucristo desde el techo de Belen hasta el árbol de la cruz santificó por sí mismo estas dos virtudes, y su vida no fue mas que una práctica no interrumpida de amor y de humildad.

Este es el gran dia suspirado por Israel en que se enlazaba la ley antigua con la ley nueva, las sombras y la realidad, las promesas y su cumplimiento.

Jesucristo dijo de sí que habia venido, no para deshacer la ley, sino para cumplirla.

La mas pura entre las hijas de los hombres quiso confundirse entre las demás mujeres.

Moisés habia impuesto tres leyes á las mujeres que daban á luz un varon:

Primera, que la mujer fuese tenida por inmunda los primeros siete dias y excluida de la comunicacion popular, y los otros treinta y tres dias no podia entrar en el templo ni tocar cosa santa.

La segunda era la presentacion del infante en el templo, ofreciendo un corderillo de un año y un pichon ó tórtola, y si no podia ofrecer cordero, dos tórtolas ó pichones; bello símbolo de la castidad, uno para el sacrificio del fuego ú holocausto, y otro para el sacrificio por el pecado. En esta ofrenda se confesaba la mujer por pecadora, y pedia al sacerdote rogase por ella.

La tercera era la ley de los primogénitos, que no siendo de la tribu de Leví eran rescatados por cinco siclos.

Por primera vez se acerca á los umbrales sagrados una Madre vírgen, llevando por humildad las ofrendas de la in-

mundicia, y el Rey de los cielos va á ser ofrecido á su eterno Padre bajo la imágen de dos tiernos pichones.

Ni la maternidad, ni el Hijo, ni la ley obligaban á María. María no fué á purificarse, sino á venerar el misterio de la Purificacion.

Simeon, judío de religion y cristiano en la adoracion, el último justo de la vieja ley y el primero de la nueva, absorto estrecha al Niño contra su corazon... Un dolor profético le arranca un suspiro, mira á la Madre y llora... es que vió el corazon de la Madre herido de muerte.

«Este Niño, la dice, ha venido para la muerte y la resur«reccion de muchos de Israel; será el blanco de las contra«dicciones, y Vos misma tendréis el alma traspasada de do«lor como por la punta acerada de un cuchillo...»

Nuestra Señora del Horto.

Beatam me dicent omnes generationes.
(Luc. I, 2).

¿Qué católico no se conmueve á la vista de este rasgo piadoso con que los ligurinos vienen en este dia á recordar las glorias de su querida Chiavari, de la célebre, pintoresca y piadosa Chiavari? Y al efecto se presentan hoy á rendir los homenajes de gratitud á su querida Madona del Horto, y con este título á la vez recuerdan el engrandecimiento de su cara patria. Engrandecimiento y gloria que está vinculada á la proteccion de María santísima del Horto, pues que bajo este título quiso ser venerada de dos sencillos fieles chiavarenses, Jerónima Turrio y Sebastian Descalzo. Ni hay por qué ex–

trañar que la Madre de la humildad se complazca con los de condicion humilde. El Hijo de Dios hecho hombre ¿no fue á los sencillos pastores que quiso anunciarse? ¿Y no es la humildad la virtud que mas enamoró al cielo en el alma de María? Vaticinó esta humilde Señora las consecuencias de su profunda humildad, cuando dijo á su prima santa Isabel: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ. Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes;* y bendicen á María todas las generaciones, todos los países: todos los hombres la bendicen y ensalzan, y bendicen y ensalzan á Dios porque engrandeció á una pura criatura elevándola hasta la incomprensible dignidad de Madre de Dios. Bendicen á Dios y bendicen á María, y nos convidan á bendecirles los piadosos chiavarenses presentándonos un título mas para excitar nuestra tierna devocion para con tan caro objeto. ¿Y no es verdad que la católica Montevideo está siempre pronta á alabar á María bajo cualquier título? No, no puede menos el pueblo oriental de entusiasmarse al recordar á la que es verdadero Ángel de paz y de consuelo, á quien imploramos en todo dolor; y su nombre solo es para nosotros una fuente de bendicion. ¡Ah! María vive y ha vivido en el corazon de los pueblos, y vive y vivirá entre los chiavarenses como un pensamiento de gloria y de amor.

Los chiavarenses reconocen en la advocacion de Nuestra Señora del Horto una señal de bendicion; ellos la aclaman su gloria y su amor. Chiavari, la Señora, María santísima, en la ternura de su amor con su tierno Hijo en los brazos, te ha dado la gloria de que disfrutas. Chiavari, en la solemnidad de estos cultos suntuosos llenas el vaticinio de María: *Beatam me...*

Chiavarenses, dais gloria á María santísima del Horto, porque María os ha engrandecido; chiavarenses, amais á

María, porque Ella os amó primero. Dispensad si no acierto á satisfacer vuestra piadosa devocion; y para mejor hacerlo, pongámonos bajo la proteccion de esta amabilísima Señora, y pidámosla una de sus bendiciones, que obtendrémos sin duda saludándola con las palabras del Ángel: Ave María.

Reconocemos los católicos en María santísima la criatura mas pura y la mas santa; la veneramos como el tabernáculo de la Divinidad, como el instrumento de la mayor de todas las maravillas; es la Madre de Dios, y está dicho todo. No os diré, señores, que este culto es tradicional desde el principio del mundo, así bajo la tienda de los patriarcas como en el templo de los judíos. ¡Ah! sí, todos los siglos mostraban á María como la estrella del porvenir, como el astro mensajero de los gloriosos dias reservados al mundo. En María reconocieron la mujer siempre victoriosa de la serpiente, ora sea representada en la ardiente zarza de Moisés, ora en el vellon de Gedeon que se cubre de un celestial rocío. Aquí es la vara de Aaron, allí la vara de Jesé; unas veces es la tierra prometida, otras es el tabernáculo donde Dios ha fijado su morada. La Madre de Dios cantaba David cuando celebraba los abrazos de la justicia y de la misericordia; á María reconocia Salomon en el hermoso lirio nacido entre las espinas, y en la cima del monte Carmelo veneró Elías á la Vírgen bajo la forma de una nubecilla transparente que se elevaba del seno de las aguas, y edificó un oratorio á la futura Reina de los cielos. Isaías, Jeremías... pero ¿á dónde voy? ¿Ni para qué cansarme en amontonar pruebas de la antigüedad del culto de María? Nosotros católicos adoramos á Jesús como á nuestro Salvador, honramos á María porque tambien Ella ha cooperado á nuestra redencion. Y vosotros, chiavarenses, ¿por qué venerais á María? Porque en el dia 2 de julio de 1610 se

apareció la Señora en un huerto de Chiavari. ¿Por qué en el dia se ha hecho tan célebre vuestra ciudad de Chiavari? Porque María santísima en su tierna imágen fijó en ella su benéfica planta, y la preservó de la destruccion por la peste.

El culto de María, como todos los demás dogmas del Evangelio, ejerce una influencia feliz sobre los pueblos cristianos. Diga Chiavari cuánta ha sido y es la influencia de la devocion de María. Influencia religiosa, influencia moral, influencia artística. ¿Y quién se atreverá á negarla al culto de María? ¿No es el culto de María como el símbolo del de Jesús? El culto de María nos une, nos ata al de Jesús, imprime con un doble sello la fe en nuestras almas, su amor en nuestros corazones. ¡Cuántos bienes no ha producido en la ciudad de Chiavari! ¡Cuánta es la majestad del culto, cuánta su grandeza! La virtud se manifiesta muy bella en María y muy persuasiva. Humildad profunda, absoluta pobreza, pureza sin tacha, perfecto rendimiento; se encuentra en ella todo cuanto dilata el corazon, todo lo que constituye las almas grandes, la caridad mas atractiva y el heroismo de la virtud. Bajo los auspicios de María se formaron en tí ¡oh Chiavari! tantas instituciones piadosas. ¿Quién pudiera enumerar los eminentes varones que han dado tus escuelas, cuántas almas santificadas? ¿Á quién se debe ese hospicio de caridad y beneficencia? ¿Quién inspiró ese pensamiento consolador de los hijos de María santísima consagrados á lo mas heróico de la caridad cristiana en los hospitales, en las cárceles, en las escuelas? Gloria son de Chiavari sus célebres escuelas, gloria de Chiavari su rica biblioteca, gloria de Chiavari el munificentísimo culto que á María se da. ¡Oh Chiavari! ¡oh Liguria! ¡oh Italia toda tan poética como religiosa! te honras con los santuarios de Loreto, de Savona, de la Guardia, de Aquapendente y de otros muchos.

El arte debe al culto de María sus mas bellas inspiraciones. Hay en la imágen de María cierta cosa tan dulce, tan graciosa y tan noble; reune el primor de los cedros del Líbano á la belleza de las viñas de Engaddi, el brillo de las flores del Carmelo á los perfumes de los mirtos de Saron.

Vosotros, chiavarenses, desde el seno de esta hospitalaria república, cuando vuestra alma sufre y llora, dirigís vuestras lágrimas hácia María santísima del Horto y la confiais vuestros dolores: en Ella se fija vuestra tierna mirada al separaros de vuestra patria, y á Ella saludais con entusiasmo cuando os acordais de vuestros lares. Todos la llamais la buena Madre. Allí está, señores, la imágen del mundo católico. Sobre todas las criaturas brilla radiante la Madre del Redentor, y ni una queja se eleva de la tierra ni de los mares que no suba á su trono. Roguémosla que encamine á nuestras almas y las abra el camino de esa piedad tan dulce, que purifica y consuela, apoya y justifica; depositemos nuestro himno de gratitud al pié de la que el mismo Señor ha hecho mediadora de todas nuestras gracias, que nos conduzca á la patria celestial que á todos deseo.

San Francisco Javier.

En el mundo de la carne, segun la hermosa expresion con que el sublime Bossuet describe el paganismo, el hombre de humilde y oscuro nacimiento se hallaba proscrito del libro de las grandes acciones, y eran desconocidos los medios suaves y sublimes con que la caridad evangélica hace del últi–

mo indivíduo de la sociedad un instrumento de los hechos mas gloriosos al género humano. Antes de la venida de Jesucristo la gloria estaba exclusivamente reservada á los hechos de armas, que si bien algunas veces son justos, las mas llevan en sí, amen de los estragos y ruina que les son consiguientes, el sello de la infamia, del atropello y de la fuerza brutal. Mas, se cumplen los tiempos, desciende de los cielos el Destinado á iluminar á los que están sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte, y el Salvador prometido á las naciones predica y enseña la doctrina que habia de cambiar la faz del mundo. Ella no solo encierra los dogmas de la redencion espiritual que consumara en el Gólgota con la efusion de su propia sangre, sí que tambien aquella moral pura y fecunda que, bendecida por el rocío de su gracia, hace de vasos frágiles otros tantos hombres semejantes en hermosura á los mismos Ángeles, los cuales se sacrifican gustosos por la salud corporal y eterna de sus hermanos. La Iglesia católica, encargada de fomentar este saludable principio y de hacer de él la aplicacion mas útil, acoge bajo sus alas protectoras todos los instrumentos que lo puedan realizar. Hace mas; depositaria de los tesoros de la redencion de su divino Fundador, los derrama á manos llenas, sin atencion ninguna á la condicion del indivíduo ni de categorías, á cuantos bajo sus banderas se ejercitan en practicarlo á imitacion de su Maestro. Sabido es que Jesucristo acompañaba su enseñanza divina con obras de misericordia, de tal modo, que su vida no es mas que una série no interrumpida de actos de esta naturaleza; todas las miserias que pueden afligir á la humanidad hallaron en Él un remedio eficaz. Todas estas bondades del Hombre-Dios han tenido en el transcurso de los tiempos celosos imitadores, y la sociedad ha visto salir del seno del Catolicismo varones esforzados que

se han impuesto la voluntaria y generosa obligacion de hacer de cada una de las obras practicables el objeto de desvelos y trabajos especiales. Valga por todos las maravillas del héroe que recordamos en este dia, san Francisco Javier, apóstol del Nuevo Mundo. La religion católica que, cual madre tierna, anota en los anales de su cariño todos los movimientos de estos varones, tiene registrados en el gran libro de la vida los mas principales de este Santo, y hace á su autor objeto digno de los votos de todo el mundo.

El corazon de Javier fue infatigable en la conversion de las almas, insaciable en el padecer é incansable en los trabajos.

Hallándose Javier en París, jóven de noble nacimiento, de gran fortuna y de mayores esperanzas, se pone en las manos de Ignacio, y á la voz de *Quid prodest*, lo abandona todo y se consagra á Dios. Predica en las plazas, enseña en las iglesias, instruye en las academias: *Europa te nostra non capit*. Vamos, pues, á la India. Dios le habla en sueño, y se le figura cargar un indio disforme y que le dice como á san Pablo: *Adjuva nos*. Paulo III le hace su legado, Ignacio le manda, y Juan III, rey de Portugal, le espera. *Exultavit ut gigas ad currendam viam. Exultavit:* en los montes salva un desesperado, entre las rocas detiene á un furioso, entre las aguas salva un sumergido; fue tal la velocidad de su carrera que, pasando por cerca de su anciana madre, ni siquiera va á verla. Pasa á Portugal, lo quieren detener, pero está prometido á la India. En la nave santifica á los pasajeros. Salta en tierra, esparce la semilla de la divina palabra: *Pertransiit benefaciendo*. En un reino convierte diez mil, en otro cuarenta mil; aquí un reino, allí una isla.

Los enseña con tanta solidez, que los niños salen maestros mártires. Disputa con los bonzos; se disciplina y convierte

á los soldados; juega los náipes y convierte á los jugadores; se cansa su brazo de bautizar, se fatiga de predicar, no sabe el idioma, y por señas se hace entender.

Convirtió diez reyes, otras tantas reinas y príncipes. Él solo bautizó un millon y doscientas mil personas; por sí mismo convirtió un millon y setecientos mil. Él en diez años convirtió mas pueblos á la fe que herejes habia; se puede comparar las almas convertidas con las estrellas del cielo y las arenas del mar: *Oritur sol, et occidit..., et in circulos suos revertitur.*

Fue incansable en los trabajos. Es costumbre del Señor con sus Santos, manifestarles los trabajos á que están destinados. Así sucedió con Javier: *Ecce cœlum novum et terram novam.* Vientos, clima, frios, intemperie, montes, valles, desiertos, bárbaros, espadas, lanzas, todo lo sufrió. Á la vista de los trabajos levanta sus ojos al cielo y exclama: *Plura, Domine, plura;* ni es estéril este deseo. En París ayuna tres y cuatro dias; se disciplina tres y cuatro veces; se ata fuertemente unos cordeles; se encierra cuarenta dias en una cueva; va á los hospitales. Emprende su viaje sin mas que una sotana, un Crucifijo y un Breviario.

Quiere ir á la isla del Moro, aunque sabe que devoran á los hombres; va á la China con riesgo de ser prisionero; quiere entrar en el Japon, y se embarca con unos ladrones; quiere pasar á Macao, se agarra á la cola de un caballo, y se verifica en él lo que con san Pablo: *In laboribus plurimis, in carceribus abundantius, in plagis supra modum, in mortibus frequenter.* Es azotado muchas veces, una apedreado; sufre tres naufragios, cinco dias con cinco noches en medio del mar. Lo agita el cuidado de las iglesias... se vuelve de continuo á Dios diciendo: *Quis mihi det ut moriar pro te?*

Prodigios.—Dios á Moisés le dió una vara, y le dijo: *Tolle*

virgam, et extende manum tuam. Milagrosa es su voz, su mano, su persona, su nombre, su sombra: *Extendit manum suam, omnia quæcumque voluit fecit in cælo et in terra.* Habla treinta idiomas diferentes; ochocientos enfermos curados, cien mil profecías. Por milagro no hace milagros.

Mors fuit non ad mortem, sed ad miraculum. Su cuerpo se conserva incorrupto: *Numerum et omnem potestatem superant miracula quæ à tua potentia facta sunt.* Todos lo llaman el gran padre, profeta, santo, el dios de la tierra, el dios del mar...

San Juan Bautista.

Fuit homo missus à Deo, cui nomen erat Joannes. (Joan. I, 16).

La singular y extraordinaria providencia que tuvo Dios con el Precursor del Redentor del mundo, el verdadero Mesías, hace que su panegírico sea de un órden especial y que nada tiene de comun con el de los demás Santos de la Iglesia.

Con acertada prudencia celebra esta despues de la muerte las virtudes y glorias de sus héroes, y poco ó nada se ocupa de su nacimiento, ya porque este va siempre acompañado de mil y mil circunstancias tristes y luctuosas que se alejan mucho de la alegría; ya porque la inconstancia de nuestra naturaleza nos constituye en un estado de incertidumbre que con sobrada razon hace desconfiar de la virtud mas acendrada. Solo el nacimiento del Bautista se celebra, porque en él se ven las señales mas portentosas de la perfeccion de la gracia, sin los temores de la inconstancia.

Búscase en otros Santos cuanto puede engrandecerlos, se hace preciso en el Precursor examinar cuanto le confunde y prueba que es hombre, para no errar y tenerlo por Ángel ó por el mismo Cristo. No nos contentamos con las virtudes que practicaron los amigos de Dios, queremos ver además algunos prodigios como comprobantes de su santidad; pero en el Bautista seria excusado investigar este requisito, pues ningun milagro hizo, si bien es verdad que todo en el Bautista es un continuo milagro. Es necesario, con san Juan Evangelista, para formar el debido concepto del Bautista, empeñarnos en probar que fue verdaderamente hombre: *Fuit homo missus à Deo*. Error seria, señores, tenerlo por Ángel, aunque el profeta Malaquías tal lo llame, y como tal nos le pinta. Es Ángel en su ministerio, pero hombre en su naturaleza. El Evangelista nos descubre dos verdades esenciales á nuestra creencia, á saber, que el Verbo era Dios, y el Bautista hombre; y bien era necesaria esta manifestacion, para que ni los judíos le tuviesen por Cristo, ni nosotros le reputásemos superior á nuestra naturaleza. Setecientos años antes habia sido anunciado por los Profetas, y Él habia de ser el mayor de todos ellos.

Venia á ser el Bautista el lazo de los dos testamentos; el último de los Profetas y el primero de los Apóstoles; el nudo de los dos mundos, el antiguo que esperaba y el nuevo que verá al Mesías: el Precursor de la luz tiene que participar mas de lleno de ella como el lucero que anuncia la venida del sol... El mismo Ángel que anunció la concepcion del Salvador, anunció su nacimiento. Su nacimiento no fue llorando como los demás hombres, ni hijo de maldicion que saluda con sus lágrimas al nacer la tierra de su destierro, sino ya bendito y santificado, dispuesto desde su aurora á dar testimonio de aquel á quien precede. Él causó un gran regocijo

á toda la montaña, llevándose todas las atenciones de los vecinos que se preguntaban sorprendidos : ¿Cuál piensas será este niño?

Crece en edad y virtudes, y despues de haber santificado el desierto aparece en la ribera del Jordan como un Ángel bajado del cielo, y el mismo Jesucristo forma su panegírico: *Inter natos mulierum non surrexit major Joanne Baptista.* Tanta era su excelencia, que la parte mas culta le tenia por el mismo Cristo; y si el mismo Santo no se hubiese empeñado en desengañarles, le adoraran como á Dios. Hé aquí, pues, que á imitacion de san Juan, me empeño en probar que el Bautista era hombre, pero de una grandeza superior á todo hombre; era un hombre de tanta excelencia, que era reputado por hombre-Dios. No será preciso inventar elogios cuando están los de los Santos y el del Santo de los Santos. Quiera la mano del Todopoderoso, que estuvo con él, estar con nosotros, y para conseguir esta gracia saludemos á la mas bendita de entre todas las mujeres...

Tuvo el Bautista una excelencia superior á todo hombre, porque fue grande delante de Dios. Un Ángel le dice á Zacarías : *Magnus erit coram Domino.*

La grandeza del Bautista se toma: 1.° de su nombre; 2.° de su santificacion en el seno materno; 3.° de la alegría de los suyos; 4.° de su vida inculpable, de su constancia en predicar la verdad y de los resultados que tuvo.

Su nombre el mismo Ángel lo anuncia : *Vocabis nomen ejus Joannem.*

Es nombre de gracia, es el profeta de la gracia. No hubo gracia mayor que en el alma de san Juan, pero fué creciendo de virtud en virtud...

Santa Rita de Casia.

Non est talis mulier super terram. (Judith, XI, 19).

Nada hay mas importante en la vida de un ser racional que el estudio de sí mismo, para conocer sus aptitudes, sus inclinaciones y ordenar su vida al fin y por los medios convenientes que le hagan verdaderamente dichoso. No es el hombre el que acierta á conocer su destino sobre la tierra; la divina Providencia, que incesantemente vela sobre sus criaturas, quiere ante todas las cosas ser consultada, y que la gracia, y no el capricho, sea quien coloque al hombre en el verdadero camino de su salvacion. ¡Cuántos se hacen desgraciados por no querer consultar los designios de la Providencia, y emprenden un género de vida que, si bien halaga pasiones mezquinas, recogen un triste resultado! Aun aquellos que reconocen la dependencia de su Dios en órden á lo que han de ser, muchas veces abrazan un estado que la ilusion y no la voz de Dios les pide. Es obra de mucha consideracion y de la asistencia de la gracia divina el acertar con la carrera, ocupacion, oportunidad de ocupacion para toda la vida. ¡Cuán bien, señores, se echa esto de ver en la singular y admirable Santa, objeto de los presentes cultos, que la piedad agradecida de un sábio y respetable eclesiástico la consagra! Santa singular, porque en todos los estados que puede tener su sexo se santificó con una santidad admirable y prodigiosa. Santa y modelo de santidad para las jóvenes; santa y ejemplar de virtud para las casadas; santa y modelo

de honradez para las viudas; santa y ejemplar de perfeccion para las religiosas. No hay estado, no hay edad, no hay condicion que no pueda proponerse por tipo los diferentes estados que con su virtud engrandeció. Venid, doncellas, y conoceréis la madurez que corresponde á vuestra delicada edad; venid, casadas, y aprenderéis el desempeño de las altas funciones de esposas y de madres; venid, viudas, y estudiaréis las virtudes que deben honrar vuestra orfandad; esposas de Jesucristo, hasta vosotras podréis estimularos á conseguir la alta perfeccion propia de vuestro estado. Nadie extrañará haya aplicado á santa Rita de Casia aquellas palabras dichas en elogio de Judit: *Non est talis mulier super terram.*

Santa Rita de Casia, modelo de toda virtud en todos los estados á que puede aspirar una mujer, es toda la idea que voy á desenvolver, ayudado de la gracia del Todopoderoso que espero conseguir por la intercesion de María santísima, á quien reverentes saludamos: Ave María.

Los dones del Espíritu Santo son muchos y muy varios, y él los reparte en sus criaturas como mas le place, sin que nadie pueda pedirle cuenta del modo y cuanto distribuye. Aun en los mismos Santos ¿por ventura todos son apóstoles, profetas, todos mártires? Y aunque todos convienen en el fondo de la santidad ó sea la justificacion, son tan varios y diferentes que esto mismo hace mas vistosa la esposa de Jesucristo, la santa Iglesia. De todas las virtudes, de todas las clases tenemos dechados los mas perfectos y acabados; pero es cási única en el conjunto difícil de virtudes de todos los estados la santidad de santa Rita.

Pasemos, señores, en silencio las predicciones del cielo, y que fuese un fruto de bendicion en la esterilidad y ancianidad de sus cristianos padres; respetemos su nombre no tanto

por nuevo cuanto por la rectitud y bondad que en sí presagia; ni expliquemos el prodigio de las blancas abejas que en su inocente boca libaron el jugo mas precioso de sus futuras virtudes. Pero ¿no será de admirar que una aldeana en la soledad del campo, antes que su razon se desplegara, se entregase ya á la abstinencia, privándose del pecho en los viernes del año, y que sus inocentes miembros se complaciesen con Jesús y este crucificado? ¿Quién, señores, pudo inspirarla una pasion tan decidida por la honestidad, por el retiro, por la dulce contemplacion? ¿Qué dulzuras encontraba en la soledad cuando busca una cueva donde hablar con su Dios, ó se construye un oratorio donde se encierra de modo que no permite ser vista, ni de sus padres, en todo un año? Los misterios de la vida y sagrada pasion de Jesucristo es todo su encanto y toda su complacencia, y solo la obligacion de servir á sus amados y virtuosos padres puede arrancarla de su soledad.

Es un deber de los buenos hijos el saber sacrificar sus gustos por complacer á sus padres, y no hablo de aquellos gustos que por criminales ellos mismos se reprueban, hablo aun de los mas inocentes y lícitos, hablo aun de aquellos mas honestos y santos, porque en la misma santidad, si es caprichosa, si es tenaz, si es inoportuna, puede recaer una justa reprension. Luchaba la jóven Rita con sus deseos mas puros: á los doce años habia querido consagrar á Dios la flor de su virginidad y pureza, y estaba decidida á no ser sino de Jesucristo exclusivamente; pero no podia ser insensible á las súplicas, á las lágrimas, á la verdadera ancianidad de sus pobres padres, y por consolarlos suspende la ejecucion de sus deseos y se decide á tomar estado.

Casó y ganó con sus virtudes á su marido; tuvo dos hijos, á quienes educó en el santo temor de Dios. Siendo ca-

sada se entregaba á la oracion, hacia dos cuaresmas mas en el año, ayunaba á pan y agua las vísperas de las festividades de María santísima; era muy devota del Santísimo, de la Vírgen, de san Juan Bautista y san Nicolás de Tolentino. Tuvo una admirable serenidad en la muerte violenta de su marido. Pidió á Dios que antes muriesen sus dos hijos que permitir intentasen la venganza. San Juan Bautista, san Agustin y san Nicolás de Tolentino la metieron dentro del convento de la Magdalena del Órden de Agustinas. El dia de la profesion tuvo una vision de una escala en cuya cima estaba el mismo Dios. Ejercitó su obediencia regando por un año un palo seco, repentinamente sanó de la herida de la espina con que la hirió su amante Esposo. Se arrojaba desnuda sobre la nieve ó ponia la mano en el fuego, dormia sobre una tabla. Orando delante de un Crucifijo, el Señor la clavó una espina en la frente, de donde la provino una llaga asquerosa y muy molesta que la sirvió de mucho ejercicio. Sanó repentinamente para ir á Roma, y repentinamente se la renovó, durándola quince años, y cuando se le caia algun gusano, la Santa lo levantaba. Cristo acompañado de María santísima la cercioraron de su muerte...

Santos Sabino y Bonifacio.

Hœc est victoria quœ vincit mundum, fides nostra. Compatimur ut glorificemur. (Rom. VIII, 17).

El carácter y distintivo de las obras de Dios ha sido siempre la mas porfiada contradiccion de parte del mundo y su obra predilecta, la Religion santa que profesamos, que, des-

pues de diez y nueve siglos, aun es el blanco del odio y encono de la descarada impiedad y de la insolente filosofía. Y ¿cómo no? Una Religion que intimaba á los grandes de la tierra: «Vosotros sois iguales en un todo á los que en el exceso de vuestro orgullo habeis llamado viles esclavos;» una Religion que declaró falso el culto de los ídolos levantados por las pasiones, infames á sus sacerdotes, é insensatos á sus ciegos adoradores; una Religion, por último, que solo abre las puertas del cielo á los humildes y puros de corazon, esta Religion precisamente debia ser perseguida en su nacimiento, aborrecida en sus progresos, calumniada en sus triunfos, y disputada en sus victorias. El divino Legislador, pronto á teñir con su sangre la primera piedra del edificio levantado á esta augusta Hija del cielo sobre la cima del Gólgota, habia prevenido á sus discípulos con toda precision, que solo le quedaba que apurar hasta las heces el cáliz de la amargura. Desde los primeros tiempos de la Iglesia hasta la consumacion de los siglos ha habido y habrá persecuciones en la Iglesia de diferentes clases y maneras; ora públicas, ora secretas; unas violentas y sangrientas, sordas otras é imperceptibles; en unas ocasiones provocadas por el orgullo y la soberbia, en otras suscitadas por la ignorancia y la supersticion: tal vez las provocan la avaricia y el libertinaje, y muchas veces las doctrinas impías; pero siempre en la Iglesia hay persecucion, y siempre saldrá triunfante.

La historia ha consignado en los anales del Cristianismo los nombres de Neron, de Domiciano, de Decio, de Máximo, de Diocleciano, de Galerio y Maximino, y de tantos otros mónstruos, con caractéres de sangre, porque realmente hicieron derramar torrentes de sangre humana, de sangre de cristianos. Estos execrables nombres excitan un sentimiento de horror mezclado de odio; y ¿qué cosa mas justa? Niños ino-

centes arrancados del seno de sus madres para entregarlos á la barbarie de los verdugos; vírgenes puras expuestas á la insolencia é insultos de la soldadesca; respetables matronas, venerables ancianos, sagrados ministros dispersos y errantes, aprisionados en estrechos calabozos, ó asociados á animales feroces; arrastrados de las cadenas al ecúleo, á los azotes; condenados sin delito á la muerte mas desapiadada y cruel. Y ¿no merecerán nuestra indignacion las pasiones violentas que produjeron estos horrores, ó los tiranos que se hicieron insensibles y sanguinarios?

Pero, señores, en el recuerdo de los gloriosos mártires Patronos menores de esta ciudad, que la gratitud del pueblo de Buenos-Aires les consagra, no debemos tener otro sentimiento que el que animó á ellos mismos en el momento de sacrificarse en confirmacion de la fe que profesaban, fe divina que es la misma que nosotros tenemos. «Padecemos, de«cian, para ser glorificados: *Compatimur ut glorificemur.*» Estos sentimientos son los que nos ponen por delante los gloriosos patronos san Sabino y san Bonifacio, mártires de Jesucristo.

Recordando la fe y la caridad de aquellos debe reanimarse la nuestra; á la vista de su gloria debemos imitarlos, sufriendo para ser glorificados. Este es el asunto de mi discurso. Imploremos los auxilios divinos, y, para mejor conseguirlos, saludemos á la soberana Reina de los Ángeles, diciéndola: AVE MARÍA.

Si el nacer en el seno de la Iglesia de Jesucristo, si el tener por autores de nuestra existencia á personas que profesan la verdadera fe, y cuyas máximas y costumbres siempre son puras, es un motivo de agradecimiento al altísimo Dador de este beneficio, ¿cuánto mas lo seria en los primeros

siglos de la Iglesia, cuando todo se conjuraba contra el Cristianismo? Los Apóstoles habian anunciado á Jesucristo por todas partes, y en todas partes habia verdaderos cristianos. Sabino y Bonifacio tuvieron esta dicha, y la supieron agradecer al Señor. ¡Ah, señores! que entonces el ser cristiano costaba muchísimo mas trabajo que ahora, y por eso sin duda valoraban mejor la dicha de conocer y adorar al verdadero Dios. Los cristianos de aquel tiempo eran sin duda mas observantes de la ley del Señor.

Si se exigia tanta heroicidad de los cristianos, que debian estar preparados para el martirio, ¿cuánta mas se exigiria de los sacerdotes y de los obispos, llamados á la difícil mision del mas perfecto apostolado?

Sabino, obispo de Espoleto, excitó la indignacion de Venustiano, gobernador de Toscana. Segun cuenta la historia, fue preso en Asis con dos diáconos, Exuperancio y Marcelo, y el tirano hizo que les cargaran de cadenas. Á los dos dias quiso exigir que adorasen una estatua de Júpiter, y san Sabino tomó el ídolo, lo arrojó en tierra y lo hizo pedazos. Venustiano en el acto le hizo cortar las manos, y poner al potro á Exuperancio y Marcelo hasta que espiraron. San Sabino volvió á la cárcel. Serena, viuda, le asistió, y el Santo curó á un sobrino de esta matrona de la ceguera, con lo que se convirtieron quince presos. Venustiano rogó á Sabino que le librara de la enfermedad y dolor de ojos, lo que hizo el Santo con la condicion de ser bautizados, como lo fueron, y por su constancia en la fe los vió san Sabino morir por Jesucristo. Lucio, sucesor de Venustiano, llamó á san Sabino; le exigió que obedeciera al Emperador, y, no habiendo conseguido cosa alguna, le hizo azotar con látigos de plomo hasta que espiró. Serena le enterró, juntamente con las manos, á

media legua de Espoleto, donde se edificó una iglesia. Hé aquí la victoria de este santo Prelado.

Pero no os figureis, señores, que cuando ensalzamos el fervor de los primeros cristianos queramos decir que entre tanto mérito no hubiese las debilidades cási precisas en una sociedad de hombres. ¿Acaso entonces, como ahora, no se servia el Señor de la debilidad de los cristianos para formar de los pecadores los mayores Santos? No es solo el camino de la inocencia el que conduce al cielo; los esfuerzos de la penitencia han arrancado las mejores coronas. Nuestro patrono san Bonifacio fue cómplice de las maldades y escándalos de la famosa Aglae; pero fue tambien compañero de su arrepentimiento, y llegó muy pronto á obtener la misma palma y corona que san Sabino, obispo; y si Aglae le comisiona para buscar los preciosos restos de los santos Mártires, Bonifacio desea y aspira á la mejor penitencia; él mismo voluntariamente se presenta, en Tarso de Cilicia, en el tribunal del gobernador Simplicio, encarnizado en la sangre inocente de los cristianos. En vano se le ponen por delante los tormentos, y se le exige que adore á Júpiter: ni los azotes ni la pez hirviendo pudieron hacer mas que encenderle en mas vivos deseos de morir por Cristo.

Permaneció sereno Bonifacio, y por esta serenidad mandó el tirano echarle plomo derretido en la boca. Esta órden hizo exclamar al siervo del Señor: «Yo te doy gracias, Señor mio «Jesucristo, porque te dignaste aceptar el sacrificio de mi vi«da: ven, Señor, en socorro de tu siervo; perdónale todas «sus maldades; sean purgadas con mi sangre, y sírvame la «muerte de penitencia. Fortifícame con tu gracia, y no per«mitas que me venzan los tormentos.»

Llevaron al Santo á la cárcel, y al dia siguiente le echa-

ron en una caldera de pez hirviendo; y á la señal de la cruz salió la pez, que abrasaba á los circunstantes, y entonces le cortaron la cabeza. Los criados compraron el santo cuerpo, y al arrodillarse delante de él abrió los ojos, y les miró con halago. Aglae oyó en el mismo dia, estando en oracion, una voz que le decia: «El que antes era criado tuyo ya es her-«mano nuestro: recíbele como á tu señor, y colócale digna-«mente, porque á su intercesion deberás que Dios te perdone «tus pecados.» Ella recibió, pues, el cuerpo del mártir san Bonifacio con toda devocion, é hizo construir un oratorio en honra suya.

¡Oh poder de la divina gracia, que así igualaste al pontífice Sabino y al mayordomo Bonifacio! ¿Quién podrá resistir tus gracias?

Tus héroes padecieron, y tú, Señor, los has glorificado, no solo á la vista de sus perseguidores, sino hasta en medio de nosotros...

San Isidro.

In memoria æterna erit justus. (Ps. CXI, 6).
Et erit sepulchrum ejus gloriosum. (Isai. XI, 10).

Seiscientos años y mas hace que resonó en la pequeña villa de Madrid una voz de sentimiento y de justicia, y aun vive la fama de la gran santidad de Isidro.

Seiscientos años y mas han transcurrido desde su muerte, y no se ha olvidado el sepulcro del humilde labrador Isidro, y su cuerpo incorrupto se conserva hoy como se le encontró cuarenta años despues de haber sido enterrado.

Seiscientos años y mas se han pasado, y los cultos de san Isidro los han solemnizado los Alfonsos, los Felipes, los Fernandos y los Cárlos, y continúa presidiendo los consejos de la nacion española, y nuestra actual soberana D.ª Isabel II perpetúa el amor y la devocion que á Isidro profesaron las Leonoras, las Isabelas, las Marías y las Amalias.

Seiscientos años y mas han transcurrido, y nuestra cara patria conserva aun el precioso depósito del cuerpo incorrupto del pobre labrador Isidro, y el siglo XIX se une con el siglo XI en piedad, en amor á la sagrada Religion, en heroismo por la patria y por la fe católica.

Y si las Navas de Tolosa vieron un dia á san Isidro proteger á aquellos pueblos de nuestra España que entonces tan gloriosamente sacudieron el yugo de la mas dura esclavitud, y destruyeron el formidable ejército de bárbaros y furiosos sarracenos, hoy en África tremola el estandarte español cubierto de gloria, y coronado de frescos y hermosos laureles conseguidos por el esfuerzo de ese incomparable y victorioso ejército, que con tanto ardor como patriotismo religioso ha renovado la guerra contra los antiguos opresores de nuestra España, y humillado el imperio de la media luna.

¿Cuál fue el carácter distintivo de san Isidro labrador? La sencillez y la rectitud cristiana. Isidro, antiguo hijo de Madrid, de oscuro nacimiento, hombre iliterato, rústico, plebeyo humilde, padre de familia, mozo de servidumbre, un sencillo labrador, y sin embargo es hoy un bienaventurado en la gloria, un justo de grande valimiento con Dios, un héroe canonizado, un Santo reverenciado, un protector de España y un tutelar insigne de la corte.

Y ¿por qué así, señores? Porque está escrito : *In memoria æterna erit justus*. Esto es lo que puede inmortalizar nuestro nombre. Isidro fue justo : hé aquí el mejor de todos

los elogios. Sí, amados compatriotas; sí, sencillos labradores; la justicia, que es el conjunto de todas las virtudes, hizo el renombre de Isidro imperecedero, y la misma justicia hará inmortal su nombre. Veamos la justicia de Isidro, y procuremos imitarla: para conseguir tan felices resultados imploremos los auxilios de la divina gracia...

¿Quién fue Isidro? Un cristiano verdadero, un hombre piadoso que con intencion recta y un corazon sencillo permaneció unido á su adorable Salvador y Redentor. Nació á fines del siglo XI, cuando Madrid acababa de libertarse del bárbaro dominio de los moros.

Desde su niñez manifestó el candor de su ánimo, la inocencia de sus costumbres, la tierna devocion al santísimo Sacramento y á María santísima de la Almudena. Los canónigos reglares de esta iglesia se encargaron de la direcion de aquella alma en un tiempo en que los moros habian derramado por la España sus groseros vicios y errores. Con ellos aprendió el desprecio del mundo, el uso de la oracion, la frecuencia de los santos Sacramentos y el amor al trabajo. Habiendo oido explicar en un sermon la maldicion que Dios echara al primer hombre: *In sudore vultus tui vesceris pane*, abandonó el trabajo de abrir pozos en que se ocupaba, y se aplicó al cultivo de los campos, á imitacion de los antiguos Patriarcas.

Sirvió en las casas de los Vargas y de los Veras, sin olvidar los ejercicios de piedad.

Para no cercenar nada de las horas de trabajo, quitaba al sueño y al descanso las horas que consagraba á la oracion. Salia Isidro antes de la aurora á visitar nueve santuarios, en que tenia distribuidas las meditaciones del Señor, desde su encarnacion hasta su sepulcro.

Existe un recuerdo en el arca en donde Alfonso VIII depositó el cuerpo del Santo; allí se ven los dos misterios esculpidos.

Como los trabajos de Jacob enriquecian á Laban, así los de Isidro enriquecieron á Vera.

Como el arcángel san Rafael no tuvo á menos acompañar al jóven Tobías, tampoco los Ángeles dejaron de acompañar á Isidro.

Como la vara de Moisés hirió la peña y sacó agua, así Isidro hizo brotar aguas que aun corren.

Como Estéban vió cuando le martirizaban los cielos abiertos, así Isidro, cerradas las puertas de San Andrés, vió el cielo, y en él al sumo sacerdote Jesucristo.

Isidro salió fugitivo cuando los almoravides sitiaron á Madrid, pero no por eso alteró su virtud y ejercicios de piedad.

Casó en Torrelaguna con una virtuosa jóven llamada María, hija de Uceda. La fidelidad acompañó este matrimonio, y aunque el infierno se conjuró contra el honor de María de la Cabeza, nunca pudieron hacerle perder la confianza de su fidelidad. Hablen Torrelaguna, Caraquiz y Tulamanca, y digan los prodigios que vieron obrar á María de la Cabeza.

Fue en extremo caritativo con los prójimos y aun con las bestias. Las pajas las convirtió en trigo, y multiplicó el pan.

Resucitó á la hija de Vargas.

Extrañando el amo de Isidro lo mucho que habia recogido, le insultó, y el Santo le dió todo el trigo y se quedó con la paja; pero aventada le dió otro tanto grano.

Se desengañó de la tentacion cuando vió á su esposa atravesar el Jarama: resucitó á su hijo, y en el molino multiplicó la harina.

La vida de Isidro fue inocente, justa y religiosa. Un dia que no habia podido oir la santa misa, volvió todo afligido,

é hincándose á las puertas de la parroquia de San Andrés, vió en éxtasis celebrarse en el cielo una misa solemne, asistida de los Ángeles y Santos.

Grande fue su caridad para con el prójimo : multiplicó el Señor un pan para que pudiese socorrer á los pobres.

Isidro fue un hombre que se venció y dominó á sí mismo; fiel con sus amos, caritativo con los pobres, buen esposo, buen padre, y limosnero hasta con milagros.

San Isidro, contento con su suerte, con quienquiera que tratase le hacia feliz : modelo de sirvientes, adelantó los intereses de su amo Vera sin faltar á sus prácticas religiosas.

Casado con una doncella honesta, pobre y virtuosa, la santificó en el matrimonio. Trabajador, cuidaba del sustento de su familia. Pasó á Tulamanca, situada en las orillas del Jarama. Fundó la cofradía del santísimo Sacramento en su parroquia de San Andrés. Llegó á una edad avanzada, sufrió una larga enfermedad, y cuando muerto todos le aclamaron *el Santo*.

Despues de cuarenta años de sepultado, su cuerpo se halló incorrupto. Felipe II recibió la salud por su intercesion. Paulo V le beatificó, y Gregorio XV le canonizó á instancias de Felipe IV...

Temblor de Mendoza.

Miseremini mei, saltem vos amici mei, quia manus Domini tetigit me. (Job, XIX, 21).

Orientales, argentinos, extranjeros todos, que estais poseidos del mas profundo sentimiento por las desgracias de

nuestros semejantes, de nuestros amigos, de nuestros hermanos, de nuestros compatriotas que en un momento fatal, en un instante, en la noche aciaga del 20 de marzo próximo pasado la pintoresca ciudad argentina, la fértil y graciosa Mendoza dejó de existir, desplomándose toda ella al impulso del violento sacudimiento de su suelo. ¿Quién podrá describir el cuadro desgarrador de aquella aciaga noche? ¿quién podrá enumerar el número sin número de víctimas que en un mismo instante perecen en aquel inesperado cataclismo? ¿Quién habrá podido sobrevivir al dolor de ver desaparecer en un momento á tantos argentinos y extranjeros, á tantos padres, esposos y hermanos, amigos y conocidos? ¡Escena espantosa! Terrorífico mausoleo, ya no eres la graciosa, la fértil, la risueña, la progresista Mendoza; eres ya y serás la vasta sepultura de su grande poblacion; eres la víctima de un fenómeno horrible; eres la prueba del poder temible de un Dios; eres... ¡oh dolor! el espanto del viajero que, impresionado por la noticia de tu repentina desaparicion, con ojos llorosos al pasar por tus inmediaciones exclamará: «Allá fue Mendoza.»

¿Quién nos diera poder volar á aquel punto fatídico? ¿Quién pudiera descubrir todos los horrores que se han sepultado en aquellas ruinas, y todas las personas que á una señal dada han perecido para no vivir mas? ¡Oh caras prendas! ¡oh riquezas inestimables! Hijos sin padres, padres sin hijos; esposos en un momento en que acaso os llamábais felices, quedásteis solos ó sepultados con vuestras esposas, con vuestros hijos, con vuestros sirvientes, con vuestros intereses, y sin esperanza de recobrar nada de cuanto habíais con vuestros afanes agenciado. No sabré yo deciros quién se habrá reputado por menos desgraciado, si los que murieron sin saber que morian, ó si los que, salvando la existencia en

aquella terrible desolacion, quedásteis en las tinieblas de la noche y en el desamparo aterrador, creyendo oir los ayes lastimeros que por entre las ruinas y escombros parecian percibirse. Mil veces moriríais en esa lúgubre noche, para volver á morir mil veces cuando buscásteis las prendas amadas de vuestro corazon, y no las hallásteis: buscábais vuestro hogar doméstico, y no lo encontrábais; llamábais á grandes gritos á vuestras esposas, á vuestros tiernos hijos, á vuestros hermanos, á vuestros amigos, al sacerdote del Señor, á la vírgen consagrada, al venerable anciano, á la mujer robusta, al vigoroso jóven, á la delicada doncella, al tierno infante, á... y vuestros ayes resonaban en aquel monton de ruinas, y vuestros gritos de temor y espanto no sabemos si llegaban á los oidos de algunos cuerpos aun palpitantes, y que no podian responderos, porque sus voces doloridas eran sofocadas por las ruinas. ¡Cuántas veces intentaríais acercaros para salvar alguna víctima, y la tierra conmovida con sus mil bocas abiertas, y el aire infestado malograrian vuestros piadosos deseos!

¡Desgraciada Mendoza! Llena de vida y de prosperidad, á tí te estaba destinada una hoja fatal en los fastos de la nacion argentina. Pero ¿qué hacer, señores? Si los clamores de los muertos no han podido llegar hasta nosotros, la relacion de su desgracia nos la han transmitido los que, sobreviviendo á las ruinas, han podido dirigirnos aquellas sentimentales palabras del santo Job: *Miseremini mei saltem vos amici mei, quia manus Domini tetigit me*. Compatriotas, vecinos, amigos y hermanos nuestros, compadeceos de nuestra desgracia: la ira del Señor, su mano omnipotente tocó á nuestra querida ciudad, y la veis convertida en un monton de ruinas, de las que apenas hemos podido salvarnos los pocos que sobrevivimos á tanta desgracia. Y á este clamor y queja respondieron uníso-

nos los pueblos argentinos; y á esta voz se conmovió la generosa nacion oriental, y todos con el luto en el corazon hemos corrido presurosos á rodear el altar de nuestro Dios, y á rogar por los que murieron, y todos, impulsados por los nobles sentimientos de la caridad cristiana, preparamos nuestra oblacion en favor de los desgraciados mendozinos; y ¿quién seria tan sin corazon que se negara á un acto tan caritativo? No, la nacion oriental se levanta generosa, y sus altos poderes dan el hermoso ejemplo de los rasgos humanitarios, y les siguen todas las clases de la sociedad, y hasta en la tierna infancia se desarrolla el benéfico deseo de mandar algun consuelo á los que en un momento perdieron su reposo, su tranquilidad, sus intereses y sus caras familias. ¡Loable y cristiana conducta! Ella será recompensada por el Dios de la caridad.

Y nosotros, de esta leccion tan amarga, ¿qué consecuencias deberémos sacar? ¡Oh secretos insondables de la divina Providencia! *Et vos estote parati...*

San Vicente Ferrer.

Et vidi alterum Angelum volantem per medium cœli, habentem Evangelium æternum, ut evangelizaret... dicens magna voce: Timete Deum et date illi honorem, quia venit hora judicii ejus.
(Apoc. XIV, 6, 7).

Exordio.— No son conocidos del hombre los designios de Dios sobre las criaturas, ni podemos comprender el modo con que encamina suave y eficazmente todos los sucesos á los fines dispuestos por su providencia. Sin embargo, si-

multáneamente manifiesta su misericordia ó su justicia. Mas inclinado á la misericordia que á la justicia, derramaba á manos llenas los beneficios y con mucha anticipacion les intimaba las terribles amenazas y les hacia anunciar los castigos que debian venir sobre ellos, con el designio de que con tiempo los evitaran. Si las ciudades de Sodoma y Gomorra debian sufrir su exterminio, se lo manifiesta á su siervo Abrahan antes que se verifique. Si el género humano debia ser por sus crímenes borrado de la faz de la tierra, porque toda carne habia corrompido su camino, ¡cuántos años de avisos, de preparativos para que los hombres lo evitasen! y no hay suceso alguno de importancia en el pueblo de Dios que no fuese anunciado por los Profetas de la ley antigua, y luego aun para los mismos favores precedia la preparacion y anuncios de parte de Dios. ¿No vísteis desarrollarse la Religion progresivamente y llegar á su mayor altura cuando en la plenitud de los tiempos hubo de aparecer el verdadero Mesías prometido? Para esto, á costa de prodigios suscitó y formó al mayor de los nacidos de mujer, á su Precursor que preparase los caminos del Señor y allanase todas las sendas, para que fuese conocido el Redentor del mundo, y lo distingue con tales señales, que no pudiera engañarse su pueblo. Un grande acontecimiento se ha de verificar á la fin del mundo, y será el último de los sucesos, y en el que todos hemos de hacer el papel correspondiente.

Y para este gran suceso era conveniente un profeta, un precursor que preparase al mundo para este dia de majestad y justicia. Al formar el elogio de san Vicente Ferrer hállase el orador embarazado con el conjunto de sus virtudes llevadas hasta el heroismo, y con la multitud de prodigios con que el Señor quiso autorizar al taumaturgo de la Europa, gloria y esplendor de la Iglesia católica, y nuevo ornato de

la gran familia del glorioso Domingo de Guzman. Os confieso que anhelando por satisfacer vuestra piedad y devocion, he creido no podria adoptar mejor idea que presentaros al nuevo precursor de Jesucristo como juez de vivos y muertos, y hacerle entrar en cotejo con el mayor de todos los hombres, precursor de Jesucristo Redentor. Grandeza de la mision de Vicente, fiel desempeño de ella, y felices resultados de su mision profética; bien penetrados de estas ideas grabarémos altamente en nuestros corazones aquella leccion interesante: «Temed á Dios y dadle honor, porque se acerca «el dia del juicio;» y para conseguir esto acudamos al trono de la divina gracia, interesando á la protectora y Madre especial de san Vicente y nuestra, María santísima del Rosario, á quien saludamos reverentes, diciendo: Ave María.

Una es la santidad y perfeccion del Cristianismo; diversas las virtudes que constituyen el heroismo religioso; pero precisamente la Esposa de Jesucristo se hace mas vistosa con la variedad y primor de las preciosas vestiduras. Parece como que hubiera querido Dios acomodarse á la diversidad de los genios, costumbres é inclinaciones del hombre, y á cada uno conducirle por diferentes caminos, pero que todos viniesen á reunirse en un solo punto, esto es, á su mayor gloria. ¿Qué otro objeto tienen las diversas Órdenes religiosas que, á despecho de la impiedad, son y serán firmes baluartes contra la irreligion y la impiedad? Cada una sigue el diferente espíritu de su fundador, inspirado por Dios en la formacion de la parte esencial de sus constituciones.

Al nacimiento del Bautista precedieron grandes y prodigiosas señales, y aun no habia salido á la luz del mundo cuando ya obró prodigios. No tenemos que envidiar estos en

Vicente, pues comparado con el Bautista es ángel por la pureza, y apóstol por su predicacion.

Predicando en Salamanca dijo san Vicente á su auditorio: «Yo soy aquel Ángel del capítulo XIV del Apocalipsis, á quien «vió san Juan volando por medio del cielo, y que teniendo «el Evangelio eterno para predicarlo á los moradores de la «tierra, á toda nacion, tribu, lengua y pueblo, decia en alta «voz: Temed al Señor y dadle honra, porque vino la hora «de su juicio, y adorad á Aquel que hizo el cielo y la tierra, «el mar y las fuentes de las aguas.» Y para autorizar la realidad de su dicho mandó á un muerto que atestiguase, y al punto contestó este: «Es verdad, Vicente, cuanto has dicho; «tú eres el Ángel del Apocalipsis enviado por Dios para pre«dicar la cercanía de su juicio.»

Á los doce años concluyó la filosofía y dió principio á la teología. Á los diez y ocho entró en la sagrada Órden de Predicadores, y desde luego se entregó á los rigores de la penitencia. Su alimento eran legumbres: se atormentaba con ásperos cilicios; se ensangrentaba con puntas de acero y pesadas cadenas.

Una mujer, prendada de su belleza, lo llamó con pretexto de enfermedad, y le descubrió su pasion; pero el Santo, despues de una severa reprension, huyó precipitadamente; y queriendo esta desgraciada calumniar al Santo, quedó muda y poseida del demonio.

De san Vicente dice la Iglesia en su oficio, que *Suos detractores et persecutores... cum mansuetudine recepit.*

Las señales que precedieron al nacimiento de san Vicente indicaban el alto destino á que Dios le llamaba para la conversion de los pueblos.

Jesucristo le sanó en Aviñon de una fiebre peligrosa, y tocándole el rostro, le dijo que predicase su Evangelio

como su apóstol : esta señal quedó impresa en el rostro del Santo.

Pasó de Aviñon á Valencia, su patria, y dió principio á su apostolado, en el que hizo ver que Dios *facit Angelos suos spiritus, et Ministros suos ignem urentem.* Nada hay que resista á las palabras de Vicente : predica en las ciudades, y las convierte ; reprende en la iglesia á una mujer escandalosa, y queda convertida en otra Magdalena ; reconviene á un penitente arrodillado á sus piés, y allí mismo muere de dolor.

De Valencia sale para Cataluña, Murcia, Andalucía, Castilla, Asturias y Aragon. Entra en Francia, y pasa por el Languedoc, la Provenza, el Delfinado. En Italia pasó por Ginebra, Piamonte, Lombardía, Saboya, y despues entró en Alemania. Las conversiones que obró en todas partes le merecieron el dictado de Apóstol de la Europa. Era irresistible su voz, y quedaban sus oyentes inmóviles y como de piedra. Aun cuando hablaba su idioma, todos le entendian y se convertian. Ocho mil sarracenos y cinco mil judíos, cuarenta mil mahometanos y ciento cincuenta mil pecadores fueron el fruto de su predicacion. En Mallorca predicó una estatua del Santo por espacio de quince dias ; hasta diez mil personas le seguian para oirle.

El emperador Segismundo y los reyes de Inglaterra y de Castilla le llamaban para que fuése á fecundar con su doctrina aquellos dominios.

Renunció el obispado de Lérida, el arzobispado de Valencia y el capelo.

El concilio de Constancia le llama y le consulta gravísimas cuestiones, y en este Concilio se corta el cisma eligiendo á Martino V.

Tanta fuerza tenia este varon predicando el juicio final ; pero mayor eficacia venerando á la Vírgen-Madre en su Salterio.

Enseñó la filosofía en Valencia y en Barcelona. Predicó en París y en Roma.

La Vírgen santísima le dijo: «No temas, hijo Vicente; yo «te asistiré, de forma que salgas siempre victorioso en todas «las tentaciones, y conserves fragante la azucena cándida de «la virginal pureza.»

Solicitado una vez por una mujer impura, extendió en el suelo una cama de carbones encendidos, y andando sobre ellos no se quemaba, con lo que se convirtió aquella desventurada.

Se graduó en Lérida de maestro en teología.

Fue consejero y limosnero mayor de D. Juan I, y confesor de Benedicto XIII, á quien abandonó por no querer ceder la tiara, segun lo exigia el concilio Constanciense.

Su ayuno fue siempre riguroso, aun en la edad de setenta años, y nunca comia carne: dormia siempre vestido y sobre tablas desnudas, por espacio de cinco horas: hacia antes de acostarse una hora de oracion, y tomaba una récia disciplina.

Duró su predicacion y mision treinta y cuatro años, y caminando siempre á pié.

Peroracion.—¡Cuánto no debe la venerable Órden tercera á san Vicente, su patrono y ejemplar! Fundada esta en 1726, elegido por suertes san Vicente, se conserva y debeis conservarla y aumentarla, teniendo presente y cumpliendo en el seno de las familias con aquella sentencia: *Timete Deum, et date illi honorem.*

Tenia el don de lenguas: su auditorio se componia á veces de ochenta mil almas, y todos le oian con la misma claridad.

Promovió la fundacion de la universidad y casa de huérfanos de Valencia.

Ecce dedi vobis potestatem calcandi supra serpentes et scorpiones, et super omnem virtutem inimici, et nihil vobis nocebit...

San Antonio de Padua.

Vos estis lux mundi. (Matth. v, 14).

La alta mision del divino Verbo sobre la tierra en favor del género humano no se limitó á los dias de su mortal vida, sino que, subido á los cielos, ordenó que se perpetuase aquella en la persona y por el ministerio de cada uno de sus Apóstoles, y de sus legítimos sucesores en la Iglesia hasta la consumacion de los siglos. Y aun cuando las funciones del apostolado no sean siempre tan ruidosas como en los primeros dias del Cristianismo, no por eso ha cambiado el espíritu de la predicacion, ni falta á la Iglesia el celo para dispensar la divina palabra; y aun cuando no sean tan multiplicados los prodigios, porque no son tan precisos, sin embargo, el Señor se empeña en ilustrar su Iglesia con los favores y distinciones que llaman siempre la atencion de los mas incrédulos, y que convencen al filósofo mas despreocupado. Los príncipes de los Apóstoles, san Pedro y san Pablo, iniciaron la predicacion de la ley evangélica; el primero especialmente entre los judíos, y el otro entre los gentiles: el uno y el otro trabajaron en la conversion de los hombres; uno y otro con la uncion del Espíritu Santo hicieron conquistas maravillosas, fundaron iglesias, sufrieron mil pruebas, y sellaron su fe con el martirio en la capital del mundo, entonces y ahora asiento de la soberanía de la Iglesia católica. No está ligada la gracia del Señor á ningun tiempo ni lugar, y en todas partes ha obrado prodigios la diestra del Omnipotente.

Estos Apóstoles escogidos, llamados del Señor al ministerio de la palabra divina, eran aquellos de quienes decia el Señor: *Vos estis lux mundi.* Verdadera luz que ilumina toda la tierra, y cuyos rayos penetran en las mayores distancias y oscuridades. El siglo XIII, siglo de borrascas y de trabajos para la Iglesia, lo fue tambien de especial gloria por los eminentes varones que aparecieron en ella.

Portugal, Sicilia é Italia tuvieron un grande y celoso apóstol que renovó los portentos de la predicacion evangélica, y aun podemos decir que el Señor se empeñó en honrar y favorecer con tal número de prodigios como nunca lo habia hecho. Sí, señores; el portentoso san Antonio de Padua, de cuyas alabanzas debo ocuparme en este dia, fue un verdadero apóstol, una verdadera lumbrera de la Iglesia en el siglo XIII: *Vos estis lux mundi.* Permitidme que en la solemnidad de los príncipes de los Apóstoles, san Pedro y san Pablo, asocie el apostolado de san Antonio de Padua, y os pruebe como fue verdadera luz del mundo por su fe viva, por su sabiduría prodigiosa, y por lo maravilloso de su predicacion, tres propiedades características del verdadero apostolado, y que serán el objeto de este panegírico.

Acudamos al Sol de justicia para que, esparciendo sus rayos benéficos sobre nosotros, nos aprovechemos de los resplandores de san Antonio de Padua, y para mejor lograrlo interpongamos el poderoso valimiento de la singular Protectora de este Santo, saludándola reverentes, diciendo: Ave María.

Nació el nuevo taumaturgo san Antonio de Padua en Lisboa el año 1195, siendo papa Celestino III. Fueron sus padres Martin de Bullones y Teresa de Tavora, hidalgos y de

noble prosapia. Á los ocho dias fue bautizado en la iglesia catedral: su nombre primero fue Fernando. Descubrió ingenio muy vivo y voluntad dócil: distribuia el tiempo en la tarea de sus estudios y en los ejercicios espirituales: era muy dado á la oracion: frecuentaba los hospitales y monasterios, y fue muy devoto de María santísima.

Á los quince años despreciando las esperanzas del mundo, y con la anuencia de sus padres, pidió el hábito en el monasterio de canónigos regulares de san Agustin, y se lo concedieron. En el año de noviciado adelantó en la oracion, penitencia y humildad, y era la admiracion aun de los mas ancianos. Profesó y estuvo dos años en el convento de Lisboa; pero mortificado con el concurso de sus parientes y amigos, pidió pasar, y lo logró, al convento de Coimbra, llamado de Santa Cruz. Allí adelantó en el estudio de las virtudes y de la sagrada teología, y vivió muchos años en este convento.

El año 1217, prendado de la austeridad y humildad de los frailes Menores de la observancia, y mas animado con la noticia del martirio de cinco religiosos observantes sacrificados en Marruecos, y deseoso de obtener esta corona, le pidió al Señor luz, y un dia en la oracion se le apareció el seráfico Santo, que aun vivia en Asis, y de parte de Dios le aprobó sus deseos, y le dió el hábito. Conseguida la licencia y la admision, vistió el hábito de san Francisco. Entonces fue que mudó el nombre de Fernando en el de Antonio. Como el deseo del martirio fue lo que le movió á este cambio, luego que profesó pidió á sus prelados que le mandasen á Marruecos: tomó en Lisboa un hermano lego por compañero; se embarcaron, y llegaron con felicidad á Marruecos. Se gozaba Antonio con la esperanza de sacrificar su vida por la fe; pero Dios, que tenia otros designios, permitió que le acometiese una enfermedad tan violenta, que le fue forzoso volver á

Portugal, pero una borrasca les arrojó á Sicilia. Italia era el teatro que Dios habia preparado á las virtudes de Antonio.

Asistió al capítulo general que se celebraba por el santo Patriarca en Asis. Se repartieron todos los religiosos á diversas provincias, y no se hizo caso del enfermo como inútil, y nadie lo habia pedido.

Viéndose Antonio desechado de todos, pidió al provincial de Bolonia que lo admitiese por súbdito suyo, el cual le destinó al monte de San Pablo, en donde le dieron una estrecha celdilla: su alimento era un poco de pan y agua; se ocupaba en los oficios mas humildes, y pasaba las noches en la contemplacion. Un año vivió en esta aspereza de vida, y le tenian por un santo, pero le creian sin letras: fue gran maravilla como supo san Antonio ocultar sus talentos.

Cuando llegó la hora de descubrir esta antorcha, el Señor dispone que el pobre y enfermo Antonio, el que habia sido despreciado en el capítulo general de la Órden como inútil, el que vivia tan ocupado que todos le creian un buen religioso, pero hombre sin luces, hablase por obediencia, y lo hizo con tal ardor y con tanta uncion que, asombrados todos, le creyeron inspirado del Señor. Ya entonces se le manda estudiar con el sábio abad de Verceli, y este conoce luego las superiores luces del entendimiento angélico de Antonio. El Serafin de Asis le encarga la clase de teología, y fue el primer lector de su Órden; pero no era este el puesto que le correspondia, y su santo Patriarca le ordena que se ocupe en la predicacion, y manifiesta con cuánta razon le podemos llamar lumbrera de su siglo; apóstol de la Italia, Sicilia, Francia y Portugal; nuevo taumaturgo, por los prodigios que el Señor obra por medio de su palabra. Y á la verdad, señores, que aquí es muy difícil seguir á Antonio. Los pueblos se conmueven; las grandes ciudades y hasta la misma Roma lo de-

sean, lo escuchan; se ve dominada la multitud, y Antonio hace lo que quiere de su numeroso auditorio; convence y rinde á los mas obstinados pecadores; reforma las costumbres, y acomete intrépido á los pecadores públicos, á los herejes con quienes disputa, y convence con los mayores prodigios.

Las señales del legítimo apostolado no solo consisten en los milagros, sino que lleva consigo la persecucion de los hombres, los peligros de todas clases y personas, el veneno, los asesinos, el furor de los tiranos como Ercelino, los elementos, las furias del infierno, todo conspira contra Antonio, y todo sirve para su mayor triunfo y provecho de las almas, y por lo regular la corona del martirio sella esta clase de trabajos. Antonio no tuvo la dicha que tanto deseaba de dar la vida por Jesucristo; pero él buscó la muerte atravesando los mares, yendo de Lisboa á Marruecos; él desafió los peligros, tomó el veneno, desplegó la caridad para con sus semejantes, le consumió el celo de la casa del Señor, y murió en la flor de su edad, á los treinta y seis años, á impulsos del amor divino que le consumia. ¿Qué clase de prodigios pediréis á este apóstol, que no haya obrado? Él dominó los elementos, los irracionales, los espíritus maléficos, y el corazon empedernido de los pecadores y de los herejes, hasta merecer el nombre de *martillo* de ellos. Su caridad ¿pudo ser mas benéfica? ¿Quién, como san Antonio, remedió tantas enfermedades? quién dispensó mayores finezas? quién puede disputarle la facilidad en obrar maravillas para favorecer á sus devotos? El sepulcro de Antonio, como el de los santos Apóstoles, es muy glorioso por las maravillas que á cada paso obra, y su memoria será siempre de bendicion...

San Roque.

¡Cuán variada es la belleza de la Esposa de Jesucristo! ¡Cuán ricos y multiplicados los trajes de gala con que en todos los tiempos se presenta á su Amado! Y lo que aun debemos admirar mas, es que toda su principal gloria procede *ab intus*. Sí, es mas hermoso su corazon, los atavíos de su alma son de mayor valor que las galas con que se adorna. ¿Cómo no ha de ser variada y de mérito incalculable la celestial Jerusalen? ¿No veis la diversidad de sus Santos, la variedad de sus virtudes, y como reuniendo todas las virtudes evangélicas en un solo punto, resalta cada héroe del Cristianismo con su virtud peculiar, con su distintivo, y aparece como la realidad de un pensamiento evangélico llevado hasta el heroismo? Desde el celoso apóstol hasta el penitente y escondido anacoreta todos desarrollan la grande obra de la gracia, y todos animados de unos mismos sentimientos, y empeñándose en la imitacion del Crucificado, hacen ostentacion de una especial virtud en que principalmente se proponen sobresalir. ¿Cuál habrá sido la de nuestro héroe? cuál la virtud prominente que le distingue entre los demás? Abrid la historia fiel, y ved ese prodigio con que el cielo quiere dar á conocer lo que distinguirá al príncipe de Montpeller, al heredero del Languedoc, al noble y santo protector vuestro, san Roque. Una cruz grabada en su pecho, con la que nace como distintivo, ¿qué otra cosa puede indicarnos sino que estaba Roque destinado á los padecimientos, y que la cruz debia ser todo su empeño?

¿Puede estudiarse en la cruz, y dejar de sentirse un doble movimiento en el corazon? Primero, un movimiento de aversion hácia sí mismo; segundo, un movimiento de compasion hácia los desgraciados. El primero nace á la consideracion de la malicia del pecado, que es sumamente grande, pues tanto le costó á Jesucristo el repararlo; y el segundo de la consideracion del amor de Jesucristo para con el hombre, pues quiso sufrir tantas ignominias para aliviarle. Nuestro glorioso Santo ha experimentado este doble movimiento; y por el primero se privó de todas las dulzuras que pueden hacer agradable la vida del hombre, y por el segundo tomó sobre sí todas las necesidades que pueden contribuir al consuelo de los desgraciados. Tales son las dos consideraciones que formarán el elogio de vuestro patrono y protector san Roque. Consideraciones que mucho deberán serviros, ó hermanos y hermanas de la venerable Órden tercera de penitencia, para llenar vuestras graves y sagradas obligaciones.

Acompañadme á implorar los auxilios de la divina gracia para desempeñar digna y provechosamente la grave obligacion que me habeis impuesto, y, para mejor lograrlo, interpongamos la buena voluntad de nuestra Madre santísima, á quien saludamos reverentes, diciendo: AVE MARÍA.

Están escritas en la misma cruz estas importantes palabras: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.* Sin llenar esta primera exigencia no entra la caridad en el alma: no pueden hallarse juntos la ternura por el prójimo con el amor propio en un mismo corazon: *Charitas non æmulatur, non quærit quæ sua sunt.*

San Roque desde su nacimiento siguió la regla de la perfecta caridad. ¿Qué otra cosa significa aquel privarse en la lactancia del alimento en los miércoles, viernes y sábados de

cada semana? ¿Qué nos dicen aquellas mortificaciones que hacia á los cinco años, sino que aquella cruz misteriosa influia en su corazon, que ya buscaba cómo privarse á sí de las dulzuras de la vida para emplearse en el remedio de las necesidades del prójimo? No creais que estos sean rasgos de la inconsideracion: con la edad se robustecerán en Roque estas virtudes, y le conducirán al heroismo del desprendimiento de todas sus riquezas y bienestar.

Es muy cierto que no está la grandeza en la caridad y en la mortificacion: sabeis muy bien que los Luises y las Isabelas, astros refulgentes en el cielo claro de vuestra venerable Órden tercera, bajo la púrpura animaban un cuerpo mortificado con el cilicio y un corazon sensible; pero san Roque quiso copiar en sí la conducta misma de Jesucristo. Rey verdadero, toma todas las cargas del reinado, defiende á su pueblo, y le protege contra todos sus enemigos; pero si tratan de coronarle por rey, huye y se esconde en el desierto. Pontífice y sacerdote, toma sobre sí todas nuestras miserias, y se constituye sacrificador y víctima. Él es pastor soberano; pero, en vez de despojar á sus ovejas y de alimentarse con su sustancia, les da su cuerpo y su sangre: Él es la cabeza de todos los hombres, y por servirle debian exponerse y sucede al contrario: *Non veni ministrari, sed ministrare.* Este es el ejemplo que tomó Roque: *Pertransiit benefaciendo, et sanando omnes...*

Santa Rosa de Lima.

Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi qui pascitur inter lilia. (Cant. VI, 2).

Exordio.— Dios es magnífico en todas sus obras; pero es mucho mas admirable en sus Santos. La multitud y variedad de estos altos personajes del Cristianismo es la mejor prueba de las multiplicadas y variadas formas de la gracia, que se acomoda á todos los tiempos, edades, sexos y climas, y que nada se la resiste cuando el Señor por medio de ella se nos comunica. Y es admirable, señores, esta divina comunicacion con la criatura racional, porque si bien se comunica á todas las cosas dándolas ser, perfeccion y vida, con el hombre se comunica de un modo aun mas digno, cual es perfeccionando la semejanza que en él hay por la naturaleza de su alma. Esta divina semejanza llegó al cúmulo de su perfeccion cuando, para que el hombre pudiera ser mas semejante á él, el mismo Dios quiso tomar nuestra frágil naturaleza. Mas esta fue una comunicacion general: hay otra mas especial por la que el Señor hace como que encarna de nuevo en cada uno de sus escogidos; comunicacion de amor en que nada menos se propone Jesucristo que la perfecta semejanza del alma con el ejemplar, y la llama, y la convida, y la enriquece, y la transforma toda en sí, y la enajena y enamora hasta el punto de no pensar, ni querer entender ni amar sino á Jesucristo, y este crucificado. ¿No recordais el lenguaje tan expresivo y cariñoso con que el Amado habla á su Amada, y los regalados títulos con que la obsequia, llamándola su que-

rida, su esposa, su paloma, y el empeño con que ambos se buscan, y las comparaciones de que se valen para expresar su mútuo amor? Entiéndase todo este misterioso libro de los Cantares de la Iglesia nuestra madre, aplíquense con razon sus locuciones á la escogida entre todas las mujeres, que tambien los santos Padres y sagrados intérpretes lo aplican á las almas enamoradas de Jesucristo. Y permitid que note que siempre Jesucristo es comparado y llamado: *Flos campi et lilium convallium* de color encarnado; y la Esposa es *sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias;* y aun mas, que el divino Esposo solo mora y se sustenta entre los apacibles lirios y las coloradas rosas. Habeis descubierto, señores, que debiendo formar el elogio de la portentosa vírgen santa Rosa, honra y gloria de la América meridional, he querido explicaros su nombre antes que expresarlo y deciros que Rosa es ese lirio misterioso con que se alimenta Jesús; es una de esas almas enamoradas de Jesucristo, y tan de veras, que en ella se verifica lo que al principio os dije: *Ego dilecto meo, et dilectus*...

Sí, señores, la gloriosa americana santa Rosa de Lima fue toda de su esposo Jesucristo, y el amado Esposo, que solo mora entre lirios, era todo de la célebre Vírgen peruana. Para desempeñar dignamente mi asunto imploremos los auxilios divinos por la intercesion de María santísima del Rosario, madre especialísima y abogada de santa Rosa, saludándola reverentes y diciendo: AVE MARÍA.

Primera parte.— Ego dilecto meo.

Cuando Dios habla al alma, no espera que el cuerpo ni el alma se hallen en el completo desarrollo de sus sentidos y potencias; suele en muchos de sus escogidos anticiparse, y

de un modo tan fuerte, que lo que el mundo cree casualidad ó falta de reflexion, son arranques de la divina gracia y altos designios del Señor que cuida muy de cerca y hasta de las cosas mas pequeñas de sus Santos. Él sabe dar el nombre á las cosas; y á nuestra Santa mejor le convenia el nombre de Rosa que el de Isabel que la pusieran en el bautismo. Este nombre se lo dió el mismo cielo en la cuna, en la confirmacion; se lo ratificó María santísima del Rosario; y nombre bajado del cielo debió ser cuando tanta oposicion la hicieron en la tierra; pero rosa era y Rosa habia de llamarse la que rodeada de espinas seria toda de Jesús.

Una alma enamorada de Jesús lo primero que busca es el retiro y la soledad, y Rosa desde niña la buscó, y ¡con cuánto empeño! Aislada del ruido del mundo y libre de sus penosos cumplimientos, colocada en la soledad, consagra todos sus pensamientos á la oracion, hace voto de virginidad á los cinco años. Es la humildad el fundamento de toda santidad, y el divino Esposo dice: *Discite à me quia mitis sum et humilis corde.* Nadie podia alabarla, y cualquiera indiscrecion la vengaba con las mas terribles penitencias. El que ama mucho todo lo sacrifica, y la Esposa se empeña en asemejarse al Esposo, y este está teñido en sangre. Callen los desiertos de la Nitria y Tebaida, vengan los mas célebres anacoretas, el furor de los bárbaros tiranos, y hallarán esta rosa purpúrea tan ingeniosamente martirizada, que pone espanto y aun parece increible. Penitencia santa, ¡cuán amada eres de Rosa! ayunos, disciplinas, cilicios, cama, todos sus miembros estaban atormentados de un modo especial; los ojos, labios, manos, piés, cabeza. Toda ella estaba crucificada con Jesucristo. Rosa estaba toda consagrada á su Amado: *Ego dilecto meo...*

Segunda parte.— Dilectus meus mihi.

Jesucristo, que así llama y forma á las almas y las enajena de tal modo que se hacen víctimas de su amor, jamás las abandona, sino que con sus finezas se une á ellas de un modo cási inseparable. ¡Qué union mas pronta ni mas íntima que la que Jesucristo tuvo con santa Rosa!

Quasi rosa plantata juxta rivos aquarum; es bautizada en el dia de Pentecostes; prodigio de la rosa en la cuna; tiene escrúpulo del nombre, y Nuestra Señora la asegura; su Ángel custodio la enseña á leer. Quiere entrar en Santa Clara, y no pudo levantarse del sitio hasta que cambió de resolucion; desposorios con Jesucristo; ¡cuántos otros regalos y favores!

No porque un alma se haya desposado con Jesucristo deja el Esposo de probarla constantemente. Sequedades, persecuciones del enemigo, oposicion de la madre, de los conocidos, de los mismos confesores; pero Rosa siempre salia triunfante; mas y mas amaba á Jesús en su corazon, en sus palabras; amor al santísimo amor del prójimo.

Tres favores especialísimos. Última prueba y enfermedad en la que se realizaron las palabras del texto. El olor de sus virtudes traspasó toda la América, atravesó los mares, y el papa Clemente IX exclamó: *Indica Rosa dedit suavitatem odoris;* en el Congreso de Tuasman se la declaró patrona de la América independiente.

Concluido este elogio, solo me resta dirigirme á vosotros, hijos de nuestro Padre santo Domingo, y decirte á tí tambien, venerable Órden tercera: *Florete flores, obaudite me divini fructus...*

San Antonino de Florencia.

Ego sequester et medius fui inter Dominum et vos. (Deut. v, 5).

Exordio.—Tal fue en la antigua ley el importante ministerio de Moisés cuando el Señor le ordenó sacar de Egipto y conducirlo á la tierra de Canaan. Y sin traspasar los límites de una justa comparacion, tal fue en la ley nueva el ministerio del glorioso Santo cuya memoria solemnizamos en este dia.

Dios suscita á san Antonino de Florencia en su Iglesia como para ser el mediador del cielo con la tierra. Él tiene el cargo de comunicar á los hombres la palabra de Dios, y elevar las oraciones de los hombres hasta el cielo. Antonino se sacrifica por los intereses del Señor y se sacrifica por los intereses de los hombres; él fue el hombre de Dios en Florencia y el hombre del pueblo. Él puede decir de sí lo que Moisés: *Ego sequester et medius fui inter Dominum et vos.* Moisés por órden del Señor se hace cargo de conducir el pueblo del Señor. Tiene trato con el Señor, entra á hablarle en medio del trueno y del relámpago al santuario de la gloria. Recibe sobre la montaña las tablas de la ley escritas por el dedo de Dios; consagra altares, instituye fiestas; fue el hombre de Dios, fue el hombre del pueblo: le acompaña en el desierto, le defiende de sus enemigos, hace bajar maná del cielo, dar agua á los peñascos; detiene la ira del Señor, y consiente en ser borrado del libro de la vida por salvarlos. Esta divina mision la vemos renovada en la persona de An-

tonino de Florencia, en este pastor incomparable, el santo arzobispo de Florencia: él fue el hombre de Dios y del pueblo; de este por el cuidado y reforma de costumbres que hizo, de aquel por las veces que aplacó al Señor y obtuvo sus bendiciones. Él combatió por la gloria de la Iglesia, él trabajó por el bien de los hombres; admiremos su celo, admiremos su caridad y las virtudes que caracterizan al santo pontífice de Florencia...

Primera parte.— Celo.

El Apóstol escribiendo á un santo obispo le daba el título de hombre de Dios para con los fieles, y trazándole sus deberes los reduce á tres puntos: el ejemplo, la accion y la paciencia. «*Tu autem homo Dei:* eres el maestro de los gentiles, el ministro del Señor para gobernar su pueblo; pero «para que tu ministerio sea mas eficaz y tus lecciones hagan «mas impresion en los espíritus, da principio, sé un modelo «vivo de todas las virtudes: *Exemplum esto fidelium.* Trabaja «sin cesar, y no omitas el instruir, aconsejar, exhortar, reprender: *In omnibus labora;*» y concluye el Apóstol: «Está «pronto á sufrir cuanto sea necesario: *In omni patientia.*» Tal fue tambien la línea de conducta que siguió san Antonino de Florencia; su celo fue edificante, activo y paciente.

¿Cuál fue su vida privada antes de entrar religioso (1) y en los primeros años de religion (2)? Actividad en las prelacías de su Órden (3); el ejemplo de sus virtudes y la actividad de su celo le prepararon el pontificado de Florencia (4).

Cuando el Señor quiso enviar á Moisés, este asombrado de su inutilidad se postró á los piés del Señor y le dijo: *Obsecro, Domine, non sum eloquens.* Así Antonino de Florencia

se asombró y resistió tenazmente (5), pero á pesar de la resistencia de Moisés le repetia: *Veni, et mittam te.*

Habiendo tomado posesion de su diócesis, como antorcha sobre el candelero, principió su celo por el arreglo de su familia y de su clero: *In omnibus labora* (6); predica, reforma en todo y trabaja. Nunca olvidó la vida religiosa y sobre todo la penitencia: *Totus pœnitentia formatus incedebat.*

In omni patientia, trabajos de las visitas, del coro, en los que repetia: *In fame, in frigore et nuditate* (7).

Segunda parte.—Su caridad.

El carácter del buen pastor es dar su vida por sus ovejas. Los obispos son los conductores del pueblo de Dios, los profetas y doctores que el Señor manda á los suyos. Deben los obispos enseñar á los fieles, deben tambien ser los padres de todo su rebaño, los consoladores de todas las desgracias, los que detengan la ira del Señor para que no aflija á su pueblo.

Pastoreó san Antonino sus ovejas con la palabra divina, con sus sábios escritos (8). Verdadero padre de todos, se empeñaba en remediar las necesidades temporales, y al efecto entregaba todas sus rentas, pedia limosnas (9), á nadie se negaba jamás, y agradecia cualquier obsequio.

Ni esta su caridad era indiscreta, ni era tanta su blandura que no mostrase su entereza y valor apostólico haciendo valer su santidad y autoridad para que se respetasen sus órdenes y el derecho de la Iglesia. Díganlo sino con qué entereza desterró el juego en Florencia (10), como hizo respetar al Senado de Florencia la inmunidad eclesiástica, y revocar las leyes injustas contra el clero; cuántas veces hizo arrojar de la iglesia á las jóvenes que se presentaban con un lujo in-

decente, ó á los lascivos que con sus miradas profanaban los templos. Perseguia los errores, los herejes y escandalosos.

Con su santidad de vida, con su admirable sabiduría se hizo respetar y amar de la ciudad de Florencia (11), de los sumos pontífices Eugenio, Nicolao V y Pio II (12).

Así los hombres respetaban á este poderoso mediador entre Dios y los hombres. Hombre verdaderamente de Dios por su celo apostólico, hombre del pueblo consagrado al bien de toda la Iglesia. Santo en la vida, mas santo en la hora de su muerte; fue de todos sentido, llorado y aclamado por Santo, y el cielo confirmaba este sentimiento con los prodigios innumerables con que honró su sepulcro: *Et erit sepulchrum ejus gloriosum.* Glorioso para la Iglesia, glorioso para tí, sagrada Órden dominicana, glorioso para sus devotos que hallan en este Santo un perfecto modelo de virtudes que imitar, y un remedio universal para todas las enfermedades del alma y del cuerpo. Quiera el Santo interceder por las necesidades gravísimas de la Iglesia y del Estado, quiera conservarnos á nuestro Santísimo Padre, á nuestro ilustrísimo Prelado, á nuestro supremo Jefe; retribuya abundantemente la piadosa devocion de los que se empeñan en celebrar sus glorias, y nos alcance á todos la gracia del Todopoderoso, y la corona de gloria que á todos os deseo...

NOTAS.

(1) Antonino, natural de Florencia, hijo de padres nobles, nació el año 1389; era de mucho ingenio y de extraordinaria memoria, apacible, silencioso, pequeño y delgado de cuerpo. Desde niño se dió á la oracion y contemplacion divina, en la que gastaba muchas horas delante de una imágen de Jesucristo en la iglesia de San Miguel. Muy contraido al estudio, y amigo de asistir á las procesiones y letanías, parecia en sus modales un anciano. Movido de los sermones del P. Fr. Juan, dominico, hecho despues cardenal, se inclinó á entrar en su Órden, y habiendo pedido el hábito á dicho Padre, y preguntándole este qué estudiaba, le contestó que el derecho canónico, á lo que repuso el Padre que le admitiria cuando supiese de memoria el Decreto de Graciano, lo que era negarle enteramente las esperanzas, pues parecia una cosa imposible; pero al cabo del año se presentó Antonino recitando dicho Decreto; visto lo cual, fue recibido con grande alegría en la Religion á los diez y seis años.

(2) Al punto dió en el noviciado pruebas nada equívocas de la grandeza de su alma, singularizándose entre los demás por su mansedumbre, amabilidad, obediencia, aplicacion al estudio y oracion.

(3) Conocida su virtud, al momento le señalaron para el gobierno, y fue prior en diferentes casas de Italia, Roma, Nápoles, Gaeta, Cortona, Sena, Fesula, y por último fue nombrado vicario general de la provincia Toscana. Promovió la regular observancia y gobernó con rigor la provincia. Hacia á pié las visitas ó en un jumentillo; sufrió graves enfermedades, y su paciencia y celo le prepararon para el pontificado.

(4) Hallándose vacante la silla de Florencia, habia muchos pretendientes, y el papa Eugenio IV nueve meses estuvo indeciso,

hasta que proponiéndole algunos á Antonino, le nombró en consistorio pleno arzobispo de Florencia, porque decia: *Non est inventus similis illi, qui conservaret legem Excelsi.* Tan luego como le dieron esta noticia trató de esconderse y huir á la Cerdeña; resistió cuanto pudo por sí y por otros, pero ejecutado por las bulas y órdenes del Sumo Pontífice, y despues de haber consultado con todos los prelados y sábios su eleccion, se sujetó. Entró en la ciudad de Florencia á pié, y descalzo se dirigió á la catedral.

(5) Lo primero que hizo fue arreglar su familia, el menaje de la casa, permitiendo nada mas que lo muy preciso, porque decia era preciso no malbaratar la hacienda de los pobres. Entregó á su procurador el cargo de las rentas y gastos, reservándose todo el cuidado espiritual de su diócesis. En su trato guardó la mayor moderacion, cuidando que los suyos fuesen bien tratados, sin cuidarse él ni aun de lo que debia comer. Guardó el ayuno de los viernes y el Adviento como en el claustro. Se levantaba siempre á Maitines, y, concluido el oficio divino, se entregaba al estudio, celebraba despues la misa, y lo demás del tiempo lo dedicaba á oir á sus ovejas. Á todos satisfacia, á todos recibia con la mayor caridad.

(6) Reformó al clero relajado, predicaba en las iglesias. Si alguno le advertia que no debia exponerse á las lluvias ó al sol, «no «retrocederé, decia, de mi obligacion.»

(7) Tres años antes de morir, habiendo sabido que los clérigos rezaban el oficio divino en la catedral con menos devocion, determinó ir todas las noches al coro, á pesar de lo crudo de la estacion, diciendo aquello de san Pablo: *In frigore, et nuditate.*

(8) Su sabiduría, consignada en los voluminosos libros que escribió, le mereció el nombre de sábio, hombre de consejo. Á mas del oficio divino rezaba todos los dias los salmos penitenciales con las letanías y el oficio parvo de María santísima, dos veces en la semana el oficio de difuntos, y sabia todos los salmos de memoria; usaba de varias penitencias. Era constante en el ministerio de las órdenes y confirmaciones, inflexible en el juicio que se formaba. Dejó escrito un libro que llamó *Suma,* dividida en cinco partes: 1.ª *De anima in genere;* 2.ª *de septem vitiis;* 3.ª *De officiis cujusque hominis;* 4.ª *De septem virtutibus,* con cuarenta y seis sermones de la Vírgen; 5.ª *De historia mundi.*

(9) Estableció un hospital para pobres vergonzantes. Era tan limosnero que no teniendo un dia sino tres panes, se los dió á tres pobres, y despues el cielo repuso abundantemente lo que faltaba. Habia amenazado á un barquero que dejase el oficio; naufragó, y el Santo le sacó á salvo. En una gran carestía, habiendo gastado todas sus rentas en favor de los pobres, pidió al magistrado y al mismo papa Nicolao limosnas por remediar á todos, las que consiguió.

(10) Se hallaba revestido de una fortaleza nada comun; habia el Senado florentino tomado en rehenes á un enviado del Papa, y al punto se presentó diciendo: *Non licet viro ecclesiastico quavis de causa violentiam afferri,* y le amenazó con la excomunion. Visitando las iglesias llegó á un lugar donde muchos ciudadanos perdian el tiempo y sus fortunas en el juego; los reprendió, y deshizo para siempre el juego. En otra ocasion se dió una ley perjudicando los intereses de los clérigos, y trabajó hasta que se abrogó.

(11) Muerto Nicolao, mandó una legacion la ciudad para saludar al papa Calixto III, la que acompañó Antonino, é hizo un discurso tan elegante y sublime,.que le reputaron por un ángel; le mandaron con el mismo objeto á Pio II.

(12) Era muy amado y reverenciado de todos; Eugenio IV lo llamó á Roma para hacerle cardenal; quiso recibir los últimos Sacramentos de mano del Santo. Nicolao V hacia tanta estima de su santidad, que se le oyó decir que él no tendria mayor dificultad en canonizar vivo al Arzobispo de Florencia, como en haber hecho Santo á san Bernardino muerto. Ordenó el mismo Papa que las apelaciones que se hiciesen á Roma de Florencia no fuesen admitidas.

Natividad de la Vírgen santísima.

Nuestra Señora de Aranzazu.

El nacimiento de María no es tan recomendable por descender de santos patriarcas, sábios profetas, poderosos reyes, como por ser Madre de Jesús.

No se puede hablar mas ventajosamente del nacimiento de María que diciendo con dos grandes sábios y devotos de la Señora: El dia del nacimiento de la Vírgen es un dia de regocijo en los cielos y en la tierra por las gracias singulares que se concedieron á la Señora, y á la tierra por los grandes socorros que de ella ha recibido. Esta fiesta es preciosa por justicia y por interés, pues la santísima Vírgen viene al mundo con tales prerogativas como á ninguna criatura, y nos trae gracias extraordinarias en beneficio nuestro. ¡Qué gloria para María! ¡qué utilidad para nosotros! Su nacimiento es glorioso á María porque nace Madre de Dios. Su nacimiento nos es ventajoso porque es una fuente de felicidad para el género humano. Nacimiento glorioso para María, porque en el cuerpo y en el alma viene con toda gracia; glorioso para nosotros, porque nos da un Salvador y una Madre...

Primera parte.—Nacimiento glorioso de María.

San Pablo dice de Jesucristo: *Heri et hodie, ipse et in sæcula;* con la debida proporcion podemos decir lo mismo de María santísima. En toda la eternidad María predestinada

para Madre de Dios, en la plenitud de los tiempos aparece con esta bella corona Madre de Jesús. La idea de Hijo es inseparable de la de Madre; de esta sola cualidad salen todas las gracias.

Ninguna criatura nació semejante á la belleza de María; cuatro personas nacieron bellas: Adan, Eva, María y Jesucristo; las dos primeras la perdieron bien pronto; la belleza de María siempre igual, siempre extraordinaria, siempre antigua y siempre nueva, como dice san Agustin.

San Antonino dice: *Perfectissima Dei imago ab ipso Deo summa arte ac singulari providentia depicta.* Su hermosura no la debia ni á la naturaleza ni al arte, sino á la inocencia y preciosas virtudes de su alma, parecida al sol y á la luna. María salió del seno de santa Ana con un cuerpo dotado con todas las perfecciones posibles. El cuerpo de María no habia de ser solamente cuerpo místico, sino que habia de recibir sustancialmente al Hijo de Dios, habia de ser la nueva arca de la alianza, el santuario de la Divinidad. Si porque el hombre fue criado á imágen de Dios el Profeta dice: *Gloria et honore coronasti eum*, ¿qué diria de la Vírgen cuya dignidad envuelve lo que es infinito y de quien los Apóstoles no hablan, porque la grandeza de María es inefable, como dice santo Tomás de Villanueva?

Penetremos en el interior de esta Niña y admiremos tantos prodigios: *In ipsa virtutes erant perfectæ et in continuum usum transfusæ.*

Ricardo de San Víctor decia: *Tota pulchra es.*

Segunda parte.—Nacimiento de María, fuente de gracia para los hombres.

Bien sabido es que toda nuestra felicidad y todas nuestras gracias vienen originariamente de Jesucristo. Dios dijo á Abrahan: «En tí serán benditas todas las naciones.» Moisés decia al Criador: «Enviad al que debe venir para sacar á «vuestro pueblo de la esclavitud.» Á David le dijo Dios: *Suscitabo semen tuum quod egredietur de utero tuo.* Isaías decia proféticamente: *Virgo concipiet et pariet filium.* Noé vió un arco en el cielo y una paloma que llevaba el ramo de oliva; Isaac vió que las espigas se multiplicaban sin número; Jacob la escala que llegaba hasta el cielo; José el sol y la luna que le adoraban; Moisés una nube fresca y una columna de fuego; Isaías una sombra que retrogradaba en un cuadrante; Elías: *Ecce nubecula parva, quasi vestigium hominis ascendebat de mari.*

Bienes que nos trajo: la Encarnacion, á Jesús; la Redencion reparó el yerro de la primera mujer: *Ut excusaretur Eva per filiam;* la proteccion para todos los hombres, para toda la Iglesia, para todas las naciones y muy particularmente para la España, en donde por tantos medios y maneras y bajo tan diferentes títulos ha querido siempre ser reverenciada y amada, en donde ha hecho sentir mas especialmente su benéfica influencia, y no hay una sola provincia donde la Señora no haya hecho algun particular prodigio. ¡Qué de bienes espirituales y temporales no recibieron y continúan recibiendo desde el momento en que apareciéndose Nuestra Señora de Aranzazu en las montañas de Alona, se colocó la Señora como remedio universal para todas las calamidades! ¿No reconcilió los inveterados odios que por

tantos años hubieron entre los Gaimboas y Oñas? ¿No remedió aquella espantosa sequía con que el cielo castigó la dureza de los guipuzcoanos? Y ¿cuán obstinados no serian cuando fue necesaria una aparicion tan prodigiosa? Mucho se esmeraron los provincianos en obsequiar á María santísima, pero nada hacian cuando la encontraban tan pronta á la Señora en las batallas, en las pestes y necesidades por mar y tierra; ¿y á quién deben haber conservado los sentimientos religiosos en medio de la corrupcion general? Nuestra Señora de Aranzazu es invocada en cualquier apuro, y la Señora, como buena madre, consigue de su santísimo Hijo las gracias que la piden. ¿De cuántos naufragios, incendios, casos desastrosos no los ha librado? ¿Cuántas veces se han asilado bajo su proteccion poderosa, y cómo jamás pueden olvidar este título aun cuando los separen mares inmensos? Á esta Señora acuden con la confianza de hijos, y si los cielos se regocijan de ver á María alegría del cielo, los hombres nos regocijamos de reconocerla por nuestra verdadera Madre, y los guipuzcoanos celebran sus misericordias en las bondades de Nuestra Señora de Aranzazu.

Santa Catalina de Sena.

Multæ filiæ congregaverunt divitias, tu supergressa es universas. (Prov. XXXI, 29).

Ninguna persona puede ser santa sino por la fe; pero no es preciso tenerla en todas sus cualidades. En los Mártires admiramos una fe generosa, en los Doctores una fe ilustrada y en los Confesores una fe intrépida. ¿Cuántas vírgenes se

santifican en el aparente ocio? Pero en santa Catalina lo hallaréis todo junto... *Supergressa es universas.*

Catalina fue dechado y ejemplar del amor que Dios tiene á sus Santos y escogidos. Alápide la llama: «Portento de los «siglos.» Salió triunfante de todo lo sensible; fue imágen de todas las virtudes y espejo de todos los siervos de Dios.

Fr. Raimundo de Cápua, confesor de la Santa, dice que fue seguidora de la humildad de María santísima; en la aspereza y pobreza, del Bautista; en la penitencia y fervor, de la Magdalena; en la verdad y santidad, de san Juan Evangelista; tuvo la fe de san Pedro, la esperanza de san Estéban, la sabiduría y santidad de san Pablo, la paciencia de Job, el corazon de Noé, la obediencia de Abrahan, la mansedumbre de Moisés, el celo de Elías y los milagros de Eliseo; contemplativa como Jacob, profetisa como José, intérprete de los misterios como Daniel y salmista como David.

Nació la Santa el año 1347 en tiempo de Clemente VI en la ciudad de Sena, célebre por sus sábios y santos hijos. Sus padres fueron de mediana esfera. Á los cinco años principió á manifestar que Dios era quien la enseñaba, y la enseñó la Salutacion angélica, la que rezaba en cada uno de los escalones, á lo que la acompañaban los Ángeles. Á los seis años tuvo la aparicion de Jesucristo sobre la iglesia de Predicadores cuando la dijo si queria desposarse con Él; todos tenian que admirar la dulzura de sus palabras espirituales: ocultándose en los rincones de su casa, lloraba amargamente y castigaba su cuerpo. Reunia y enseñaba á otras niñas las devociones; tuvo noticias de los hechos heróicos de los anacoretas, y especialmente de santo Domingo. Determinó irse al desierto teniendo poco mas de seis años.

Á los siete hizo voto de virginidad, é ingeniosamente se privaba de comer carne, y huia de conversar con hombres;

deseó salir á predicar á tierras remotas. Á los doce años trataron sus padres de casarla, y se empeñaron en que se engalanara, y el haber condescendido algun tanto con su hermana la costó muchas lágrimas, y la pareció un exceso imperdonable. Resistió fuertemente al empeño de sus padres y hermanos, y venció la malicia del demonio que la proponia un vestido; y en cambio María santísima la regaló otro sacado del costado de Jesucristo. Catalina, para manifestar cuán firme estaba en su negativa, se cortó la trenza de su pelo, cuya accion la mereció nuevos insultos y malos tratamientos de su familia, que no desistió hasta que su padre vió una paloma sobre la cabeza de su hija mientras oraba. Empeñóse en vestir el hábito de la tercera Órden de santo Domingo; el cielo se lo prometió, y sus padres se lo concedieron.

Luego que Catalina se vió libre de las persecuciones de sus padres, ciñóse un áspero cilicio, vistióse una tosca túnica, cambió despues el cilicio por una cadena de hierro que llevó toda su vida, y tomaba tres crueles disciplinas al dia de hora y media. Á los veinte años no comia mas que yerbas. Entró en las beatas de la tercera Órden y concibió perfectamente que el hábito blanco denota la pureza del alma, y el negro la mortificacion y penitencia, esto es, muerte al mundo.

Nunca hizo cosa alguna contra la voluntad de los superiores; su silencio fue tal, que tres años estuvo sin hablar mas que con su confesor. El Señor se dignó enseñarla por sí mismo la discrecion de espíritus, y la dió los mas admirables documentos para la perfeccion de su vida. Grande y continua fue su oracion; siempre estaba en la presencia del Señor; celebró el misterioso desposorio con Jesucristo poniéndola un anillo, y diciendo estas palabras: «Ves aquí te des-«poso en fe conmigo que soy tu Criador y Redentor.»

Recibió la mision de tratar con los hombres para provecho de los prójimos. Era tan generosa con los pobres que decia, «queria mas verse sin hábito de la Órden que sin el hábito «de la caridad.»

La satisfacia tanto la sagrada Comunion que no podia cási tomar otro alimento alguno. Jesucristo sacó el corazon de la Santa y la puso el suyo imprimiéndole sus llagas. Tuvo el don de la palabra, y todas sus pláticas eran de religion y piedad. Peregrinó de Sena á Aviñon, Perusa, Génova, Roma... Tuvo el don de profecía, de curacion y de persuasion.

Los de Florencia pidieron á santa Catalina fuése á Aviñon para reconciliarlos con el papa Gregorio XI, y consiguió trasladase la silla de san Pedro á Roma. Hubieron de asesinarla en Florencia... Escribió el misterioso libro de los *Diálogos*... Urbano VI la llamó á Roma, predicó á los cardenales, sirvió mucho al Papa en el cisma que se levantó. Escribió á Nápoles á la reina D.ª Juana para que se convirtiera, y lo mismo hizo con el rey de Francia y de Hungría. Consiguió muchos triunfos con los cismáticos, pero los espíritus infernales se vengaron en la Santa.

Conociendo que se acercaba á la muerte, exhortó á todos á la union y caridad fraterna, á la oracion, amor de Dios y confianza en la divina providencia. Murió el dia 29 de abril del año 1380 á la edad de treinta y tres años.

Las Hermanas Salesas.

Spectaculum facti sumus mundo, et Angelis et hominibus. (I Cor. IV, 9).

Un nuevo espectáculo religioso y nunca visto en la hermosa república oriental del Uruguay se ofrece á nuestra contemplacion en el dia augusto de la siempre Inmaculada Concepcion de María santísima. ¿Cuál es el poderoso motivo que aquí nos reune en tan célebre dia? ¿Por qué desde el supremo magistrado que preside la república hasta el último ciudadano se agolpan presurosos en estos momentos al rededor de las aras del Dios que adoramos?

Un feliz y nuevo acontecimiento, una bella adquisicion ha hecho el católico pueblo oriental; y su piedad generosa, y un antiguo y suspirado proyecto de tener un asilo de virtud para el bello sexo, se ve hoy realizado por el celo de los magistrados civiles y eclesiásticos; y un virtuoso sacerdote, animado del gran deseo de la mayor gloria de Dios y de realizar un bien para la Religion y el Estado, atraviesa los mares, penetra hasta el solio del Soberano Pontífice y recaba la competente licencia y bendicion apostólica, y hé aquí la mision religiosa, hé aquí el heroismo católico personificado en esas señoras consagradas al servicio del casto Esposo, el divino Jesús. Hé aquí llegado el momento en que cinco hijas del dulcísimo san Francisco de Sales, acogidas cariñosamente por vosotros, establecen en este dia el asilo de la virtud, plantel de virtudes evangélicas, nuevo establecimiento de educacion cristiana, en el que con esta benemérita institucion

vais á rendir un servicio el mas importante para formar las tiernas vírgenes. ¡Cuántos frutos de bendicion debemos esperar, cuántas nuevas bendiciones recabarán del cielo para el Estado estas almas puras é inocentes! Debemos todos felicitarnos, debemos agradecer á la divina Providencia. Mas ¿qué otro espectáculo se presenta entre nosotros? ¿Qué significa ese coro de almas virtuosas que desprendiéndose de sus vestiduras las cambian por un hábito humilde, y separándose del mundo y de sus atractivos, se encierran en un nuevo claustro, y entran á probar la vida de las hijas de la Visitacion de María santísima? ¿Comprendísteis, señoras, el paso que dais? ¿Habeis tenido presente el sacrificio que importa la vida religiosa? Permitidme que os diga las expresiones de san Pablo: *Spectaculum facti estis mundo.* ¿Qué juicio formais de este acto? Es muy cierto que el mundo, los Ángeles y los hombres tienen puestos sus ojos sobre vosotras. ¿Qué juzga el mundo de vuestra resolucion, cómo la aprecian los hombres? Á los ojos de los Ángeles, ¿qué estimacion tiene este sacrificio?

Sin duda, señoras, que animadas de vuestro fervor, este dia es bello para vosotras; pero no es todavía el de vuestro triunfo: vais á prepararos á un grande sacrificio, y mucho importa que mediteis con calma y delante del Señor una resolucion tan importante; que midais vuestras fuerzas con la santidad de ese estado; que compareis las penas y los consuelos de una vida tan separada de los sentidos; pensad bien todo lo que perdeis y todo lo que se os promete en la Religion. Me creo con el derecho sagrado de ayudaros en una deliberacion de la cual depende vuestro interés temporal y eterno. ¿Habeis formado una idea exacta de lo que es el sacrificio de una alma religiosa? pues bien, yo me propongo probaros que este sacrificio es el mas entero, el mas absoluto

que la criatura puede hacer á su Criador, y este será el *primer punto;* los grandes sacrificios, las recompensas con que Dios premia á su criatura, este será el *segundo*.

Reina de las Vírgenes, Vos que conducís á estas castas palomas á atravesar la soledad del desierto hasta la morada donde reside el celestial Esposo, Vos sois la protectora de estos apacibles asilos donde se refugia la inocencia para escapar de la corrupcion del mundo; y sobre todo sois la patrona de esta santa Congregacion que lleva vuestro nombre; dignaos, Señora, en este dia de vuestra especial gloria dar una mirada sobre todos nosotros y favorecer á estas vuestras hijas para que vivamos en la estrecha senda de los consejos evangélicos, y para mejor conseguirlo os saludamos con las palabras del Ángel...

El célebre y santo Obispo de Ginebra, conducido de la experiencia y de particular inspiracion, ideó un asilo para la virtud y la inocencia de las mujeres, y como conocia que no todas las personas virtuosas podian soportar las austeridades de la mayor parte de las reglas establecidas, quiso formar las constituciones que fuesen de fácil práctica para las personas del débil sexo, de cualquiera edad que fuesen, instituyendo diferentes grados de obligaciones, para que fuese mas asequible á las jóvenes, viudas y ancianas. El fundamento de esta Congregacion es el mismo que el de la ley santa del Señor: amor á Dios y al prójimo, y es tan suave la carga de las responsabilidades y de la observancia, que ninguna obliga á pecado. La oracion, la mortificacion, la modestia, la estricta observancia, la moderada pobreza, la angélica pureza, la caridad paterna, el fervor, el deseo de agradar á Dios nuestro Señor, el desprendimiento total, hasta de las cosas mas indiferentes, la cuenta, la conciencia, el

oficio divino, la humildad, el respeto y veneracion al padre espiritual, los oficios domésticos, todo debe estar animado de la caridad mas ardiente para con Dios y el prójimo...

Orientales católicos: Hé aquí un grandioso é interesante cuadro, digno de ser admirado por los Ángeles y por Dios: un nuevo y feliz acontecimiento religioso que debe interesar vivamente á toda nuestra sociedad piadosa.

El poder de la Religion, la virtud de la caridad personificadas en estos religiosos huéspedes que tan fervientes gracias rinden al Dios omnipotente, bajo cuya proteccion han llegado salvos al término de su trabajosa peregrinacion. ¡Amables y virtuosos huéspedes, nosotros os saludamos con toda la efusion de nuestra alma, os agradecemos vuestro heróico celo, y la Religion y la sociedad, el mundo, los Ángeles y los hombres esperan de vuestras virtudes cuántos consuelos, cuántos beneficios! Ofreceis un digno espectáculo religioso. ¿Quiénes son estos y estas que con la librea del Crucificado, cargados de hermosas virtudes, perfuman nuestra atmósfera? Ángeles tutelares de la hermosa república oriental, os considero llenos del mas santo regocijo; contestad y decid á todos: Estas y estos son los que siguen al Cordero sin mancilla por doquiera que vaya; lavaron sus estolas en la sangre del Cordero, y conservan en carne mortal la pureza de las virtudes. Son almas generosas que, crucificadas para el mundo, solo ansian por extender el nombre de Jesucristo. Todo lo sacrificaron por el amoroso Jesús, todo lo abandonaron, y siguiendo al Redentor del mundo se ofrecieron á Dios en holocausto. Ni las dulzuras del suelo patrio, ni los vínculos

de la sangre, ni los peligros y contrastes de una larga y penosa navegacion, ni la edad, ni la pobreza, ni lo distante y desconocido de nuestras playas los arredraron para venir en socorro nuestro; en alas de la abrasada caridad han llegado, prontos á corresponder á nuestros piadosos deseos.

Pueblo oriental, amable y generoso, ya teneis entre vosotros á las que ansiábais para contentar vuestra piedad. Juventud bella y florida, aquí teneis vuestras tiernas directoras que os sabrán inspirar los dulces sentimientos de la Religion. Hijas del suavísimo y gran san Francisco de Sales, hijas predilectas de la Vírgen de las vírgenes, ved el espacioso y florido campo donde vais á esparcir vuestra escogida semilla, yo os aseguro que no es tierra ingrata...

La delicada y bella juventud oriental suspiraba por unas directoras de sus tiernos años, por un asilo de piedad de los que cási ningun país católico carece; y el celo de personas consagradas al servicio del Señor excitó vuestra piedad, y se echaron los fundamentos de la casa santa donde reinará la virtud, la mejor y mas conveniente educacion; donde las castas esposas de Jesucristo darán nueva gloria al Señor, nuevas plantas, escogidos frutos de todo género de virtudes. ¡Ah! sí, vosotras consagraréis vuestra alma á la educacion religiosa de la bella juventud oriental, vosotras nos atraeréis del cielo nuevas bendiciones; seréis nuestro mejor empeño para mitigar la ira del Señor. Recibid desde luego el homenaje de nuestra veneracion, y enseñadnos la dulzura de la virtud que aprendísteis de aquel amabilísimo obispo san Francisco de Sales, vuestro padre y fundador; interesad al amante corazon de Jesús, como os lo enseñó vuestra hermana Alacoque; sed verdaderas madres en Jesucristo, como lo fue vuestra fundadora santa Juana Francisca Fremiot.

¿Qué otra esperanza nos halaga en vuestra presencia,

virtuosas huéspedas que nos traeis tan preciosos tesoros? La humanidad doliente, la respetable Comision de caridad, los hospitales de nuestra capital os desean con ansia, y esperan ver en vosotras los consuelos de la madre que se desentraña por mejorar la condicion del hijo. ¡Ah! ¡qué bello conjunto de virtudes nos ofrecen estos sagrados institutos! ¿No veis los bellos matices de la cándida azucena con la encendida rosa realzados, la humilde violeta de la pobreza y de la penitencia? Celosos hijos del Serafin de Asis, corred veloces á esas bienhadadas provincias donde vive el entusiasmo de la fe, y donde vuestro apostólico celo recogerá á manos llenas los frutos de bendicion.

No, entre nosotros no se atreva la descarada impiedad á levantar su voz; no, ella no conseguiria arrancar de nuestros pechos esa fe divina con que adoramos la amorosa providencia del que todo lo rige; perdió todo su derecho para preguntarnos sacrílegamente: ¿qué son las instituciones religiosas: *Qui sunt isti et istæ?* Hé ahí lo que son: víctimas de la caridad, no vienen en busca de tesoros corruptibles, no vienen con aspiraciones de gloria mundana, no vienen sino á hacer bien á todos, vienen siguiendo la voz de su amado Jesús, vienen deseosas de abrasarnos en el fuego del amor divino, vienen... ¡ah! sí, vienen por entre peligros inmensos, vienen sufriendo todo género de sacrificios y sobresaltos, luchando con los elementos encontrados. Triunfaste, argentino ilustre; tu constancia ha sido á toda prueba: el cielo, la jóven América, la república oriental te acuerda su general gratitud...

San Ignacio de Loyola.

Gloria Domini plenum est opus ejus. (Eccli. XLII, 16).

Empresa difícil fue siempre formar el elogio debido de un héroe cuyas hazañas fueron de la mayor consecuencia y utilidad á cuantos tuvieron la dicha de comunicársele. Enumerar cada una de sus acciones, describir todos sus combates, y contar uno por uno sus triunfos, seria obra de mas tiempo del que permiten los estrechos límites de un discurso, y tendríamos que reproducir hechos que á todos son bien notorios. Cuando el orador logra, prescindiendo del hilo de la historia, presentar brevemente bajo un solo punto de vista en el que se descubra el carácter peculiar del héroe, y reasumir en una todas las acciones que lo ennoblecieron, podrá lisonjearse de llenar sin fastidio el compromiso en que se encuentre. No es fácil equivocar el carácter distintivo del héroe que hoy nos ocupa. No se puede hablar de Ignacio sin que desde luego se presente la idea de un héroe nuevo y extraordinario, á quien el vivo deseo de adquirir nueva reputacion y gloria vana fue el móvil en sus primeros dias de todas sus empresas, sacando de esto mismo la divina gracia la mejor garantía para que despues de su conversion no sea su gloria la que busque, sino la de su Dios, que lo convierte. Mientras Ignacio se empeñaba por la efímera gloria que el mundo promete, ni aun con la sombra vana pudo hallarla; mas apenas desengañado, volviendo sobre sí mismo y convencido de la vanidad de las cosas del mundo, muda de rumbo, y con todo denuedo se consagra á la gloria de su

Dios, se encuentra rodeado y como envestido por todas partes del inmenso resplandor de gloria con que Dios se le presenta; fórmase una contienda muy agradable entre Ignacio aborreciendo todos los honores por glorificar á su Criador, y Dios empeñado en glorificar á su siervo. Consultando á la brevedad que me he impuesto, yo debo presentar á Ignacio bajo un solo punto de vista, en el que se pueda descubrir su mérito y grandeza de alma en el empeño de la mayor gloria de Dios, y entre sus obras citar una que por sí misma nos conduzca á admirar las virtudes que en ella desplega; ¿y cuál, señores, podrá ser esta? Entre todas, sin disputa alguna fue la fundacion de la nueva Órden religiosa, nuestra mínima Compañía de Jesús. Obra en la que se halla como desenvuelto todo el carácter, prudencia, ardiente celo y grandeza del corazon de Ignacio, mayor, á juicio de la Iglesia, que el mundo entero, y donde desarrollándose los designios de la mayor gloria de Dios, quiso el cielo fuese la obra predilecta y distinguida con los mas insignes favores celestiales. Conozco la difícil posicion que ocupo y las diferentes censuras de parcialidad que se me podrán hacer debiendo hablar de mi santo Padre y fundador en el establecimiento del cuerpo, al que, aunque indigno, tengo el sumo honor y dicha de pertenecer. Una sola cosa me consuela y anima, y es que por grandes que fuesen mis elogios de Ignacio, mayores los habeis dado y oido vosotros, y por mas que ensalzase nuestra mínima Compañía, vuestro afecto y devocion ha formado un no interrumpido elogio que tanto nos honra. Vosotros lo habeis dicho y yo no hago otra cosa que reproducirlo: *Gloria Domini plenum est opus ejus*. La obra privilegiada de Ignacio es su Compañía, y esta obra está llena de la gloria de Dios; y así ya sea que consideremos á Ignacio fundándola, ó ya al mismo Dios sosteniéndola, podemos con toda

justicia decir: *Gloria Domini plenum est opus ejus*. Mas claro, señores: Gloria de Dios fue el establecimiento y fundacion de la Compañía; gloria de Dios su extincion, y gloria de Dios su restablecimiento. Y antes de dar principio á las pruebas de mi proposicion, protesto solemnemente ante Dios y los hombres que ninguna otra mira me propongo mas que la mayor y sola gloria de Dios. Imploremos antes los auxilios de la divina gracia, saludando reverentes á María santísima, diciéndola con el Ángel: AVE MARÍA.

Primera parte.

Á solo Dios pertenece suscitar en la Iglesia nuevas religiones para los nuevos y excelsos fines de su Providencia. Á Dios solo corresponde dotar á los que levanta en la Iglesia de aquel espíritu correspondiente á las empresas de que deba hacerse cargo; y de Dios son las leyes que los rigen, y de Dios los trofeos y conquistas que hubiesen de seguirse. Para la formacion de la Compañía, Dios prepara á Ignacio de antemano, obrando la gracia maravillas especiales, y todas encaminadas á la fundacion de la Compañía. Es verdad que el noble espíritu de Ignacio y la grandeza de su alma exigian en él que todo fuese noble y fuera del órden comun de los sucesos.

Enriquecido Ignacio por la naturaleza con toda clase de dones que podian distinguirlo, ni sus ideas, ni sus designios desmintieron jamás la sangre ilustre de Oñez y Valda que circulaba por sus venas, ni los sentimientos piadosos de una fina y cristiana educacion; y su noble pecho, incapaz de un sentimiento menos generoso, no podia abrigar una sola idea menos generosa. Siendo su pasion dominante el deseo desmedido de gloria; la actividad de su espíritu ni podia admitir

accion alguna que lo denigrase. Si lo considerais jóven, disfrutando del cariño de sus padres, le veréis cumpliendo con la mayor delicadeza con las atenciones de hijo, y ocupándose en buscar medios para proporcionar nuevo lustre y esplendor á su casa; y si lo cree necesario, abandonando á Azpeitia, su patria, se presentará en la corte de España para que al lado de los príncipes resplandezcan sus honrosas virtudes, y busque nuevos aplausos y nueva gloria. Ignacio al lado de los Reyes católicos solo ve un teatro mas público donde sus prendas naturales tengan en la proteccion de los hombres mayor aliciente. No lo creais susceptible de aquellas pasiones bajas y denigrantes con que tantos por la vil lisonja y abominables arterías pretenden arrancar unos aplausos que no les son debidos. Las gracias naturales dan nuevo realce con su trato noble y finos modales; es de franco porte, moderado en sus diversiones, condescendiente con sus amigos, pero nunca en las bajezas, generoso en las injurias, y fácil en escuchar á los que le suplicaban. Se hacia envidiar y amar con extremo de todos, y el mundo lo aprisionaba con doradas cadenas y grillos para tenerlo siempre ligado á sí. Un genio vivo, emprendedor y deseoso de gloria no podia avenirse con la ociosidad y molicie de la vida cortesana, y el ejemplo de sus hermanos, que tan gloriosos laureles habian amontonado en el campo de Marte, no le permitia detenerse mas tiempo, sin buscar la gloria en la carrera militar, disponiéndose á obrar tales hazañas y proezas, que mas por su denuedo que por la proteccion del duque de Nájera se escribió su nombre en la lista de los aventajados héroes. ¿Quién podrá decir los combates gloriosos que sostuvo, y el número de enemigos que dispersó y humilló? ¿quién los peligros que hubo de salvar? El primero en la pelea, era siempre el último en retirarse; no viendo mas que la gloria se presentaba donde hu-

biese mayor peligro; y mas que su valor resplandecia su humanidad con el enemigo vencido. Su desinterés en no tomar parte alguna en los despojos, su piedad y devocion, pues entre el estruendo de las armas y el horror de los combates se ocupaba la grandeza de su alma en celebrar las virtudes del apóstol san Pedro, indicio claro de que el cielo formaba los mejores designios sobre su noble alma.

La obra de Dios da principio en los momentos en que Ignacio acreditaba su valor sobre los muros de Pamplona. Victoria fue de Dios y no de los enemigos el golpe que á Ignacio lo separa del combate. No te avergüences, campeon ilustre, de ser vencido, cumpliste con tu patria y tu rey; es tu Dios que cual otro Saulo te hiere porque es llegada la hora en que pelees mejores batallas, busques mas sólida gloria, y hermosees con nuevos y mas duraderos laureles tus sienes. Dios te ha vencido; cual caballero debes entregarte á él, y fiel seguir sus órdenes consignadas en ese libro, fiel recuerdo de las maravillas de los Santos, y retrato de tu vencedor. No, no resistas á sus insinuaciones: en favor de la obra de Dios y de su gloria abandona tu casa, deja tus conveniencias; ves en esto interesada la gloria de tu Dios, y esto basta. Bastó efectivamente. Lánzase Ignacio del lecho y postrado en tierra se consagra á su Dios y á su gloria, y cambia todas sus ideas entrando de lleno en la grande obra llena de la gloria del Señor. El infierno se asusta, y á su estremecimiento se abren las paredes de la habitacion de Ignacio, pero á un genio guerrero y magnánimo las dificultades y las amenazas lo irritan y entusiasman; se hizo la señal del rompimiento. Declara Ignacio la guerra al abismo, y buscará no su gloria, sino la del Señor por todos los medios.

Es constante en sus resoluciones; parte veloz de su casa, vuela donde el espíritu del Señor le conduce, y aquellas ar-

mas que habia ceñido para buscar gloria mundana, las consagra en el altar de María, á quien ha consagrado de antemano su virginidad; y despojándose de todas sus vestiduras del mundo, se viste de las de Jesucristo.

La gloria de Dios habia sufrido algun menoscabo por su ambicion, y desde luego no solamente acabará con sus pasiones, sino que concluirá hasta con su cuerpo. Vedle en la cueva de Manresa, y convertida esta en una nueva Tebaida y Nitria. ¡Oh cueva, oh desierto, oh lágrimas, oh ayunos, oh disciplinas, oh cadenas, oh sangre, oh Ignacio!... bastará, señores, si la gloria de Dios está reparada, porque este y no otro es el espíritu de la penitencia de Ignacio. Rasgo heróico de su grande alma, que en sus austeridades ni se acuerda del infierno, ni se fija en el cielo; la gloria de Dios, el amor de su Dios lo inflama y es el único móvil de sus operaciones. Conocimientos sublimes de la Religion, visitas frecuentes de María santísima y de la Trinidad beatísima, raptos continuos, éxtasis de ocho dias, don de oracion, magisterio espiritual, discernimiento de espíritus, regalos, consuelos, triunfos... Pero Ignacio ha descubierto la grandeza de la obra de Dios, y por obrar esta abandona su regalado retiro; vuela á la Palestina, registra los Santos Lugares, se sobrepone á los vivos deseos de regarlos con su sangre; por la gloria de Dios abandona á Palestina; de anacoreta ha pasado á peregrino, de peregrino á santo; la gloria de Dios lo llama apóstol. Ignacio lo entiende; conoce que la sabiduría le es necesaria. Prudentes del siglo, sábios del mundo, nuevos reformadores, Ignacio, todo un Ignacio, se contrae á deletrear con los niños el latin que ignora. ¿Qué juicio formais de él? ¿Merece vuestro desprecio? Pues entended que nunca se hizo mas temible al infierno que cuando en vez de las cadenas y azotes empuña Ignacio el arte. Preparaos, corrompedores de la

pureza del Evangelio, es el primer paso que Ignacio da hácia la obra del Señor, y por las ciencias buscará de hoy mas la gloria de su Dios. Ignacio es llamado al apostolado, y buscad las señales de él en las cárceles de Alcalá y Salamanca. En Francia, en Italia, en España, se verá acusado, calumniado, perseguido de muerte; en el poblado, en los desiertos, en la tierra y en el mar, acosado de peligros; entre los propios y extraños vendido aun de aquellos que debian ser sus amigos: estos contrastes sirven de activar mas y mas su celo y llevar adelante la obra de la gloria de su Dios. Predica, enseña, catequiza, aconseja, ruega, visita las cárceles, vive en los hospitales, registra los presidios, instruye en la doctrina á los niños, da los ejercicios á toda clase de personas, entra en las ciudades, reforma las costumbres, extermina los vicios, renueva la frecuencia de los Sacramentos, y alterna con los sábios y los admira, conversa con los herejes y los reduce, persuade á los pecadores y los atrae al buen camino; todos los momentos de su vida los consagra al oficio del apostolado, y obra los prodigios y maravillas que autorizan su doctrina, y descubre la obra grande del Señor, de cuya gloria está llena. Con el libro de los Ejercicios en la mano, ¿qué conversiones maravillosas no obra? Dílo tú, Javier, que en medio de tus aplausos, entre el humo de los elogios y en los momentos de tus mejores esperanzas no te vale tu sabiduría contra las razones de Ignacio, y al primer resplandor de las luminosas verdades que te anuncia, te entregas para que de tí salga el nuevo apóstol de la India. Traba Ignacio amistad con Fabro, y queda señalado para combatir las herejías; habla á Lainez y Salmeron, y los destina á ser oráculos del concilio de Trento; se le rinde Simon Rodriguez y Bobadilla, y animados de la grandeza de espíritu de Ignacio todos entran en la grande obra de la glo-

ria del Señor, el establecimiento de la Compañía de Jesús, y aparece Ignacio con el relevante carácter de fundador, con el que ya no solo obrará por sí, mas tambien con los esfuerzos de todos sus compañeros, interesados en la obra llena de la gloria de Dios: *Gloria Domini plenum est opus ejus.*

Las apuradas circunstancias de la Iglesia en un siglo aciago en que hijos rebeldes despedazaban desapiadados el seno de su madre; los genios del mal que, vomitados del abismo, amenazaban el exterminio de la Religion; un tirano cruel que arrastrado de una pasion infame se constituyó verdugo implacable de toda la Inglaterra, sustraida por Enrique VIII y entregada al cisma mas espantoso; un sacerdote voluptuoso que por satisfacer sus indignas pasiones arrasaba las provincias de Alemania; la ferocidad de un Calvino que desolaba toda la Francia; nuevos pueblos, nuevas naciones, nuevo mundo para el celo de Ignacio, ¡qué incentivos tan fuertes! Consagrado á la mayor gloria de su Dios, no le sufria el corazon ver cuántas almas se perdian; su celo hubiera querido hacerse presente á todo y remediar cuantos males afligian á los pueblos. La Iglesia lastimosamente despedazada, ultrajada la piedad, corrompida la juventud, desmoralizadas las costumbres, abandonados los santos Sacramentos, las autoridades envilecidas, habia entrado la abominacion en el lugar santo, nada quedaba que no se hubiese profanado, y parecia que el poder de las tinieblas aprovechándose de su hora iba á concluir con todo; pero Ignacio solo, despreciado, pobre, difamado, ¿qué hará? Habla, monte santo consagrado con la sangre de los primeros mártires de la Francia, tú presenciaste la alegría de aquel pequeño escuadron que capitaneado por el humilde Ignacio se compromete á hacer frente á todos los males de la Iglesia; dia fausto aquel en que Ignacio puso la primera piedra con sus compañeros para levantar el inex-

pugnable baluarte donde la herejía estrellará sus furias inútilmente, y nunca podrá contrarestar los esfuerzos de la naciente Compañía. Sobre monte habia de colocarse esta Religion, para que, aunque batida de la furia de todos los vientos, el brazo de Dios la sostenga, y sus adversarios y émulos queden confundidos. Sobre monte de mártires habia de nacer una religion que se formaba en la contradiccion, creceria con las persecuciones, y pródiga, tanta sangre habia de derramar por extender la fe de Jesucristo.

¡Ángeles tutelares, corred veloces y enjugad las lágrimas de la Iglesia, pues el cielo la ha deparado hombres eminentes en ciencia, distinguidos por su esclarecido nacimiento, y de un ánimo como el de Ignacio mayor que todo el mundo. Id, Ángeles veloces, y presentad al Pastor supremo estos fieles hijos, que con especial voto se consagran á su obediencia; id al Nuevo Mundo y decid á los gentiles que su apóstol Javier ya se prepara para llevarles la felicidad y sacarlos de las negras sombras de la muerte; y que él solo convertirá en solos diez años mayor número de infieles que el de los hijos desgraciados que arrancó en diez siglos la crueldad de la herejía. Id á la Alemania, y sostenedla mientras que Fabro y Canisio arguyen, convencen y reducen á los sectarios. Simon Rodriguez será el apóstol de Portugal, Bobadilla de la Alemania, Lainez y Salmeron oráculos divinos en el concilio de Trento; id y decid á Roma que abra sus puertas al celoso Ignacio, y verá reformadas las costumbres, arreglados los monasterios, asistidos los hospitales, santificadas las cárceles, los niños instruidos en la doctrina cristiana, los jóvenes consagrados á la virtud y á las ciencias, levantados colegios de educacion, establecidas casas de recogimiento, anunciada la divina palabra, exterminados los abusos y desterrados los públicos escándalos; Dios le ha prometido á Ig-

nacio que á su Compañía la protegerá en Roma contra todos los ardides del encono y de la envidia. *Ego Romæ vobis propitius ero*. Ved, señores, á Ignacio postrado con sus compañeros á los piés del romano Pontífice, entregándole las constituciones de la nueva Órden que ha fundado. Mas ¿qué constituciones? ¿qué Órden? ¿qué congregacion? La obra, señores, fue de las mas grandes que ha hecho el Señor: *Gloria Domini plenum est opus ejus*. Paulo III exclamó al leer las constituciones de Ignacio: *Digitus Dei est hic*.

Adviento.

Et tunc videbunt Filium hominis venientem in nube cum potestate magna et majestate.
(Luc. XXI, 21).

Al dar principio, señores, al tiempo santo de Adviento, cuando la Iglesia exhorta á sus hijos á que se entreguen á la dulce contemplacion, y con fervientes súplicas, suspiros y lágrimas aceleren la venida del Mesías tan deseado, juzgué verme en la gustosa precision de anunciaros las dichas y beneficios incomparables que nos esperan; y como me recreaba el espíritu en la dulce memoria de los costosos sacrificios que desde luego habia de hacer en beneficio nuestro una humildad y abatimiento tan desusado, una pobreza tan extremada y un amor tan decidido, pruebas eran y nada equívocas de la grande misericordia que nos dispensaria. Mas ¿cuál debió ser mi sorpresa al registrar en el libro santo de los Evangelios el de la presente dominica, cuando desde luego descubro los anuncios mas tristes de la mayor de las calamidades que

pueden afligir al mundo, señales espantosas que deben preceder al dia llamado por excelencia *dia del Señor,* hambre desoladora, guerras sangrientas, destruccion de imperios, ruina de ciudades y naciones enteras, trastorno de elementos, alteracion de los astros, trastorno universal de toda la naturaleza, ideas fueron estas que á la verdad cubrieran de tristeza mi corazon: y luego al justo se le ordena levante su cabeza á lo alto y mire, mas ¿qué, señores? ¿todos estos preparativos podrán ser jamás indicio de algun suceso risueño? y luego, ¿qué tienen que ver con el nacimiento del Mesías? ¿Así se anima el corazon del pecador? ¿de esta manera concibe esperanzas lisonjeras? Así me preguntaba á mí mismo, cuando con el favor de los intérpretes sagrados descubria que pues tanta habia de ser la humildad y misericordia del Deseado de las gentes, y que de esto habian tantos de tomar motivo para ofenderle, necesario era contraponerles un dia triste, dia de quebranto, en que desapareciendo toda misericordia, debia vibrar sobre las cabezas de todos la espada de la divina justicia por tanto tiempo represada no menos que insultada de la mas vil criatura. Dia será, señores, aquel, cuya sola memoria amargó los dias mas preciosos de los mayores santos; dia grande, principio de nueva y eterna felicidad para unos, y de infortunio y desgracia para otros; dia en que el Señor ha de defender por sí mismo su causa, y hacer alarde de su poder infinito y recta justicia. Entonces verán aquel poder y majestad que al justo alegra cuando al pecador atemoriza; aquella justicia que el varon santo desea, y la que el pecador detesta; y ved aquí, señores, bajo un punto de vista todo el plan de este dia de retiro; ocupándonos esta mañana en examinar los encontrados afectos que producirá su poder sin límites, reservarémos para la tarde la consideracion de su inflexible justicia...

No hay cosa alguna que mas el justo sienta, que el desprecio vil que de Dios hacen de continuo y los insultos que se dirigen á su divina Majestad en todos tiempos, ocasiones y lugares... ¡Ojalá que en nuestros dias no hubiese llegado la impiedad mas que á decir allá en lo mas secreto de su corazon: *No hay Dios!* Pero no, ha unido á la ignorancia mas crasa en materias de religion la desenvoltura mas atrevida, y aun llega á empeñarse en que ni un solo adorador fiel á su Dios quede sobre la tierra. Vista del corazon adorable de Jesús y sentimientos que ella obra en el corazon del justo... Motivos de consuelo que este tiene: *Respicite, levate capita vestra*... Mas qué; ¿no bastaban las señales temerosas que aparecen en la tierra que tambien es necesario atienda á las que se ven en el cielo? Pero no es el terror lo que del bueno se apoderará; al aparecer anuncios tan tristes, las hijas de Jerusalen se alegrarán... porque saben que es la contraseña que el Señor ha dado para hacerlas entender que su redencion se acerca, y que llega el dia en que el Señor ha protestado que la impiedad mal de su grado rendida le adorará, y doblará por fuerza su rodilla ante él toda criatura: *Vivo ego, dicit Dominus, quia mihi curvabitur omne genu, et confitébitur omnis lingua.* Todos... lo oyes, hombre mundano... No temais, almas piadosas, que en aquel dia haya un solo que excuse este precepto: *Omne genu*... porque la vista solo de la Majestad del que viene en la plenitud que le es propia arrancará esta dolorosa confesion: *Oculi sublimes hominum humiliati sunt et incurvabitur altitudo virorum;* allí los veréis á los impíos é incrédulos tanto mas abatidos cuanto con mas descaro insultaron su poder... *Exaltabitur autem Dominus solus in die illa*... y vistiendo *pro galea judicium certum,* prendiéndoles un fuego devorador: *Ignis ante ipsum præcedet, et inflammabit in circuitu inimicos ejus,* cuando á la vis-

ta de este Señor la tierra se conmueva: *Nemo poterit iræ suæ resistere, et sub quo curvantur qui portant orbem. Dies Domini exercituum super omne superbum, super omnes cedros Libani sublimes et erectas, super omnes montes excelsos, et super omnes colles elevatos, et super omne quod visu pulchrum est.* Al verle desenvainar la espada de su justicia: *Gladium de vagina irrevocabilem... Quis stabit ad videndum eum? ululabunt.* Aparecerá el madero santo: *Ululabunt. Quo enim animo tunc stabit desertor ante ducem suum, perditus ante pretium suum, qua fronte misericordiam petet, primum de contempta misericordia judicandos?* Los efectos de la cruz serán como la nube del pueblo de Israel. Efecto de la cruz será la alegría por la que los justos clamarán: *Vindica causam nostram, redde retributionem superbis;* y á las voces: *Exaltationes Dei in gutture eorum;* seguirá el armarse, *et gladii ancipites in manibus eorum; ad faciendam vindictam in nationibus, increpationes in populis; ad alligandos reges eorum in compedibus, et nobiles eorum in manicis ferreis.* Y como el general se alegra en la victoria... *gloria hæc est omnibus sanctis ejus.* Hé aquí, impíos, vuestro dia; doblaréis la rodilla porque es el dia de su majestad: y tambien es el vuestro, justos, pues veréis reverenciada la Majestad de vuestro Dios...

San Juan Nepomuceno.

San Juan Nepomuceno poseyó las virtudes de un perfecto anacoreta, de un celoso apóstol; fue protomártir del sigilo de la confesion sacramental.

Nació en Nepomuc, pequeña ciudad de Bohemia cerca de Praga en el año 1330; pocos obstáculos tuvo que vencer para entregarse del todo á Dios; la conservacion de su vida en los primeros dias la debió á la intercesion de María santísima. Sus padres le educaron con todo esmero. Pasaba las mañanas en oir misas con todo fervor. Se distinguió en la gramática y retórica; en la célebre universidad de Praga sobresalió en la filosofía y sagradas letras, habiéndose graduado en teología y cánones. Su ambicion la cifraba en llegar al sacerdocio para poder promover mejor el honor divino. Concluidos sus estudios, se retiró á la soledad para prepararse mejor á recibir las sagradas órdenes. Hecho sacerdote, el obispo le dió el curato de Nuestra Señora de Tein; todos le seguian por oir su predicacion, convirtiendo á los mas obstinados y libertinos.

El arzobispo y canónigos le dieron una canonjía, y la asistencia al coro no le impedia su celosa aplicacion al cuidado de las almas. Muerto el emperador Cárlos IV, le sucedió su hijo Wenceslao, que ya á la edad de diez y seis años era rey de los romanos. Los dictados groseros y vergonzosos con que le motejaban, eran los resultados de sus groseras y viciosas inclinaciones. Este Príncipe residia en Praga, y movido de los elogios que de la virtud de nuestro Santo hacian, mandó que fuése á predicar la Cuaresma á su corte; no rehusó el Santo, y sus discursos contuvieron algun tanto sus pasiones. Se le quiso premiar con el obispado de Leitomeriz, pero no lo admitió; le ofreció el cargo pingüe de preboste y honorífico título de canciller hereditario del reino, á lo que se resistió fuertemente. Admitió el cargo de limosnero de la corte porque le proporcionaba predicar á esta y poder ser mas útil á los pobres. En medio de los cortesanos no cambió

de ideas, y su habitacion era el recurso de todos los necesitados y el gran pacificador en las disensiones.

La emperatriz Juana, hija de Alberto de Baviera, era muy virtuosa, y le eligió por director de su conciencia. El Emperador la amaba con la pasion mas violenta; era muy caprichoso y mudable, y se entregaba á la violencia de los celos, que, unidos á su natural fiereza, daban mucho que sufrir á la desgraciada Princesa. Su virtud era probada con la persecucion de su marido, pero el Señor la dió un güia y confortador. Tenia el don este Santo de perfeccionar la virtud en el trono y en la corte. La santidad de la Emperatriz cada vez era mas sólida y pública. Sus oraciones solo eran interrumpidas por las obras de caridad, y frecuentaba los santos Sacramentos.

Tenia el Rey un corazon muy corrompido, y por esto todo lo convertia en ponzoña; la virtud y la ternura de su esposa le tenian impaciente. Forma el bárbaro designio de averiguar por medio de san Juan lo que le habia confiado en el secreto de la confesion: le propone con disfraz la cuestion, y le exige lo que se habia propuesto; el Santo le hizo presente cuán injurioso era aquello á la razon y á la Religion, y que aquello era un sacrilegio. El Emperador creyó que nada debia oponerse á su voluntad. Quiso asustarle mandando asar vivo á un sirviente suyo; suplicó el Santo, le amenazó, y en cambio él mandó ponerle en un calabozo, y tuvo el Emperador la impavidez de mandarle decir que mientras no le manifestase el secreto de la confesion, no pensaba ponerle en libertad. Viendo que por la violencia nada sacaba, lo puso en libertad, le dió un banquete y le exigió lo mismo; pero el Santo declaró las razones de su silencio, lo que le valió de nuevo la prision y los tormentos del potro. Le aplicaron antorchas

encendidas á los costados, le atormentaron á fuego lento, y no se le oyeron otras palabras que Jesús y María. La Emperatriz logró apaciguar á su esposo y que le pusiese en libertad; pero el Santo conoció que la perfidia llegaria á su colmo. Predicó entonces con mas celo, se despidió de los suyos, pidió perdon á los canónigos y al clero, predijo las calamidades que afligirian á la Iglesia de Bohemia, y se preparó á morir. Un dia le ve el Emperador pasar, se enciende de nuevo su ira, le pone en la alternativa de ó revelar el secreto, ó morir inmediatamente; y el Santo inclinó su cabeza, y el Emperador manda que lo arrojen en el rio luego que venga la noche para que el pueblo no conozca su sentencia y castigo. Se ejecutó la órden arrojándole desde el puente, víspera de la Ascension, 16 de mayo de 1383. Apenas fue sumergido en las aguas cuando se apareció sobre su cuerpo una luz celestial flotante; todo el pueblo se conmueve; la Emperatriz le pregunta por el Santo, y el tirano cobarde huye solo á una casa de campo. La ciudad y los canónigos sacaron el cuerpo y lo depositaron en un monasterio de religiosos penitentes: el Rey mandó ocultaran el cuerpo, pero los canónigos procesionalmente le condujeron á la iglesia catedral, y le pusieron este epígrafe: «Aquí yace el cuerpo del venerable y «gloriosísimo taumaturgo Juan Nepomuceno, doctor, canó«nigo de esta iglesia y confesor de la Emperatriz, quien, por «haber guardado fielmente el sigilo de la confesion, fue cruel«mente atormentado y arrojado desde el puente de Praga á «las aguas del Moldavo por órden de Wenceslao IV, empe«rador y rey de Bohemia, hijo de Cárlos IV, año 1383.» La Princesa murió de pena á los cuatro años, y el Emperador vió deshacerse su imperio; fue dos veces encarcelado, y murió sin tener tiempo de dar muestras de arrepentimiento.

En el año 1719 fue abierta la tumba del Santo, y despues

de trescientos treinta años se halló su lengua fresca y como si acabase de espirar.

San Diego de Alcalá.

Nació nuestro Santo en San Nicolás del Puerto, en Andalucía, entre Constantina y Cazalla, á doce leguas de Sevilla, por los años 1400, de padres humildes. Le pusieron el nombre de Diego ó Santiago por la devocion que tenian sus padres al Apóstol.

En sus tiernos años se huyó al desierto á una ermita consagrada á san Nicolás de Bari. Se entregó bajo la direccion de un venerable sacerdote, y edificó con su modestia y compostura á los pueblos de la comarca, á donde salia á recoger limosna.

Sus ayunos, vigilias, cilicios y disciplinas eran continuos, y su oracion muy frecuente.

Enemigo del ocio, ocupaba el tiempo que le sobraba de la oracion en cultivar un huerto, y en labrar saleros y otras alhajas de madera tosca. Así se dispuso para entrar fraile menor-observante, y esta vocacion la sacó del vientre de su madre.

Volviendo de pedir limosna afligido por haber recogido poco, el demonio le hizo una bolsa de oro encontradiza; no la quiso tomar, ni pasó adelante hasta que la hizo distribuir entre los pobres, lo que fue una prueba de su desprendimiento.

Despues de los treinta años de su retiro, por huir de los aplausos que por su virtud le prodigaban, huyó al ejemplarísimo y observante convento de Arrizafa, á media legua de la ciudad de Córdoba, que tantos varones eminentes en virtud y sabiduría ha dado á la Órden seráfica.

El olor de las virtudes de san Diego dura aun en la célebre cueva del osario, ahora de San Diego. Profesó á los cuarenta años de lego.

El estado religioso es el semillero de las virtudes y el camino mas corto para llegar á la perfeccion; la vida comun y la santidad que profesa el fraile menor son un medio muy poderoso para su logro, así como su austeridad, la aspereza del vestido, la descalcez, la continuacion del ayuno, la altísima pobreza, la mendicacion y la ilimitada obediencia.

San Francisco llamaba á su regla libro de la vida, esperanza de la salvacion, arca de la gloria, medula del Evangelio, camino de la cruz, estado de perfeccion, llave del paraíso y pacto de la paz eterna.

San Diego apreció tanto la regla, que, no contento con observarla á la letra, la aprendió fielmente de memoria. Los que le conocieron en su tiempo aseguran no haberse conocido en aquella época religioso mas perfecto en la práctica de las virtudes y observancia de su regla.

El docto é ilustre Peña, hablando del Santo, dice: «Ningun otro fue tenido por mas santo, ninguno por mas pobre, «ninguno por mas obediente, ninguno por mas casto, ninguno por mas humilde, ninguno por mas abrasado en la «caridad divina, ninguno por mas perfecto en los ejercicios «de la vida cristiana.»

El cronista dice que cobró san Diego gran fama en la Órden, aun entre los que vivian en países remotos, que venian

á admirarle, asegurando que en la observancia de la regla de san Francisco no habian hallado otro igual á san Diego.

Fue tanto mas admirable, cuanto que vivió cuando mas florecia la observancia regular de la Órden seráfica.

El cielo le proporciona alimento yendo á San Lúcar de Barrameda. Salva á un muchacho de las llamas, y uno y otro milagros trabajó su humildad por atribuirlos á otro.

Su vida fue un continuado acto de humildad y todas las virtudes acompañadas de esta virtud.

En ejercicio de su humildad y obediencia admitió la guardianía de las Canarias, que desempeñó con la mayor prudencia y suavidad. Sabe que en la isla se maltrataba á los cristianos, y desea ir á buscar el martirio; no logró su intento, pero fue mártir en su deseo. Sus obras caritativas le merecieron el renombre de padre, maestro, apóstol, luz, remedio y redencion de aquella isla.

Pasa á Roma con el fin de las indulgencias del año santo, haciendo este viaje á pié, descalzo y sin prevencion alguna. Hizo de enfermero en Roma en el convento de *Ara cœli*. Se entrega á la contemplacion en el desierto de Salceda, ocupándose de la muerte y pasion del Salvador.

La cruz y el rosario son las insignias de san Diego y sus armas.

El arzobispo Carrillo funda el convento de Santa María de Jesús de Alcalá; llama á los religiosos mas santos de todas partes, y con otros once á san Diego, para poblar su convento.

Tuvo gran devocion al Santísimo, ayudando misas, y particularmente incensando en el oficio exhalaba una especial fragancia; varias veces su cadáver adoró la hostia cuando celebraban en su capilla.

Consagró su pureza á María en sus tiernos años; rezaba

todos los dias la Corona, y se preparaba para celebrar sus fiestas á la que atribuia sus milagros.

Fue portero, y ejerció su activa caridad en la limosna. Sorprendido una vez, el pan se le convirtió en flores. Su caridad con los pobres enfermos fue prodigiosa. Se echó en un estanque de agua helada y sufria grandes persecuciones, teniendo una suma constancia y sufrimiento en su muerte.

San Benito de Palermo.

Benito, llamado el *Negro* por su color, nació en el pueblo de San Filadelfo, de la diócesis de Mesina, de padres moros, pero en la religion católica. Desde la niñez comenzó á temer á Dios, castigando su cuerpo con el ayuno. En la juventud, habiendo vendido sus bienes y repartídolos á los pobres, abrazó la vida solitaria bajo la regla de san Francisco. Así estuvo hasta los cuarenta años ejercitándose en todas las virtudes. Cuando Pio IV mandó se recogiesen á un instituto, se reunió á los frailes menores de la observancia. En la religion como en el desierto fue un dechado de penitencia. Puesto en el número de los conversos, se ejercitó en los oficios mas abyectos. Guardó las siete cuaresmas del seráfico Fundador; su lecho era la dura tierra, el sueño brevísimo, su vestido grosero é intacta su pureza; era tan grande su amor á Dios que prorumpia continuamente en suspiros y lágrimas. Reformó el convento de Santa María de Jesús. Electo prelado, aseguró con su prudencia y ejemplo la reforma. Á los sesenta y tres años, presagiando su fin, entregó su alma á Dios. Desde

el año de 1589 se conserva su cuerpo fragante en la ciudad de Parma...

Mirabilis Deus in sanctis suis, Deus Israel ipse dabit virtutem et fortitudinem plebi suæ.

El Espíritu Santo comunicó á los Apóstoles la gracia santificante y la fortaleza. Tambien la comunicó á Benito.

En el siglo XVI quiso Dios confundir á los soberbios del mundo con los milagros del ilustre negro san Benito de Palermo: *Stetit in signis et prodigiis;* prodigios que se fundaron en su virtud y que la aumentaron: *Sapientia intravit in animam servi Dei, et stetit in signis; sortitus est animam bonam.*

El ilustre Lanza lo llama á la vida solitaria en el desierto. «Benito, sígueme, le dice; el Señor te quiere entre sus «siervos, rompe los vínculos de la carne y de la sangre, deja «el arado...» Se asocia á unos religiosos que por concesion de Julio III profesaban el instituto seráfico con voto de vida cuadragesimal.

El desierto fue el teatro de los milagros de Benito, la fe le guia en el desierto: un compañero se abate por la necesidad; tenga fe, le dice, y al punto se presenta un jóven con un pan. Un santo obispo se aflige al ver la pobreza de la casa de Palermo. Tenga fe, le dice Benito, y convierte el agua en peces y satisface á todos. Se descuida en preparar el alimento por estar embebido en la oracion, y con su fe en Dios prepara prontamente los pescados necesarios. Con la fe sana de fiebres malignas, hidropesía, etc., arroja los demonios y con la fe todo lo consigue. *Habete fidem Dei.* Ora sin cesar en la montaña, en el templo, en todas partes, y convidaba á los muertos y á las aves á cantar las misericordias del Señor. Con la oracion extermina los insectos, da salud á los enfermos, vida á los muertos. Dividió las aguas de un rio para

que pasara libre, resucitó siete muertos, curó diez y nueve leprosos, iluminó á diez ciegos. Benedicto XIV aprobó sus milagros.

Humilem spiritu suscipit gloria.

Fue la humildad en Benito ingénua, sincera, interior, vigilante, activa y permanente. La humildad le obliga á vagar por la soledad llorando sus importunos aplausos, y estos le hallan lavando platos, cavando la tierra, haciendo escobas, recogiendo la basura con el hábito. ¿Qué buscais en este negro, en este pecador?

Ayuna siete cuaresmas, se alimenta con yerbas. Un áspero cilicio bajo el tosco hábito, una túnica de palma, crueles disciplinas. Vió á los Ángeles, le sirvieron, y tuvo en sus brazos al niño Jesús.

Benito sale de la soledad al teatro del mundo, y en él ejercita de nuevo las virtudes, especialmente la caridad.

Da vida á una bestia porque ve llorar por ella á un miserable; exprime sangre de un pan para demostrar que la limosna á los hijos de san Francisco es la sangre de los pobres; con la señal de la cruz expele á un demonio que afligia á un jóven novicio.

El amor á Dios y al prójimo le convierten de rudo lego en un apóstol. Benito habla con fruto, porque hablaba *in ostensione spiritus et virtutis*. Se ve insultado por una negra, y se alegra y glorifica al Señor.

In morte mirabilia operatus est.

Postrado sobre el sepulcro de santa Rosalía, la suplica que los hombres le desprecien como al mas indigno pecador.

Los prelados, el virey, los obispos se empeñan en ordenarle; él se aflige y llora por hallarse en tal compromiso.

El cielo lo llena de regalos, como el éxtasis que tuvo en la procesion del *Corpus*.

Fue electo guardian, porque *non est alter huic similis.*

Pidió perdon á un novicio con un dogal al cuello por haberle reprendido injustamente: *Eum in Ecclesia clarere fecisti*...

Discurso inaugural en la apertura de un Asilo de mendigos.

Frange esurienti panem tuum. (Isai. LVIII, 7).
Beatus qui intelligit super egenum et pauperem; in die mala liberabit eum Dominus. (Ps. XL, 2).

Vuestro religioso concurso, vuestra presencia al rededor de esta cátedra en este dia me inspiran la confianza de que habeis recibido del cielo en vuestros espíritus y en vuestros corazones la inteligencia de las verdaderas necesidades de los pobres, lo que el Real profeta celebra, diciendo: *Beatus*... Yo me creo muy feliz en poder repetir sobre vosotros la bendicion del Profeta, y pues habeis recibido de lo alto esta inteligencia, yo os aseguro: *In die mala liberabit eum Dominus*. Vuestra afluencia me dice vuestro religioso y caritativo empeño en favorecer esta obra. No vais errados en prestar un tal testimonio de vuestro interés, de vuestra inteligencia y de vuestra caridad. Yo desearia que antes de salir de este templo cada uno de vosotros exclamase: «Hé aquí una obra á la «que debo unirme por toda mi vida, á favor de la que debo «aplicar mis bienes, consagrar mi tiempo y hasta mi cora- «zon.»

La idea de un asilo para los mendigos no se le ocurrió á nadie de la antigüedad por el espacio de cuarenta siglos. Ni los mas sábios ni los mas hombres de bien pensaron jamás en cuatro mil años en establecer un refugio semejante para el

pobre. Ni los egipcios, pueblo el mas filósofo de la antigüedad, ni las naciones mas industriales, ni las que fueron señoras de los mares, ni Cartago, ni los griegos, y ni siquiera los romanos soñaron esta idea humanitaria. Y ¿por qué jamás pensaron en esto? ¿qué les faltaba? ¡Ah! les faltó lo que en nosotros sobreabunda; les faltaba este altar, este tabernáculo, esta mesa santa, este Evangelio, esta cruz de Jesucristo, este Redentor bajado de los cielos y hecho hombre para traer á los hombres estos socorros de la tierra. Esto faltó á aquellas viejas sociedades, y en nosotros sobreabunda, porque la caridad es el fondo de nuestras costumbres. Se la darán mil nombres, pero estos nombres ya los explicó san Pablo. Sin el Evangelio ¿qué seria la misericordia? Seria un vicio del corazon, como la llamó el mejor de los filósofos: *Misericordia animi vitium est.* «Bastarian, dice un escritor «amigo nuestro, estas confesiones de los enemigos del Cris«tianismo para probar que la caridad ó el socorro á los des«graciados nació con él, se dilató con él, y subsistirá enér«gico mientras haya cristianos sobre la tierra.» Siendo la caridad y la beneficencia los primeros atributos del Cristianismo, y el gran precepto que nos legó su divino Fundador, los hombres y los pueblos estarán siempre animados de esa virtud.

Peccata tua eleemosynis redime, os diré como el Profeta al rey de Babilonia. El Dios criador de todo, el Padre de los ricos y de los pobres ha dicho: «Yo he puesto en el mundo «al pobre y al rico para el ejercicio de las virtudes, la bene«ficencia y la caridad. Los pobres han de ser los introducto«res de los ricos en los cielos: *Facite vobis amicos de mam«mona iniquitatis,* para entrar en el reino de los cielos.»

La caridad, bien lo sabeis, es la constante voluntad de Cristo y su primera ley: Él quiso que este fuese el carácter

distintivo del Nuevo Testamento. La caridad es el resorte de sus actos y de sus doctrinas : ella respira en todas sus palabras ; ella le acompaña por toda su vida; ella fue consagrada con su muerte. Por amor al mundo y por su salvacion bajó en medio de nosotros : es el amor que le hizo derramar sus bienes por el mundo y sacrificarse en el Calvario : su voz de caridad nunca ha cesado de resonar en la Iglesia de Jesucristo, ni cesará hasta la consumacion de los siglos. El grande y santo sacrificio que se renueva cada dia sobre nuestros altares insiste sobre el mismo deber, y nos habla bien elocuentemente. En los momentos mas solemnes de su vida, Jesucristo dice á sus Apóstoles : «La ley nueva, la ley del Nue-«vo Testamento es esta : que os ameis los unos á los otros «como yo os he amado; en esto quiero que seais reconocidos «por discípulos mios :» *Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem sicut ego dilexi vos.* Palabras que dice en el acto mismo de fundar su religion, en los momentos de establecer el nuevo sacrificio: el nuevo sacerdocio ha promulgado tambien su nueva ley. Ni es un amor cualquiera el que exige para el prójimo : *Sicut ego dilexi vos.* Viniendo este amor de un principio tan alto, se extiende por el universo, y se introduce en nuestras costumbres, en nuestras instituciones, entre las familias y en la sociedad : este amor todo lo eleva, todo lo ennoblece, todo lo transforma, y da á nuestra civilizacion un carácter incomparable; y de Cristo nacen la grandeza, las magnificencias y las perfecciones de la cultura.

La pobreza en algunos es un hecho cierto, inevitable, que se producirá siempre. ¿Qué hace Jesucristo? En su venida al mundo encuentra al pobre cargado de hierros, entregado sin esperanza, no solo á la miseria, sí que tambien á la deshonra y á la degradacion : se le llamaba esclavo, se le vendia como á una bestia, y no tenia mas valor que en relacion al

producto, y se le quitaba la vida cuando era inútil para el trabajo. La caridad cristiana rompió esos hierros con indignacion; el pobre dejó de ser cosa; se pertenece ya á sí mismo; él anda en el mundo con la cabeza alta, el cuerpo firme; todos los discípulos de Cristo se inclinan delante de él: desde entonces es igual á todos. Aun mas; la Religion, las costumbres y la opinion concurren á mirarlo como un objeto sagrado, especial y privilegiado de ternura y veneracion. Los pobres pueden elevarse, así como el rico puede llegar á ser uno de tantos pobres. Esta es la posicion que á los pobres ha dado Jesucristo. Siempre habrá pobres, y siempre Jesucristo tendrá piedad de ellos; y mientras haya un solo pobre sobre la tierra, Cristo no le abandonará. Cristianos, ¿hay un pobre entre vosotros? Pues llenad la profecía de nuestro divino Maestro: acercaos á ese pobre, consoladle, decidle que Dios le ama, y que vela sobre él, y que con su paciencia y su dignidad es un digno objeto de la Religion y de la humanidad: remediad sus necesidades; dadle de comer. Ricos, desprendeos de algo supérfluo: pobres, no abrigueis mas injustas prevenciones contra los ricos. Si estos cumplen con los deberes de caridad, llenad los vuestros de justicia. Nuestra sociedad descansa sobre estas dos columnas; cualquiera que falte, viene á tierra el edificio. Ricos, con mano firme sostened la columna de caridad; pobres, no abandoneis la de justicia.

En el seno de esos edificios, que la caridad cristiana ha creado, se repiten aquellas palabras que Jesucristo decia á Jerusalen: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.* Venid todos, haced con seguridad vuestras limosnas en favor de los indigentes, y recibiréis la bendicion de la Religion, de la patria y de la humanidad. Esta limosna será recompensada por el bienhechor del género humano, Je-

sucristo; nunca Él olvidará este acto: aun cuando no veais el premio en esta vida, lo recibiréis en aquel dia solemne en que Jesús vendrá sobre las nubes del cielo para juzgar á los vivos y á los muertos.

Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur. (Matth. v, 7).

La misericordia es el atributo mas consolador de los atributos divinos, el solo que funda nuestra esperanza. «Dios, «dice el Profeta rey, ejerce con nosotros una misericordia «llena de ternura, semejante á la de un padre por sus hijos, «pues que él conoce la materia frágil de que está formado el «hombre;» y, como si no fuese bastante, la compara con la de una madre. Él mismo dice: «Jerusalen, ¿piensas que el «Señor te ha olvidado y abandonado? ¿Puede acaso una ma«dre abandonar á su hijo, y faltarle la piedad para con el «fruto de sus entrañas? Aunque ella fuese capaz de eso, Yo «no te olvidaré ni un solo instante.» *Quoniam in æternum misericordia ejus.*

Jesucristo, imágen de Dios su Padre, es la misericordia personificada, una vez que se revistió de nuestra naturaleza. Recordad aquellas palabras de misericordia que se le escapan: *Misereor super turbam.*

Jesucristo vino á la tierra para ejercitar la misericordia de una manera sobrehumana, de una manera divina, y la llevó hasta tomar sobre sí todos nuestros dolores: *Dolores nostros ipse portavit.* Por espíritu de misericordia se redujo Jesucristo á un estado que pudo aplicarse aquellas palabras de Jeremías: *O vos omnes qui transitis per viam, attendite, et videte si est dolor sicut dolor meus.*

La misericordia es la compasion que se experimenta en el corazon á la vista de la miseria de otro, y que nos lleva á socorrerle. Ejercitar esta misericordia es ser misericordioso,

y Dios ha dicho: *Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur.*

Dios es soberanamente misericordioso: *Deus totius consolationis; Pater misericordiarum.*

«Hay en el mundo, dice san Agustin, una gran miseria, «una gran misericordia; la miseria es del hombre, la mise«ricordia es de Dios: el mal, la muerte, el dolor es del hom«bre; el bien, la vida, el consuelo es de Dios. El Verbo di«vino tomó la mision de traer á la tierra la misericordia. Yo «te adoro, yo te agradezco tu gran misericordia. ¿Quereis «conocer al Dios de las misericordias? *Ecce homo!*»

Segun santo Tomás, la misericordia es una virtud y un efecto propio de la caridad. El hombre verdaderamente misericordioso es como omnipotente, porque, como dice san Juan: *Qui manet in charitate in Deo manet, et Deus in eo... Charitas Christi urget nos... Esurivi et dedistis mihi manducare... Quod uni ex minimis meis fecistis, mihi fecistis.*

«Yo soy el pobre, dice Jesucristo: Yo, que tanto os amo, «Yo represento al pobre: socorrer al pobre es amarme...»

Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris.
(Rom. v, 5).

La hija predilecta del amor divino, la Iglesia católica, es eminentemente una sociedad de beneficencia y de amor. Desde su nacimiento se presentó en el mundo poderosa en obras de misericordia y de humanidad. Su mision, como la de su augusto Fundador, es la de atravesar los siglos haciendo el bien. Era preciso que cada uno de sus majestuosos pasos en esta peregrinacion sobre la tierra del dolor fuese señalado

con un beneficio. La caridad, este es el teatro de su nobleza, el verificador de su inenarrable filiacion: *Charitas Dei*... Permitidme, señores, en la superabundancia de mi alegría, que os diga que comparando los tiempos pasados con los presentes, me parece que la caridad, esta virtud celestial, quiere abrir una nueva série de prodigios y de poder en nuestros dias. No hay duda; el campo del padre de familias ha ofrecido en todos los tiempos el espectáculo maravilloso é incesante de la dicha, de la riqueza, del poder de la mano paternal que le fecunda; pero ¿se ha visto jamás en su seno brillar el sol de la caridad con las obras mas admirables de piadosa misericordia como en nuestros dias? La uncion del Señor se difunde en las almas de todos con una abundancia, con un poder, con un atractivo que hacen verdaderamente de nuestra época la edad de oro y de munificencia providencial. De aquí esa preocupacion de los espíritus, ese empeño ardoroso y simpático por todo lo que toca á las necesidades de la humanidad: de ahí esa atencion piadosa al primer rumor de alguna nueva calamidad, de un nuevo sufrimiento, que invoca una nueva efusion de celo y de amor: *Charitas Dei:* de ahí esas casas de educacion de ambos sexos para la clase indigente; esas instituciones gratuitas para las ciencias; esos asilos para los huérfanos, para los expósitos; esas piadosas asociaciones para la distribucion de los socorros en las casas; esos grandiosos hospitales para toda clase de enfermedades, accesibles como la casa de Dios, cuyo nombre llevan. Faltaba entre nosotros un asilo para el verdaderamente necesitado, y la respetable Junta económico-administrativa del departamento nos reune, contando con nuestra conmiseracion para inaugurar un establecimiento tan religioso como humanitario.

Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris: El espíritu de

caridad, de conmiseracion de nuestros afligidos semejantes se ha apoderado de nosotros, excelentísimo señor, que con vuestra ilustracion, rectitud y religiosidad protegeis estas obras de beneficencia, y que os dignais abrir este nuevo monumento de beneficencia que honra al país, y llena de júbilo á la Religion del Estado. *Charitas Dei*... Resplandece la respetable Corporacion municipal, que, atendiendo mas bien á esos impulsos de la caridad de Cristo, sin mas recursos que los que ofrece la piedad del Gobierno y la conmiseracion de los caritativos ciudadanos, recargas tus multiplicadas atenciones con la atencion á cuantos desgraciados te piden un pedazo de pan, y á quienes te propones, ungida de la caridad de Cristo, proporcionar no solo lo necesario á la vida del cuerpo, sí que tambien cuidar de la salud de sus almas. Gloríate, jóven y hermosa perla del Plata, porque á la sombra apacible de la paz que cada dia mas se arraiga en tu privilegiado suelo, crece la hermosa virtud de la caridad, y su mano benéfica se extiende, y alcanza al remedio de las necesidades de la humanidad afligida.

Yo me felicito, ilustrado auditorio, de verme rodeado de tantos amantes de los pobres, y en la necesidad de deciros algo en bien de los mismos, sin abusar de vuestra bondadosa atencion, os diré que el nuevo asilo de mendigos que la respetable Junta económico-administrativa del departamento inaugura en este dia, es un monumento de gloria para la Religion, y esta promete abundantes recompensas.

Señores, dignaos acoger favorablemente mi pobre discurso en el dia consagrado á los pobres afligidos. ¡Dios de toda consolacion, Dios de las misericordias! concededme vuestras luces para defender la causa de los pobres. Madre de las misericordias, Madre de Jesús, Madre de los pobres, vuestro

auxilio imploro, y para mejor obligaros, os saludamos: Ave María.

Monumento de gloria para la Religion del Estado, y una fuente de bendiciones para el Estado.

Monumento de gloria para la Religion. Monumento y...

SERMON

SOBRE EL ANIVERSARIO

DE LA

INDEPENDENCIA AMERICANA.

In sæculum memoria ejus in benedictione.
(I Machab. III, 7).

Excelentísimo señor: Heróico pueblo de Buenos-Aires, yo te saludo y felicito con toda la efusion de mi admiracion y espíritu al veros postrados por la cuadragésima vez ante las aras del Todopoderoso, y sin duda que otras cuarenta y otras ciento doblaréis sumisos vuestra rodilla por los beneficios que de la mano del Señor recibísteis el 25 de mayo de 1810.

¡Qué dia aquel, ciudadanos, tan feliz para vosotros! el primero de la patria! Sobreponiéndoos en él al poder y despotismo secular, anunciásteis que era llegado el término de la dominacion europea sobre la malhadada América; dilatásteis el afligido corazon de esta con un porvenir venturoso, y dirigiendo una compasiva mirada sobre los hombres libres de todo el mundo, aherrojados unos y perseguidos otros por el ominoso despotismo, les ofrecísteis un asilo seguro en la tierra de los incas, y á la desatendida humanidad el consuelo que en vano reclamara de los poderes europeos.

¿Por qué se habrá confiado á mi inexperto labio el recuerdo de tan prodigioso recuerdo? ¿Por qué se me ha sometido la memoria de unos acontecimientos para los que bastarian apenas el ingenioso Pericles y el descriptivo Isócrates? Mas ¡ah! que marchais en todo por el camino de los héroes, y no quereis que el 25 de mayo deba á la elocuencia del orador los elogios que por sí demandan el denuedo y constancia de aquel dia. Continuad, ciudadanos, tan digno pensamiento; poned en accion los recursos todos que os sugieran vuestras luces; pero que jamás se confundan aquellas vuestras proezas con las que creó la imaginacion, ó á que dió diverso aspecto la exornacion retórica. Donde hablan los sucesos no debe intervenir la voz humana. Y vosotros, hijos del Sena, del Danubio y del Támesis, vosotros todos los que habiendo nacido desde los Dardanelos á las columnas de Hércules, os habeis acogido á las amenas márgenes del Plata para proporcionaros en ellas los goces y satisfacciones que prodiga aquí la naturaleza, y con que os brinda generoso su paternal Gobierno, venid, y veréis en el 25 de mayo un suceso que por su magnitud parecerá fabuloso á las generaciones venideras; venid, y uniendo á los sentimientos que inspira la gratitud los que con igual justicia reclaman la virtud y el mérito, acatad en lo profundo de vuestros corazones al pueblo magnánimo, que parece no entró al goce de sus derechos sino para ocuparse de la felicidad y bienestar de la especie humana; á un pueblo, á Buenos-Aires, que, ejerciendo el primer acto de su soberanía, anunció y dió á la América dias de gloria, y á la humanidad de consuelo.

Tú, Señor, que para mostrar la fuerza de tu brazo te valiste de instrumentos débiles, y que, árbitro de la victoria, no la hiciste consistir en el número ni en la disciplina; Tú, que en el soplo de tu furor devoraste á los enemigos de tu

pueblo, y que humillaste el despotismo bajo el robusto brazo del argentino, comunica á mis labios los sublimes acentos que inspiraste á Baruc y á Débora en la derrota de Canaan, y las glorias de aquel dia serán dignamente transmitidas. Hacedlo así por la intercesion poderosa de la Señora, á quien reverentes saludamos : AVE MARÍA.

Si el amor de la patria no velase sobre los pueblos, en vano trabajarian los que la presiden. Aunque los príncipes soberanos se anuncien como enviados de Dios para dirigir los pueblos, y exigir de ellos tributos y homenajes, es tan íntimo el convencimiento de no deber ellos personalmente la corona sino al consentimiento de aquellos, bajo la condicion de administrar la justicia y de ponerlos á cubierto de toda agresion, ó lo que es lo mismo, al sentimiento natural de la conservacion del hombre, el cual penetrado de su debilidad se sintió impulsado á vivir en sociedad, y echó los fundamentos de lo que llamamos patria, que apenas proyectan conquista ni campaña sin que invoquen el nombre de esta como el mejor resorte de nuestros corazones.

En efecto; á la encantadora voz de la patria corren á las filas el labrador y el artesano, se provee el tesoro público, y el aspecto de la muerte deja de ser imponente y horroroso. El rico propietario, que, afeminado en los placeres, se estremecia al solo ruido de las armas, vuela embravecido á ellas, y muestra en los combates el valor de un atleta : cede el comerciante al Estado los intereses, fruto de sus especulaciones; y los navíos antes destinados á familiarizar donde quiera las producciones del Oronoco y del Indo, aumentan las escuadras. El filósofo y el literato, el menestral y el artista consagran sus tareas al genio de la guerra, y hasta la delicada dama deja la aguja para empuñar la lanza. Todo ce-

de, todo cambia, todo se humilla al grito de la patria, y árbitro de la victoria, troncha los cedros y juega con los reyes. ¿Á quién sino á la correspondencia á este grito debió Esparta su preferencia sobre las demás ciudades de la Grecia? ¿Qué otro que el amor á aquella hizo al romano el árbitro del mundo? ¿Quién dió la libertad á la Suiza? quién á la Holanda? ni quién hizo arriar dos veces el pabellon británico en esta heróica ciudad, sino el entusiasmo por la defensa de la patria?

Mas, ¡cómo nacido yo y educado al otro lado de los mares, osaré tomar en mi boca el nombre santo de la patria, y celebrar al propio tiempo la libertad é independencia americana! Católicos, que no se confunda nunca el necio orgullo de los pueblos con el verdadero interés de ellos, ni con el amor á los de nuestros padres la ámbicion y codicia sobre los ajenos. Siendo vuestro conciudadano, no dejo de amar á mi patria; la vuestra tambien lo es mia: amo la justicia y disiento del crímen, lo que es el primer deber del hombre. ¡Oh si pudiera yo á costa de mi vida borrar del códice de la historia los acontecimientos á que dieron lugar el descubrimiento de Colon y las agigantadas empresas de Cortés y de Pizarro! Es un hecho consumado que la conquista de la América fue altamente injuriosa á la probidad española, y su conservacion seria tan injusta como la agresion misma. La verdadera gloria es inseparable de la virtud, y el amor de la patria no prescinde de las ventajas de ella. Y ¿dónde están las que reportó España del destronamiento de los Motezumas y de los Incas? Extenuada y débil, aun en nada se parece á lo que fue en tiempo de los reyes Católicos; y si buscamos la causa de su decadencia, no la hallarémos sino en el descubrimiento del Nuevo Mundo. «Su oro y su plata, di«ce un político, es la segur afilada que, puesta de continuo

«al pié de la España, ha dado en tierra con su verdor y lo-«zanía; y yermas por las continuas emigraciones las antes «pobladas campiñas de Castilla, presentan al viajero el triste «espectro de la muerte.»

¡Oh Dios! ¡cuán magnífico y variado se presenta á nuestra vista el grandioso cuadro del 25 de mayo de 1810! El despotismo secular, semejante á la estatua de Nabuco, se ve allí derrocado por una piedrecita; caen aquí y allí vencidos sus soldados; ciñe la victoria la frente de los patriotas, y ufana América en medio de sus hijos, les anuncia en transportes de alegría el dia feliz de su independencia, fijos siempre sus ojos en la heróica Buenos-Aires. Yo no puedo, argentinos, retirar la vista de lienzo tan divino. Amo la libertad como vosotros, y, porque entre vosotros triunfa, con vosotros está mi corazon.

Invadida la España por un formidable ejército extranjero, entregada cási del todo al ambicioso usurpador, cautivos sus reyes, depuestas todas las autoridades, y entregadas sus mejores provincias á la anarquía, supieron aquellos desgraciados reasumir sus primitivos derechos, y á nombre de Fernando VII nombran sus magistrados, y cada una se gobierna por sí. Se halaga á la América en circunstancias tan penosas, y por un Real decreto se la dice que ya es una parte integrante de la metrópoli, y con iguales derechos que la Península: la Regencia la promete mil y mil ventajas; las Cortes de Cádiz la quieren alucinar con especiosas teorías, y ellas enseñan á los americanos que ya eran libres, que no pesaria mas sobre ellos el yugo despótico, que dejarian de ser la víctima de la ambicion y de la codicia, que ellos por sí manejarian sus destinos, y que mandando sus legítimos representantes se remediarian los males todos que la habian afligido por trescientos años.

Y porque Buenos-Aires se vale del mismo derecho que asistia á las Juntas de la metrópoli, y porque conoce la tendencia y falsedad de lo que se la dice, y porque se ve amenazada del yugo francés por sus emisarios, y porque no espera ni puede esperar alivio á sus padecimientos, y porque se halla en completo abandono, y porque estaba ya cansada de tolerar las privaciones, y porque invocó sus derechos, y porque conoció sus intereses, el pueblo de Buenos-Aires conoció que debia valerse á sí mismo, y manifestó su tendencia. El pueblo rechaza la fuerza que se le hace, reasume sus poderes, y nombrando en cabildo abierto á una Junta, le comunica la verdadera autoridad, y en nombre del pueblo y del Rey cautivo pide y proclama el principio de la soberanía, y ejerce su primer acto. Libertad piden los ciudadanos ; libertad resuena en el ámbito de la plaza y de las calles; libertad proclama asustándose el viejo alcázar; libertad gritan los pueblos hermanos; y el pabellon de la libertad hermosea los Andes, y desde Buenos-Aires hasta Salta, y de los Andes hasta la ciudad de los Reyes y por todo el continente americano libertad resuena, y el pueblo de Buenos-Aires da el ejemplo de la verdadera libertad.

No, Buenos-Aires no se intimida á la vista del formidable poder con el que entra en lucha, y su denuedo creció en proporcion al peligro, y no hubo uno solo que no resolviese sepultarse bajo las ruinas de su patria antes que vivir mas tiempo sin libertad. Llamó ya la patria á sus hijos, aun no bien nacida, y luego que hubo emitido su vivificador aliento vuelan todos los libres á las armas; confúndense en las filas, dispútanse los peligros, y, olvidados de su nacimiento y circunstancias, solo se acuerdan de su deber para con la patria. El jurisconsulto y el changador, el empleado y el artillero alternan sin distincion en las fatigas, y ni el artesano africano

es desdeñado del lado de su señor. El trémulo anciano, á quien el cano hielo de los años habia robado las fuerzas, las recobra como por encanto; adelántase el tierno mancebo, y todos se van á ocupar en salvar la libertad, todos forman un pueblo de héroes.

Si la metrópoli no quiso ó no supo reparar por una política razonable la injusticia que hizo negando á estos países un derecho comun, y consideró la igualdad de derechos políticos como un atentado de rebelion, y empezó una guerra sin causa, agravada con la temeraria crueldad de los medios empleados para sostenerla, los argentinos con sus victorias y decision, y venciendo dificultades inmensas, obligaron á sus opresores á desistir de una guerra sangrienta é inútil; y en el curso de los sucesos declararon su independencia, no solo por el hecho de haberla establecido, sino con un título justo de conservacion y dignidad.

El amor de la libertad hizo que se contasen los Decios por los ciudadanos, los Epaminondas por los heridos, y la ilustre porteña, como la denodada espartana, ponia la espada en manos de sus hijos, y, mandándoles al combate, les rogaba con lágrimas que no la dejaran caer de ellas sino para bajar á la tumba ó celebrar la victoria. Uno era vuestro espíritu, unos vuestros sentimientos: *Libertad y patria;* y ya llamábais mas afortunado á quien mayores riesgos cercasen, ó á los que mas tenian que hacer por la salud de la patria. Animados de ardor sacrosanto, produjeron los hechos ilustres de las armas de la libertad un patriótico entusiasmo, y llevando una generosa y eficaz cooperacion al Alto y Bajo Perú, se unieron á las de Colombia para coronar la victoria de la América.

Argentinos, pueblo heróico de Buenos-Aires, ¿quién os dijo que tanto podíais? Y ¿no fuísteis vosotros los que defen-

dísteis á este pueblo contra los poderosos esfuerzos de Inglaterra? no castigásteis dos veces su osadía? ¿Y volverá nuestra espada á la vaina, decíais, sin sacar este pueblo de la esclavitud á que le redujo la ambicion de un emperador? ¿Habrá de continuar nuestro país inmenso sin figurar en el globo, y diez y seis millones de habitantes obedeciendo á un príncipe que no les conoce? ¿Mandarán siempre los reyes á nuestros pueblos, y enmudecerán siempre la razon y la justicia? La América llorosa ¿no ha de tener un dia de contento? y, en fin, entregados al oprobio, ¿hemos de depender siempre del capricho de un virey? ¿Será nuestro suelo el patrimonio de los extranjeros? No; pasó el tiempo en que la flecha y la macana eran todas las armas del inocente americano: es preciso romper las cadenas antiguas en que hemos vivido adormecidos. Buenos-Aires, América y el mundo fija sus ojos sobre tí. ¡Oh 25 de mayo! ¡Qué dia aquel tan glorioso para la América y tan consolador para la humanidad! Consternados á tu vista, los reyes sienten desvanecerse los tronos que creyeron establecidos para siempre, y alegres los pueblos, ven levantarse sobre ellos las formas republicanas, por las que suspiraban. La adulacion, la injusticia y el crímen se retiran amedrentados de sus gradas, y la franqueza, la integridad y las virtudes rodean sin cesar los escaños en que se sientan los primeros ciudadanos, y el presidente ó los directores de los pueblos. Regocíjase la humanidad á la aparicion de las instituciones liberales, y no hay un punto en el dilatado imperio americano que por tí no haya obtenido su libertad primera. Chile, el Perú, Colombia, todos se reaniman á tu ejemplo, y pelearon los hijos de esta República y los de la banda oriental, ora bajo el abrasado cielo de los trópicos, ora sobre las nevadas rocas de los Andes, y la sangre de ellos asegura en todas partes la independencia americana.

Mil y mil victorias consiguieron bajo el estandarte hermoso de la libertad, y contra las tropas mejores de todo el mundo: preguntadles sino quiénes fueron los vencedores en San Lorenzo, Suipacha, Piedras, Montevideo, Tucuman, Salta, Chucabuco, Maypú y en tantas otras ciudades dignas de la inmortalidad. Tales fueron sin duda las consecuencias del 25 de mayo de 1810, y tal debe ser su complemento.

Descansad, héroes de la libertad: conquistásteis una libertad, una patria y una gloria imperecedera para vuestros hijos: el pensamiento que formulásteis en tres dias sobre la plaza de esta ciudad, no pudo caber despues en todo este continente: en los campos de Junin y Ayacucho sepultásteis para siempre á la tiranía y al despotismo. Mas ¿qué hubiérais hecho con emanciparos de la España, si despues de ser independientes, así como todo el continente americano, no hubiérais pensado en consolidar la obra de la libertad? Las colonias iban á pasar á la vida de las naciones, y conforme recibian una nueva vida política, recibian tambien una nueva vida social. Era preciso organizar pueblos y existencias americanas, y esta era una segunda y mas difícil guerra que habia de empeñarse por muchos lustros. Guerra de ideas, de costumbres, de legislacion, de moral, en una palabra, guerra entre el pasado y el porvenir americano.

La reforma social se encontró primero con la inercia de los pueblos, á quienes queria conmover en esta reforma: en esta guerra nos hallamos aun á los cuarenta años: y ¿qué tiene de extraño, cuando en tres siglos no ha podido la Europa consolidar los fundamentos de una civilizacion completa? cuando ella ha comenzado la lucha de nuevo, y se halla en mayor agitacion y trastorno que nosotros? Y mucho mas cuando, apenas comenzada la obra de la libertad y de la independencia, enemigos mas temibles que la metrópoli se pre-

sentaron á combatirla, y estas fueron la anarquía y las pretensiones europeas.

Para esta lucha la República argentina ha sabido prepararse por una organizacion firme y popular en todas sus provincias, y por la eleccion de una autoridad nacional capaz de dirigir con éxito sus relaciones exteriores y nacionales. En esta lucha larga y peligrosa era necesario que el sentimiento nacional no se consumiese inútil ó fatalmente, privado de una direccion sábia y enérgica. ¡Argentinos! en el año cuarenta de la libertad se presenta la República argentina fuerte, organizada y victoriosa: no vacila en su marcha noble; no sabe temer al poder extranjero.

Ya fueron batidos los traidores y salvajes unitarios, y sus mercenarios extranjeros; humillado su crímen, y despedazados sus falsos estandartes de oprobio y tiranía. Algunos, incapaces de resistir al valor americano, huyeron hasta precipitarse en los muros de un país extranjero, y unos pocos á guarecerse bajo muros resguardados por escuadras tambien extranjeras. Argentinos y orientales, habeis multiplicado las glorias de la patria; cien victorias han derrotado para siempre la feroz anarquía.

Pago-Largo y Chacomus vieron huir á los primeros traidores, protegidos por un poder extranjero. La historia celebrará los triunfos del Quebracho, Sancala, Tucuman y Roder del Medio, las cumbres de Sañogasta, las sierras de la Rioja, las fortificaciones de Catamarca y de San Juan, los reductos del Arroyo-Grande, las jornadas de Malvarajar y del 24 de abril, la India muerta y el potrero de Vences. Los traidores, sostenidos por extranjeros, han caido sin poder; y cuando los extranjeros mismos se han armado, no han podido avanzar mas allá del alcance de sus cañones. El mundo civilizado, la historia imparcial, la América agradecida inscri-

birá con caractéres indelebles, al lado de los bravos generales como los Belgranos y San Martin, los vuestros valientes Oribe, Urquiza, Echagüe, Benavides, Pacheco, y demás que combatís aun contra las pretensiones y avances de los extranjeros; y tu nombre, ó general Mangilla, será indeleble mientras el Paraná salude las barrancas del Paraná, y se una con el caudaloso Plata: á tí y á tus valientes fue dado el luchar en favor de la libertad y de la independencia americana contra el poder gigantesco de las escuadras combinadas de las grandes potencias Inglaterra y Francia. Nueve horas de combate contra ciento y mas cañones, sin mas defensa que el pecho noble de los argentinos, que pelearon, que murieron, y que hicieron comprender al mundo entero que la Francia y la Inglaterra combinadas hallaron, sin desmentirse, que nunca ofenderian impunemente los sacrosantos derechos de la nacion argentina, iniciados en el 25 de mayo de 1810, asegurados con la independencia el año 1816, y que en el año 1850 está decidida la suerte de la República argentina. Libertad, independencia y órden, ó la muerte: perezca todo, y sálvese la independencia, dijo el general R...; y nuestros legisladores, intérpretes fieles del sentimiento y del valor nacional, han sido los primeros en desafiar los peligros y en exponer su vida, su honor y su fortuna por encaminar digna y previsoramente esta lucha de organizacion, independencia y libertad.

Sea dia este de júbilo para todo verdadero argentino, al ver á esta República y á su hermana y aliada, la nacion oriental, en actitud tan firme y gloriosa, que demuestra á todos sus enemigos la imposibilidad absoluta de humillar jamás á estos pueblos.

Sí, bravos orientales; vuestros hermanos y aliados de Buenos-Aires consagraron mas de una vez á vuestra libertad

sus glorias, sus laureles y ventajas, y las expusieron por devolvérosla; y ahora, como entonces, las exponen tambien por auxiliaros contra vuestros opresores, y restituiros al estado de libertad é independencia de que sois tan dignos. ¡Qué! ¿habíais de doblar siempre el cuello á la vergonzosa coyunda que injustamente os quiere imponer el extranjero? Que salgan de sus muros vuestros opresores, y aprenderán... Mas ¡cómo!... Ministro de un Dios de paz, ¿me atreveré á soplar el fuego, á fomentar el coraje de quienes, irritados en el combate, tienen por divisa: «Victoria ó muerte?» Y ¿por qué no?... ¿Quién armó el brazo de Jahel, y prestó esfuerzo al delicado David, para que acabasen de un solo golpe con los enemigos de su pueblo? ¿Quién mandó á Josué exterminar á Amalec por haberle salido al encuentro en el desierto, y acuchillado los rezagados de su ejército, y reprobó á Saul por haber conservado la vida de Agag? ¿Reprobará vuestro ardimiento contra los que quieran privaros de vuestra inalienable libertad é independencia el que, poniendo palabras encendidas en la boca de la profetisa de Efraim, movió contra Sísara á Israel, é hizo que pereciesen al filo de la espada los acaudillados por aquel General, hasta no quedar ni uno de ellos, como se lee en el capítulo v del libro de los Jueces?

No; el amor de la patria está prescrito por la Religion y por la naturaleza, y defenderla y dar la vida por ella es llenar á un tiempo las obligaciones del hombre social y de cristiano. ¿Qué seria de la sociedad, qué seria de nosotros si por no derramar la sangre de nuestros semejantes, ni exponer la nuestra, fuésemos frios espectadores de los agravios que nos irrogasen? Aquella seria en breve disuelta, y un solo hombre osado bastaria para asolar muchas provincias, y para acabar con la vida de sus moradores. Por eso y porque el mismo Ser supremo, que nos inspira el deseo de vivir, nos

autorizó para remover, y aun para acabar con cuanto se opusiera á nuestra existencia, los legisladores y los pueblos promovieron á porfía la defensa de la patria, y perpetuaron en mármoles y bronces la memoria de los buenos hijos que la defendieron ó murieron por ella; y por eso los mas insignes varones, los temerosos de Dios y observadores de sus divinos preceptos calaron la cota y blandieron la lanza en mil y mil ocasiones. Yo veo á Solon que prohibe escribir sobre las tumbas otros nombres que los de los que murieron por la patria; que los hebreos perpetúan en Modin la memoria de los ilustres Macabeos, levantando sobre su sepulcro columnas y trofeos. Veo á Melquisedec, sumo sacerdote y rey de Salem, que sale al encuentro de Abrahan, le bendice y ofrece dones cuando vuelve victorioso de los reyes que se habian coligado contra Sodoma y Segor; que Joaquin, sumo sacerdote, tambien sube con sus presbíteros de Jerusalen á Betulia para bendecir á la noble heroína que, prevalida de los hechizos de la hermosura, cortó con su mano la cabeza de Holofernes sin arriesgar su castidad; y veo que los antiguos cristianos, hijos de Roma, pelean por ella, no obstante de aumentar así el poder de los emperadores enemigos de la Iglesia. Santo y glorioso fue siempre el morir por la patria, y abominable y bajo huir la cara en los combates y en los peligros de ellos.

No, la Religion no me prohibe estimularos á la pelea, ni de sostener vuestro ardimiento en la batalla; antes por el contrario, el carácter de ministro suyo añade nuevo peso á las obligaciones de hombre sensible y amigo de la justicia; y seria yo indigno de la ordenacion, traicionaria mis principios si en la lucha en que os hallais comprometidos, y siempre que peligrara vuestra libertad é independencia, no uniese mis exhortaciones á vuestro denuedo... Argentinos, orientales, americanos, hombres todos amigos de la libertad y de

la patria, que el 25 de mayo de 1810 no quede en manera alguna defraudado; que no dejeis las armas de la mano hasta afianzar vuestros derechos, y haber reducido al órden á los enemigos de él.

Creedme; el sistema de los Gabinetes ha cambiado enteramente, y su política es hoy mas temible que sus ejércitos. La independencia sin libertad es una quimera, y esta no puede existir donde prepondera el influjo extranjero, donde se fomentan disensiones, donde figura el ambicioso, ni donde se confia su sosten al rigor de las bayonetas. ¡Ah! mirad con desconfianza á los que, no siendo del cuerpo político, intenten ingerirse en vuestros negocios; tratad como enemigos á cuantos, vociferando patriotismo, solo aspiran á los primeros empleos; huid como de un contagio de los que, terminada la guerra, no depongan sus armas á los piés de la patria. Esto es lo que exige nuestra seguridad, lo que demanda nuestro honor, y lo que os ruega la patria: prevision, fraternidad, constancia... Hé aquí, argentinos, lo que debe distinguiros; hé aquí vuestras mejores garantías, y hé aquí la preciosa y última mano que podeis y debeis dar al 25 de mayo de 1810.

Soberano Señor, á Vos toca coronar la obra que misericordiosamente principiásteis. El poder y los medios reunidos están en vuestra mano, y nuestra esperanza no puede ser defraudada. Haced que, deponiendo resentimientos y prevenciones, no haya un solo argentino en toda la extension de la República que no prefiera la seguridad de la patria á sus personales intereses; que los enemigos que la combaten vean en su escudo la conviccion ó la muerte; que triunfantes sus armas por mar y tierra, sostengan siempre la razon y la justicia, y que sus valientes guerreros sean siempre los defensores del órden, de la libertad é independencia, y que continúen siendo la admiracion de uno y otro mundo. Presidid,

en fin, como hasta aquí los consejos del gran R..., y haced que el culto católico, como único verdadero, sea el objeto mas tierno de sus atenciones, como lo es de todos nosotros, para que afianzadas mas y mas en él la felicidad y ventura del pueblo argentino, sea puesto á cubierto por vuestra proteccion de los peligros que le rodean, y pueda el decrépito anciano decir enternecido á sus hijos al entrar en este santo templo: «Hé ahí, hijos mios, el Dios de la patria.»

Apuntes sobre el mismo asunto.

La revolucion de mayo de 1810 dió por resultado la independencia de estos países de su antigua metrópoli; la destruccion de la dominacion española, y la conversion del sistema monárquico, que los regia, en la democracia que adoptaron todas las partes en que se dividian los antiguos dominios españoles de América.

Los sucesos de mayo de 1810 no fueron otra cosa que la expresion violenta de necesidades é intereses generales; la explosion de elementos preparados de antemano.

No se puede decir que el Gobierno colonial fuera tiránico; los vireyes eran ministros de un rey absoluto, pero gobernaban con templanza, en la esfera de sus atribuciones, sujetos á las leyes y á una responsabilidad eficaz; la paz, la moralidad, la seguridad de las personas y de las propiedades estaban perfectamente garantidas y conservadas. Pero estaba muy léjos de llenar sus deberes sociales y administrativos: pesaba sobre las colonias americanas con mucha mayor fuer-

za ese sistema de opresion civil y religiosa, y de tutela política, esos crasos errores económicos que degradaban y empobrecian al mismo pueblo de la metrópoli. La suspicacia de un Gobierno débil aumentaba la opresion política; el monopolio cerraba los puertos al comercio extranjero, y las exigencias de este monopolio impedian en estos países toda industria que no fuese la extraccion de metales. El mayor embarazo de una familia consistia en encontrar una ocupacion para sus hijos, y la mayor distincion conseguir para ellos un pobre empleo subalterno en la administracion.

Pueblos nuevos, habitando un inmenso territorio, era imposible que aceptaran esta degradacion, esta miseria. El deseo de emanciparse de una tutela tan opresora esperaba solo una ocasion oportuna para manifestarse. La invasion de los ingleses el año 1807 y su derrota les descubrió el secreto de su fuerza, les enseñó á pelear y á vencer, y dió á toda la poblacion una organizacion militar. La acefalia en que quedó la monarquía por la prision de Cárlos IV y Fernando VII ofreció la ocasion de cumplir su deseo, que fermentaba en el corazon de todos, robustecido ya por el sentimiento de la fuerza. Pensaron en deponer al virey y á las autoridades españolas representantes de un rey que no existia, y entregar el mando á autoridades nombradas por el pueblo. Muy pronto hallaron cómo realizar su pensamiento.

El sentimiento del pueblo era ya uno, y la opinion estaba decidida.

Estaba contenida en el voto de D. Cornelio Saavedra, y se queria: Independencia de la metrópoli, soberanía del pueblo, y forma democrática.

«Desprendámonos, decian, del yugo secular de España; «demos independencia á nuestra tierra, y combatamos por «ella; dejemos una patria suya á nuestros hijos, y que ellos

«acaben esta obra de regeneracion.» Tal fue el pensamiento de los revolucionarios de mayo, cuya primera parte supieron sellarla con su sangre. Se emanciparon del poder de la España, hicieron nacer del pueblo el poder y el ejercicio del poder, y una vez desafiados en su pensamiento apelaron á sus brazos para convertir en una realidad eterna lo que fue al principio la obra de un juramento.

Héroes de inteligencia como de corazon, no se limitaron á esperar dentro los límites de la república el poder amenazador del rey de España; sino que haciendo desaparecer de la América los Andes y los mares, con su arrojo sin ejemplo salvaron la cordillera para buscarlo en las cuestas de Chucabuco y en las orillas del Maypú; enseñando así que quien podia dar libertad á un Estado ajeno, era bastante fuerte para defender la independencia del suyo. Libre Chile, aquellos mismos hombres enfilaron el mar Pacífico para dar libertad á otro Estado, y el Perú les dió entonces el título de libertadores. Allí se abrazaron con Bolivar y los llaneros de Paez; mientras otros de sus hermanos marchaban desde los llanos de Cochabamba hasta las alturas de Potosí, defendiendo la independencia de todo un continente en esta inmensa cruzada, para que en la seguridad de todos se afianzase la de aquel pueblo en que se dió el primer grito de valor y gloria americana; acabando por fin sobre los campos de Ayacucho la obra gloriosa que comenzaron en Salta. Y aquel pensamiento, que se formulara en tres dias sobre la plaza principal de la ciudad de Buenos-Aires, no pudo caber despues en los límites de las provincias unidas del rio de la Plata, y fué á extenderse sobre toda la América del Sur en el período de quince años.

Quince años de guerra contra los mejores soldados del mundo, y en que no pasó un solo dia sin que en algun punto

de la América corriese la sangre americana mezclada con la española. Recibieron vuestros mayores la mision de combatir, y así con el corazon en Dios y la esperanza en el porvenir, la América tuvo tantos soldados como tenia hijos; ellos desenvainaban la espada ó mordian el cartucho donde quiera que sabian se disputaban á los americanos los derechos que recibieron de la Providencia. Pero la obra del combatir no podia dar mas resultados que la gloria y la independencia americana, y á esto no se reducia el pensamiento de mayo. ¿Qué se habria hecho con emanciparse políticamente de la España? Las colonias iban á pasar á la vida de las naciones, y conforme recibian una nueva vida política, recibian una nueva vida social.

Era preciso organizar pueblos y existencias americanas, y esta era una segunda y mas difícil guerra que habia de empeñarse por muchos lustros. Guerra de ideas, de costumbres, de legislaciones, de moral, en una palabra, guerra entre el pasado y el porvenir americano.

La reforma social se encontró primero con la inercia de los pueblos á quienes queria conmover. En esta reforma, en esta guerra nos hallamos á los cuarenta años; ¿ni qué extrañarlo, cuando ni tres siglos han bastado á la Europa para consolidar los fundamentos de una civilizacion completa? Nuestros padres consumaron su obra, y se coronaron de gloria desde San Lorenzo hasta Pichincha. ¿Y quién es, señores, el indicado á sostener esta gloria de vuestros padres, á sostener esta independencia? Á los cuarenta años os veo valientes luchar contra los poderes mas formidables y combinados de la ambicion europea. Es una desgracia, es verdad, la América no se ha constituido; pero es porque sus enemigos no dejan de acometerla, es porque sacudido el yugo español, se empeñan en oprimirla con otro mil veces mas

ignominioso; la República argentina lucha con honor, con dignidad por su libertad y su independencia, y el general R... es el genio indicado, preparado, favorecido por la divina Providencia para sostener y llevar á cabo el gran pensamiento de mayo: *Libertad, independencia, soberanía*. Sí, señores, de él y solo de él esperamos ver concluida la obra de la completa restauracion americana. ¿Qué hubiera sido ya de vuestra libertad é independencia sin la firmeza, patriotismo y enérgico valor del general R...?

Es preciso decirlo, en quince años se estableció la primera parte del pensamiento de mayo, en veinte no se ha podido consolidar la segunda. R... es el representante del órden y de la ley: ha luchado contra un puñado de hombres que se han llamado progresistas y civilizadores, pero que en realidad han representado la anarquía; ha sido preciso exterminar, ó por lo menos escarmentar á los revoltosos, y hacerles entender que no solo no han promovido el noble pensamiento de mayo, sino que, siguiendo sus funestas máximas, hubieran hundido la patria naciente en un cáos de males y desdichas, cuyo último resultado hubiese sido manchar la gloria de este pueblo, y sujetádolo á la influencia, al poder, al yugo del inglés ó del francés, mil veces mas ominoso que el de la antigua metrópoli. ¿No son los salvajes unitarios los que han invocado el poder de la Inglaterra y de la Francia?

Las condiciones necesarias para que una nacion pueda constituirse son: Primera, la posesion legítima del terreno que se ocupa; la ilustracion y firmeza convenientes para conocer los derechos del hombre libre y saberlos sostener contra los ataques internos del despotismo y las violencias externas de la invasion; una poblacion suficiente que asegure de un modo firme y estable la subsistencia del Estado por lo imponente de una fuerza armada que evite igualmente las

convulsiones internas producidas por el descontento de los díscolos perturbadores del órden, y contenga los proyectos hostiles de un ambicioso extranjero. En una palabra, un terreno legítimamente poseido y la fuerza física y moral para sostenerlo, son los constitutivos esenciales de cualquiera sociedad; segun estos principios, los americanos deben ser reconocidos como un verdadero pueblo.

¿Quién puede disputarles la posesion legítima del terreno que habitan? Solamente la España. ¿Y qué títulos alega para justificar su violenta posesion? La donacion de Alejandro VI, el derecho de conquista, la predicacion del Evangelio, la fundacion, defensa, proteccion y fomento de las colonias, el juramento de fidelidad. La primera y tercera no merece comentarios en el siglo XIX.

El derecho de conquista es el derecho del mas fuerte, que puede ser y ha sido de hecho reprimido por otro derecho igual. La fundacion, proteccion y fomento de las colonias ha sido siempre obra de los particulares; el Gobierno español no ha hecho sino embarazar por sus leyes prohibitivas y comercio exclusivo los progresos de la agricultura, violentando á la naturaleza en un terreno capaz de producirlo todo, y causar la miseria y desaliento de sus habitantes: estos por la prohibicion de exportar libremente el sobrante de sus frutos é importar los artículos de lujo ó de comodidad, no hacian producir á un terreno el mas feraz del universo sino lo muy preciso para sostener un comercio mezquino incapaz de crear grandes caudales, y muy propio para contener el progreso de la naciente colonia.

La proteccion y fomento: estas colonias siempre han dado un contingente inmenso de millones de duros, y la proteccion ha sido muy contraria al bien de ellas, pues solo por su dependencia hubo de experimentar los horrores del saqueo, y

esta dependencia es contraria á la naturaleza, que no crió un mundo entero para sujetarlo á una pequeña porcion de la Europa.

El juramento de fidelidad habia de ser condicional; es decir, el pueblo se obliga á obedecer las providencias benéficas á la comunidad, pero todo acto de un Gobierno que no puede ó que no quiere hacer la felicidad del pueblo es nulo, es ilegítimo; en este caso se hallaba la América. Ábrase la Constitucion de la monarquía española, y se verá el empeño en disminuir la representacion americana, é impedir el influjo que los nativos del país podian y debian tener en el Gobierno instalado en la Península.

El pueblo americano se hallaba suficientemente ilustrado para conocer sus derechos y las grandes utilidades que trae consigo la independencia; y en prueba de ello, ¿cuántos sacrificios no ha hecho? Ha sabido sacrificar con su constancia los intereses mas preciosos, á fin de conseguir su libertad. Ha manifestado que prefiere la muerte á la servidumbre, y que están dispuestos á morir libres, mas bien que á vivir esclavos. Mas llegó el dia feliz que hizo rayar la aurora de la nacionalidad en el país de Colon, llegó el memorable dia 25 de mayo de 1810, y las llanuras de Buenos-Aires repitieron los ecos de libertad pronunciada en la plaza de la Victoria; á su voz se desatan las cadenas que ataban el nuestro á un otro hemisferio; resuena esta voz en las provincias, y se propaga con la velocidad del rayo. El héroe Belgrano disipa con sola su presencia la fuerza de los opresores, y en pocos meses pone en libertad hasta los Andes.

El célebre caudillo de la primera revolucion americana, el primero que plantó el estandarte de la libertad en el suelo de Colon y abrió la puerta á la formacion de nuevas naciones, al despedirse del pueblo que habia hecho independiente con su

espada y elevádolo por sus talentos políticos y virtudes cívicas al rango de nacion independiente, les dirigió estas memorables palabras :

«Conciudadanos, creedme, los celos de un pueblo libre «deben estar constantemente alerta contra las insidiosas es- «tratagemas de la influencia extranjera, pues la historia y la «experiencia han probado que esta influencia es uno de los «mas terribles enemigos que tiene el Gobierno republicano.» Así hablaba el inmortal Washington despues de quince años de revolucion y ocho de estar al frente de la administracion pública de su patria.

Los pueblos no habrian sufrido tanto si los hombres y los Gobiernos se hubiesen convencido de que el interés verdadero por la prosperidad de un país no puede existir fuera de él.

El Gobierno que permite ó solicita la influencia extranjera es traidor á la nacion, y debe ser castigado con todo el rigor de las leyes y con la mayor de las penas. Nada hay mas precioso para un pueblo que su independencia de las demás naciones, mucho mas si ha sufrido por un tiempo considerable el régimen opresor del extranjero.

¿Qué es sujetar una nacion á otra y ponerla en estado de no obrar por sí, sino por impulso ajeno? Es destruirla en el órden físico, y darle la muerte en lo político, es crear una reunion de esclavos que no pueden disponer de sí mismos, ni moverse á obrar nada sino por la voluntad del señor. No nos cansarémos en repetir con Washington: «Que el influjo ex- «tranjero es demasiado ominoso á todos los sistemas libres, «especialmente al republicano, y con mas razon si este se «halla recientemente establecido.»

Pueblos y autoridades de las repúblicas sud-americanas, si quereis acertar en la administracion pública, seguid los

ejemplos de nuestro Washington, tenedlo siempre á la vista, y no os separeis de sus consejos.

No fueron causas principales, y sí solo circunstancias que sirvieron de medios para la revolucion, á fin de sacudir una dominacion pesada, y constituirse en su estado necesario, las disensiones de la casa reinante, el encierro de Valencey, la sustitucion de la familia napoleónica, la anarquía de los pueblos de España, la desmoralizacion con que se condujeron las Juntas de Sevilla, Central, la Regencia y las Cortes de España. La revolucion no fue un acto de insubordinacion ni ingratitud; fue un acto de necesidad, emanada de la imposibilidad en que estaba la España de influir en la mejora de la América: se niega la capacidad de conocer que solo podia ser obra de los Ángeles la que los sacase de la ignorancia, de la abyeccion y de la inmoralidad en que se les educaba por consecuencia de sus propios principios y por el interés de una conservacion forzada. La Junta central declaró el año 1809 qué no podian separarse un punto de las leyes de Indias, las cuales, decia la Regencia, no se podian derogar, porque producirian gravísimas consecuencias al Estado. Las Cortes llamaban de cada vireinato á un diputado de América, pero que debia ser electo segun el modo y forma que prescribiesen los vireyes. Era llegado el tiempo de sustraerse radicalmente de la dependencia de un Gobierno cuyos principios políticos formaban un sistema de restriccion, de intolerancia y de arbitrariedad.

El abuso del Gobierno, el despotismo de los magistrados y jueces subalternos, el deseo de enriquecerse los que tenian algun empleo á nombre del Rey, perjudicaba mas en las Américas que en otras partes del orbe el hambre y la guerra. La distancia del trono, la dificultad de los recursos, la dependencia necesaria hacian que gimiese el pobre y llorase el pue-

blo; se forman pleitos sin otro fundamento que la proteccion. Los vireyes encerrados en sus palacios, rodeados de aduladores adormecidos en las comodidades, no oyen sino lo que les dice un asesor venal ó un secretario corrompido. ¿Cuáles eran las fuerzas con que podia asegurarse el virey en el caso de verse invadido por una nacion extranjera, por un tumulto popular?

Las audiencias se reducian á dos horas con perjuicio de los litigantes, se veian las causas de un modo irregular y extraño, se vendian las sentencias ó se eternizaban las demandas; ¿y qué es de extrañar cuando el único objeto que se proponian los oidores era el de enriquecer? Si los vireyes y oidores incurrian en tantos defectos, los intendentes eran mas tiranos y déspotas: distantes de la capital, proceden en todas materias á su antojo; de los ofendidos raro es el que reclama al virey; conocian que poco ó nada habian de adelantar, quedando expuestos á mayores rigores, y así callaban, sufrian, pero en el pecho guardaban la llama que brotó cuando se divisó la menor señal de movimiento; tenian un comercio privativo ó un estanco de cuantos ramos son útiles. Si las tierras son de sembradura tienen sus estancias, y los esclavos son los indios. El indio trabaja todo el año, y trabaja para otro: no luce en sus fatigas, jamás le alcanza sino para un poco de maíz y una bayeta; búsquese su sudor en las mitas donde se le esclaviza y aprisiona. Se robaban las rentas de la corona...

¿Dónde estaba la policía de estos reinos? Los caminos ofrecen peligros de muerte á cada paso. No hay albergues donde refugiarse; á veces ni agua se encuentra. ¡Qué abandono en trescientos años de conquista! y á la vez qué impuestos por los puentes! La América se hallaba sin poblacion, sin industria, los americanos eran como los cauces que por

mucha agua que lleven apenas se humedecen, y corren las aguas á fertilizar campos distantes. ¿Y porque no dejen de ser ricos los comerciantes de Cádiz sufrirán los americanos la servidumbre y la pérdida de sus caudales é intereses?

Noventa y cuatro millones de pesos fuertes dieron los americanos para sostener la guerra contra los franceses en el corto tiempo que duró la Junta central.

El 22 de enero de 1809 un decreto Real declara á las provincias de la América española parte integrante de la monarquía, y con iguales derechos que las provincias de la Península.

Al año siguiente la Regencia dice á los americanos: «En «fin, sois levantados á la dignidad de hombres libres, ya no «estaréis bajo un yugo pesado en razon de vuestra distancia «de la metrópoli; vosotros habeis sido las víctimas de la ar«bitrariedad, de la codicia y de la avaricia. Observad que «mandando vuestros representantes al Congreso nacional, «vuestros destinos no dependerán de los ministros, de los «vireyes, ni de los gobernadores; estos destinos los tendréis «en vuestras manos.»

Las amenazas de algunos agentes de Napoleon, y mas que todo la llegada del último virey Cisneros, acabaron de irritar los ánimos, viendo que los destinos continuaban en manos de europeos.

El 14 de mayo se supieron las mas tristes noticias de la situacion de la Península y de sus reyes. Una diputacion se presenta á Cisneros para que renuncie el mando. El pueblo en la asamblea de los principales vecinos pide que el cabildo reasuma la autoridad del virey. El cabildo forma una Junta cuyo presidente fuese el virey. Este nombramiento desagrada al pueblo y reasume su poder destituyendo al virey de toda autoridad y nombrando una nueva Junta que gobierne mien-

tras se reune una Junta general de todas las provincias del vireinato, y el 25 de mayo fue el dia del primer acto de soberanía del pueblo americano.

Inmediatamente se mandó una fuerza imponente á Córdoba y destruyen las fuerzas de Liniers. El virey del Perú manda una division al mando del coronel Córdoba... Son derrotados los realistas, y quedan prisioneros la mayor parte de los oficiales y el mismo Córdoba; el virey pidió una tregua que le fue concedida.

La respuesta que recibió el brigadier Elío cuando de vuelta de su viaje á Europa intimó á la Junta el reconocimiento de las Cortes, fue que los americanos estaban decididos á vivir libres ó á morir.

El año 1813, el 20 de febrero, el general Belgrano gana la batalla de Salta. El general San Martin reemplaza á Belgrano, obliga á los españoles á evacuar á Salta y á la mayor parte del alto Perú.

Vigodet entrega la plaza de Montevideo el 20 de junio de 1814.

El año 1816 el Congreso general reunido en Tucuman declara el 9 de julio que arrojados los españoles de todas las plazas que gobernaba la metrópoli, que habiendo agotado la España la paciencia de los colonos, llevándolo todo á sangre y fuego y habiendo envenenado las aguas y mutilado á los prisioneros, se declara independiente...

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA IGLESIA DE LA CARIDAD CON MOTIVO DE LA FIESTA DEL PATROCINIO DE SAN JOSÉ, PATRON DE AQUELLA Y DEL HOSPITAL, EN MONTEVIDEO.

Benedixitque Dominus domui Ægyptii propter Joseph. (Gen. XXXIX, 5).
Y bendijo el Señor á la familia del egipcio por José.

Ilustrísimo señor: Séame permitido, señores, en momentos tan solemnes, y en reunion tan distinguida, consultaros una duda que preocupa mi ánimo, hasta impedirme el desempeño de vuestra honrosa comision.

¿Será una vana ilusion mia ó una realidad el que mi humilde voz vuelva, despues de tantos contrastes y resistencias, á resonar en medio de vosotros?

¿Cómo y por qué ha podido ser tanto vuestro empeño en que yo, el mas abatido, vuelva á rehabilitarme, al menos durante estos momentos, dirigiéndoos la palabra en el dia aniversario de vuestra insigne caridad cristiana?

Calle la envidia; no se disfrace mas con el ropaje de la hipocresía: ábrase paso á la verdad y al heroismo de vuestra cristiana beneficencia.

Calle la impostura y mala fe en medio de este santuario de caridad, y á la presencia de la grandeza de este santo hospital, entregado á vuestro celo ardoroso y cristiano.

¡Respetable Comision de caridad! tengo honor en saludaros con la mayor efusion de mi alma, al ver los adelantos progresivos de este asilo y santuario de la humanidad afligida y doliente.

¡Católico pueblo oriental! este grandioso establecimiento proclama bien alto al mundo civilizado cuánta es vuestra caridad, cuánto es vuestro desprendimiento, y que la virtud que mas os ennoblece es la beneficencia cristiana en su grado mas heróico, asistiendo al hombre enfermo, y consolándole en el lecho del dolor.

Y ¿por qué tanto empeño en oscurecer las obras de la mas ardiente caridad?

Y ¿por qué un celo indiscreto quiso sembrar la zizaña entre vosotros, y mancillar vuestros generosos sacrificios?

Pero, señores, mi espíritu aun sigue agitádo, y no puede tranquilizarse mientras que aprovechando tan bella oportunidad, acaso la última que se me ofrezca entre vosotros, no os haga una protesta bien explícita.

¡Entendedme, ilustrados orientales!

Al hablar de las grandes obras de vuestra caridad en este templo y hospital de caridad, no es mi ánimo el hacer la apología de ninguna otra clase de caridad que no sea la caridad evangélica. Ni pretendo elogiar sino las grandes obras de la verdadera caridad, ora en los primeros fundadores de esta santa casa, ora en la tan célebre Hermandad de san José y Caridad; ya en las diversas Comisiones que os han precedido, y que con tanto celo principiaron y llevaron adelante obra tan grandiosa; ya en la Comision de caridad y beneficencia que hoy sostiene con tanto esplendor este santuario de la humanidad doliente.

Recibid, señores, mi sincera protesta, y tened entendido que el que así os habla jamás ha pertenecido ni pertenece á

rama alguna ó sociedad reprobada por la Iglesia católica, apostólica, romana, de quien tengo la honra de confesarme el último y mas indigno hijo y sacerdote.

Vos, soberano Señor sacramentado, sabeis perfectamente ser verdad lo que digo.

Perdonadme, Señor; perdonad á mis detractores, que yo de todo corazon los perdono, porque vuestro ejemplo de caridad así me lo impone.

Dispensadme, señores: un deber de conciencia como sacerdote me ha obligado á hacer esta manifestacion, para quebrar el alma de la calumnia.

Y bien, señores, ¿puede darse un motivo mas plausible y mas cristiano que el que nos reune á todos hoy en este hermoso templo de la caridad?

Permitidme que distinga este dia llamándolo el dia clásico de la caridad cristiana del católico pueblo oriental.

Sí, señores; porque este santo hospital de caridad, este santo templo de la caridad, y cuantas ramificaciones aquel hoy abraza, no son mas que el resultado de los trabajos caritativos del pueblo oriental.

Sea loado el Dios que es todo caridad: bendíganle en este dia sus caritativos fundadores, propagadores y bienhechores de esta santa casa. Y me permitiréis llamaros dichosos, á vosotros que formais la digna Comision encargada de realizar la solemnidad de la caridad oriental.

Y ya, señores, que es de necesidad formular una proposicion que regularice mi discurso, oidla:

La prueba mas palpitante para nosotros del valioso patrocinio del señor san José, á quien hoy con la Iglesia festejamos, es la fundacion, conservacion y perfeccionamiento de este santo hospital, expresion genuina de la verdadera caridad.

Hé aquí todo el asunto que va á ocuparnos.

Acompañadme á implorar los divinos auxilios del Padre de las luces, y Dador de toda gracia, poniendo por intercesora á la Esposa de nuestro santo Protector, á la Madre cariñosa de los afligidos, á quien os suplico saludeis conmigo diciendo: AVE MARÍA.

Ilustrísimo señor: ¡Cuán bella armonía resplandece entre el Antiguo y Nuevo Testamento! Ella es una prueba inequívoca de que uno es el Autor divino, uno el género humano, una la religion verdadera, porque uno es nuestro Dios y Redentor.

Una revelacion que nace con el hombre, que crece con la especie humana, y se perfecciona con el divino Jesús.

Los misterios todos de la redencion están perfectamente designados, anunciados y gráficamente descritos; y el verdadero retrato de Jesús, Dios y hombre, se encuentra hecho por David, Isaías y demás Profetas miles de años antes que se realizase. Pero ¿qué digo? cuando hasta los personajes que llamaríamos secundarios se hallan perfectamente figurados, y tanto mas cuanto mas en contacto se encuentran con los misterios de la Encarnacion del Hijo de Dios.

Y ¿no es el nombre de José uno de los mas simpáticos? Á la vez que lleva consigo las ideas de beneficencia, nos recuerda los golpes de providencia divina.

¡Cuán inocente, cuán humilde, cuán sábio y benéfico no fue el José de Faraon!

Perseguido, vendido por sus propios hermanos, encarcelado por sus calumniadores, es iluminado por el Dios de sus padres, interpreta los sueños de Faraon, y se ve elevado á primer ministro; y ¿para qué? para ser el padre de todos los

pobres, el sostenedor del Egipto y el salvador de sus falsos hermanos.

Ite ad Joseph; así exclamaba Faraon para calmar la agitacion de su hambriento pueblo, y José, abriendo los graneros, remediaba todas las necesidades.

Ite ad Joseph, nos dice la Iglesia católica, recomendándonos el valioso patrocinio de nuestro protector el señor san José.

Ite ad Joseph, dice tambien la Iglesia á los católicos, y en este dia solemniza su Patrocinio.

El poder de san José se funda en la suma inocencia y santidad.

Su justicia era proverbial: *Joseph vir ejus cum esset justus;* y la palabra justo encierra en sí el conjunto de todas las virtudes.

Justo debia ser aquel á quien se confiaban tantos y tan altos sacramentos.

Justo y muy probado en la justicia el que habia de ser esposo y guardador de la integridad virginal de su esposa María, destinada á ser Madre de Dios humanado.

Justo y muy sufrido el que habia de ser probado en la tribulacion, hasta que el cielo, descubriéndole los misterios inefables de la redencion, tranquilizase su agitado espíritu.

Justo, santo, humilde el que habia tenido la honra de ser reputado por padre de Jesús, Redentor de Israel.

Santo y humilde el que, escogido para tanta grandeza, habia de alimentar á Jesús y á María con el trabajo humilde de artesano.

Humilde y magnánimo debia ser el fiel guardador de aquellas dos preciosas criaturas, María, su casta esposa, y Jesús, el Hijo de María, verdadero Dios y verdadero hombre.

Humilde y magnánimo á toda prueba el que, imperando

sobre María como esposa, y sobre Jesús como hijo, habia de salvar las preciosas vidas de uno y otro al través de las mas bárbaras persecuciones, atravesando los áridos desiertos, y desterrándose por muchos años en el Egipto.

Justo, santo, humilde, laborioso y fino amador de Jesús y de María fue el que perseveró hasta la muerte en el ejercicio de todas las virtudes, que aprendiera tan inmediatamente de tan excelentes maestros.

Si las aclamaciones de todo el Egipto recayeron sobre José, ministro de Faraon, por su generosa beneficencia; si fue colmado el casto José con las mejores bendiciones de su padre Jacob y de todos sus desleales hermanos, porque no solo les libró de la miseria en la carestía, sino que tambien supo perdonar magnánimo á estos la iniquidad que con él habian cometido, alentándoles, cuando mas temian su justa venganza, con aquellas caritativas palabras: *Ego sum Joseph frater vester,* y confundiéndolos con aquel rasgo heróico de caridad: *Et osculatus est fratres suos;* nuestro José, nuestro santo protector, ¿no habia de tener tambien la justa recompensa debida á sus virtudes y sacrificios?

Esta es la razon por que los santos doctores de la Iglesia Tomás de Aquino, Bernardo, y hasta la santa Doctora mística no trepidan en reconocer en nuestro José todo poder y valimiento para con María, para con Jesús y para con el Altísimo.

Los demás Santos, dicen, piden, ruegan y suplican al Todopoderoso; pero José manda, ordena y dispone.

Los otros Santos tienen valimiento para conseguir tal cual gracia; pero á nuestro José nada se le reserva, y él abre todos los tesoros de la divina gracia y omnipotencia, y, mejor que el primer José, *aperit universa horrea.*

¡Hé ahí por qué la Iglesia le aclama poderoso protector!

Por eso los pueblos le rinden homenaje.

Por eso vosotros le tributais estos solemnes cultos.

Y por eso colocaron vuestros mayores bajo su proteccion y amparo esta grande obra de la caridad cristiana del pueblo montevideano.

Sí, señores; José inspiró ese gran pensamiento de consagrar este suntuoso asilo para el doliente; la caridad de José patrocinó esa idea de beneficencia; san José con su proteccion adelantó la idea de este hospital de caridad: lo diré todo de una vez: por nuestro santo protector señor san José resplandece este dia clásico de la caridad cristiana del pueblo oriental.

Hé aquí, os dije ya, la mayor prueba del patrocinio de nuestro santo Protector.

Os dije tambien, señores, que no queria elogiar otra caridad que la que recomienda el Evangelio: y ¿cuál es esta caridad genuina, digna de todo elogio, y de la cual es obra este santo hospital, objeto de vuestras simpatías y muestra bien expresiva de vuestra ilustrada piedad?

Hablen por mí los Libros santos.

El evangelista san Juan no trepida en asegurarnos que la caridad nos viene de Dios, y que el mismo Dios es caridad: *Quia charitas ex Deo est... Quoniam Deus charitas est.*

Ninguno mejor apologista de la caridad que el Apóstol de las gentes. Él nos dice que todo cristiano debe tener esta virtud bien fundada y arraigada en su corazon.

Que la caridad es la virtud jefe, aun entre las primeras; mayor que la fe, mayor que la misma esperanza, *major autem est charitas;* pues ella sola es la única virtud que no concluye.

Caridad divina, que desciendes del Dios que todo es amor, ¿quién me diera la elocuencia de los príncipes de los orado-

res para ensalzarte en este dia como corresponde? Mas ¿qué habria conseguido, diré con el Apóstol? *Si linguis hominum loquar, charitatem autem non habuero, nihil sum.* Sin caridad nada valdrian los mejores elogios; aun cuando hiciera los mayores portentos, de nada me servirian. *Si charitatem autem non habuero, nihil sum, nihil mihi prodest.* Palabras todas del grande Apóstol.

Las mejores virtudes, la mayor piedad, los grandes extremos de arrepentimiento, las inauditas penalidades y rigores de la penitencia sin la caridad nada valen, nada son en la divina presencia, pues, como dice santo Tomás: *Radix merendi charitas*: La caridad es el principio de toda virtud.

Por falta de esta hermosa caridad, ¿cuántos rasgos de falsa piedad no vemos? cuántas apariencias y simulaciones hipócritas?... Pues aun cuando ellos se estimen por santos, si no hay caridad en su corazon, si no la hay en sus obras, y si sus palabras están llenas de veneno, y sus lenguas son peores que el áspid y el basilisco, es san Pablo quien lo dice: «No los creais, nada son, y nada les aprovecha:» *Si charitatem non habuero, nihil sum, nihil mihi prodest.*

La caridad tan recomendada á todos nosotros es la caridad de Jesucristo; caridad de fraternidad, con la que debemos amarnos todos mútuamente: *Charitate fraternitatis invicem diligentes.*

No: la verdadera caridad no reconoce odios, ni alimenta el espíritu de venganza.

La generosa caridad, léjos de exagerar las faltas ajenas, *operit universa peccata*, con su manto celestial cubre las miserias de todos.

No es la verdadera caridad la que al hombre infatúa y evapora en los altos puestos; por el contrario, ella es suave, sufridora; no es egoista, no se ocupa de sus propias conve-

niencias, ni hace del mandatario un cruel déspota. Á todos considera, á todos ama, á todos estimula al bien. Se hace todo para con todos, y no hay desgracia ni malestar en el prójimo que no trate de remediar. «¿Quién de vosotros se «enferma que yo no me enferme?» exclama el Apóstol: *Quis infirmatur in vobis, et ego non infirmor?*

Esta hermosa virtud, ignorada del mundo viejo, y menos practicada por el pueblo gentil, fue la que vino el Hijo de Dios á derramar en el corazon de todos los hombres, arraigándola en el corazon de su esposa la Iglesia.

¿No habeis visto sus hermosos triunfos?

¿Quién es ese que en lozana edad, desde lo alto de un árido monte, pendiente de una cruz, y antes de dar el postrer aliento, con voz poderosa exclama: *Ego vici mundum?*

Bien le conoceis. Es el divino Jesús, que arrastrado por su inmensa y excesiva caridad, con el precio de su sangre redime á todo el género humano, dejando por divisa á los que quieran pertenecerle, la ardiente caridad; reasumiendo toda su ley bajo este solo precepto: «Amad á Dios, amad al «prójimo... Y con este amor mútuo y entrañable quiero seais «conocidos en todo el mundo...» *In hoc cognoscent vos.*

¿Quiénes son aquellos que aprendiendo en el divino Crucificado, corren cual Ángeles veloces por todo el mundo, comunicando los ardores de la caridad santa de que los llenara el espíritu del Padre?

Son los Apóstoles y discípulos de Jesús, que recibieron su mision con aquellas palabras: *Infirmos curate, mortuos suscitate, leprosos mundate:* «Curad los enfermos, resucitad los «muertos, limpiad los leprosos;» y predicando los primeros el Evangelio de la caridad, y dando su vida por su ley, por su Dios, por sus prójimos, enseñaron á todas las naciones la

dulzura de la ley de gracia, y proclamaron en medio de los bárbaros esta dulce y grandiosa máxima: Todos los hombres somos hermanos.

¿Quién es aquel virtuoso anciano, que continuamente en la ciudad de Éfeso exclamaba: «Hermanos mios, amémonos «mútuamente?» Es Juan, el discípulo amado, el águila del Evangelio, que bebió el espíritu de caridad en el mismo pecho de su maestro Jesús.

¿De dónde, señores, creeis recibieron su constancia los millares de Mártires que venera nuestra Iglesia? No de otra fuente que del espíritu ardiente de su caridad para con Dios y para con su prójimo.

¿De dónde sacarian su fortaleza tantos millones de vírgenes, de héroes de todas clases que tanto hermosean á la Esposa de Jesucristo? No busqueis otro orígen que en el espíritu de ardiente caridad.

Ved á los unos apoyados en una tosca cruz, desprovistos de todo auxilio humano, correr presurosos, atravesando los desiertos y surcando los mares, á repartir la divina palabra á las regiones mas bárbaras y mas apartadas. *Ite, incendite:* Id, encendedlo todo.

¿Quién los mueve? ¿Quién los estimula?

La caridad; solo la caridad para con Dios y para con el prójimo.

Ved á los otros que separándose del mundo y encerrándose en los claustros se consagran al estudio de las ciencias divinas y humanas, á la práctica de austeras virtudes.

¿Quién los alienta?

¿Quién los entusiasma?

El deseo de ilustrar á todo el mundo, el principio hermoso de la caridad para con sus semejantes.

¿Quién enseñó la doctrina de amar al hombre, así en la paz como en la guerra?

La caridad cristiana, que fue la primera en abolir la esclavitud y el odio exterminador en la guerra.

¿Quién fomentó el estudio de las ciencias y amplió las artes para mayores goces de la sociedad?

¿Quiénes abrieron los primeros santuarios de asilo para el pobre, para la viuda, para el huérfano, para el desvalido, para el enfermo, para el encarcelado, y hasta para los muertos?

Mas, ¿á dónde voy, señores?

Recordad que la Iglesia católica, siempre poseida del espíritu de caridad de su divino Fundador, ha sido en todos tiempos la primera en cubrir bajo el manto de la caridad las miserias del prójimo, y ha sabido hasta vender los vasos sagrados para multiplicar esos asilos de caridad donde se refugiaran todo género de desgraciados.

Díganlo, sino, tantos héroes que se han distinguido en cada uno de los siglos por su espíritu de beneficencia y caridad, por su compasion para con los enfermos y moribundos.

Díganlo tantas instituciones religiosas, consagradas con votos especiales á ser sacrificadas en los hospitales como víctimas de la mas pura caridad.

Díganlo de una vez esos Santos hospitalarios, cuya hermosa beneficencia los recomienda así delante de Dios como ante la sociedad de los hombres.

Hablen por último los Juanes de Dios, los José de Calasanz, los Camilos de Lelis, los Vicentes de Paul; y ni me olvidaré de vosotras ¡oh hijas de María! que abandonando vuestra patria oísteis el clamor compasivo de la caridad oriental que os llamaba á este hermoso suelo, á esta santa casa de caridad para que coadyuváseis con vuestros esfuerzos cari-

tativos los deseos ardientes de los que se ocupan de todo ramo de beneficencia. Y vosotras, distinguidas jóvenes del Plata, que habeis abrazado con tanto entusiasmo esta bella institucion, nacionalizadla, inmortalizadla en vuestra patria. No desmintais vuestra vocacion, y servid con todo desinterés al Dios de la caridad, en sus pobres; á la Vírgen del Amor hermoso, en sus enfermos, y el cielo y la patria oriental os colmarán de bendiciones.

Yo me he separado, señores, del objeto primordial. Yo no he debido sino preguntaros, por último, ¿á quiénes se debe este hermoso monumento, uno de los mejores de América? á quién este santo templo? á quién toda esa extension que habeis dado al espíritu de beneficencia cuidando del demente, del enfermo, del huérfano, del ignorante?

Vuestra contestacion ya la oigo muy explícita.

Todos unísonos me decís: Este santo hospital de caridad, con toda la extension que él tiene hoy, es la obra insigne de la caridad de nuestros antepasados; caridad que aprendieron, como nosotros, en la caridad que enseña la religion cristiana, cuyo espíritu á nosotros tambien alimenta.

Este monumento de caridad es la expresion del espíritu de beneficencia y de caridad cristiana del pueblo montevideano, bajo el patrocinio del señor san José.

Era esto, señores, lo que yo tambien me habia propuesto probaros.

No le es posible dudar ni al mas incrédulo la benéfica influencia que ejerce el Catolicismo en donde quiera que se implanten sus máximas y preceptos.

Dichosos los pueblos que deben su orígen á la influencia del Evangelio de Jesucristo, y mas dichosos aquellos en cuya cuna se reflejaron desde luego las virtudes que infunde el Evangelio en sus progenitores.

No puede negarse que la historia de los pueblos católicos, nacidos y formados bajo la influencia religiosa, sus hechos heróicos vienen siempre enlazados con los triunfos de la religion que profesan, y las glorias del valor y del mas puro patriotismo.

¡Cuán glorioso no es para el pueblo de Montevideo, apenas nacido, registrar en sus anales los frutos de la verdadera virtud y los arranques heróicos del amor á la patria!

Cincuenta años contaba apenas esta poblacion, cuando varios vecinos, bajo la presidencia de su párroco, fundaron la primera cofradía en este suelo con el título de *Venerable hermandad de san José y caridad*, obligándose á ejercer esta primordialmente con los desgraciados reos condenados á muerte.

¡Ved aquí el primer monumento de la piedad religiosa de vuestros padres!

Ved en aquellos doce pobres pescadores el pequeño grano de mostaza de que habla el Evangelio, que sembrado por la piedad naciente del pueblo montevideano, y que creciendo con el discurso de los años y al través de los cambios y alteraciones políticas, ha venido extendiendo sus ramas frondosas hasta cubrir con su influencia las necesidades todas que pueden afligir al género humano.

Es mucha gloria para este pueblo, religioso desde su nacimiento, presentar á las naciones mas cultas el testimonio augusto y la expresion mas significativa de la piedad, ejerciendo su mayor virtud para con el desgraciado.

No habeis tenido necesidad de buscar en lejanas tierras los esfuerzos de la heróica caridad.

Un hijo de este suelo, y hermano de los primeros que formaron la Cofradía de san José, tuvo la dicha de concebir el pensamiento de socorrer al afligido, y con sus generosos do-

nativos, y con sus persuasivas razones para con los hermanos, puso la primera piedra del primer asilo para la humanidad doliente, y consagró su piedad lo augusto de este templo.

Séame permitido para honrar su memoria pronunciar su nombre desde este sagrado lugar. Maciel, el hombre aclamado por padre de los pobres, el íntegro y opulento comerciante, el ardiente defensor de la fe y de la patria, fue el afortunado fundador de este santo hospital y templo.

Ved á todos los hermanos, animados del mismo celo y caridad cristiana, socorrer á los enfermos pobres con una limosna diaria.

Ved al caritativo y sensible Maciel, en su propia casa y con sus propios recursos establecer una sala para doce camas.

El espíritu de caridad estaba propagado y arraigado en todos los hermanos, y ellos consiguieron del piadoso y caritativo Cabildo del año 1788 se edificase una casa para hospital, la que fue entregada al cuidado de la Hermandad de san José.

Pequeña piedra que sirvió de base á la grandeza del hospital en que nos hallamos.

Con los años crece y se aumenta el número de tan caritativa corporacion, y por los esfuerzos de sus beneméritos socios ya se obligan todos en sus nuevas constituciones á recibir á todos los enfermos pobres, y atenderlos en lo espiritual y corporal, colectando públicamente limosnas del vecindario, sin desentenderse de su primitiva obligacion de asistir á los reos condenados á muerte y darles sepultura, y prestando, por último, todo auxilio á los desgraciados náufragos.

La proteccion del Gobierno, las limosnas y legados de los fieles, y mas que todo el celo y caridad ardiente de los Macieles y Cabreras aumentaron los recursos, y creció este monumento de caridad.

Obra de la caridad fue la construccion de esta iglesia; obra de la caridad de la Hermandad de san José el que se construyese un hospital para hombres y otro para mujeres.

Crecian de un modo increible las rentas y recursos para atender á todas las necesidades de la humanidad doliente, y ya entonces hubiera llegado á su perfeccion; pero el genio del mal siempre ha de oponerse á la marcha de las obras de Dios.

¡Dia infausto y de luto fue para Montevideo el dia 20 de enero de 1807! pues en él, y al lado de innumerables y generosas víctimas de fidelidad, en el campo de batalla y á mano de invasores extranjeros murió el valiente capitan de la quinta compañía de voluntarios, el caritativo padre de los pobres, el fundador del hospital y templo de Caridad.

Montevideo lloró amargamente, y todos los pobres y enfermos recordaron con lágrimas al que con tanta caridad habia salvado de la muerte y la miseria á innumerables seres desdichados.

Y ¿por qué no se hallan aquí depositados sus restos respetables?

Y ¿por qué sus cenizas no descansan en este su tan deseado templo?

Y ¿por qué los pobres enfermos no habian de poder rociar con sus lágrimas la memoria de su querido padre?

Pero la ciudad de Montevideo continuó desde luego, y hasta hoy continúa perfeccionando este monumento; y por todos los ángulos de este recinto resuena la voz cariñosa del inolvidable Maciel.

No temais, no, que aunque falte el mas celoso hermano se olvide nunca la Cofradía de san José del principio de la caridad, ni abandone por un solo momento el asilo del pobre enfermo.

Ni las continuas guerras, ni los cambios de dominadores,

ni la estrechez de los sitios les obligará á ceder ni por un solo momento el cuidado de los numerosos enfermos, llegando á socorrer en el mayor conflicto á cuatro mil novecientos cincuenta y siete pobres.

¿No veis en 1818 como la generosidad del general portugués Lecor, aunque extranjero, y el infatigable y benéfico gobernador Pintos, estimulados por la caridad de los hermanos cofrades, no solo aumentaron este establecimiento y sus rentas, sino que abrieron un asilo tanto mas necesario á la infancia desgraciada? ¡La cuna!

¡Gloria sea dada á los fundadores de esta santa casa!

¡Gloria á los que, llevados de su caridad, fueron y son padres de la providencia, que amparan, crian y educan á la infancia infortunada!

Yo bien quisiera, señores, presentaros el cuadro histórico de todos los adelantos progresivos que hicieron las diferentes Juntas gubernativas de la Hermandad de san José. Yo quisiera nombrar á todos y á cada uno de los ilustres ciudadanos, los mas distinguidos de esta poblacion, que tomaron con caritativo empeño el sostener y fomentar esta santa casa; pero esto no es posible en el momento; lo reservo para otro lugar, y vosotros teneis á la vista los monumentos todos que de su caridad legaron.

Vosotros sabeis por sus actas que la primera Junta organizó y mejoró el hospital, le dotó de cien camas, restableció las funciones y sufragios de la Hermandad, y en 1821 mejoró la sala, dándole amplitud y comodidad, de modo que pudiesen oir misa todos los enfermos. Entonces tambien se instaló la sala para enfermas.

Ved en el año de 1822 cómo aumentaron las rentas de los pobres, y se estableció una imprenta, y edificaron varias otras salas, construyéndose tambien el aljibe.

Vedla en 1824, fiada en la divina Providencia y en el espíritu caritativo de esta poblacion, decretar esta grande obra de la construccion de un nuevo hospital, demoliendo el antiguo.

El 24 de abril pone la piedra fundamental, y al año siguiente estrena ya una espaciosa sala y varias oficinas.

Vedla en el año 1826 transformar el hospital en una verdadera casa de misericordia, en la que se asiste con todo esmero y prolijidad al enfermo, se le administran en tiempo oportuno los santos Sacramentos, y no se le abandona hasta lograr ó su curacion total, ó hasta tanto que sus restos sean depositados en la tierra.

Viérais la solicitud, esmero y cuidado por los niños expósitos, cuyo plan de educacion en uno y otro sexo se desarrolla principiando por el establecimiento de educacion primaria, y preparándoles de modo que por medio del conocimiento de las labores, artes y oficios llegasen á ser útiles á sí mismos y á su patria.

Aun existe entre nosotros el virtuoso anciano, primer maestro y director de esta escuela.

Viérais... pero ¿hasta cuándo...? ¿Por qué en este dia, aniversario de vuestra caridad, no figura en primera línea la primera de vuestras instituciones religiosas? ¿Por qué sus diseminados miembros no reasumen sus primitivas funciones religiosas, y la asistencia á los reos?

¡Ah! ya lo sé.

La guerra civil y asoladora, la guerra intestina y fratricida acaba con todo lo bueno, destruye lo mas santo y sagrado, y no deja en pos de sí sino el llanto, la sangre y la miseria.

Pero asimismo habeis sido muy afortunados en que los Gobiernos patrios hayan mirado con tanta solicitud este caritativo establecimiento.

Despues de tantas vicisitudes, en medio de tantas borrascas, en los pocos momentos de paz los aprovecha vuestra caridad, y mejora, y reedifica, y se eleva á una altura que no podia esperarse. Monumento insigne de civilizacion y caridad que sorprende por su magnificencia á todos los que por vez primera visitan vuestra capital.

¡Á grandes miserias, mayor beneficencia!

Gloria sea dada, sin duda y antes que á todos, al espíritu de caridad que nuestro Dios conserva y fomenta entre vosotros.

Gloria á los Gobiernos piadosos é ilustrados que supieron valorar debidamente la importancia de esta santa casa.

Gloria á las Juntas eclesiástico-administrativas y á las incansables Comisiones de honrados y laboriosos ciudadanos, que con celo infatigable sostuvieron y sostienen la grandiosa obra, el santuario de la caridad, y á vosotros, que en prueba de lo que llevo dicho presentais en este dia nueve hermosas salas consagradas á la humanidad doliente, invocando los nombres mas respetables y los mas generosos bienhechores de esta joya de vuestra beneficencia y de vuestro amor á la humanidad afligida.

No debo penetrar en vuestras conciencias; debo creer que nada mas que el espíritu de caridad estimula vuestras acciones: veo vuestras obras de beneficencia; son buenas, y las aplaudo.

Y vosotras tambien, respetables matronas que formais la muy digna corporacion de Sociedad de caridad y beneficencia, teneis gran parte en las glorias de este dia, pues con vuestro maternal cariño y con el mas puro desinterés estais encargadas de la infancia desvalida, y los cuidais como á hijos propios, y os desvelais por su mejor educacion, y no solo por la de estos, sino la de todos los pobres de vuestro sexo.

Nunca os canseis en fatigas tan hermosas; nunca seais indiferentes para con esos desgraciados. Llevad adelante vuestra piedad y beneficencia, que el Dios de la caridad os recompensará con sus mayores dones, la patria con su eterno agradecimiento, y seréis aclamadas madres de la beneficencia por esas bocas inocentes que os deberán su educacion y su felicidad.

¡Y vosotros, inocentes huérfanos y desvalidos expósitos, ved aquí á vuestros padres y madres que la divina Providencia os deparó en vuestro desamparo! amadles y agradecedles siempre su solicitud caritativa. ¡Á tanto llega la caridad evangélica del pueblo oriental!

¿Qué mas podria exigirse para mayor engrandecimiento de este santo hospital?

¿No veis ampliado y engrandecido el material del edificio?

¿No veis atendidos debidamente á los desgraciados faltos de razon?

¿No veis que no hay género de desgracia á la que no ocurra con espíritu caritativo el espíritu público de caridad cristiana del pueblo montevideano?

Pues concluid conmigo que este es el dia clásico de la caridad cristiana del pueblo oriental, y que al espíritu de la caridad evangélica, y á la proteccion de nuestro santo el señor san José es debida la fundacion, el aumento y elevacion en que se halla el santo hospital de caridad, que era el asunto que me habia propuesto.

¡Glorioso patriarca señor san José, digno esposo de María, padre y tutor del divino Jesús! gracias os rendimos por las pruebas que nos dais de vuestro poderoso patrocinio y valimiento, conservando y mejorando cada vez mas este santo asilo de la humanidad doliente, expresion de la caridad que distingue á este piadoso pueblo montevideano.

Llevad adelante vuestra obra predilecta, y continuad derramando en nuestros corazones el espíritu benéfico de la hermosa caridad evangélica, enriqueciendo con vuestros generosos donativos la obra primera de la beneficencia oriental.

Abrid en este gran dia los tesoros de la divina misericordia, y bendiga el Dios de los cristianos por tí ¡oh José! este tu santo hospital y templo.

Sean benditos cuantos gimen en el lecho del dolor, cuantos padecen en sus cuerpos.

Bendecid á estos tiernos huérfanos.

Bendecid á estas caritativas matronas.

Bendecid á cuantos se ocupan en el santo ministerio de consolar al afligido.

Bendecid y llenad del espíritu de verdadera caridad á nuestro prelado.

Bendice ¡oh Señor! por tu querido José á esta tu casa, á la Iglesia y á su pastor supremo.

Bendecid á la República oriental y á todos sus dignos magistrados. Bendecidla, para que cuanto antes venga á endulzar las amarguras la paz tan deseada, vuelvan sus hijos á sus ocupaciones y adelantos, á fin de que con nuevo empeño y con ardorosa caridad terminen esta obra, expresion genuina de la caridad evangélica que caracteriza al pueblo de Montevideo. He dicho.

APÉNDICE.

En el deseo de corresponder á la honorífica distincion que la actual Comision del hospital de Caridad me ha dispensado, he creido que podria serle agradable el presentarle un cuadro explicativo de la Hermandad de san José y Caridad, con la nómina de todos los distinguidos ciudadanos que formaron las Juntas de gobierno, como tambien la de las Juntas económico-administrativas, y sus dignas Comisiones, que tanto se han distinguido en la formacion y adelantos de este santo hospital. —El Autor.

En el año de 1775 acordaron formar la Cofradía del señor san José y Caridad, y fueron los primeros hermanos el señor cura vicario de la ciudad D. Felipe Ortega y Esquibel, los Sres. D. Francisco Medina, José Cardoso, Mateo Vidal, Francisco Larrobla, Rafael Maldonado, Francisco Antonio Maciel, José Bermudez, Juan Antonio Guzman y José Pla.

La primera Junta la formaron los Sres. D. Francisco Medina, José Cardoso, Rafael Maldonado, Basilio Martinez, Mateo Vidal, Francisco Larrobla, José Bermudez, Francisco Antonio Maciel, Juan A. Guzman, José Pla, Tomás Escobar, D.ª María Camejo y D.ª Pascuala Sacristame.

El alma de esta Junta y de las siguientes fue D. Francisco Antonio Maciel, aclamado por padre de los pobres, y funda-

dor del hospital de Caridad de Montevideo. Nació Maciel en esta ciudad el año de 1757, hijo de D. Luis Enrique Maciel, natural de Santa Fe, y de D.ª Bárbara Camejo, natural de Santa Cruz de Tenerife..

Maciel promovió desde luego entre los hermanos la limosna de dos reales diarios para los pobres.

En el año 1787 destinó Maciel un almacen espacioso en su casa, y puso doce camas para enfermos.

En el año 1788 se hizo cargo la Hermandad de pagar el alquiler equivalente. Cuando Montevideo tendria como seis mil almas, Maciel concibió la idea de construir un edificio público destinado á hospital. El Cabildo aceptó la idea, y compró un cuarto de cuadra, y en él se levantaron las dos primeras salas, pasando el Cabildo la propiedad á la Hermandad de san José : fue ayudado en esta obra por el caritativo D. Francisco Cabrera.

El 17 de julio de 1788 se trasladaron los enfermos, y quedó el hospital al cargo de los hermanos.

Maciel edificó con sus propios fondos la capilla de la Caridad, cuya piedra fundamental se colocó el año de 1796.

Trabajó incesantemente por espacio de veinte años como hermano mayor en el adelanto del hospital. El dia 20 de enero de 1807 murió Maciel en el campo de batalla, á manos de los ingleses, y murió como un valiente al frente de la quinta compañía de voluntarios, de que era capitan.

En el año 1817 el general portugués Lecor y el gobernador Pintos, animados con los ruegos del sábio y virtuoso vicario Dr. D. Dámaso Larrañaga, dieron nuevo ser y vida á este establecimiento, y en el año 1818 fundaron la casa de expósitos.

En el año 1821 la Hermandad recuperó sus derechos, y formaron la Junta gubernativa los Sres. D. Miguel A. Vilar-

debó, Mateo Gallegos, Manuel Fernandez Luna, Ramon Rodriguez de la Iglesia, Roman Acha, Roque A. Gomez, Juan José Bentancur, Manuel Martinez, Francisco Juanicó, Manuel Durand, José María Platero, Joaquin Sagra, Antonio Juanicó, Fidel del Rey, Dionisio Antonio de Soto, Manuel del Castillo y Ramon Massini. Esta Junta organizó y mejoró el hospital, le dotó de cien camas, restableció las funciones y sufragios de la Hermandad, agrandó la sala de hombres, y estableció la primera sala para mujeres.

Junta gubernativa del año 1822 : Sres. D. Félix Saenz, Manuel y Andrés Durand, Manuel del Castillo, Roman de Acha, Manuel Ocampo, Juan José Bentancur, Manuel Martinez, Manuel Luna, José María Platero, Francisco Hurtado de Mendoza, Diego Martin Martinez, Marquez Guimaraens, Manuel Otero, Joaquin Sagra, Salvador Tort. Esta Junta aumentó la renta de los pobres, estableció la primera imprenta, edificó varias piezas y construyó el aljibe.

Tercera Junta gubernativa.—Año 1823.

Sres. D. Santiago Mazo, José María Platero, Gabriel Pereyra, Juan Manuel Besnes é Irigoyen, Salvador Tort, Domingo Vazquez, Andrés Durand, Manuel Martinez, Félix Saenz, Manuel Ocampo, Francisco Hurtado de Mendoza, Miguel García, Antonio Juanicó, Ramon Rodriguez, Manuel Otero, Juan Lopez, José de Puga.

Cuarta Junta.—Año 1824.

Sres. D. Cárlos Camuso, Santiago Maza, Manuel Durand, Joaquin Sagra, José María Roo, Manuel Lara, Francisco Moce, Pedro Arenas, Domingo Vazquez, Juan Manuel Besnes é Irigoyen, Antonio Juanicó, Cárlos Juanicó, Bernardo Pereyra Mezquita, Manuel Martinez, Manuel del Castillo, José de

Puga, Juan Villorado. Esta Junta dió nueva vida al hospital, y decretó la grande obra del nuevo demoliendo el antiguo. El 24 de abril del mismo año puso la piedra fundamental.

Quinta Junta.—Año 1825.

Sres. D. Cárlos Camuso, Luis de la Rosa Britos, Manuel Durand, Joaquin Sagra, José María Roo, Manuel Luna, Francisco Moce, Isidro Arenas, Domingo Vazquez, Juan Manuel Besnes é Irigoyen, Bernardo Pereyra Mezquita, Antonio Lima Cardoso, Fidel Rey, Juan Villorado, Manuel del Castillo, Santiago Cubillas, Manuel Figueroa. En el 24 de abril, al año de principiarse la grande obra del hospital, se estrenó la primera sala, de veinte y cuatro varas, con varias otras oficinas.

Sexta Junta.—Año 1826.

Sres. D. Cárlos Camuso, Joaquin Sagra, José María Roo, Manuel Fernandez Luna, Francisco Moce, Isidro Arenas, Domingo Vazquez, Juan Manuel Besnes é Irigoyen, Bernardo Pereyra Mezquita, Manuel del Castillo, Santiago Cubillas, Manuel Figueroa. Ya en este tiempo el hospital de Caridad era una verdadera casa de misericordia, pues en él se atendia á toda clase de enfermos, hombres y mujeres, á los pobres dementes, á los niños y niñas expósitas. Se hallaba establecida la imprenta, y funcionaba la escuela de educacion primaria de varones y niñas expósitas, bajo la sábia direccion del gran calígrafo D. Manuel Besnes é Irigoyen, que recibió entonces el nombramiento de director de dicha escuela y el de hermano benemérito.

Séptima Junta.—Año 1827.

Sres. D. Domingo Vazquez, Manuel F. de Luna, Joaquin Sagra, Bernardo Mezquita, Luis Lamas, Santiago Cubillas,

Manuel Otero, Juan Cruz Cortinas, Juan M. Areta, Manuel Figueroa, José Antonio Barboza, Manuel del Castillo.

Cuantiosos eran los bienes que por este tiempo poseia ya el hospital: primero el edificio en que está construido, con una casa contigua, otra casa legada por D. Juan Fernandez, otra legada por D. Pedro Luna, mas un sitio baluto en la plaza de toros, legado por el mismo. Una chacra que legó D. Manuel Duello, otra chacra por D. Luis del Valle. Dos mil doscientos quince pesos legados por D. Hilario España. La mitad de la testamentaría de D.ª María Latorre, y varios esclavos.

Octava Junta.—Año 1828.

Sres. D. Juan José Durand, Manuel Fernandez Ocampo, Domingo Vazquez, Bernardo P. Mezquita, José Antonio Barboza, Cárlos Camuso, Manuel Otero, Luis Lamas, Juan de la Cruz Cortinas, Luis de Castro, Juan Vivas, Joaquin Sagra, Agustin Guarche, Ramon Rodriguez.

Los ramos que constituian la entrada y rentas del hospital y cuna eran los siguientes: Noveno y medio de los diezmos de ganados, granos, etc.; entrada y luminaria de hermanos; hospitalidad de pudientes; mandas forzosas; legados y limosnas varias; limosna mensual y rescate de niños; rentas y enajenaciones. El superior Gobierno, al abolir los antiguos derechos del hospital, creó á favor de este para sustituirlos y fundar la cuna en los años 1817 y 1818, lo siguiente: Medio por ciento de aduanas; derechos sobre la carne; derechos de licencias y pasaportes; derechos de carretillas, botes y lanchones; derechos sobre rifas y pesca de lobos; la lotería pública creada para sostener el establecimiento de niños expósitos; imprenta y beneficios del teatro.

Hermanos notables.

Excelentísimo señor Vizconde y Vizcondesa de la Laguna, ilustrísimo arzobispo de Filipí D. Juan Muci, vicealmirante D. Rodrigo Lobo, hermano nato el Ayuntamiento de esta capital, camarista de S. I. D. Cayetano Montenegro, y brigadieres D. Álvaro da Costa, D. Cárlos Alvear, D. Juan José Durand, D. Juan Pedro Lecocq y D. José del Pozo; coroneles D. Antonio José Ferreira Britos, D. Antonio Rodriguez, D. Gabriel de Castro, D. Antonio Pinto de Araujo Correa, D. Felipe Neri Gurjao, D. Enrique Ferrara, D. Juan de Vargas, D. José Ferreira da Cunha, D. Luis del Hoste, D. Vicente Buis, D. Dámaso Antonio Larrañaga, D. Manuel Barreiro, D. Juan Figueroa, D. Jerónimo Pio Vianqui y don Manuel Algerich.

No encontrándose los libros de actas, ni documento alguno desde el año de 1828 hasta el 1852, no nos ha sido posible dar razon de las Juntas que hubieron.

Comision de caridad y beneficencia pública de 1852.

Sres. D. Pedro Piñeyrua, Lázaro Gadea, Clemente César, Ildefonso Vizcaino, Pedro Llambí, Luis Lamas, Juan A. Mendez, Hermenegildo Fuentes, José María Roo, Luis C. de la Torre, Manuel Marenco, José del Pozo, Isidoro Fernandez, Enrique de Arrascaeta, Rudesindo Gomez, Manuel Cifuentes.

Por decreto gubernativo de 28 de mayo de 1852 el hospital de Caridad fue confiado al cuidado de la Junta económico-administrativa, y esta nombra la Comision de caridad y beneficencia.

Comision en el año 1855.

Sres. D. Juan Ramon Gomez, Dr. D. Manuel Herrera y Obes, D. Antonio Montero, D. Juan García Wich, D. Doroteo García, Dr. D. Florentino Castellanos, D. Jaime Cruzet, D. Lucio Godefroy, D. Vicente Vazquez, D. Miguel de Vilardebó, D. Joaquin Errazquin, D. Juan Gowland, D. Jacobo Varela, D. Antonio Marquez Guimaraens, D. Samuel Laffone.

Esta Comision en el año de 1856 invitó á las familias para concurrir á la exposicion al año siguiente. En tiempo de esta Comision se construyeron dos nuevas escaleras y las dos salas de San Juan de Dios y San Vicente de Paul.

En este mismo año fundaron las señoras de la Sociedad de beneficencia una escuela pública gratuita para niños, habiendo vuelto á ser nombrado D. Juan M. Besnes é Irigoyen director de todas las escuelas de beneficencia.

El 18 de noviembre del mismo año llegaron las siete primeras Hermanas de la Caridad, venidas á pedimento de la Comision. En la epidemia mortífera el hospital de Caridad permaneció siempre digno y solícito, y se instaló el hospicio de huérfanos.

Comision en el año 1858.

Sres. D. Juan Ramon Gomez, Joaquin Errazquin, Manuel Errazquin, Juan I. Blanco, Juan Miguel Martinez, Andrés Vazquez, Pedro Llamas, Pedro A. Gomez, Juan García Wich, Marcos Baeza, Alejandro Gutierrez, Justino Aréchaga, Dr. D. Eustaquio Tomé y D. Tomás Sartori.

En 1859 continuó bajo nuevos planos la reedificacion y mejoras del hospital de Caridad. En junio de 1860 se hizo la traslacion de los dementes á la quinta de Vilardebó.

Comision en el año **1861.**

Sres. D. Cárlos Salvañac, Juan Miguel Martinez, Manuel Errazquin, José María Roo, Dr. D. Jaime Estrázulas, canónigo D. Juan José Brid, Dr. D. José Vazquez Sagastume, D. Pedro Llamas, D. Andrés Vazquez, D. Juan Susviela, D. Juan José Ruiz, D. Javier Álvarez, D. Julio Pereira, D. Vicente Latorre y D. Francisco Rodriguez.

Los esfuerzos que ha hecho esta muy recomendable Comision por adelantar y perfeccionar el hospital de Caridad, son rasgos de actualidad que están al alcance de todos los que visitan el santo asilo. En este último aniversario abre sus nueve salas, consagradas con los nombres de Cabrera, Bienhechores, Hermandad de Caridad, Maciel, Vilardebó, Lavalleja, Artigas, San Vicente de Paul y Cabrer, que con las ya establecidas, Larrañaga y Zabala, forman once salas.

Arsenal de cirugía.

Un anfiteatro para autopsias.

Una nueva sacristía y el asilo de expósitos.

Dos magníficos estantes, con una dotacion la mas completa de instrumentos de cirugía.

Un juego de ornatos para la capilla.

Ella ha colocado la magnífica escalera de mármol, ha adornado con tres estatuas tambien de mármol este hospital, representando la primera la caridad, y las otras dos niños mendigos.

Estadística del hospital de Caridad en abril de 1864.

Enfermos.	250
Hermanas de Caridad..	16
Empleados..	50
Huérfanas..	40
Suma. . . .	356

Casa de dementes.

Dementes de ambos sexos en el asilo.	130
Hermanas de Caridad..	4
Empleados..	13
Suma. . . .	147

Asilo de expósitos.

Nodrizas.	122
Expósitos.	144
Empleados..	16
Suma. . . .	282
Total del personal. . . .	785

Nómina de las señoras que componen la Sociedad de beneficencia.—AÑO DE 1855.

Sras. D.ª María Antonia Agell de Hocquard, Valentina Illa de Castellanos, Joaquina N. de Tomkinson, Fortunata A. de Gowland, Emilia A. de Perez, María Quevedo de Laffone, Carolina Álvarez de Zumarán, Rosalía A. de Ferreira,

Águeda S. de Rodriguez, Bernabela M. de Ferreira, Cármen N. de Gomez, María G. de Flores, Carolina A. de Godefroy, Bernardina F. de Rivera, Eumenia L. de Castellanos.

Año de 1858.

Sras. D.ª Dolores Vidal de Pereira, María E. y Zabala de Pazos, Paz Vazquez de G. Wich, María Quevedo de Laffone, Cármen Nieto de Gomez, Ángela Álvarez de Salvañach, Fortunata Acevedo de Gowland, Carolina Álvarez de Zumarán, Eusebia G. de Illa, Fortunata Obes de Álvarez, Valentina Illa de Castellanos, Flora Massini, Clara Errazquin de Jackson, Pascuala Camuso de Lecocq, María Inés Perez de Herrera, Águeda Susviela de Rodriguez.

Año de 1860.

Sras. D.ª Eusebia Vidal y Zabala de Pazos, Inés Perez de Herrera, María García de Requena, Dolores Carballo de Estrázulas, Antonia Vazquez, Juana Diaz de Viana, Ángela T. de Cunha, Pascuala C. de Lecocq, Manuela A. de Errazquin, Ramona Diago de Salvañach, Josefa G. de Artagaveita, Dolores O. de Maza, María F. de Britos, Dolores A. de Nin, Cármen N. de Gomez, Paulina V. de Alcorta, María Inés F. de la Sala, Justiniana Lenguas de Lerena, Sixta L. de Juanicó, Josefa Acevedo de Vazquez, Manuela L. de Rodriguez.

Juntas económico-administrativas del departamento á cuyo cargo ha estado el hospital de Caridad.—Año de 1852.

Sres. D. Tomás Basañez, Jaime Illa y Viamont, Pedro Piñeyrua, Hermenegildo Fuentes, Pedro P. Diaz, Juan Tomás Nuñez, Andrés Viana, Norberto Larravide, José María Aguirre.

Año de 1855.

Sres. D. Juan Cárlos Gomez, Juan M. Besnes é Irigoyen, Juan A. Fernandez, Cárlos Muñoz, Manuel J. García, Francisco Vidal, Juan R. Gomez.

Año de 1858.

Sres. D. Juan I. Blanco, Luis Lerena, Adolfo Lapuente, Juan Wich, Andrés Vazquez, Francisco A. Rodriguez, Joaquin Errazquin, Juan D. Jackson, Antonio Montero, Pedro G. Vizcaino, Jacinto Vargas.

Año de 1861.

Sres. D. Luis Lerena, Cárlos Salvañach, Pedro G. Vizcaino, Juan J. de Vargas, Tomás S. y Trillo, Justo Diego Gonzalez, Julio C. Pereira, Benito Lombardini, Nicolás Zoa Fernandez.

Nota.—Si algun nombre ó circunstancia se echa de menos en este breve Apéndice, es ó por error involuntario ó por falta de datos.

FIESTA DE LA CARIDAD.

I.

La caridad del pueblo.

¡Feliz del pueblo que alienta en su corazon la fe pura de la caridad evangélica!

Feliz, porque revela una índole generosa, una civilizacion muy alta, y un gérmen fecundo de tendencias venturosas.

El pueblo que en medio de los afanes de su vida borrascosa ha mantenido el culto de la caridad;

El pueblo que ha visto arrasar su riqueza en medio de los furores de la revolucion; que ha visto caer sus generaciones mas hermosas en sus luchas políticas, y se ha transmitido perdurablemente los cuidados del dolor ajeno, ese pueblo es digno de su gloria pasada, digno en sus sufrimientos y digno de su porvenir.

Todos los pendones han bamboleado ó han caido entre el humo de los combates civiles, pero la bandera de la caridad se ha mantenido flameando al viento sereno del amor patrio.

La antorcha de la caridad no se ha extinguido nunca, como esas estrellas magníficas del firmamento azul, que apenas esconden como un relámpago las nubes pasajeras.

Á los ojos de la filosofía y de la historia este esplendor, esta apoteosis de la caridad que acaba de presenciar el pueblo es un cuadro inmortal destinado á perpetuar dos grandes pasiones que caracterizan esta raza, tan mal comprendida y tan mal explicada.

Su fortaleza y su brio en las contiendas patrias, su temple inquebrantable en sus debates civiles, y sus nobles y fervorosas tendencias hácia la caridad y hácia el bien.

Esta es una verdad palpitante, una verdad honrosa.

La hospitalidad es general en nuestra raza.

La hospitalidad espontánea, desinteresada, instintiva, es el sello característico de nuestras masas, ejercida sin pretension en todos los ámbitos de nuestras risueñas campiñas.

Seguid el rastro á los instintos del rancho humilde por todos los espacios de la gradacion social, impregnándose de los

colores mas pronunciados de la civilizacion, y hallaréis que la caridad, como institucion reglada y fecunda, tiene su base en la hospitalidad de nuestra estirpe, en los nobles instintos, cultivados ya y traducidos en las obras altamente hermosas de nuestra civilizacion actual.

Un pueblo con tendencias pueriles, y que vive del remedo servil de exterioridades copiadas, no tiene porvenir para sí propio, porque no tiene conciencia de sí mismo.

Pero un pueblo que siente y llena las primeras necesidades sociales, y las comprende y las sirve sin preguntar á los demás cuáles son, ese pueblo tiene originalidad, tiene vida propia, y comprende su destino.

Hay una gran verdad en el fondo de estas consideraciones, cuando se traen al pensamiento con frialdad y sin preocupaciones.

Montevideo carece de una infinidad de obras indispensables, pero atiende primero á las mas exigentes.

Traduce su impaciencia por el camino de sus buenas inclinaciones.

No tiene una casa municipal.

No tiene un museo; pero mas, no tiene un edificio para la administracion de la República, y sin embargo tiene un hospital el mas hermoso del Sud-América.

El dolor en una mansion régia; la opulencia y el poder en un corralon.

Esta es una gran victoria, una verdadera apoteosis de las creencias democráticas, reveladas en medio de los problemas sociales que vamos desenvolviendo.

La humanidad á salvo, la humanidad que sufre, primero que las fastuosas superfluidades que completará un dia el generoso esfuerzo nacional.

Esta tésis de nuestra propia filosofía dice mas al espíritu

observador que el cúmulo exterior de bienes que pueden ostentar naciones mas felices.

Rompe los argumentos de la audaz calumnia, reivindica nuestro estado social, y nos garantiza el porvenir.

Esta es la verdad.

II.

La fiesta religiosa.

Desde muy temprano la capilla del hospital era una romería.

Iba á tener lugar una ceremonia tierna y piadosa, que podemos llamar como el prólogo de otras mas suntuosas y mas rodeadas de la pompa del culto.

Los sacerdotes que oficiaron, seguidos de una considerable concurrencia de fieles, llevaron á los enfermos el consuelo sublime de la comunion, que curando los dolores del alma, mitiga cuando menos con el influjo de la fe los dolores del cuerpo.

La apacible ceremonia fue larga.

Mientras tanto una concurrencia inmensa desbordaba en la linda capilla de la Caridad.

Era imposible penetrar ni por la entrada principal ni por la sacristía.

Cuanto encierra Montevideo de mas elegante, de mas hermoso, estaba allí.

Era el espontáneo cortejo que tenia consigo la Comision de Caridad y Beneficencia en los momentos de tributar al patrocinio de san José la profunda gratitud del pueblo oriental.

La linda capilla estaba radiante de luces y de flores.

Primorosamente adornada, se revelaba el buen gusto de la Comision, y su esmero por el lustre de la fiesta.

El señor vicario apostólico D. Jacinto Vera oficiaba con su hermoso traje de prelacial, y una orquesta elegida con inteligencia acompañaba los himnos católicos con su armonía sagrada.

Este lujo, este esplendor, de cuyo centro se alzaban los aromas del altar y las bendiciones de un pueblo enternecido, debe acogerlo benigno el Dios de la caridad, á cuyo trono se alzaban las preces de la fe y del corazon.

III.

El sermon.

El Dr. Majesté ocupó el púlpito.

Muy pocas veces habrá resonado una voz mas elocuente bajo la sagrada techumbre.

El pueblo estaba ávido de oirlo.

El Dr. Majesté es una notabilidad que ama el pueblo, porque su palabra es inspirada en la ciencia de la Iglesia, y penetra mas allá de los oidos cristianos, llega al corazon.

Los oradores vulgares, que no pocas veces se levantan á la tribuna sagrada sin elevar la tribuna, debieran pensar que la ignorancia y la incapacidad no tienen lugar en ese sitio de los ungidos.

Que la sabiduría es un precepto del Redentor.

Los Apóstoles que asombraron el Oriente con su palabra, no eran ya los pescadores agrestes y rudos que trajo Jesús á sus banderas.

¡No!

Y por eso los pueblos, asombrados de su elocuencia y su heroismo, se preguntaban: «¿Son estos los que conocimos «con las redes?»

Fuéron á predicar cuando Jesucristo les transmitió la gra-

cia del Espíritu Santo, cuando les inició en los misterios de la fe y en los resortes inmortales de su Credo salvador.

El apostolado es la sabiduría y la fe.

Decimos, pues, que el Dr. Majesté, despues de tanto tiempo há que estaba excluido del púlpito, subió á él con la confianza de su prestigio y con la fe de sus inspiraciones.

La caridad fue su tema. Infinito tema que no es posible agotar, y que se agranda cuanto mas se penetra en su seno, y mas se admiran sus formas múltiples y benéficas.

Comenzó el sermon con un exordio que es una condenacion de las pasiones rastreras y vengativas, reverso ingrato de la caridad evangélica.

Podemos decir que el orador descansaba al parecer de sus congojas, dirigiendo su palabra al pueblo oriental quizá por la última vez.

Hizo la historia de la caridad cristiana desde su cuna, tomándola en las virtudes santas de José cuando esparcia por todo el Egipto sus beneficios.

Reconoció á la faz del altar la virtud suntuosa del pueblo oriental, que ha sabido mantener con lustre el reinado de la caridad evangélica.

Hizo la historia sinópticamente de la fundacion del hospital de Caridad, los vaivenes que ha atravesado, y el suntuoso desenvolvimiento que ha adquirido.

Recomendó á la proteccion divina los afanes meritorios de la Comision de Caridad y Beneficencia de damas y ciudadanos, inspirándoles fortaleza en la continuacion de sus obras benéficas.

Hizo honrosa mencion y debida justicia á las meritorias hijas de María, consagradas al cuidado de aquella casa santa, y del asilo de los desgraciados heridos por el rayo infortunado de las facultades de su razon.

Impetró el favor del cielo en favor del pueblo oriental y de su Gobierno, haciendo votos fervientes porque los dias serenos de la paz consuelen á la patria de sus sinsabores y amarguras.

El promotor y fundador del hospital, el Sr. Maciel, fue objeto en el discurso de uno de esos recuerdos que son un timbre de gloria verdadera é inmortal.

Terminó la funcion religiosa con la bendicion que el digno Vicario dirigió al pueblo, y la concurrencia se dirigió al hospital, cuyas galerías estaban cubiertas de gente.

IV.

El hospital.

Las alturas del edificio estaban adornadas con multitud de banderas patrias, y las avenidas y el frente de la calle que ocupa adornadas con arcos vistosos.

Todo esto hermoseaba, si es posible hermosear ese espléndido edificio.

La música del primer batallon de guardias nacionales tocaba á la puerta.

El edificio estaba franqueado á la asistencia del pueblo.

Las señoras de la Sociedad de Beneficencia, y los caballeros que forman la distinguida Comision de Caridad, hacian los honores de aquella casa con esa oficiosidad tan galante que verdaderamente aumenta las simpatías que ya tienen adquiridas en su país.

La concurrencia obstruia las anchas galerías de ambos pisos y todos los departamentos del hospital.

Hemos visitado muchos establecimientos de este género en el Sud-América, y con nuestra habitual ingenuidad podemos afirmar que no hemos visto cosa semejante.

Hay extension, hay gusto, hay majestad en el edificio, aparte de las conveniencias higiénicas, que están consultadas.

Desde luego los vestíbulos de ambos cuerpos son de una grande elegancia; y una escalera, que puede reputarse una obra jefe por la belleza del mármol y la elegancia de la construccion, franquea la subida al cuerpo superior.

No dejarémos pasar inapercibida, porque no puede dejar de verse, una estatua al natural representando la Caridad, obra de Livi, y que por la expresion del rostro, por las bellezas de las formas, por la naturalidad del marmóreo ropaje revelan un buril feliz y gloriosamente juzgado entre nosotros.

Tambien hay en el vestíbulo superior dos mendigos, obra del mismo autor, que ya hemos recomendado en otra ocasion, y que son en verdad dos joyas del arte.

Los arcos de la galería, de una solidez muy espesa, están adornados en sus extremos con graciosos bajos relieves y alegorías apropiadas. Las balconadas de la galería son cómodas para el recreo de los convalecientes, y estas muy espaciosas y salubres.

Los salones de los enfermos pueden contener cincuenta camas cada uno, todas ellas de hierro y de forma simétrica.

En ellas está bien consultada la comodidad y el abrigo. El aseo se nota por todo llevado hasta la prolijidad mas esmerada.

Contiene el edificio nueve salas, segun entendemos, y como doscientos cincuenta enfermos entre hombres y mujeres.

En estos salones están separadamente los enfermos crónicos destinados á vivir y morir en aquel piadoso asilo, y los que por la naturaleza de sus dolencias tienen que experimentar auxilios de cirugía.

El anfiteatro es muy notable. La forma es una especie de rotonda abundante de luz, y con todos los resortes necesarios para esos dolorosos estudios de la ciencia.

La sala de cirugía está provista de todos los instrumentos que produce la inventiva de los amigos de la humanidad.

La ropería sobreabunda en objetos necesarios para el servicio.

Las cocinas, espaciosas y aseadas, están surtidas abundantemente de todos los útiles.

Seria de mas encarecer las disposiciones del servicio y de la asistencia.

Basta conocer el empeño infatigable de la Comision, para comprender que es eficaz.

Las Hermanas de la Caridad distribuyen sus cuidados inmediatos en secciones que le corresponden, y luego hay un número de sirvientes y sirvientas para las atenciones mas mecánicas.

Una gran parte del edificio no está aun ocupada. Hay una série de hermosas habitaciones que están vacías todavía, aparte de las que están al servicio de las diversas reparticiones de la Administracion.

Nada falta allí; todo está previsto; y puede decirse que no solo es un asilo de la humanidad doliente, sino un ornato brillante para la poblacion el edificio de la Caridad.

V.

Las huérfanas.

Adherido al edificio está otro mas humilde, que se comunica por el interior, y que es el departamento de huérfanas á cargo de las señoras de la Sociedad de Beneficencia.

Lo visitamos con respeto, con ese respeto que inspira el candor de las vírgenes infortunadas.

Alegres é indolentes con su porvenir, aquellas graciosas niñas descansan en el seno maternal de sus protectoras.

Segun nos dijo la hermana de Caridad encargada del inmediato cuidado de ese departamento, asciende á cuarenta y tres el número de esas desgraciadas criaturas. Veinte y cinco quedaron en la orfandad á causa de la fiebre amarilla, que les arrebató sus padres; las demás han sido recogidas por la caridad.

Todas las camas en un órden muy regular, albas como sus tiernas almas, están arregladas en un mismo salon, pero tienen otros en que distribuyen sus trabajos, y donde tienen sus mesas de comer.

¡ Bendita sea la caridad! como dice el Dr. Majesté, que da madres á los huérfanos, y lecho y cuidados al doliente.

VI.

Los expósitos.

Hay una faz en la historia de los dolores de la humanidad que produce dos efectos contrarios, que despierta dos sentimientos que se chocan y comprimen la indignacion próxima á estallar.

Hay un momento en que el corazon se subleva para maldecir seres misteriosos, y en ellos á la naturaleza prostituida; pero un sentimiento de ternura se levanta al momento ante la imágen de la inocencia, como una contraposicion de los primeros instintos.

Ya no es el rencor; ahora es la compasion : y por no maldecir la desgracia, por no ofender al pudor sacrificado tal vez, confundiéndolo con el crímen yerto y despiadado, se siente uno cási vencido.

La sociedad tiene que contener el hacha de su venganza por no herir al infortunio en vez de herir al crímen.

Aberraciones de la humanidad que rompeis cobardemente

con la naturaleza, que os cubra un velo, que os definan otros.

Miserable humanidad, que no tienes valor para pararte ante la sociedad que has ofendido, y arrostrar las consecuencias.

Miserable humanidad, que hieres á la naturaleza en las tinieblas, en cambio de una sonrisa á la luz del sol.

Y ya que vamos á entrar en el santuario de la orfandad, séanos permitido traer ante la reflexion de nuestros juristas una reflexion nuestra.

Es muy frecuente el hecho de que los padres de un expósito lo reclamen.

Mas de una vez ha ocurrido, por no decir muchas, y ha bastado la comprobacion para hacer la entrega.

Creemos que hay ligereza en estas prácticas.

El niño expósito no tiene padres; pertenece á la República: su madre es la caridad, es la patria.

La potestad está perdida.

El padre ha perdido todo derecho.

La naturaleza es la base de todos los derechos humanos: el padre inhumano lo ha abdicado.

La justicia civil se apodera del niño si la potestad paterna atenta contra su vida.

Para devolverlo la justicia civil exigiria garantías; ¿por qué no exigirlas tambien en este caso?

Aquí surge otra consideracion.

No se puede poner obstáculos á las nobles reacciones de la naturaleza; no se puede arrebatar al desheredado ni la herencia del nombre, ni la herencia de su porvenir social.

Pero la nodriza sublime, la caridad y la patria, deben quedar instituidas como curadoras del hijo adoptivo, y velar por la garantía que va á constituir su vida futura.

Dejemos á los encargados de legislar estas reflexiones y estos tópicos morales, y alcemos la blanca cortina que esconde el cuadro mas bello de los misterios de la sociedad.

¡Qué espectáculo tan hermoso, por Dios!

Ciento cincuenta niños en la edad mas tierna juguetean en los brazos de sus nodrizas.

Frescas y lozanas se divierten con ese espectáculo nuevo.

La inmensa concurrencia los asombra ó los divierte.

Todos están vestidos con un mismo traje igual.

¡Cómo revelan en su salud robusta los cuidados maternales, y en su aseo la vigilancia de la beneficencia!

Todas las edades, desde muy pequeñitos hasta cuatro ó cinco años, todos entonan un coro de risas ó de llanto infantil. Pero lo mas singular es, que á tan tierna edad tienen una especie de disciplina, y manifiestan una especie de afecto y predileccion á las señoras de la Sociedad de Beneficencia.

Cási todos aquellos ángeles son ahijados de estas virtuosas damas.

Entre estos niños habia uno precioso; todos los concurrentes manifestaban predileccion por él; interesaba su viveza y su semblante.

Entendemos que una dama de las concurrentes tomó informes prolijos para solicitar la adopcion.

Atraidos como los demás por las gracias del tierno niño, nos acercamos á la nodriza.

—¿Qué edad tiene?

—Va á cumplir dos años.

—¿Cómo se llama este chiquito?

—Pablo María.

—¿Y el apellido?

—No tiene apellido.

Indiscretamente le hicimos esta pregunta.

¡No tiene apellido!! Esta frase de una mujer rústica que alienta en su seno una existencia parásita, que ha engendrado amor para suplir el amor de la naturaleza, esa respuesta nos hizo mal efecto. Nos hizo recordar que todos aquellos desgraciados están desde que nacieron condenados á no tener un nombre suyo.

La ávida mirada del remordimiento ¿no habrá paseado por aquellos semblantes infantiles buscando una traza, un accidente, un rasgo de semejanza?

Los instintos de la naturaleza, el magnetismo de la sangre, ¿no habrán producido alguna conmocion?

¡Puede ser...!

¡Qué hermosa tarea la de las señoras de la Sociedad de Beneficencia!

¡Santa mision de la mujer, que naciste para amar! ¡cuánto bien haces amparando bajo un manto de amor á la infancia abandonada!

¡Qué respeto tan profundo nos inspira desde ayer esta corporacion de damas, ejerciendo con afan tan tierno los deberes de la caridad!

Los que con excentricidad han abogado por ciertos derechos civiles y políticos de la mujer, no comprenden que su mision es mas alta, y su influencia mayor que todas las influencias.

Permítanos la Sociedad de Beneficencia que le tributemos nuestro respetuoso homenaje por sus nobles esfuerzos, y la felicitemos por el éxito brillante de sus tareas.

El Comercio no cree estar solo, y se atreve á presumir que es el eco de la sociedad oriental en este momento.

VII.

La Comision.

El señor vicario apostólico, el señor jefe político, la superiora de las Hermanas de Caridad, las señoras de la Sociedad de Beneficencia, y los caballeros que forman la Comision de Caridad, se reunieron en los salones de recepcion.

La concurrencia afluyó á ellos; y en presencia de tan distinguido auditorio el Sr. D. Cárlos Salvañach, presidente de la Comision, dió lectura al siguiente muy luminoso discurso:

«Excelentísimo señor presidente, ciudadanos todos: Nada «es comparable á la satisfaccion que siento al anunciaros que «la obra del hospital de Caridad está terminada, sino el pla-«cer que vosotros sentiréis al escucharlo; porque importa «decir que los votos de esta poblacion eminentemente gene-«rosa y caritativa están cumplidos; aun se sienten los últi-«mos golpes con que los artesanos dan cima á sus trabajos. «Cuando haya pasado este dia solemne consagrado á la Reli-«gion y caridad cristiana, y cuya oportunidad no podia per-«derse al cabo de cuatro años que ha sido interrumpida esta «práctica religiosa por esos mismos trabajos, la Comision «que represento publicará en la forma que acuerde el detalle «de ellos y de sus gastos; porque aunque mensualmente los «ha demostrado á las Autoridades en la forma prescrita por «las leyes y disposiciones gubernativas, quiere tener la sa-«tisfaccion de cumplir con el grato deber de satisfacer al pú-«blico, que con tanta generosidad protege á este santo esta-«blecimiento, del empleo de los dineros que para su conser-«vacion y adelantos le han sido confiados.

«En este momento solo pueden manifestar la gratitud de «esta corporacion al superior Gobierno y á todos los poderes

«y Autoridades públicas por la proteccion decidida y eficaz «que de todas ha recibido, y muy especialmente de nuestra «Municipalidad, tan dignamente representada por la Comision «extraordinaria de la Junta económico-administrativa; á ella «principalmente y á su cariñoso anhelo debemos el haber po-«dido dirigiros en este dia la palabra para anunciaros tan «grande y placentero acontecimiento.

«Este hospital, señores, y el modo con que en él se tratan «y asisten los enfermos, será uno de los timbres que mas «honra y fama darán á nuestra patria, y si fuese posible te-«ner orgullo por ejercer la caridad, ¡orientales, podríais te-«nerlo!

«Cumpliendo con un deber de justicia, de conciencia y de «verdad, debo declararos que tienen una grande é importan-«te participacion en la buena y esmerada atencion con que se «cuidan y asisten los enfermos, las beneméritas y piadosas «Hermanas de Caridad. Estas dignas hijas de María cuidan «tambien con igual anhelo á las infelices que, víctimas de «una enajenacion mental, sufren en el asilo de dementes des-«gracias inherentes á la humanidad, y que esta Comision se «esmera en procurarles las atenciones y consuelos necesarios «para devolverles la razon.

«Los expósitos, que pertenecen tambien á este santo asilo, «y que por la escasez de la localidad han tenido que ser aten-«didos fuera de esta casa, continúan bajo la proteccion y vi-«gilancia de las distinguidas matronas que forman la Socie-«dad de Beneficencia. Ya comprenderéis que con tan digní-«simas madres los hijos de la nacion han sido y serán debi-«damente cuidados; y pronto volverán á su hogar paterno, «ú ocuparán el nuevo asilo que sus solícitas y amantes ma-«dres les preparan.

«Habiéndoos manifestado compendiosamente el estado en

«general de esta santa casa y de su servicio, solo me resta «rogaros os asocieis con la Comision á celebrar el aniversa- «rio religioso de los pobres y los huérfanos, y la conclusion «de esta importante obra que ensancha y engrandece su mo- «rada.»

VIII.

La moral social.

La moral social es la base de la moral política.

¡Cuán ajeno está el mundo en medio de sus emociones plácidas y amargas de imaginarse que un mundo distinto, que una sociedad diferente se alimenta á su lado y se nutre de él, que otros seres velados se abrigan con su calor!

Ayer ha penetrado la mirada del pueblo al través de esa cortina de la caridad, y necesariamente ha dicho: Hacemos mucho bien.

Tantos beneficios son obra nuestra.

Tantos desgraciados que hallan la salud, nos la deben.

Tantos ángeles inocentes que mañana serán algo, se nutren con nuestra sávia.

Tantas huérfanas que serán madres virtuosas, tendrán que bendecirnos.

Hacemos mucho bien sin esfuerzo y sin pena, sin sentirlo quizá; y esta conviccion es el aliento generoso que debe inclinar á todos á redoblar su anhelo en favor del infortunio.

El pueblo que es bueno y generoso merece ser libre siempre, porque no hay causa de opresion; merece vivir en los lazos de la democracia, porque tiene los vínculos de la fraternidad, y merece Gobiernos ilustrados y progresistas, porque revela su ahinco por el progreso.

La caridad es el primero de los progresos; y al verlo tan encumbrado entre nosotros nos cumple felicitar á los que la administran, á los que la han formulado y la aplican como una institucion de la República.

La caridad ha tenido una gran victoria ayer, un aniversario sublime; y la Comision de Caridad y Beneficencia ha adquirido un gran título al aplauso y al respeto del país.

SINOPSIS

DE LOS DISCURSOS PRONUNCIADOS EN LA IGLESIA MATRIZ DE MONTEVIDEO

POR EL DOCTOR MAJESTÉ

EN EL MES DE MARÍA.

Sr. Dr. D. Francisco Majesté.

Amigo y maestro: El elocuente y filosófico discurso con que iniciara V. la tan popular fiesta del Mes de María, me inspiró la idea de recoger algunos de sus principales pensamientos para con ellos formar una incompleta sinopsis de los discursos de todo el mes.

Le ruego disimule las reticencias esenciales que V. encuentre, pues son indispensables.

Al permitirme ofrecérsela he de desear mire V. en ella la prueba tan solo del simpático aprecio de su amigo y discípulo.—M. O.

I.

La devocion á María santísima, que cada dia se levanta mas en alto, despertando hoy grande entusiasmo en el pueblo para la celebracion de las glorias de tan purísima Señora, nos inspira la idea de presentar á nuestros lectores una, aunque incompleta sinopsis, de los discursos pronunciados por el Dr. Majesté en la iglesia matriz, con motivo del mes consagrado á María.

Imposible nos ha sido seguir al ilustrado orador en esa corriente de pensamientos sublimes y grandiosos que retóricamente adornados con las reglas todas de la moderna elocuencia, hace resaltar de una manera admirable los filosóficos cuadros que se promete trazar.

Hemos leido brillantes trabajos de muchos de los mejores oradores contemporáneos, y es nuestra opinion que el señor Majesté se mantiene respecto á ellos en un paralelo muy conspicuo. Verdad que él reune á un indisputable talento, lenguaje florido y correcto, declamacion libre y fácil, accion variada y respetuosa, voz sonora, personal simpático, y en fin, las dotes todas que reunidas forman lo que se llama un sobresaliente orador sagrado.

Sus discursos son generalmente obras acabadas; pero donde lo encontramos siempre sobrepasándose á sí mismo, es en aquellos toques de claro oscuro, destinados á interesar el corazon del auditorio teniéndolo en suspenso, para con mas facilidad atraerlo y sacar en oportunidad el fin que se propone.

Nos concretarémos, pues, á presentar á nuestros lectores en este imperfecto bosquejo el cróquis de las alocuciones del Sr. Majesté, á quien pedimos, por otra parte, nos disimule si

con esto oscurecemos su obra.—Nuestra pluma la mueve solo el deseo de dejar consignado cómo se está celebrando el Mes de María de 1860 en la tan religiosa ciudad de Montevideo.

II.

En los discursos de los cuatro primeros dias, que podrémos considerar como una introduccion del simpático Mes de María, se ocupó el orador de presentar el orígen de dicho mes, como el resultado ó finiquito del amor que tan purísima Señora nos tiene. Amor que debiera obligar el nuestro, en correspondencia de las especiales gracias que derrama diariamente con mano pródiga sobre todos aquellos que, consagrándole una fe sincera, se denominan sus devotos.

Apostrofó á este mes con el nombre de *Escuela de María,* prometiendo dar en ella lecciones útiles é interesantes en órden á la verdadera felicidad del cristiano, y enseñar el sendero, tan fácil de trillar, y que conduce á la bienandanza eterna.

Y considerando en María la fuente y el manantial del amor puro y de los conocimientos mas sublimes en órden á nuestro Dios, puso en boca de la Señora aquellas preciosas palabras: *Salva animam tuam.* Y glosando al mismo tiempo la tan sentenciosa como verídica máxima del Evangelio: *Quid prodest homini si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur?*

Probó que no siendo sino viadores en la tierra, nuestra aspiracion debia tender á la asecucion del último fin. Que de nada nos valdria atesorar las riquezas todas que encierra la tierra si perdemos el alma, y que para conseguirlo nos asiéramos al ancla verdadera de salvacion, que es María.

Entusiasmado en el recuerdo de las misericordias y gracias de la Señora, la excita á que vuelva sus propicios ojos hácia nosotros; á que se muestre verdadera madre, y como intercesora y mediadora que es entre la criatura y el Criador, consiga la salvacion del alma, mas tambien la del cuerpo.

Sienta en tésis general, que el medio mas seguro de obtener la perfectibilidad y de conseguir un ardoroso y santo amor de Dios, es el amor y devocion para con tan divina Señora; presentando á la vez los motivos mas que suficientes y poderosos que nos asisten para honrar y servir á la que los santos Padres de la Iglesia llaman *miraculum divinæ omnipotentiæ,* milagro de la omnipotencia divina.

María, decia una noche el orador arrobado de entusiasmo con este dulce nombre;

María es la Reina de las generaciones todas, presentes, pasadas y venideras, mas la Emperatriz del universo.

María es nuestra madre, y mas madre que todas las que han existido.

María es á la vez Madre, Hija y Esposa del mismo Dios. —Y perorando filosóficamente sobre este asunto probaba: que la gloria y el honor de Dios se interesaban en que le tributáramos cumplido homenaje, porque todo el honor que se prodigue á la Madre redunda en el Hijo, basando tal aserto en el sentir de san Bernardo, san Buenaventura, san Jerónimo y de todos los demás Doctores de la Iglesia, que á una convienen en que la honra que se atribuye á la Madre es gloria y alabanza propia del Hijo.

Y por último, fundado en las elocuentes palabras de san Ambrosio, concluye demostrando con la mayor lucidez, que en la devocion para con María santísima no puede haber fanatismo ni supersticion.

Todos estos discursos, que se han reducido á cuatro, los podemos considerar como la introduccion ó exordio con que parece quererse insinuar en el ánimo de sus oyentes, á fin de interesarlos en la importancia de esta acreditada devocion hácia la Reina de los Ángeles.—Para entusiasmar aun mas á los católicos todos á fin de que con la mayor constancia y recogimiento solemnicen como nunca el mes consagrado á tan divina Señora; invita á que se aunen al ferviente y muy celoso cura el Sr. D. Juan José Brid, con el objeto de que con esta ayuda recíproca, se celebren las glorias de María en el presente mes con una grandeza cual jamás se haya visto, en obsequio tambien de la piedad ilustrada del pueblo oriental.

III.

El quinto dia inició el orador su discurso estableciendo el argumento de la devocion á María, sobre aquel tema: «Si «alguno es pequeñuelo venga á mí;» introduciéndose despues con aquellas tan celebradas palabras de san Bernardo que llama á María: «Tierra de promision.»

Suponiendo en todos el deseo de llegar á poseerla y disfrutar de sus innumerables bienes, presenta la siguiente proposicion:

Es sumamente fácil amar y ser amado por María santísima.

Para establecer el primer argumento, prueba ser María un objeto el mas amable; desenvolviendo su carácter por la práctica de sus virtudes y por la hermosura aun exterior de que fue dotada.

Apoyado en los testimonios de san Ignacio Mártir y san Juan Evangelista dice: Que los pueblos entusiasmados cor-

rian á ver á María santísima. Y tomando acto continuo las brillantes palabras de san Anselmo, exclama con él : «¡Oh «hermosa y sobremanera amable! ¿dónde y por qué te escon- «des á la vista débil de mis pupilas? ¡ten piedad de una alma «que anhelando por tí desfallece!»

Para dar á conocer el agradecimiento y la exigencia que de sus devotos tiene María santísima, pone en labios de tan purísima Señora aquellas muy dulces palabras : *Hijo mio, dame tu corazon;* y la prueba de tal exigencia la basa en la queja de la Señora por nuestro abandono. Y moralizando ó presentando la leccion correspondiente á este dia, declama con energía contra la iniquidad del hombre que, abandonando tan dulces atractivos, se entrega á una vida licenciosa y criminal, y contra la falsa religion de aquellos que quieren cohonestar las prevaricaciones con cierta mentida devocion exterior, y presentando de golpe la fealdad de una sola culpa mortal, obligó al auditorio á que grabase perennemente en su corazon estas últimas textuales palabras de María : *Yo soy tu salvacion.*

Para estimular el amor propio y el interés personal presentó el amor de María todo glorioso y honorífico al que lo posee, demostrando con citas de la sagrada Escritura, que la criatura encuentra hasta un placer sensible en la devocion á esta Señora.

Á grandes rasgos trazó tambien el cuadro en que manifestaba la dignidad y sabiduría de esta Madre que ama al pecador, pero con amor constante é invencible; que sabe y conoce los afanes y angustias del corazon del hombre, y que á pesar de percibir y conocer á los enemigos todos de la humanidad y de tener todo el ascendiente ante el juez que ha de juzgarlos, se interesa no obstante por ellos, constituyéndose en su custodia.

Jóvenes, decia en medio del calor vigoroso que inspira tan grandiosa materia; buscad á María desde vuestra juventud, y María os hará gloriosos ante la faz de los pueblos, y aplaudiendo los felices resultados que desde entonces ya se tocaban en la católica capital de Montevideo, alabó entusiasta el fervoroso anhelo con que todas las clases de la sociedad se agrupaban en derredor del trono de María, distinguiéndose el ferviente deseo en la juventud oriental, que entonaba alternativamente los himnos y alabanzas de nuestra Madre y Señora.

IV.

Desde este momento cambiando el orador de rumbo principia á desarrollar con lucidez y maestría los pasajes todos de la vida de la Vírgen; presentándola á la vez como el mejor modelo que todo cristiano debe proponerse imitar, y dándola á conocer en el grandioso acto del sacrificio que de sí hizo en la tierna edad de tres años, en que renuncia á las caricias de sus padres y se separa de todo lo terrenal para consagrarse exclusivamente á Dios y desarrollar aquella ardiente y constante caridad para con el prójimo que siempre la distinguió.

La presentacion de María en el templo fue como el fundamento de su alto y santo destino; y trayendo á la memoria las solemnes promesas que el cristiano hace en la pila bautismal, descendió á manifestar que solo una educacion profundamente católica puede preparar á la sociedad y á la Religion generaciones capaces de reformar los estragos del egoismo y de la indiferencia, fruto de la educacion sensual y pagana. Y apostrofando con énfasis á todos los padres de familia, les recomienda la necesidad de que el Catolicismo

dirija el cultivo de la inteligencia; y les pide eduquen á todos sus hijos bajo máximas tan puras y salvadoras.

V.

Interesante sobre todas las conferencias ha estado la del desposorio de María santísima con san José.

Despues de una descripcion gráfica de la hermosura material de la Vírgen, terminada con las palabras de san Ambrosio en que se la dice: *Ser la figura de un Ángel revestido de formas corporales y que sus ojos dejaban hechizados á los que la miraban;* como penetrado de una vision del cielo, expresa el sentimiento amargo que el corazon sensible de María experimentó en la muerte de sus ancianos padres; quedando desde entonces la Señora exclusivamente consagrada al cuidado del templo y á las atenciones de caridad con sus compañeras.

Habíanse cumplido los catorce años de la existencia de María, y el consejo de familia, los parientes, que eran todos del linaje de David, de la tribu de Judá, hubieron de fijarse en un hombre con quien se enlazara la hermosa Vírgen, y la providencia de Dios, bien iluminando á los parientes, bien obrando un prodigio en este caso, les presentó un hombre, pobre sí, pero virtuoso y trabajador, y fue el oscuro carpintero de Nazaret. Si José era pobre á los ojos de los hombres, era muy rico delante de Dios, era apellidado el *Justo*, y la Vírgen no fue confiada al mas poderoso sino al mas noble. Con tal motivo establece esta proposicion:

El matrimonio de José con María es el modelo de la unidad social mas perfecta que ha formado jamás la gracia.

Presenta á José y María como las dos obras jefes de la omnipotencia; á José constituido en tutor y padre putativo

del Verbo encarnado, en custodio del Creador del mundo, en jefe de la sagrada Familia, en esposo, en protector y guia de la Reina de los cielos.

Hace ver la mision del Hijo de Dios empeñado en regenerar al hombre, á la familia, al linaje humano; y que para ello toma la carne de Adan en el seno virginal de María.

Establece las bases firmes é incontrastables del matrimonio, protegiendo á la mujer y al Hijo con la indisolubilidad y unidad del matrimonio, y de esta manera los pone al abrigo del capricho tiránico de todo opresor.

Saca á la mujer de la abyeccion en que la habia puesto la filosofía pagana y aun la conducta y tolerancia de la ley de Moisés. La esposa cristiana ya no será un ser abyecto, sino la digna y fiel compañera del hombre, é igual á él en todo; y si se la impone una ley de obediencia, es como una ley de paz y felicidad doméstica, y el marido fiel amará á su esposa como Cristo ama á su Iglesia.

Haciendo una digresion con este motivo sobre la dignidad del sacramento del Matrimonio, y buscando la verdadera causa de los disgustos y amarguras en que la mayor parte de los casados se ven envueltos, cargando la mano sobre la conducta del hombre, demostró que la falta del principio religioso es la ruina en este santo estado, que convierte en un infierno la sociedad doméstica, en vez de ser, como debiera, un paraíso.

Y pasa á proponer entonces, como un medio reparador para purificar la sociedad conyugal de la corrupcion que la degrada, los tres elementos religiosos, de la oracion, penitencia y comunion, únicos medios de evitar las tormentas que los agitan y las pasiones que les deshonran. Y haciendo vibrar aquí su potente voz, se dirige á la impiedad y el indiferentismo que han convertido al matrimonio en un yugo

intolerable. Declama contra las miras que generalmente se tienen para este género de enlaces, y culpó á los instintos corrompidos de la naturaleza, al interés mezquino y al placer sin límites que se tienen en vista. De donde era muy natural que profanada la santidad del matrimonio se desterrase la paz doméstica, convirtiéndose el hogar en el mas completo infierno.

No dejó de llevarse en esto la peor parte el hombre, pues decia el orador: «Al hombre toca la educacion esmerada de «la que elige por compañera para su vida, y es muy difícil «encontrar un corazon sensible como el de la mujer, que en «la vehemencia de su amor, no reciba con docilidad las lec«ciones de su esposo.»

VI.

Al presentar el orador el misterio de la Anunciacion de la Vírgen, lo hace remontando su vuelo con el Evangelista, y anunciando con la sencillez y con las mismas palabras que lo trae san Juan: *Et Verbum caro factum est.*

El primer cuadro lo ocupó la descripcion de aquellos felices esposos que, bajo el humilde techo de su hogar, sabian partir el tiempo entre la labor y la plegaria. La Esposa, ocupándose en los quehaceres mas mecánicos de la casa, sin omitir el salir á buscar agua, como las hijas de los Patriarcas, ó el lavado de las túnicas, como las princesas de Homero. José trabajando en su humilde taller dando ejemplo de la laboriosidad, y formando el contraste de la sencillez de estos esposos con la molicie y ociosidad de tantos á quienes ha llevado al matrimonio el interés sordo ó el placer sensual.

José y María, ignorados en el mundo, vivian como verdaderos hermanos, inundando sus corazones aquella santa paz que es la alegría del justo.

Formó la antítesis que habia existido entre el esplendor de Herodes rey de los judíos y la humildad y sencillez de María santísima, á quien el arcángel san Gabriel sorprendió en la oracion de la tarde, y saludándola *llena de gracia*, requiere el consentimiento de la Señora para obrar Dios en ella el misterio inefable de la Encarnacion del Verbo.

Las promesas del Ángel, aunque ciertas, no la deslumbran á María; el hijo que se la promete dominará sin duda el porvenir como ha dominado lo que pasó, pero aun así no pudo evitar aquella solemne pregunta: *Quomodo fiet istud?* Y aun cuando nosotros no comprendamos la explicacion que el Ángel la diera sobre este gran misterio, podrémos sí entender, que si el primer Adan no tuvo otro padre que Dios, el nuevo y segundo Adan tampoco debia reconocer otro.

La Omnipotencia soberana, que saliendo de la eternidad sacó al mundo de la nada sin ser contrariada, quedó ilesa y árbitra siempre de la vida, que la da á quién quiere y cómo quiere.

En los momentos de duda en que aparece María santísima, exclamó el orador con san Agustin y san Bernardo: «¡Oh momento solemne, que de tu contestacion están pendien-«tes todas las generaciones; mira ante tí postrado al género «humano que espera de tu consentimiento su reparacion, su «felicidad; el mismo Dios espera de tu voluntad llevar ade-«lante sus misericordias sobre el hombre; escucha ¡oh María «nuestros clamores!»

Prestó su consentimiento con aquellas palabras que todos conocen, y si un ángel tramó la perdicion con la Eva pecadora, otro ángel, pero de luz, arregló con la segunda Eva la reparacion del género humano.

Un *fiat* salido de la boca de Dios produjo el mundo, y el *fiat* que pronuncia María viene á alegrar á toda la especie

humana. En fuerza del consentimiento de la humilde Vírgen, el Verbo eterno vino á incorporarse con la naturaleza humana, vino á dar nombre á nuestra hermana la hija de Adan, y á darnos á todos el nombre de hermanos suyos.

Aprovecha esta ocasion para terminar su discurso el orador engrandeciendo las misericordias del Señor y agradeciendo á María su generosa resolucion, y exhorta á sus oyentes á que todos digan con verdad: *Hágase en mí la voluntad de Dios segun su palabra.*

VII.

Difícil y profundo es el argumento sobre la maternidad de María, y dos grandes y admirables efectos fueron los que inmediatamente se siguieron al consentimiento expresado por la Vírgen. La produccion de Jesucristo Dios y Hombre, y la sublime é incomparable dignidad de Madre de Dios, que desde entonces adquirió la Señora.

Hasta ahí no era mas que vírgen, y por la Encarnacion se hace vírgen madre y Madre de Dios.

Es aquí donde entra á establecer la prodigiosa intimidad entre María y Dios, pues es la union de la madre con su fruto que vive en sus entrañas y de sus entrañas. La misma sangre circulaba en María para ella y para Jesús, el mismo corazon formaba sus pulsaciones, y como dice san Agustin: «La carne de María es la carne de Jesús.»

Sigue desarrollando la grandeza de esta cualidad de Madre de Dios, y con san Buenaventura y santo Tomás la llama *Esfuerzo de la Omnipotencia divina.* ¡Hé aquí el objeto á quien buscaban los antiguos Patriarcas! ¡hé aquí la predileccion de todos los cristianos!

Pregunta y examina ¿cuáles serian las virtudes por donde

mereciese María santísima el ser Madre de Dios? y decididamente prueba, que lo fue *la fe* elevada á su grado mas alto. María creyó y por eso concibió; y aun cuando desde la edad mas tierna habia contraido el empeño de no tener otro esposo que el Dios de su alma, creyó sin vacilar que era posible concebir y engendrar al Hombre-Dios y criarle con su leche virginal, sin detrimento de su integridad.

Presenta la segunda virtud que descollaba en María, la *humildad,* en un grado heróico, pues tan alta dignidad exigia ese gran fundamento; dignidad que segun la doctrina de los teólogos no pudo Dios mismo inventar otra que le sobrepujase, y bien era preciso que la dichosa mortal á quien viniese una gloria de tanto peso ofreciera una seguridad incontrastable, y que el trono de la grandeza sentara su inmutable fundamento en el olvido mas profundo y completo de mismo. Entonces fue cuando sucedió que Dios elevara la Vírgen mas humilde y mas modesta al trono mas próximo al suyo: la Omnipotencia desplegó su brazo y realzó sin medida la gloria de la Hija de Judá, y las sillas en que se sientan los Querubes se bajaron ante la de una simple mortal.

Señala la tercera virtud que mereció de algun modo esta maravilla de la Encarnacion, la *pureza virginal* llevada al sumo grado de perfeccion; porque si Dios debia nacer de una hija de Adan, solo podia nacer de una Vírgen pura. Ella debia alimentar un amor tan puro y perfecto á su Dios que fuése á buscar el secreto de la sabiduría eterna en el seno mismo del Padre donde estaba oculto.

Con estas tres hermosas virtudes y el amor mas puro, pudo obligar á Dios mismo en cierto modo á hacerse el hermano del hombre, para que el hombre llegara á hacerse el hermano de Dios.

Terminó su discurso excitando al auditorio á la imitacion

de estas virtudes, *fe, humildad* y *pureza*. Porque el amor da una especie de omnipotencia á la nada de la criatura.— Amemos, decia al concluir; amemos á María, porque el amor tiene el poder maravilloso de convertirnos en hermanos y madre del mismo Cristo. Amemos á Dios, porque el amor hizo de Dios un hombre y del hombre un Hombre-Dios.

VIII.

La confirmacion del gran misterio de la Maternidad de Dios se halla, decia el orador, en el misterio de la Visitacion de María santísima á su prima santa Isabel.

Toda la doctrina católica acerca de la Vírgen María es una doctrina eminentemente evangélica, y se confirma el deber de tributar á esta nuestro obsequio de veneracion y agradecimiento.

Presenta la caridad de la Vírgen decidida desde el momento de la Encarnacion á visitar á la que podia mirar como compañera en los prodigios que Dios acababa de obrar. Hay una íntima ilacion, dijo, entre la maternidad de María santísima y esta visita.

La Anunciacion nos la presenta antes—y la Visitacion despues del acontecimiento.—

En la Anunciacion pide el Ángel el consentimiento de María, en la Visitacion Isabel la felicitaba por haberlo prestado.

En la Anunciacion el Ángel previene á la Vírgen que será Madre del Hijo de Dios, en la Visitacion Isabel la saluda como tal.

En la Anunciacion las perfecciones divinas parecen anonadar, en la Visitacion el cántico de María la realza y engrandece.

Seria preciso rasgar esta página del Evangelio ó mas bien

desecharle todo entero; ó de no, es claro el honor que ella le rinde y es preciso tributemos á María.

¡Qué sorpresa no causa ver á la humilde María atravesar una gran distancia, y por entre montañas, llevando en su seno á ese Verbo, al mismo Cristo á quien en la tierra debia adorar!

María era entonces la Iglesia, María era el mundo.

Presentó de golpe los efectos que causaron en Isabel las palabras de salutacion que la dirigió María en su entrevista. Isabel no pudo dejar de tributar el homenaje mas rendido á la que reconoció Madre de Dios.

Relaciona despues los efectos admirables que se obraron con sola la palabra de María, y cómo se entendió por medio de las dos madres. Jesús y su Precursor.—Dios quiso que fuese un niño quien manifestase al mundo á Dios mismo, y una mujer, que es lo mas débil y humilde. Maravilloso encuentro de estos dos infantes, el uno en el vientre de una madre anciana y estéril, imágen de la ley antigua que no producia la gracia, sino que la prometia; el otro en el seno de una madre jóven y vírgen, pero fecunda imágen de la ley nueva, y llena de santidad y de toda gracia. Las dos madres se unieron estrechamente, y la riqueza del segundo Adan se derrama sobre todas las miserias del primero.

Y haciendo una transicion de las gracias conferidas al Bautista en esta visita, pasó á hablar del celo de las almas manifestado por María.

IX.

En escala ascendente ha ido el orador filosofando sobre los misterios todos de la Vírgen santísima; mas hoy se eleva á una region mas metafísica, pasando á demostrar que:

María es madre de los hombres.

Nada tendria de extraño no pudiésemos seguirle en sus altos pensamientos.

La Religion, dice, está visiblemente amoldada sobre la naturaleza humana.

El Dios del corazon humano, el Dios de la humanidad para ponerse en relacion con ella no se ha contentado en tomar su lenguaje y hablar de sus costumbres en todas las sagradas Letras, sino que se ha revestido de esa misma humanidad, ha tomado un corazon de hombre, una carne humana, nuestra propia condicion y las relaciones todas que le son inherentes. Él fue asimismo quien en su principio hizo el corazon del hombre con todos sus afectos, inclinaciones y tendencias; él quien hizo el corazon del padre, el de la madre, el del hijo, el del esposo y el del amigo; y en esto veia su obra maestra: obra en la que ha inspirado su soplo, su amor, esencia de los amores todos. Cuanto mas estrecho, miserable y carnal se habia vuelto el corazon del hombre, tanto mas digno era de la bondad divina el curarlo, y tanto mas necesario tomarlo y tratar con él de corazon á corazon para perfeccionarlo.

Por esta razon decia en el Cristianismo: Dios se ha puesto en relacion con nosotros por medio de las afecciones todas de la naturaleza humana, para con ellas ganarnos y connaturalizarnos.

No hay una de que no se se halle revestido: la de Padre en los cielos, la de Hijo, la de Hermano, la de Amigo en la tierra, y la de Esposo, en fin, en la comunion inefable de su cuerpo en el Sacramento de nuestros altares. ¿Cómo, pues, habia de excluir ni omitir la relacion que mejor lugar ocupa en la naturaleza humana y que ejerce sobre ella la influencia mas pura y universal, cual es la de madre?

Se puede no tener esposa, hija, hermana, pero madre no. Y un sentimiento tan profundo, una relacion tan íntima, un afecto tan cariñoso y santo, ¿pudiera quedar descuidado en un sistema de religion formado visiblemente sobre la naturaleza y familia humana? No. Toda la humanidad entera en esta Religion forma una familia de hermanos en Jesucristo. Tiene un Padre que está en los cielos y ha menester de una madre. Y adujo, como prueba de esta necesidad, las tristezas, temores y miserias de nuestro corazon, que en sus agitaciones violentas busca siempre para depositarlas y transmitirlas á Dios el seno consolador de una madre. Es buen testigo de esto el mismo Dios, pues lo que ama y por lo que mas anhela es por encontrar en nosotros confianza; y nos dice, que aun cuando hubiese una madre que olvidara á su hijo y no se compadeciera de él, jamás Dios le olvidaria.

Era tambien bastante conveniente que, habiéndose hecho hombre, colocara una mujer intermedia entre la Divinidad y el género humano, y la estableciese en el carácter mas puro é indulgente, en el carácter de madre. Colocada María santísima Madre de Dios, Madre de los hombres, es como un puente de misericordia, por el cual podemos ir hasta él, siendo este el mismo camino que él tomara para venir hasta el hombre.

Probó el carácter de la maternidad de María con respecto al género humano, dando razones tan convincentes que hacian ver á la evidencia que la Madre de Jesús es todavía mas madre de los hombres, por cuanto la Señora condescendió en ser Madre de Dios, por la misma razon que moviera á Dios á ser su hijo.

Y explicando las palabras del Símbolo: *Qui propter nos homines et propter nostram salutem, etc.,* dijo: Que la mater-

nidad no tenia otro objeto que el mismo de la Encarnacion: la salvacion del género humano y el rescate eterno.

Y para concluir presentó como inseparables la maternidad de María y el sacrificio que la Señora debiera hacer de su Hijo Jesús: era Madre de Jesús para entregarlo á los padecimientos y á la muerte.

Y discurriendo sobre esto adujo como prueba el misterio de la Purificacion de María y la Presentacion de su purísimo Hijo.

X.

María dispensadora de gracias.

Un culto nuevo, decia, ó mas bien un poderoso motivo para obligarnos á la devocion de María santísima, fue el argumento que en otro tiempo desenvolviera el eminente Bossuet, cual es: que habiendo querido darnos Dios una vez á Jesucristo por la santísima Vírgen, este órden no sufre cambio, pues los dones de Dios están exentos de todo arrepentimiento.

Es una gran verdad y siempre lo será: que habiendo venido por conducto de María el principio universal de la gracia, hemos de recibir tambien por su mediacion cariñosa las aplicaciones todas de la misma gracia. Y es este el fundamento del culto de intercesion ó mediacion de que es objeto en el mundo cristiano la purísima Señora.

En este estado ya, entró á clasificar el diferente giro que damos á nuestras adoraciones, ya sea que las dirijamos á Dios, ya á María ó á sus Santos. Y estableciendo la diferencia entre estos diversos actos aseguró, que si por María se alcanzan y pasan todas las gracias, es necesario pedirlas á Jesucristo por medio de ella.

Aquí fue donde asentó el título de mediadora que decia la corresponde, y aquí donde explicó el por qué, cuando se trata de salvacion, de redencion ó de rescate, profesamos universalmente no haber sino un solo mediador, que lo es Jesucristo. No así cuando se trata de la misma salvacion por medio de súplicas, oraciones ó intercesiones, pues entonces reconoce la Iglesia que María y los Santos pueden ser nuestros mediadores.

Estableció clara y terminantemente la diferencia de mediacion entre María y sus Santos, explicando el doble carácter que acompaña á la de aquella.

La universalidad constituye uno de esos caractéres, pues se extiende por todos los lugares, tiempos, bienes y males de todo el mundo, y la forman patrona principal del género humano, y madre de todos los hombres: para lo que Dios la dotó de un corazon adecuado á tal ministerio.

El segundo carácter de esta mediacion es la eficacia de su intercesion; y aduciendo los testimonios de santo Tomás, Alberto Magno y otros devotos de María, dijo conservaba esta el empeño de madre sobre su santísimo Hijo. Y que ambos debian mostrarse en esta relacion de un modo infinito, pues el hijo mas perfecto debiera querer engrandecer relativamente á su augusta madre; está escrito: *Sicut qui thesaurizat ita et qui honorificat matrem suam.* Verdad que se halla practicada en el hecho de Salomon al levantar un trono al lado del suyo y decir á su madre: «Pide lo que quieras, «pues no es lícito negarte cosa alguna.»

De modo que el hombre puede acercarse á Dios con segura confianza, teniendo al Hijo por mediador cerca de su Padre y á la Madre por mediadora cerca de su Hijo. Accion gloriosa para Jesucristo, pues que toda la gloria de la Madre se refunde en el Hijo. Y no es por consiguiente de extrañar

que otorgue mas gracias á los que se dirigen á su santísima Madre que á los que lo hacen al mismo Jesús. Verificándose en esto la razon de san Crisóstomo, que hablando de los Apóstoles dice haber resultado mayor gloria para Jesús en ocupar para la conversion del universo instrumentos tan débiles como lo fueron los Apóstoles, que si buscado hubiese otros pertenecientes á una mayor jerarquía.

Concluyendo de toda esta doctrina, ser muy católica la enseñanza de los Padres de la Iglesia que asegura poderse tributar á María todo género de alabanzas y adoraciones, excluyendo la que se debe á Dios y la que le es peculiar al Redentor.

Para finalizar invocó el recuerdo de la célebre Rebeca, tierna doncella, vírgen hermosísima, en quien dijo estar figurada María. Quien siempre humilde, bajaba de continuo á las fuentes del Salvador á llenar su cántaro, y no contenta ya con dar de beber, abrasada de caridad ardiente, al piadoso Criador que la pide agua, la da tambien á las mismas bestias.

Y pues que todos recibíamos de su plenitud, deseaba pudiéramos aplacar la sed de nuestras pasiones.

XI.

Al empezar la segunda quincena del mes consagrado á María tributó gracias el orador á la divina Providencia, pues por ella y por la proteccion de la Señora se habia arribado, aunque con trabajo, á ese dia; y dijo que habia por su parte procurado desenvolver el carácter amable y la grandeza incomprensible constituida en Madre de Dios á la vez que de todos los hombres. Y dando nuevo giro á las instrucciones, se propone buscar el verdadero fin y el objeto de

este mes consagrado á la Vírgen, estableciendo por tema general de la nueva série de pláticas, proponer á María como el modelo mas completo de perfeccion cristiana y como tipo el mas acabado de la mujer.

Preguntó qué es lo primero que debe buscar el corazon verdaderamente religioso. Sin duda que la gracia, dijo, y la verdad, y la verdad se encuentra en el Salvador y en su Madre santísima. Jesús es el camino, la verdad y la vida; Jesús es la luz del mundo, es el principio de donde salió el Sol divino que alumbra á todo espíritu criado: *Maria de qua natus est Jesus*, segun aquellas palabras: *Ex te ortus est Sol justitiæ Christus Deus noster*.

La mision de la Vírgen se manifiesta en el empeño de difundir la verdad, y esta es la razon por que la mujer cristiana ha sido siempre el auxiliar mas poderoso de la verdad en este mundo.

El Evangelio dice que María es la Madre de Jesús, y que Jesucristo es la verdad viva, la verdad eterna, revestida de nuestra humanidad. Para aparecer en el mundo esta verdad, ha tomado cuerpo el Hijo de Dios, y lo ha tomado en las entrañas de María; es, pues, ella la Madre de la verdad, el grande instrumento de la verdad en el mundo; no conoceríamos la verdad, si no comprendiésemos la maternidad de Dios, y la mujer cristiana está llamada á tomar una parte en la manifestacion de esta misma verdad.

Como el hombre es un ser moral y sociable, preciso es que á su tiempo la que le transmite la vida física, le transmita tambien la vida moral y de la gracia.

Á la mujer debe el niño, decia el orador, las primeras nociones en el órden sensible y material; á ella es necesario tambien que deba los conocimientos de la moral é inteligencia. El soplo vivificador de las madres, imágenes de Dios en

la tierra, suscita en el alma las primeras semillas de la vida moral, y ellas hicieron brillar á los ojos de nuestro entendimiento las primeras luces de las verdades naturales.

Á nuestras madres debemos el crecer de las semillas regenerativas de la gracia que fueron en nosotros depositadas en el santo Bautismo, á quienes debemos tambien las primeras verdades del órden sobrenatural: los labios de nuestras madres derramaron en nuestras almas los rayos puros de estas sublimes verdades. El niño católico cree lo que cree la madre, y en esta halla la primera transmision de las verdades que no ha podido encomendar la Iglesia sino á un eco el mas fiel y perfecto.

La madre cristiana sabe el arte divino de las primeras comunicaciones de la verdad, y su ingeniosa é inagotable paciencia la da una admirable sabiduría para comunicar con la leche el lenguaje de las verdades evangélicas. No se olvida María santísima, ni aun hallándose en la mayor angustia, no se olvida, dijo, de ninguno de los suyos; hé aquí por qué la leccion interesante de este dia es en alivio y descanso de las benditas almas del purgatorio, á cuyo fin recomienda á sus oyentes dirijan sus súplicas y sacrificios en esta ocasion.

XII.

Vuelve en esta otra conferencia á tocar como por incidencia los rasgos de hermosura con que Dios enriqueció á María santísima; hermosura que san Dionisio conoció y de la que decia: «Se hubiera dejado arrebatar y adorarla como una «divinidad, si la fe no le hubiese enseñado que la Madre de «Jesucristo era una pura criatura.» Hace ver tambien las virtudes con que se habia preparado la Vírgen para hacerse digna en algun modo de la maternidad divina, y recuerda la

primera la fe heróica. Y dirigiéndose á las madres de familia las explicó la mision importante que han recibido de ser las primeras que transmiten á sus hijos una educacion verdaderamente religiosa, y como se harian culpables para con Dios, la sociedad y sus familias si no llenasen esta importante mision adornando el entendimiento de sus hijos con la doctrina de los dogmas del Cristianismo, por ser el único medio de evitar la accion funesta de un progreso intelectual anticatólico, pagano, erróneo y corruptible.

Ya he hablado, decia, que la fe de María santísima atrajo del cielo al mismo Dios, que la fe de María, como dice san Ireneo, «reparó los males que causara la incredulidad de «la primera mujer.» ¿Y por qué no se ha de reconocer la necesidad de esta virtud en la educacion moral de la juventud? En un siglo como en el que vivimos, plagado de ideas falsas y de preocupaciones anticristianas, solo la fe puede preservar el corazon y el entendimiento del contacto inevitable de aquellos errores de sistema.

La mujer, por naturaleza débil, por la fe se hace invencible; la fe ilustrada da siempre una elevacion de pensamientos, una rectitud de juicios, una firmeza de carácter y una energía moral que preservan de los escollos en que se ha estrellado la frágil virtud de tantas mujeres que se creian fuertes. La fe es la única que puede desarraigar esas máximas paganas demasiado acreditadas sobre la dicha de las riquezas, los privilegios del nacimiento y los derechos exagerados de las distinciones sociales. Una jóven iluminada con la fe preferirá siempre el título de hija de Dios á la vanidad de la cuna y al orgullo idolátrico de los hijos del siglo.

Por la fe sabrá penetrar en la realidad del mundo de la gracia, de la santa igualdad de todos ante la ley divina y la esperanza de la vida eterna.

Pero ¿dónde está, exclamaba, esta fe, dónde la encontrarémos, cuando vemos á la juventud educada en la idolatría, cási exclusiva de sí misma? Se la forma para que agrade al mundo, y se la enseña á presentarse en los paseos, bailes, teatros, y hasta en el mismo templo, con todo el esplendor de los atractivos de una naturaleza degradada.

En este momento, dirigiéndose á la concurrencia, se quejó amargamente de la falta de respeto y del atrevimiento impío de muchos que concurrian al templo para profanarlo con sus conversaciones inmorales y con su actitud grosera é irrespetuosa.

XIII.

Si preguntásemos, decia en la introduccion de esta conferencia, si preguntásemos á María santísima el orígen de su grandeza, y por qué todas las naciones la aclaman dichosa, responderia con las palabras de su cántico: «Porque el Se«ñor se dignó mirar la humildad de su esclava.»

La humildad es, pues, una virtud emimentemente católica, y el Verbo encarnado bajó del cielo á enseñar por sí mismo esta desconocida virtud. Pintó la humildad cristiana como el fundamento de toda santidad, de toda grandeza. Desenvuelve el carácter de esta virtud en los admirables efectos que ella ha producido, pues nada menos son que la conquista de todo el mundo. Hizo ver que no era ninguna virtud baja ni degradante, sino que, al contrario, eleva al hombre é ilumina su entendimiento: explica esta virtud manifestando la necesidad de que sirva de base á la educacion que las madres deben dar á sus hijos; y confrontando la maternidad de María santísima con la vocacion de la madre cristiana, dice que la mision civilizadora de la madre se en-

cierra en el círculo de una familia, y desde el interior del santuario doméstico deben derramar en el mundo las semillas de vida que purifican. Que las mujeres son como las raíces del árbol social y como el cimiento de los edificios; las raíces sacan de las entrañas de la tierra la sávia y la vida que comunican al tronco y á las ramas, pero las raíces y los cimientos de un edificio deben estar escondidos en lo profundo del terreno.

Describe los deberes de una mujer, de una esposa, de una madre verdaderamente cristiana, y aunque oscuros, de ellos depende la suerte futura de las familias.

La vida social de la mujer católica debe ser de retiro, silencio y trabajo, de desprendimiento y paciencia, y su verdadero reinado, la modestia y el cuidado de la familia; pero ¿quién sin humildad, preguntaba, puede condenarse á una vida ignorada para inmolarse á cada instante á la voluntad de un marido las mas veces caprichoso? No es posible hallar virtud sólida en el corazon de la mujer sin abnegacion profunda.

Entabló tambien el paralelo entre la mujer humilde y la mujer orgullosa: la primera se goza en el silencio, gusta de la soledad de su casa y encuentra todas las delicias en su retiro; mientras que la orgullosa aborrece la vida ignorada, y busca siempre un teatro donde hacer ostentacion y mendigar aplausos.

Dirigióse contra la mala educacion que se proporciona á los jóvenes en nuestros dias, anatematizando la educacion fundada en el orgullo, que solo inspira en el alma la ponzoña del sensualismo, que tanto pierde á la juventud, é insiste en la necesidad de la humildad santa, para poder agradar á Dios que resiste fuertemente á los soberbios; ter-

minando con aquellas palabras de Jesucristo: *Nisi efficiamini sicut parvuli, etc.*

XIV.

Sobre este tema: *Fallax gratia et vana est pulchritudo,* inculcó de nuevo en la siguiente conferencia sobre los peligros que corre la educacion de los jóvenes si no se les imbuye la energía de la fe y la sávia divina de la gracia, únicas capaces de extinguir el sensualismo del alma; y presentando por tercera virtud sobresaliente en María santísima la pureza, discurrió acerca de la importancia ó dificultad de esta tan hermosa virtud, comparada por el Espíritu Santo á la esplendente azucena que crece entre espinas.

Para enseñar y arraigar esta virtud en el ánimo de las jóvenes no hay como darlas, decia, una educacion que las enseñe á vivir la vida del alma, de los Ángeles y de Dios. Hagan todo empeño por destruir la idolatría de sí mismas, subyuguen el amor egoista de su frágil belleza, la pasion desordenada de las alabanzas, los caprichos extravagantes de la vanidad y del lujo, persiguiendo con teson hasta la sombra del sensualismo y molicie. Es necesario atacar la propension que las domina hácia las cosas sensibles, sujetar la imaginacion, y no hay otro medio sino los auxilios reparadores de la gracia y el uso frecuente de los santos Sacramentos; de no, resucitará el paganismo de las sensaciones y la idolatría de la materia.

¡Desgraciado el pueblo en que se proclama el triunfo de la vida sensual sobre la espiritual! ¿Y qué esfuerzos se hacen por mejorar la educacion espiritual de las jóvenes? ó mas bien dicho, ¿qué medio no se adopta para perfeccionar la belle-

za exterior? ¿No se lisonjea á las jóvenes con ilusiones peligrosas, prometiéndolas una suerte brillante de delicias y placeres, cuando vuestro empeño debiera ser prepararlas para llenar las obligaciones de sacrificio y abnegacion? ¡Cuán pocas son las madres de familia que no se dejan cegar por la tiranía caprichosa de la moda! ¿Con cuántos partidarios cuenta la educacion verdaderamente cristiana? ¿Quién no recibe una educacion pagana, solo porque está de moda? Pues de esta educacion anticristiana nacen las artes sensuales, el lujo inmoderado de las galas, la manía furiosa de los bailes y conciertos, la exaltacion del cerebro, el egoismo del corazon, la necesidad de agradar y dominar, los celos que irritan y la envidia que devora. ¿Cuáles son las deidades á quienes se rinde generalmente adoracion? Sin riesgo de equivocarnos podemos asegurar que los dioses de la mayor parte de los hombres y de las mujeres son el dinero y el deleite. ¿Y así se pretende hallar moralidad, pureza de costumbres y verdadera Religion? No, no es posible.

XV.

Pasa el orador en la siguiente conferencia á considerar la vida de María santísima en la época en que se redujo á su vida oculta é inocente, en la que pasó largos años en compañía de Jesús y de su casto esposo. Pinta aquellos dias como los mas apacibles y tranquilos para María, y presenta al Hijo de Dios ocupándose en instruir á la Vírgen santísima en la fe de los misterios divinos, en la gran pureza de la mision augusta, y amoldando el amoroso corazon de la Madre á las suaves afecciones hácia la inocencia, la niñez, la debilidad, el amor de esa, y muy particularmente hácia el pecador arrepentido.

Importante cuadro para la mujer cristiana deseosa de llenar su vocacion y cumplir su destino reparador en el mundo. Aquí se ofrece la necesidad grande que tiene la mujer, para la vida de obediencia, de sacrificio, de desprendimiento que le es propia, de echar mano de ejercicios santos de piedad, porque sola su práctica le dará la fuerza que necesita. Ella debe mirar al cielo y pedir de continuo las virtudes que forman su gloria en el santuario de la familia, ella debe dar á sus hijos, á su esposo y á cuantos la rodean el tierno espectáculo de una vida de paciencia, de prudencia y resignacion; y si estas virtudes le faltan, su casa será un mar borrascoso y su vida un suplicio. Debe ser la mujer cristiana, decia, el ángel protector de la familia, la consoladora de cuantos padecen á su alrededor y la consejera de aquellos á quienes ciega el mundo ó alucinan las pasiones.

Llamó la atencion sobre los ricos tesoros de edificacion que pueden sacarse del retiro de María santísima en su casa de Nazaret. María hizo una vida muy digna y muy fácil de imitar, una vida comun, una vida oscura, una vida oculta y laboriosa. María se halla sumamente contenta en esa vida comun, que la prefiere á todo lo singular y extraordinario. Al parecer no era sino una simple mujer que cuidaba de su casa en una pobre aldea. La oracion de María era tan sencilla como sublime; ruega siempre, pero con el corazon, y nada se observa de notable en sus ejercicios de piedad. Abraza una vida laboriosa para reprender la vida ociosa y muelle de aquellas mujeres acomodadas, enemigas del trabajo.

La manutencion y el aseo de su Hijo y Esposo, el arreglo de su humilde casa la absorbia cási todo el dia; pero su trabajo tan continuo no le hacia perder la presencia de Dios, ni la paz del corazon.

El cielo la hizo probar la amargura de la muerte acaecida en su casto Esposo, reflejo puro de las antiguas costumbres y de la fe y sencillez de los patriarcas Abrahan y Jacob; quedaron solas las dos víctimas en la tierra Jesús y María, para sufrir los grandes rigores de la expiacion, que habia de salvar al mundo.

Llama la atencion sobre las palabras del Evangelio: *Et erat subditus illis*, y presenta esta sumision de Jesús como un fundamento de nuestra filial veneracion hácia María. Treinta años de una vida que solo tenia treinta y tres, ¡qué ejemplo de obediencia y veneracion hácia María! ¡cuán digno y cuán puro debia ser el corazon de la Vírgen, para que el Hijo de Dios hiciera por él solo lo que hizo por tres años por el mundo.

¡Cuánta humildad y anonadamiento de parte del Hijo del Altísimo! No solo se hizo hombre, sino que el hijo de David se hizo carpintero; así es como dignifica no solo la humanidad que tomó sino tambien la oscuridad del trabajo, la pobreza, la humilde condicion en que vivió en esa humanidad: siendo no solo el Hombre-Dios, sino el artesano Dios; el artesano Dios en la tierra como es el artífice Dios en el cielo, allí fabricando la armadura del universo y en la tierra ejerciendo el oficio de humilde carpintero.

XVI.

Silencio de María.

Llegada la hora de la predicacion de Jesús, dejóle partir María, arrancándosele el corazon: era necesario mostrarse dócil á las órdenes del cielo, pero su alma estaba dilacerada de dolor. La inocente empezó á probar bajo su solitario techo aquella soledad cruel que oprime como un peso sofocante todos los momentos de su vida.

Soledad de soledad y de zozobra por el peligro que corre el bien que se ama, soledad precursora de la que habia de abismar su alma en un mar de angustias, cuando debió llorarle abismado en el desierto del sepulcro, así como le lloraba entonces hundido en la soledad de las montañas.

Los cuarenta dias que Jesús pasó en el desierto entregado al ayuno y á la oracion fueron para María cuarenta siglos; para la inquietud maternal cada minuto pasado en esta zozobra era una dolorosa eternidad. Pero Jesús volvió á Nazaret con sus cuatro discípulos, Pedro, Andrés, Felipe y Natanael, jóvenes pescadores á quienes habia inspirado la confianza de la mision, y la presencia de Jesús hizo renacer la calma en el corazon afligido de su Madre.

El primer milagro que obró Jesucristo, que fue el de las bodas de Caná, le hizo á instancias de su Madre despues de haber probado su fe y su humildad.

Los tres años de la predicacion de Jesucristo fueron un tiempo de prueba para María santísima, y desde las bodas de Caná hasta el momento que precedió á la muerte de Jesús no se la oye hablar mas con su santísimo Hijo, y solo al pié de la cruz volvemos á encontrar á María en el Evangelio.

Es de admirar este gran silencio guardado por el Evangelio y por María durante tantos años, y es una prueba del amor que al silencio profesaba la Señora. Nada mas edificante habria sido que contar María á los pastores y á los Magos las maravillas que habian acompañado al nacimiento de su divino Hijo; sin embargo, María se contentó con hacer de aquellas maravillas el objeto de sus mas profundas meditaciones, *conferens in corde suo;* conservaba la memoria en su corazon, para hacer de ella el objeto de sus meditaciones.

Parecia razonable, dijo, hubiese hecho María consideraciones á su esposo, cuando este le dijo era preciso partir en

la noche y en el rigor del invierno para dirigirse á Egipto. Pero no, María era muy sumisa para contestar la menor cosa. ¿No habria sido conveniente referir á los de su nacion lo que veia en la conducta de su divino Hijo para hacerlo conocer mejor? Adorar la Providencia y someterle á sus designios mas misteriosos, esto es lo que hizo María en las circunstancias mas desconsoladoras para un corazon de madre; pero ¡al menos hablara para arrancar á su Hijo de una injusta condenacion! No.

Está muy resignada en los designios del Altísimo, está muy convencida de la perfeccion que lleva consigo el silencio y de los cuidados que Dios se toma por aquellos cuya inocencia está oprimida, para atreverse en este caso á romper la ley del silencio que ella se habia impuesto.

María, cuya alma estaba toda en Dios y cuyo corazon estaba completamente separado de la tierra, no sabia ni esperar, ni pedir los consuelos de ella. ¡Cuántas inculpaciones debemos hacernos á la vista de este magnífico modelo del silencio de María! ¿Y por qué no tomarémos la regla que sobre este particular nos da la santa Escritura? *Rodeemos,* nos dice, *nuestras orejas de espinas;* es decir, huyamos de la murmuracion, seamos enemigos de la maledicencia y de la calumnia, no escuchemos las malas lenguas. Poned, nos dice, una puerta en vuestra boca, para tenerla cerrada de propósito y no dejar salir de ella los juramentos inícuos, las blasfemias, los discursos lascivos, las palabras impías y las calumnias. Mas vale ser siempre circunspecto y pensar nuestras palabras antes de darles salida, é imitar el silencio de María.

XVII.

Mater dolorosa.

En la grande escena, decia, de la redencion sobre el monte Calvario, entra como una parte principal el heróico dolor de María; el digno objeto y fruto de este dolor hace resaltar la presencia de la purísima Señora al pié de la cruz, en oposicion á la conducta débil de los discípulos de Jesús. En medio de la defeccion universal se presenta en pié y junto á la cruz la Madre del Redentor como única columna de la fe, como la única tambien que retenia la heroicidad de esta virtud. Solo María, representando á toda la Iglesia, vió allí á su Hijo padeciendo por los hombres. Solo María llevó con Jesús el peso de los padecimientos, peso que manifestó por aquellas palabras del Profeta: *O vos omnes*, etc.! Así lo ratifica la humanidad entera llamando á María Madre de los dolores, y concurriendo á los piés de sus altares para templarlos y sobrellevar los que de otro modo serian insoportables, los de nuestro luto y simpatías.

Aquí desenvolvió el orador las razones mas poderosas para considerar á María como la madre mas atribulada y afligida, por lo mismo que era la madre mas completa, la mas pura, la mas fiel y que perdia el Hijo mas perfecto y mas amable. El amor materno y el amor divino se presentaron, para hacer del amor de María el mas fuerte y el mas justo, llevando sus padecimientos aun mas allá que los que podia sufrir una humana criatura; eran dolores sobrenaturales, dolores profundos, como correspondia á la que era llena de gracia, y á la que tomó sobre sí el peso inmenso de los dolores divinos.

Recordó los dos altares del Antiguo Testamento, levantados

uno enfrente de otro, donde se oia en uno el ruido de los instrumentos para sacrificar las víctimas, y veíase en el otro el fuego y las llamas para quemar el incienso.

La cruz del Salvador era el altar donde se inmoló la víctima inocente, y el corazon de María en donde se hacia el sacrificio en el fuego y llamas de la caridad. Los padecimientos sufridos por el Hijo venian á reproducirse en el corazon de la Madre; pero en medio de tanta tempestad, de tanta sangre, en medio de las blasfemias, insultos del pueblo, la consternacion de los discípulos, las lamentaciones de las mujeres piadosas y la conmocion de la naturaleza entera, María, sostenida por el poder divino, permaneció en pié, dándola aquella fortaleza la gracia de la maternidad.

Aquí llamó enérgicamente la atencion del auditorio, aprovechando la oportunidad de la meditacion de este dia sobre la confesion sacramental, y propuso la necesidad de acercarse á este Sacramento instituido por Jesucristo, si la devocion á María santísima habia de dar algun resultado positivo; si habian entrado en el deseo de sus oyentes la reforma de costumbres, presentando como el medio mas eficaz y pronto el elemento de la confesion introducido por las madres de familia en la educacion de sus hijos.

Recomendó altamente la necesidad de purificar el alma por medio de este Sacramento, á fin de dar á María santísima una verdadera prueba del amor que se la consagraba en el mes de su fiesta.

XVIII.

El grande y divino misterio de la Redencion del género humano no se compone solamente, decia el orador, de la augusta víctima Jesús, sino del Padre celestial que nos la dió

para que pudiéramos ofrecérsela; del mundo, que recibia en este gran sacrificio el beneficio de la reconciliacion; de todos los escogidos, que se convirtieron en él, de extranjeros y réprobos, en coherederos del Hijo é hijos del Padre en el espíritu de adopcion y de amor, que es el Espíritu Santo.

La Madre de Jesús, dijo, no puede dejar de tener en este sacrificio parte, y esta parte no puede ser otra que la que le constituye madre, así es que ofreciéndose Jesús en holocausto por el pecado, María es madre de una víctima de nacimiento, pues su maternidad tiene el mismo objeto que la Encarnacion que obra la Redencion. El Hijo decia: *Ecce venio ut faciam voluntatem tuam*, y la Madre exclamaba: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi*, etc., y estos dos *fiat* del Hijo y de la Madre, están unidos y cooperan al mismo fin, que es la salvacion del mundo. Cuanto recibió, mereció y padeció María como madre del Hijo de Dios fue con este único fin; cuanto estamos unidos á Jesucristo como hermanos, otro tanto lo estamos á María: solo somos hermanos del Hijo, porque somos hijos de la Madre, y como somos miembros de Jesús y formamos con él un solo cuerpo, de que es cabeza, la Madre de Jesús lo es nuestra con una maternidad indivisible. Por una parte dió á luz María á Jesucristo, por otra da á luz á los fieles; por una parte al inocente, por otra á los pecadores. Pero al inocente lo dió á luz sin dolor y á los pecadores los da entre penas y tormentos. Es preciso que á costa de su Hijo único sea madre de los cristianos: María es la Eva de la nueva alianza y la madre comun de todos los fieles; mas esto es preciso que cueste la muerte de su Primogénito. En el corazon de María hay dos amores, ambos á dos extremados, que luchan entre sí, el amor de la vida de Jesucristo y el amor de la redencion de los hombres y de la voluntad de Dios. El uno es mas tierno, el otro es mas fuerte; el uno

hace el martirio, el otro el sacrificio; el uno forma la tempestad, y el otro la calma. Somos hijos de la compasion de María; ella es realmente la madre de los vivientes.

Amó María tanto al mundo, que dió Ella tambien á su único Hijo para que tengamos la vida; y lo dió con todo el dolor de tal sacrificio y toda la generosidad de tal parto. ¡Cuáles deben ser, exclama el orador, nuestros afectos de amor y agradecimiento para con tal madre! ¡Con cuánta mas razon nos puede dirigir las palabras de Tobías á su hijo: Hijo mio, no olvides los gemidos de tu madre, recuerda siempre cuáles y cuántos males sufrieron por tí sus entrañas, y que sin ella no verias la luz!

Jesucristo moribundo quiso proveer él mismo á este culto filial de los cristianos para con María, quiso proclamar su maternidad y nuestra deuda en el mismo instante que nacíamos de tantos dolores. ¡Mujer, hé ahí á tu hijo! Y despues al Discípulo, ¡ve ahí á tu Madre! y desde aquella hora el discípulo la tuvo por suya. Hé aquí justificado el culto que se debe á María y consagrado del modo mas terminante y divino, pues es como si dijera Jesús: Mujer, sea todo cristiano vuestro hijo, y vos sed su madre. María es, pues, nuestra madre en toda verdad.

Estas palabras son juntamente el golpe mas cruel para María y el mas decisivo para nuestra salud. Al pié de la cruz sintió María estas angustias, allí se hizo madre nuestra por Jesucristo que desgarró su alma. Jesús y María derramaron ambos á dos su sangre: el uno la de sus venas, la otra la de su corazon; murieron los dos por la salud del mundo; Él con una muerte que ponia fin á sus padecimientos, Ella por una supervivencia que era solo una muerte.

XIX.

María madre de la fe.

María, dijo el orador en el exordio de esta conferencia, no quedó en vano sobre la tierra despues de la Ascension del Señor; debia hacer una obra capital, la obra de la fe cristiana; y María efectivamente cooperó de un modo tan eficaz á la formacion de la fe cristiana en el Cenáculo, como á la Redencion en el Calvario y á la Encarnacion en Nazaret. Dios la hizo único testigo del gran misterio de que era cooperadora.

La Encarnacion del Verbo es el gran misterio de nuestra fe: la divinidad de Jesucristo es el todo del Cristianismo; quitada esta, la doctrina cristiana no tiene sentido, la Redencion se desvanece, la cruz cae, si el Crucificado no es Dios. El testigo á quien Dios quiso que debiéramos el conocimiento del misterio de la Encarnacion es la misma Vírgen, á la cual despues de él quiso que debiéramos la misma Encarnacion. No es fácil conocer la elevada importancia que imprime á la Vírgen María este carácter de testigo fundamental de la fe cristiana. Dios quiso que solo hubiera un testigo de la Encarnacion, y este único garante de nuestra fe es la Vírgen María. María estaba sola con el Ángel cuando le fue anunciado el misterio de la Encarnacion. Dios quiso que María fuese la fiel y muda depositaria de este por todo el tiempo que vivió su Hijo, y que guardase por espacio de tantos años su secreto, de manera que todos los fieles le debiéramos su conocimiento. ¡Discrecion admirable! No fue necesario encargarle el secreto, pues el Verbo, cuya gracia le inspiraba la humildad, la fe, la fidelidad, la paciencia, la circunspeccion, todas las virtudes que guardaban su alma, se encargó de hacerlo. Aca-

baba María de ver á un Ángel, de oirse saludar bendita entre las mujeres. Se realiza en ella el mayor y mas glorioso de los prodigios; sin dejar de ser vírgen es madre, y Madre de Dios, santuario del Espíritu Santo, esposa del Altísimo, y su boca nada de ello dice, y su fisonomía nada revela. María calla, y callará mucho tiempo, despues ha de hablar la última, y su palabra vendrá á ser el fundamento de la fe cristiana. ¡Oh silencio! ¡oh humildad! ¡oh discrecion magnánima, digna de la Madre de un Dios humillado! ¡cuánto valor dais al testimonio de María! ¿Y en qué circunstancias guarda este secreto? ¿Quién no admirará la paciencia heróica de María, cuando siendo Madre del Santo de los Santos, Vírgen hasta llegar á oponerse á la maternidad del mismo Dios, vese caida del corazon de su casto esposo en el mas profundo abismo de desprecio? Una sola palabra bastara para sacarla de él; pero María por humildad, por discrecion, por confianza en Dios calla, y calla tambien cuando se ve saludada por su prima santa Isabel. Y la divina Providencia dispuso que María fuese el testimonio de la debilidad nativa de Jesucristo; Ella se presenta como el único testigo, no solo de la encarnacion divina sino de la Visitacion, la Adoracion, la Natividad, la Presentacion al templo, la huida á Egipto, la sabiduría de Jesús entre los Doctores y finalmente de los treinta primeros años de la vida de nuestro Dios en la tierra; todo lo que se expresa en el sagrado Evangelio. El corazon de la Vírgen santísima es el primer Evangelio de Jesús. Es indudable, por lo tanto, que nuestra fe, fundada segun san Pablo sobre el testimonio de los Apóstoles y Profetas, lo está mas particularmente sobre el de la Vírgen santísima, á quien la Iglesia saluda tan justamente por su Reina.

¿Y qué es lo que constituia el valor del testimonio de María? Una sola cosa. Su santidad preeminente, su dignidad de

Madre de Dios, y estas fueron los dos únicos garantes de la fe de los Apóstoles en el misterio de la Encarnacion, y por consiguiente de la fe del universo en el Cristianismo; y así es como el mundo cristiano rinde á la eminente santidad y dignidad de María un testimonio proporcionado á su fe en el Verbo encarnado, puesto que no cree en Él sino porque cree á la Vírgen María.

XX.

Tránsito de María.

Cuando el Sol de justicia, dice un moderno historiador de la Vírgen, se habia ya cubierto en el sangriento horizonte del Gólgota, la Estrella de los mares continuaba reflejando sus dulces rayos sobre el mundo renovado y ejercia sus benignas influencias en la cuna del Cristianismo. ¡Cuánta seria la influencia de la Madre del Salvador en los progresos de la primitiva sociedad cristiana! ¡y cómo contribuiria la Esposa del Espíritu Santo á la consolacion de la Madre del Cordero! Los Apóstoles corrian con confianza y amor á deponer á los piés de María los frutos de sus conquistas; con fervor y entusiasmo recibian su bendicion para correr hasta los últimos confines del mundo para predicar al divino Crucificado. Alcanzaron á María los efectos de la terrible persecucion que se levantó contra los cristianos el año 24 del Señor. Despues de haber pasado algun tiempo en Jerusalen, siguió á san Juan á Éfeso, y allí ejerció una saludable y poderosa influencia tanto en los progresos de la Iglesia como en la ciencia maravillosa que se descubre en el Evangelio del Discípulo amado, y la conversacion de María fue la luz, la voz y el valor de los Apóstoles. Era muy natural que María quisiese ver antes de morir los lugares de la redencion y respirar otra vez los dul-

ces aires de su patria. Dijo el orador que la fiel tradicion asegura que María sobrevivió veinte y tres años á la Ascension del Señor, acabando en la vida mas humilde y resignada de llevar aquel tesoro de méritos cuyo galardon debia recibir. Llegada la edad de setenta y dos años se sintió el rumor del fin de su vida; y la tradicion dice tambien que María murió rodeada de los Apóstoles, que por inspiracion divina se reunieron en el Cenáculo para presenciar la muerte de la Madre de Jesucristo. El tránsito de María fue un dulce sueño, un rapto suave de amor divino. La muerte vencida ya por el Hijo se acerca con respeto á la Madre, la reconoce fuera de su dominio, porque en ella no pudo ni hallar sombra de la culpa que sujetó á su voz devastadora la condenada progenie del hombre pecador. María muere sin amargura; su corazon habia muerto ya mil veces en el Calvario y en las agonías de la cruz. Su vuelo á la eternidad no debió ser mas que un éxtasis delicioso. Entre tanto su cuerpo purísimo, conducido entre los cánticos de los Ángeles y de los Apóstoles, fue depositado en Getsemaní. Á los tres dias despues, Tomás, que no habia podido asistir á la muerte y traslacion del cuerpo de María, pidió que se le permitiera contemplar y honrar por última vez aquel templo de Dios. Abrióse el sepulcro, pero ya no estaba el cuerpo; solo se encontraron los lienzos en que habia sido envuelto. Sobrecogidos de admiracion á vista de aquel misterio, los Apóstoles, asistidos del Espíritu Santo, creyeron ver realizadas aquellas palabras del Profeta rey: «Levántate, Señor, para tu descanso, tú y el arca de tu san«tificacion.»

María, pues, resucitó como su Hijo divino; la piedad lo cree, la razon lo autoriza, los hijos de la Iglesia cantan en himnos el doble triunfo de María. La muerte es el eco de la vida; todas las glorias de la vida de la Vírgen santísima, to-

dos sus misterios deben venir á hacer eco á su muerte. Allí debieron unirse maravillosamente en concierto el misterio de todos los misterios, la gloria de sus glorias y la grandeza de sus grandezas.

XXI.

Asuncion de María.

Para probar la Asuncion de María á los cielos, dijo que era este un misterio que desde los primeros siglos del Cristianismo ya se celebraba, y adujo el testimonio de san Jerónimo, que floreció en el siglo IV de la Iglesia.

Estableció la diferencia que existia entre la Ascension de Jesucristo y la Asuncion de María, en que la primera fue por su propia virtud como exclusivo poder del Salvador, y la segunda por virtud y gracia de la dignidad y por el ministerio de los espíritus celestiales que la aclamaron Reina y la mas inefable de las criaturas.

La Ascension de Jesús, dice san Bernardo, fue mas poderosa en la majestad, pero la Asuncion de María mas solemne en la pompa. Y las regiones inmortales debieron abrirse y recibir con júbilo y asombro á la Vírgen sin mancha que llevó en su seno la divinidad del Criador.

Buscando las razones en que debiera fundarse este misterio, aseguró ser la primera la predestinacion. ¿Cómo podríamos, decia, dejar se corrompiese en la tierra la que hemos tomado del cielo? ¿Cómo separar de su divino Hijo que sube al cielo á esta Madre predestinada á ser su compañera?

María es no solo la primera de las criaturas predestinada por ser la mas santa y perfecta imágen de su Hijo, sino que forma una jerarquía por el título de Madre de Dios. María, por lo tanto, tomada sobre los hombros de los Ángeles,

debia subir á toda la alteza de su dignidad, por lo que su predestinacion se llama la Asuncion.

Como segundo fundamento presentó su Concepcion inmaculada diciendo que:

Junto con la vida recibia el hombre el veneno de la muerte, y de él moria, segun aquella sentencia: *Morte morieris.* El pecado, dice san Pablo, entró en el mundo por un solo hombre, y la muerte por el pecado; así la muerte pasó á todos por aquel en quien todos pecaron. El pecado hace perder nuestras almas, y la muerte nuestros cuerpos; y estas dos muertes del alma y del cuerpo están enlazadas entre sí por una relacion de orígen.

María, preservada del pecado original, que es la muerte del alma, debió ser preservada de la corrupcion por la misma ley que á esto nos somete. Cierto es que María pasó por la muerte, mas no permaneció en ella. Pasó por la muerte, no por la corrupcion; y pasó porque su Hijo pasara por ella y del modo que Él pasó. La muerte fue en la Vírgen santísima un hecho, no un efecto. La muerte, como efecto del pecado, lleva consigo la corrupcion de la carne. La muerte se nos presenta con dos caractéres: como condicion natural y como efecto del pecado, y en este último concepto lleva consigo la corrupcion del cuerpo. María fue preservada de ella por su pureza, y en el primer sentido es que María pagó el tributo á la muerte. Al morir de este modo la santísima Vírgen, no tanto murió, cuanto dejó su mortalidad en el sepulcro para vestirse allí de gloria; concluyendo, pues, que la Asuncion de María tiene su raíz en su original pureza de Madre del Verbo encarnado.

El tercer fundamento fue la Encarnacion del Verbo.

Hay, dice Bossuet, una trabazon admirable entre los misterios del Cristianismo y el de la Asuncion; tiene este un

enlace particular con la Encarnacion del Verbo eterno. Porque si la divina María recibió en otro tiempo al Salvador Jesús, justo es que el Salvador reciba tambien á la bienaventurada María; y no habiéndose desdeñado Él de bajar á Ella, debia levantarla así para hacerla entrar en la gloria. Y no hay que maravillarse si María resucita con tanto brillo ni de que triunfe con tanta gloria.

¿Cómo no habia de recibir con ansia á esta criatura bendita entre todas, que le dió hasta la vida, que le formó de su sangre, vistió de su carne, alimentó de su sustancia y crió para la salvacion del mundo?

Despues de todo esto, ¿cómo se puede concebir que este mismo ser original, prevenido con tanta pureza, adornado con tantas gracias, colmado de tantas bendiciones, enriquecido de tanta santidad fuera entregado á la corrupcion del sepulcro, á esa horrible descomposicion que nos hace retroceder de espanto? Si el Hijo de Dios, dice san Agustin, tuvo poder para conservar vírgen el cuerpo de María en su parto, túvolo igualmente para preservarlo incorruptible en su sepulcro. Si pudo, lo quiso; si lo quiso, lo hizo.

No olvidemos que la carne de Jesús fue sacada de la Vírgen; á María debió, pues, Jesús su propia carne, el conservarla incorruptible en su Madre. Y ¿qué otra cosa dijo el Profeta, cuando al anunciar la Resurreccion de Jesucristo, dijo: «Levántate, Señor, á tu reposo?» Y añade: *Tu et arca sanctificationis tuæ:* esta arca es la Vírgen santísima, que encerró el maná del cielo y las tablas de la ley; y no podrémos menos de mirar la Asuncion de María como el complemento de la Ascension de su Hijo.

XXII.

Paralelo entre los misterios de Jesús y de María.

Una de las razones mas poderosas en que se apoya el grandioso misterio de la Asuncion de la Vírgen, es la relacion de los misterios de María con los de Jesucristo. No hay un solo misterio de Jesucristo que no tenga su acompañamiento, ó como su eco en un misterio correspondiente á la Vírgen, y es tan constante esta relacion de los misterios del Hijo y los de la Madre, que es imposible no ver en ello una ley. La predestinacion de Jesucristo envuelve necesariamente la predestinacion de María.

El anuncio profético no le presenta sin asociar á María á la misma grandeza, los Profetas no anuncian el Hijo sin que hablen de la mujer, de la Madre, como términos correlativos.

El gran misterio de la Encarnacion del Verbo no forma sino uno con la Anunciacion de la maternidad divina. El mismo misterio que produce un Hombre-Dios, hace una Madre-Dios. El misterio de la Visitacion va unido con la visita de Jesucristo á su Precursor, y el Espíritu Santo no bendice al fruto sin bendecir á María.

En la Natividad hallamos al Niño con María su Madre.

El misterio de la Presentacion se une con el de la Purificacion, y la asociacion de la Madre al Hijo en el grande destino de ser el blanco de la contradiccion, para que se revelen los pensamientos de los corazones. Llega la profecía del viejo Simeon hasta atravesar el alma de la Madre con la misma espada de dolor que penetra en la del Hijo. La huida á Egipto, la vuelta á Nazaret, presentan al Niño y á la Madre estrechamente unidos en el peligro y la salvacion, y confiados como un solo depósito á la guarda y fidelidad de José.

Muestra el Niño Dios en el templo la sabiduría, y allí se encuentra la Madre manifestando su ascendiente de tal.

Da principio Jesús á la carrera de sus prodigios por el milagro de Caná, y al mismo tiempo brilla el glorioso misterio de la poderosa intercesion de María.

Llega la hora, la grande hora de su pasion y muerte, que debe ser de nuestra redencion y su triunfo; y Jesús quiere á su lado á su Madre para hacerla participar de sus padecimientos, del cáliz de amargura; quiere que su compasion responda á su pasion, hasta el punto de constituir á María nuestra Madre por el mismo misterio que hace á Dios nuestro Padre.

Son los misterios de María y de Jesús, dice un escritor, como dos voces, dos instrumentos desiguales en tono, pero perfectamente acordes. Es María como la nube en que el sol reflejando sus rayos se representa á sí mismo en una claridad brillante que forma otro sol á su alrededor.

¿Y habia de ser el misterio de la Ascension de Jesucristo el único que no tuviese correspondiente en un misterio en María? No podria ser; y la Asuncion de la Vírgen santísima viene á completar admirablemente el misterio de la Ascension de Jesucristo. Ahondemos mas, dijo el orador, y busquemos otro fundamento de esta gloria de María.

María, concebida en gracia, correspondió siempre á esta gracia y creció en ella de continuo, es decir, á toda hora, en todo instante, en todo suspiro de su vida; y creció, no por adicion, sino por multiplicacion, por la fidelidad.

Cuando el Ángel la saludó llena de gracia y bendita entre todas las mujeres, saludaba ya á su Reina. El misterio de la Encarnacion la trajo una nueva plenitud de gracia, y bien podemos decir es un océano cuyo lecho ahondan las olas, y cuyas riberas se extienden llenándolas; y de este modo la

plenitud de la gracia en María aumentaba siempre su capacidad.

María correspondió siempre á esta plenitud de gracia con una plenitud de méritos y de virtudes. De este modo se elevó María hasta el dia de su muerte, en que su alma fue tan enteramente santificada que levantó á su cuerpo; y María sin duda fue elevada á lo mas alto de los cielos. La santísima Vírgen nos presenta en su gloriosa Asuncion el triunfo mas magnífico de las verdades católicas. Sube á reconquistar su lugar, su dignidad de Madre de los hombres, de Reina de los Ángeles y de Madre de Dios.

María fue elevada al cielo por el peso de su amor.

Los rasgos de la muerte son golpes destructores que producen la corrupcion, los golpes del amor son golpes vivificadores que producen la union de los dos seres que se aman. ¿Qué extraño que el divino Esposo la llamase diciendo: «Levántate, date prisa, amiga mia, paloma mia, hermosa «mia, ven?» ¿Qué extraño que los Ángeles sorprendidos se preguntasen: «¿Quién es esta que se levanta como la aurora, «bella como la luna, radiante como el sol, poderosa como «un ejército formado en batalla?»

XXIII.

María medianera del hombre.

El misterio de la Asuncion de María dice perfectamente con el de madre y medianera del hombre para con su divino Hijo, pues para llenar este, era necesario estuviese cerca del trono supremo.

La Ascension del Hijo y la Asuncion de la Madre eran necesarias para derramar mayor abundancia de gracias en la tierra, y en cierto modo tambien necesaria para que pudiera

María, por su Asuncion á Jesucristo, acabar de cooperar á la consumacion de la redencion del linaje humano.

Si todos los siglos y todos los seres la contemplan como el bien comun de todas las generaciones, es porque Ella se aparece doquiera elevada sobre cuanto existe, ya en las profundidades de la eternidad, ya en los esplendores de la bienaventuranza de la gloria. Concluirémos con el célebre Bossuet: «Me imagino que Balaam no pudo dejar de repetir, «viendo á esta Reina, aquella hermosa profecía que nos dejó «Moisés en sus libros: «Saldrá una estrella de Jacob, y se «elevará una rama de Israel.» Isaías cantó en su incomprensible arrobamiento: «Hé aquí esta Vírgen que deberá con«cebir y dar á luz un Hijo.»

Ezequiel la llamó puerta cerrada, por la que nadie entró ni salió jamás, porque hizo su entrada por ella el Señor de los ejércitos.

El real profeta David en su vida celestial, canta admirablemente: «Ved á vuestra derecha una Reina con vestiduras «de oro, rodeada de maravillosa variedad.»

Y la misma Vírgen tenia á los espíritus bienaventurados en un respetuoso silencio, repitiendo en aquel su célebre cántico: «Mi alma exalta con todo su poder al Señor, mi espí«ritu se halla poseido de una alegría infinita en Dios mi «Salvador, porque ha mirado la nada de su sierva, y hé «aquí que por esto todas las generaciones me llamarán bien«aventurada.»

Colocada María tan inmediata en el cielo al trono de su santísimo Hijo, ocupada en abogar é interceder por los desgraciados hijos que tiene acá en la tierra, ¿deberémos contentarnos solo con entusiastas aclamaciones, sin dar mas resultados que nuestros cánticos y obsequios? No; habríamos perdido lastimosamente nuestro tiempo y trabajo: nuestro

deber es reformar el corazon sobre el corazon de María, y contar con su bondad ilimitada.

El hombre, nos dijo, se conduce siempre por el corazon; él es quien lo lleva á Dios ó lo separa de Él: si el corazon se une á la Religion, á los auxilios que esta ofrece, en una palabra, á Jesucristo por medio de los Sacramentos, el corazon será fuerte; si se une á lo que es dulce, consolador y caritativo, él se hará tambien dulce y caritativo; si se une á Jesús y María, ¡ah! entonces puede decirse que se diviniza, es capaz de todos los sacrificios, puede llegar hasta el heroismo, es, segun la expresion del Profeta, *como las montañas de Dios, las cuales dominan á los montes que las rodean;* resiste á toda tentacion, se mantiene superior á todas las bajas y mezquinas pasiones, y la tierra no es para él sino el pedestal donde se coloca para contemplar las cosas celestiales. Para dirigir el corazon del hombre no hay mejor medio que unirlo al corazon de María. ¿Quién pudiera conocerlo como es en sí? En ese corazon es donde el Padre celestial estableció su reinado de amor. «Venturoso corazon de Ma-«ría, exclama la Iglesia, santuario del Espíritu Santo donde «habita la plenitud de la vida.»

Al corazon de María se le llama arca de santidad, fuente de bendiciones, horno de amor, trono de voluntad santa, paz y alegría de todos los corazones que la aman. Seria preciso, dice san Bernardo, la lengua de los Apóstoles, de los Ángeles y de los hombres para expresar los sentimientos de este corazon.

No puedo disimularos, dijo el orador, y con mucho fundamento, un pensamiento que me asalta y preocupa. ¿Por qué, me pregunto á mí mismo, habrá querido la divina Providencia colocar al frente de la obra de la Redencion, asociar al divino Jesús su Madre santísima?

Puede haber sido, sin duda, para manifestar cuánta es la influencia que la mujer ejerce en el mundo para la conservacion de la verdadera fe de Jesucristo; y como ella es la que como madre forma la primera al hombre, sus influencias valen mucho para establecer y arraigar los primeros sentimientos religiosos. ¿Cómo os pediria yo en este momento trabajáseis con decidido empeño para destruir esas máximas anticatólicas con las que se aja la religion divina, pretendiendo establecer las tristes máximas de que nada importan las creencias religiosas, y admitir como principios de que sin la Religion puede ser uno hombre de bien, y la horrenda blasfemia de que todas las religiones son buenas, y que cada uno puede seguir, sin escrúpulo de conciencia, cualquiera, sea la de nuestros padres, ó la del país en que nos hallamos? Y porque nos oponemos á estas máximas erróneas, y porque decimos y defendemos que una sola es la verdadera religion, que esta es la que debemos seguir, y que no hay ni puede haber hombría de bien sin el elemento religioso, se irritan, claman contra nosotros, quieren cubrirnos con el desprecio, llamándonos fanáticos é intolerantes. Vosotros, podríamos decirles, predicais la indiferencia, ¿pero la practicais vosotros mismos? ¿Por qué no nos dejais, pues, seguir tranquilamente la nuestra? ¿Por qué esa persecucion tan sostenida contra la religion católica? ¿Por qué vomitais mil imprecaciones contra Dios y contra Jesucristo? ¿Por qué teneis ese odio sombrío al ministerio sagrado, y haceis tantos esfuerzos para infamarle, envilecerle y arruinarle en el concepto de los pueblos? ¡Oh, cuán bien se pueden aplicar aquí las palabras que el Señor dirigió al profeta Isaías! «Profeta, dice «el Señor, clama, no ceses; que tu voz en lugar de ser tí«mida, salga y resuene á lo léjos; anuncia y echa en cara á «mi pueblo sus errores y desaciertos.»

XXIV.

Caridad de María.

Al iniciar el orador esta conferencia, presentó, como una de las verdades mas ciertas, la que asegura afanarse el corazon del hombre desde el principio del mundo por encontrar la felicidad. Todos la buscan en los placeres de los sentidos, pretendiendo encontrarla en el seno de la gloria; mas cuando creen haberla alcanzado se les escapa, y el mas feliz de los reyes exclamaba: «Vanidad de vanidades.» No busqueis la felicidad, decia, dirigiéndose á su auditorio, sino en Dios; solo Él es capaz de llenar el vacío del corazon humano, solo Él puede hacernos grandes y felices.

Si queremos buscar una guia cierta que nos eleve al amor de Dios, estudiemos el amor que María le tuvo, y encontrarémos que nuestro amor debe ser activo, paciente cual el que la unió de un modo inseparable con su santísimo Hijo. Siendo así, no descuidarémos ninguno de los deberes de nuestro estado, y entonces este amor divino consumirá en nosotros los vicios que le son contrarios. El amor, para que sea como el de María, nos ha de llevar á todas las buenas obras que convienen á nuestro estado; los padres comprenderán la penosa tarea de velar sobre la conducta de los hijos, y estos conocerán la obligacion de obedecer, respetar y amar á sus padres. El amor á Dios, á imitacion del de María, enseñará á la esposa á dirigir bien la casa, á cuidar á sus hijos, enseñándoles á elevar por la oracion su corazon á Dios y á María su Madre. Animado de la misma caridad el esposo, aprenderá á vivir bien con su esposa, dará órdenes sábias y prudentes para sus negocios, y llenará exactamente los deberes de su cargo ó profesion.

El amor divino no consiste en una larga série de ejercicios religiosos, y sí en la práctica de los deberes que impone la Religion á los cristianos de cualquiera sexo y condicion; y será en vano protestar amar á Dios si no se obedecen sus mandamientos, si no se observan los preceptos de la Iglesia. El amor de Dios debe conducirnos como á María santísima á la mas completa conformidad y resignacion con los trabajos inherentes á nuestra vida; está escrito: *Fortis ut mors dilectio.*

El verdadero amante de Dios é imitador de María debe ser tan paciente que nada pueda alterarlo, ni la enfermedad, ni las angustias, ni la pobreza, ni las injusticias; pues nada de esto debe hacernos cesar de amar á Dios, y en toda circunstancia será oportuno decir con el santo Job: *Sit nomen Domini benedictum.*

La verdadera caridad para con Dios se extiende con igual intensidad al prójimo, y si María santísima excedió á todos los Santos en su amor á Dios, los excedió tambien en su caridad hácia este. Si nuestra caridad ha de valer algo, es preciso vaya revestida de los caractéres que acompañaron á la de la Vírgen: debe ser universal como la de esta que se extendió á todo el género humano; y por eso recibió el título de Madre de todos. La caridad de María fue sin reserva de ninguna clase, no hizo excepcion de nadie, ni hubo excepcion alguna extraña á su calidad. La caridad debe ser inalterable, y tenemos la prueba en cuantas veces hemos recurrido á María; aun cuando el descuido ó la ingratitud hayan borrado de la memoria multitud de gracias, ¿no ha estado siempre pronta á escucharnos? Sea inalterable nuestra caridad, y no sea bastante para extinguirla la enormidad de la ingratitud ni el odio de un enemigo encubierto, llevándola hasta el heroismo. Sea efectiva la caridad del cristiano como lo fue la de María, haciéndose, como dice el Apóstol, todo á todos.

¿Quereis saber, preguntaba á sus oyentes, cuáles son los actos de caridad mas agradables á María? El socorrer al necesitado, instruir á los ignorantes, consolar á los afligidos, y sobre todo empeñarse en la salvacion de los pecadores. ¿Y no es esta la noble y divina mision que Dios ha querido encomendar á la mujer cristiana en el siglo XIX? ¿No son las hijas de María las que abrasadas en el fuego de la caridad divina extienden sus manos caritativas donde quiera que haya un prójimo afligido por cualquier género de desgracia? Yo no trepidaria, dijo el orador al concluir, en llamar á nuestro siglo, el siglo del apostolado de la mujer.

PROLEGÓMENOS

AL DERECHO ECLESIÁSTICO

SEGUN

EL ALGMEINER.

LECCION PRIMERA.

Necesidad de la revelacion.

Proposicion 1.ª—El hombre es capaz de una bienaventuranza perfecta.

Prueba 1.ª—La bienaventuranza perfecta es la fruicion pura ó libre de toda sensacion ingrata, de todos los bienes inamisibles. El instinto natural é innato que tiene todo hombre, dado por el Autor de la naturaleza, y que otro no ha podido dárnoslo, es la prueba de que el hombre es capaz de saciar este apetito.

Id. 2.ª—Todos estamos obligados á buscar la felicidad; Dios nada obra neciamente, y seria vano el deseo de la felicidad, si siendo capaces de ella, no estuviésemos obligados á buscarla de conformidad con la voluntad divina.

Corolario 1.°—El hombre, en su primitivo estado, debió tener expeditas sus potencias y facultades necesarias para conseguir su felicidad.

Id. 2.°—Ambas facultades de conocer y de querer, superior é inferior, debieron concurrir á la consecucion de la bienaventuranza.

Id. 3.°—Si el hombre llegó á perder la armonía de sus facultades en órden á conseguir su felicidad, necesitó de otro medio para ser capaz de ella.

Proposicion 2.ª—Los bienes criados ó limitados no forman la perfecta felicidad del hombre. Primero, porque siendo amisibles no pueden dar un gozo durable, y el solo temor de perderlos produce una sensacion ingrata. Segundo, la perfecta felicidad no la forma sino la fruicion de un bien que satisfaga plenamente nuestro apetito; ningun bien finito puede satisfacerle, porque generalmente cuanto mas tenemos mas deseamos, y porque á la posesion de alguno se sigue bien pronto el fastidio.

Corolario 1.°—Los bienes finitos nos pueden hacer felices, pero no dichosos perfectamente.

Id. 2.°—No hay medio entre el bien finito y el infinito; luego solo la posesion de Dios puede hacernos perfectamente dichosos.

Id. 3.°—El único modo de poseer á Dios es conocerle y amarle; luego la perfecta bienaventuranza consiste en el conocimiento y amor de Dios.

Proposicion 3.ª—Somos obligados á buscar la posesion de Dios.

Prueba.—La razon es porque es el solo medio de buscar la verdadera felicidad.

LECCION SEGUNDA.

Proposicion 4.ª—Estamos obligados á conocer las perfecciones de Dios y tomar de ellas motivo para nuestras acciones.

Prueba.—Tenemos obligacion de encaminarnos á Dios; y aquel se encamina á Él que se acerca cuanto le es posible y se empeña en asemejarse por la imitacion; y esta imitacion no puede ser de otro modo que conociendo las perfecciones de Dios, y tomando de ellas los motivos de nuestras acciones.

Proposicion 5.ª—Entre el Criador y la criatura existe una correlacion así filosófica como jurídica.

Prueba.—Correlacion ideal ó filosófica existe cuando en el concepto de uno está incluido el del otro. Correlacion real ó jurídica cuando en uno de los dos correlativos está la razon por que el otro ó ambos están obligados á hacer alguna cosa; por ejemplo, *padre* ó *hijo, siervo* y *señor*. En el concepto de Criador se contiene el de la criatura. Por parte del Criador hay una accion libre de la divina Omnipotencia, y de parte de la criatura existe la accion obligatoria de reconocimiento del imperio y del dominio del Criador; de lo contrario no habria la obligacion de declarar con nuestras acciones libres que á Dios le estimamos por lo que es. Existe, pues, una y otra correlacion.

Cuando con nuestras acciones libres declaramos que á Dios le tenemos por lo que es, entonces *colimus Deum*. El culto es verdadero ó falso; por el primero se manifiesta las perfecciones de Dios, y por el segundo se oscurece.

Proposicion 6.ª—El verdadero culto de Dios es el medio necesario para la felicidad.

Prueba.—El dirigirse á la posesion de Dios es el medio necesario para la felicidad; nos dirigimos á Dios conociendo sus perfecciones, y tomando de ellas motivo para nuestras acciones libres declarando con ellas que tenemos á Dios por lo que en sí es, y en esto consiste el verdadero culto de Dios.

Corolario.—El culto verdadero de Dios es muy útil al género humano; *non Deo,* dice san Agustin, *sed nobis.*

Proposicion 7.ª—Para dar á Dios verdadero culto, son necesarios los conocimientos prévios, así teoréticos como prácticos.

Prueba.—Conocimiento teorético es el que anuncia la existencia y lo que una cosa es en el acto; el práctico es el que anuncia lo que debe hacerse; el primero pertenece solo al entendimiento, y el segundo á este y á la voluntad.

Prueba.—Da verdadero culto á Dios el que conoce sus perfecciones y declara con sus obras que considera á Dios como lo que es en sí; para esta declaracion se necesita conocer de antemano la existencia y perfecciones de Dios. Al culto de Dios corresponde tomar de las perfecciones conocidas los motivos de nuestras operaciones; luego son necesarios los conocimientos prácticos.

Corolario.—Todos estos conocimientos y el culto de Dios son un medio para la bienaventuranza.

De la ley natural.

Proposicion 1.ª—La ley natural moral es el medio necesario para la bienaventuranza.

Prueba.—Ley en general es la norma ó regla segun la cual todos los seres del universo deben ejercer sus fuerzas. Si los seres son materiales, siguen la ley natural física; si los seres son morales, son regidos en sus acciones libres por la ley natural moral, la que consta de proposicion ó promulgacion, y de la sancion. La primera dice lo que debe hacerse ú omitirse, y la segunda presenta los verdaderos motivos que acompañan á la accion ú omision.

Prueba.—La bondad de Dios exige que nos conceda la bienaventuranza, y la misma sábiamente administrada, es decir su justicia, pide que no se conceda sino á los que observan la ley moral.

Dios, en fuerza de su santidad, está obligado á aborrecer el mal moral, y no seria justo si su bondad acordara á los transgresores de la ley moral la bienaventuranza.

Corolario 1.°—Luego las ideas prácticas contenidas en la ley moral son un medio conducente á la bienaventuranza.

Id. 2.°—Luego el hombre en su primitivo estado debió ser tal que pudiese poseer todos estos conocimientos y practicar la ley moral.

Proposicion 2.ª—El hombre solitario, sirviendo fuera de sociedad, está obligado á dar á Dios culto externo.

Los actos por los que declaramos tenemos á Dios por lo que es en sí, ó son internos ó externos; de aquí el culto es interno ó externo: el primero consiste en los actos del entendimiento y de la voluntad, el segundo en las señales exteriores.

Prueba.—Por la correlacion jurídica que existe entre el Criador y la criatura, está obligado el hombre á rendir á Dios gratitud y sumision. El hombre está sujeto á Dios en cuerpo y alma; luego Dios tiene derecho á exigirle una señal exterior de dependencia, aun cuando viva solitario.

Nota.—Aun cuando Dios no necesite de nuestro culto externo, no puede abdicar la consecuencia de su dominio é imperio.

Proposicion 3.ª—El hombre viviendo en sociedad tiene mayor obligacion que el solitario de dar culto externo á Dios.

Prueba.—Existiendo siempre la correlacion jurídica entre Dios y los hombres por el solo hecho de vivir en sociedad, están mas obligados al culto externo; pues es un deber que cada uno tiene de procurar la perfeccion á los otros para la manifestacion de las perfecciones divinas, y moviéndolos con su ejemplo contribuyen á la perfeccion y á la dicha manifestacion.

LECCION TERCERA.

Religion natural.

El complexo de aquellas verdades así teoréticas como prácticas, y de los genuinos motivos con los que el hombre se dirige á la moralidad y á su correspondiente bienaventuranza se llama religion considerada en su objeto.

El conocimiento de esas verdades unido á las acciones que se ejecutan por los motivos genuinos de la ley moral, se llama religion considerada en el sujeto.

Corolario 1.°—El culto forma una parte muy principal de la Religion.

Id. 2.°—La ley moral en toda su extension pertenece á la Religion.

Id. 3.°—Tanto el culto de Dios como toda la ley moral es el medio de conseguir la bienaventuranza; luego por lo mismo la Religion es un medio para llegar al mismo fin.

Id. 4.°—Así como el culto es externo é interno, tambien

la religion es interna y externa, y las dos conducen á la bienaventuranza.

La religion, una se llama natural, otra revelada. La primera comprende las verdades y motivos genuinos de nuestras acciones libres manifestadas por sola la razon, y la segunda comprende las verdades manifestadas á nosotros por Dios, y se llama tambien positiva.

PROPOSICION 1.ª— En el primitivo estado en que fue criado el hombre, la religion natural era suficiente para dirigirle á la moralidad y á la bienaventuranza que le correspondia.

Prueba.— La sabiduría de Dios debió señalar al hombre algun fin, y debió querer consiguiera ese fin; luego debió criarle con las facultades necesarias á este objeto. De otra manera, ó Dios no quiso, ó no pudo criarle apto; lo primero es contra la sabiduría divina, lo segundo repugna á su omnipotencia.

Corolario.— Luego el hombre puede conocer y practicar toda la ley natural.

PROPOSICION 2.ª— En el estado actual del hombre, no puede la razon alcanzar á conocer toda la ley natural sin peligro de errar.

Prueba.— La ley moral natural comprende verdades tan remotas que precisan mucho ejercicio de parte de la facultad de conocer para poderlas alcanzar; requieren mucha destreza é ingenio para encadenar los raciocinios; para la mayor parte de los hombres uno y otro es imposible, unos porque son rudos, otros porque están ocupados en sus negocios, en sus empleos que no les dejan tiempo para entregarse al estudio de la filosofía moral y de toda la ley natural.

Los mismos que se ocupan de este estudio disienten entre sí en muchos puntos, lo que ciertamente no sucederia si la razon pudiese conocer toda la ley natural sin peligro de errar.

Corolario 1.°—Luego nuestra actual facultad de conocer no es tan perfecta como la del hombre en el primitivo estado de su creacion, pues este podia conocer toda la ley natural.

Id. 2.°—La razon por que en el estado actual no puede el hombre conocer toda la ley natural, es la falta de armonía entre las facultades inferior y superior.

Proposicion 3.ª—Por el sentido íntimo y la experiencia nos consta que el hombre es muy inclinado á las acciones moralmente malas.

Prueba.—Existe en nosotros una lucha continuada entre las facultades inferior y superior de conocer y de apetecer, y aun cuando la razon nos dice que las acciones moralmente malas son contrarias á la felicidad, sin embargo el ímpetu de las pasiones nos arrastra al mal. Ni la razon nos proporciona medios bastantes para vencer esta mala inclinacion.

Corolario.—Luego nuestra facultad apetitiva no es la misma en perfeccion que la del hombre en su primer estado.

Proposicion 4.ª—El presente estado del género humano se ha ya viciado.

Prueba.—En el presente estado falta la armonía entre las facultades de conocer y apetecer: el hombre actualmente no puede conocer toda la ley natural sin peligro de errar; esta armonía se hallaba en el estado primitivo, ahora falta; luego el estado presente del género humano es mas imperfecto que el primitivo; luego está viciado.

Corolario.—Bajo un Dios justo nadie es desgraciado sin culpa; luego el género humano ha cometido alguna culpa, aunque la razon no sabe cuál haya sido.

Los pitagóricos y Platon dijeron que el cuerpo es la cárcel del alma, y que esta paga el merecido de grandes crímenes.

Ciceron llama á la naturaleza no madre sino madrastra.

Proposicion 5.ª—La razon ignora cuáles y cuántos son los ritos y ceremonias externas necesarias para el verdadero culto.

Prueba.—La razon dicta que las acciones externas de religion deben ser conformes con las perfecciones divinas, pero no sabe cuántas y cuáles son las necesarias para la bienaventuranza, ni en qué tiempo ni lugar deba ejercerla; si Dios las ha dejado al arbitrio del hombre, ó las ha encargado á los padres de familia, ó á los imperantes civiles.

Corolario.—Esta incertidumbre aflige al hombre, pues sabe que es capaz de la bienaventuranza, y no sabe con qué actos dará culto á Dios para conseguirla.

Proposicion 6.ª—El hombre no puede satisfacer á Dios por las faltas contra la ley moral.

Prueba.—Si ofendemos á otros podemos satisfacerles, porque las obligaciones para con otros son limitadas; pero nuestros deberes para con Dios son ilimitados, y agotan todas nuestras fuerzas, de manera que no podemos darle mas que lo que en cada momento estamos obligados á darle. En todo momento le debemos total sumision, como á nuestro Criador, total obediencia como á nuestro supremo Señor, total amor á su infinita bondad; luego nada nos queda sobreabundante para satisfacer por la ofensa.

Proposicion 7.ª—Aun cuando el hombre pudiese satisfacer por sus faltas, la razon no sabe el modo como podria hacerlo.

Prueba.—No basta la sola enmienda para la satisfaccion, pues esta es obligatoria; se requieren actos de satisfaccion, ¿y cuáles son estos? La razon no dice si se necesitan actos externos de dolor, ó si será bastante el dolor interno; nada determina sobre los medios necesarios.

Nota.—No puede admitirse lo que dicen los socinianos,

que Dios no necesita de satisfaccion, y que puede perdonar generosamente, aun cuando pudiese hacer esto absolutamente; pero ¿quién puede asegurar que esto sea conforme á su santidad y sabiduría en el estado en que ha criado al hombre?

Proposicion 8.ª—La razon nos enseña claramente la idea de una vida futura.

Prueba.—La razon enseña que la sancion de la ley moral no es perfecta en esta vida, y solo concluye que debe haber otra en que se cumpla. La razon nada dice sobre si el alma sola ó con el cuerpo ha de recibir los premios y castigos, ni cuánto han de durar, ni si en la otra vida puede haber lugar al arrepentimiento y á la satisfaccion.

LECCION CUARTA.

Proposicion 9.ª—Sola la religion natural no es suficiente para conseguir la bienaventuranza perfecta.

La bienaventuranza se consigue por medio de actos moralmente buenos, y deben de determinarse ciertamente los medios de conseguirla. La religion natural no determina estos medios, no remueve los impedimentos, pues la razon, insuficiente para conocer toda la ley moral sin peligro de errar, no nos da medios para vencer la inclinacion al mal, no nos muestra la causa de nuestra corrupcion, no nos señala los ritos con que debemos dar culto á Dios, ni cómo hemos de satisfacer nuestras culpas, pero ni nos da una idea bastante clara de la otra vida; luego no es suficiente.

Corolario 1.º—La religion natural objetivamente es perfecta, pero no lo es en cuanto á nosotros, ó sea sujetivamente.

Id. 2.°—La religion natural considerada en sí misma siempre es perfecta en su género aun cuando á nosotros no sea suficiente para conseguir la bienaventuranza por el actual estado de corrupcion.

Revelar en general es manifestar á alguno lo que le era desconocido. Revelacion divina es el acto de la divina Omnipotencia por el cual Dios de un modo extraordinario manifiesta su voluntad á la criatura racional, y le descubre las verdades que le eran desconocidas.

Proposicion 10.ª—En el actual estado de corrupcion es necesaria la revelacion para conseguir la bienaventuranza.

La sola religion natural en el presente estado es insuficiente para conseguir perfecta bienaventuranza.

Luego ó el hombre quedaba para siempre sumido en su desgracia aun despues de esta vida, ó debe haber otro medio de conseguir la bienaventuranza á mas de la religion natural. Lo primero es injurioso á la sabiduría y veracidad de Dios, que habiéndonos dado un instinto de la bienaventuranza, sin embargo no nos seria posible conseguirlo; nos engañaria, nos atormentaria cruelmente; esto repugna; luego debiéramos admitir lo segundo. Por otra parte, no podríamos descubrir otro medio para la bienaventuranza que la religion natural; á no ser que Dios nos lo manifieste, lo que importaria la revelacion. Hasta ahora no se ha encontrado nacion alguna que estuviese destituida de toda revelacion, ó que no haya creido que existe alguna revelacion. Es sin duda una exigencia moral del hombre.

Corolario 1.°—Las verdades naturales que no tienen el objeto de perfeccionar nuestro estado moral, no son objeto de la divina revelacion.

Id. 2.°—Aun cuando sea necesaria la revelacion, no por eso se sigue que la revelacion natural sea imperfecta é inútil,

pues toda revelacion se apoya como en su fundamento en la religion natural, y nos sirve siempre, ayudada por la revelacion, remediando con el auxilio de esta nuestra propia necesidad.

LECCION QUINTA.

Sobre las notas características de la verdadera revelacion.

Proposicion 1.ª— Hay obligacion de averiguar si existe y en dónde la revelacion.

Prueba.— La obligacion de buscar los medios para obtener un fin encierra en sí la obligacion conducente á él; estamos obligados á buscar la bienaventuranza por medio de actos moralmente buenos, por consiguiente debemos buscar tambien los medios que á ella conducen; y como la revelacion es un medio necesario para la bienaventuranza, debemos averiguar si existe y en dónde existe.

Corolario 1.º— Si estamos ciertos que la revelacion existe en alguna parte, estamos obligados á recibirla, y á conformar con ella nuestras acciones libres.

Llámanse notas características de la revelacion, ó, como otros dicen, motivos de credibilidad, aquellas razones que en sí contienen la razon suficiente, porque una doctrina se ha de tener por revelacion genuina mas bien que por espuria.

Id. 2.º— Luego hay obligacion de averiguar cuáles son las notas características de la verdadera revelacion.

Proposicion 2.ª— La verdadera revelacion no puede contradecir la ley natural, sino mas bien confirmarla y hacerla mas clara.

Prueba.— La ley natural moral es necesaria, invariable y universal. La sola razon librada á sí misma no puede cono-

cer, sin peligro de errar, las verdades todas que se contienen en la ley moral; luego la revelacion debe hacer mas clara la ley moral.

Siendo la sancion de la ley moral imperfecta en esta vida, la revelacion debe enseñar y darnos una idea mas clara de la vida futura; luego aclara la ley natural moral.

La verdadera revelacion no puede contradecirse á sí misma, porque de otro modo se contradiria á sí mismo Dios; no puede contradecir á la razon, porque el mismo Dios es el autor de la revelacion y de la razon, y por lo tanto las verdades ciertamente conformes á la razon ni la omnipotencia de Dios puede hacer que sean falsas.

Proposicion 3.ª—La verdadera revelacion debe necesariamente contener una doctrina santa.

Prueba.—Llámase santidad en el sentido moral la inmunidad de todo mal moral. Si en alguna doctrina se contiene algo contrario á la ley natural, por esta misma razon contradiria á la ley moral, y por lo tanto no podria ser verdadera revelacion.

Proposicion 4.ª—El modo con que la verdadera revelacion se promulga y se propaga debe ser un acto de la divina Omnipotencia.

Prueba.—Porque una doctrina sea santa, no por eso se sigue que sea revelada, pues la ley natural y aun el legislador civil pueden dictar una doctrina conforme á la ley moral; debe, pues, la verdadera revelacion, á mas de la santidad, llevar alguna otra señal por donde pueda conocerse que una doctrina es precisamente revelada por Dios, y esta señal no puede ser otra sino el modo divino de la revelacion y propagacion que importa un acto de la divina Omnipotencia.

Proposicion 5.ª—La verdadera revelacion debe contener

verdades que en parte sean superiores al alcance de nuestros conocimientos.

Prueba.— La facultad de conocer se halla en el actual estado tan debilitada que no puede alcanzar toda la ley moral sin peligro de errar; de aquí es que la revelacion debe ilustrarla, lo que ciertamente hace manifestando aquello que en parte es superior á nuestro alcance.

Aun cuando el conocimiento de toda la ley moral no es absolutamente superior á nuestro entendimiento, sin embargo lo es en parte por el mal estado de nuestra facultad de conocer, de donde proviene la necesidad de que la razon sea ilustrada por la luz de la revelacion.

PROPOSICION 6.ª— La verdadera revelacion debe contener verdades que absolutamente exceden el alcance de nuestro conocimiento.

Prueba.— En el estado actual del género humano no solo la facultad superior de conocer está debilitada, sino que tambien la facultad de apetecer; la voluntad se halla estragada, y hay una constante lucha entre el apetito racional y el inferior sensitivo. Esta lucha hace que los motivos que en el estado primitivo serian suficientes, no lo sean en el actual.

Son precisos muchos y muy poderosos motivos para decidirnos al bien, y cuáles sean estos no lo puede alcanzar nuestro entendimiento, y la razon no explica la causa de esta siniestra inclinacion al mal, ni tampoco los medios de vencerla. Además, en el estado primitivo el hombre podia conseguir su fin con solo conocer á Dios como á su Criador, como conservador de este mundo, como legislador moral; mas en nuestro estado actual necesitamos mucho mas para conseguir nuestro fin.

Corolario.— Habiendo decaido la naturaleza, Dios ha querido repararla, y esto motiva una nueva relacion entre Él y

la criatura. Mas cuál haya sido el modo y la economía de esta reparacion es una verdad que excede absolutamente el alcance de nuestro entendimiento.

Proposicion 7.ª—La verdadera revelacion debe estar confirmada con milagros de la omnipotencia é infinita sabiduría.

Prueba.—La promulgacion y propagacion de la doctrina revelada hemos dicho que debe ser un acto de la omnipotencia divina, y los milagros son acciones unas veces de la omnipotencia y otras de la infinita sabiduría de Dios; estos actos contienen en sí la razon suficiente de la doctrina santa y especialmente revelada.

Corolario.—Cualquiera que pretenda ser enviado de Dios para promulgar alguna revelacion que le haya sido confiada, debe probarlo con milagros.

Proposicion 8.ª—La verdadera revelacion debe contener los medios suficientes para conseguir la bienaventuranza.

Prueba.—La religion es necesaria para conseguir la felicidad, y es necesaria precisamente porque contiene verdades superiores á nuestro entendimiento, y estas verdades deben contener los medios suficientes para la bienaventuranza; si así no fuesen, podríamos decir que Dios no habria conocido estos medios, lo que ofende á su infinita sabiduría, ó que no habria podido revelarlos, lo que es contra su omnipotencia. Últimamente, una revelacion que no contenga los medios suficientes para la bienaventuranza, seria vana é inútil.

Proposicion 9.ª—Las leyes de la naturaleza física son contingentes de tal manera, que pueden ser variadas por la omnipotencia de Dios, salvando la ley de la causalidad. Todo fenómeno extraordinario en el mundo físico producido inmediatamente por la omnipotencia de Dios, cuya razon no se contiene ni puede contenerse en las fuerzas de la naturaleza ni en las leyes físicas, sino solo en el inmediato influjo de

Dios, se llama milagro en sí. Cuando podemos convencernos por ciertas señales que algun fenómeno es milagroso en sí mismo, ó sea que exceda las fuerzas de la naturaleza, y que ha debido producirse inmediatamente por la causalidad de Dios, entonces el milagro lo será tambien para nosotros.

Prueba.—La ley de la causalidad se expresa con este principio: «Ningun efecto puede estar sin causa.» Esta ley la conocemos *à priori*, y por lo tanto es inmutable, y suele llamarse ley metafísica de la naturaleza.

Las leyes físicas, como las demás, son contingentes y pueden mudarse por la omnipotencia de Dios, que puede sustituir su voluntad omnipotente en vez de la causa natural. Las leyes de la naturaleza física tienen por fundamento la atraccion y repulsion de la materia á cierta distancia, pero estas distancias son un modo el cual es mudable, y Dios puede variarlo poniendo su voluntad en lugar de su causa material.

Corolario 1.°—Son posibles ciertos fenómenos que son milagros en sí mismos, y porque Dios es el que produce los tales fenómenos por su divina omnipotencia, se llaman tambien milagros de la Omnipotencia.

Id. 2.°—Cuando Dios obra un milagro no puede proponerse otro fin que llamar la atencion de la criatura racional, y de ese modo excitarla á la perfeccion de su estado moral.

Proposicion 10.ª—Aun cuando no conozcamos todas las fuerzas de la naturaleza, sin embargo hay señales ciertas para determinar cuál fenómeno es absolutamente milagroso.

Prueba.—Aun cuando todas las fuerzas de la naturaleza no sean conocidas, sin embargo sabemos cuál fenómeno repugna ciertamente á las leyes físicas conocidas, y entonces sabemos que dicho fenómeno debe ser producido por la suprema causalidad, que es la señal cierta de ser milagro.

Aun cuando no conozcamos las fuerzas positivas de la na-

turaleza, conocemos hasta dónde pueden extenderse, es decir, conocemos las fuerzas negativas.

Corolario.— Desde que sea posible el milagro ningun absurdo se sigue de que Dios los haga.

PROPOSICION 11.ª—Son posibles las profecías ó vaticinios.

Prueba. —Llámase vaticinio ó profecía la presciencia ó prediccion de un suceso futuro, cuyo conocimiento supere el alcance de nuestra razon, porque no hay premisa posible de la que podamos concluir que han de suceder ciertos fenómenos en determinado tiempo, ó que han de ejecutarse ciertas acciones libres. Pero lo que á nuestra razon es imposible le es muy posible á la omnisciencia de Dios por la infinidad de su sabiduría.

PROPOSICION 12. — La verdadera revelacion debe estar confirmada con milagros de la Omnipotencia, y de la omnisciencia divina.

Prueba.—La promulgacion y propagacion de la doctrina revelada debe ser un acto de la divina Omnipotencia.

Los milagros son acciones, parte de la divina Omnipotencia, parte de la omnisciencia, las cuales contienen en sí la doctrina santa, y especialmente revelada.

La verdadera revelacion debe contener verdades superiores á nuestro entendimiento; no podemos adquirir certidumbre sobre ellas si su verdad no se halla confirmada con los milagros, asegurándonos de aquellas cosas que conciernen á nuestro estado moral.

Corolario.—La revelacion debe ser universal para todos los hombres, pues todos tienen la misma condicion y la misma necesidad.

Religiones verdaderamente reveladas.

Proposicion 1.ª—La revelacion de la religion de los hebreos es verdadera.

Prueba.—La religion de los hebreos está confirmada con milagros.

Es un hecho histórico, cierto, que Moisés dividió las aguas del mar Rojo para que el pueblo israelítico lo pasara á pié enjuto, y que las aguas separándose de uno y otro lado estuvieron como suspensas mientras que el pueblo pasó; y como este fenómeno es contrario á las leyes conocidas de la hidrostática, fue un verdadero milagro.

Es un hecho tambien cierto que Josué detuvo al sol en medio del cielo, lo cual es contrario al sistema planetario; luego este fenómeno obrado delante de mucha gente sin que nadie lo contradijese, fue un verdadero milagro; luego es cierto históricamente que está confirmada con milagros.

Está confirmada con profecías.

En el capítulo xiv de los Números predijo Moisés que ninguno de los que hubiesen cumplido veinte años veria la tierra de Canaan, exceptuando á Josué y Calef; esta profecía se cumplió exactamente.

En el capítulo xxviii del *Deuteronomio* predijo Moisés todas las calamidades que la historia refiere haber sufrido los judíos en tiempo de Nabucodonosor y aun bajo Tito y Vespasiano; luego la religion de los judíos está confirmada con profecías.

Proposicion 2.ª—Cristo confirmó su doctrina con milagros y vaticinios.

Prueba.—Los Apóstoles y Evangelistas unánimes y verí-

dicos refieren que Jesús resucitó á Lázaro despues de cuatro dias de muerto, y que se resucitó á sí mismo al tercero dia, y como estos dos fenómenos son contrarios á las leyes conocidas en la naturaleza y siendo unos hechos auténticos, se sigue que Cristo confirmó su doctrina con verdaderos milagros.

Cristo predijo su pasion, muerte y resurreccion, cosas que exactamente se cumplieron.

Cristo predijo la reprobacion de los judíos, la vocacion de las naciones y la total ruina de Jerusalen, todo lo cual la historia demuestra haberse cumplido; luego la doctrina de Cristo está confirmada con vaticinios.

Proposicion 3.ª—La doctrina de Cristo es santa.

Prueba.—La doctrina de Cristo es conforme á las perfecciones de Dios y á la ley natural moral. Ella enseña que Dios debe ser adorado en espíritu y en verdad, ella nos demuestra las perfecciones de Dios de un modo que la razon no puede hacerlo, ella manda además amar al prójimo y aun á los mismos enemigos, lo que es superior á toda moral humana; últimamente no podria estar confirmada con milagros y vaticinios si no fuese del todo santa.

Proposicion 4.ª—La fundacion y propagacion del Cristianismo es una obra superior á las fuerzas del hombre.

Prueba.—Tres circunstancias deben tenerse presente: Primera, quiénes fueron los primeros que predicaron el Evangelio; segunda, á quiénes fue predicado, y tercera, la naturaleza de la doctrina predicada.

En cuanto á la primera, doce fueron los Apóstoles, plebeyos y pobres, destituidos de elocuencia y de poder, y su predicacion debió apoyarse únicamente en el auxilio divino.

En cuanto á la segunda, se predicaba el Evangelio á los

gentiles y á la juventud licenciosa, y últimamente se les predicaba una doctrina diametralmente opuesta á su modo de vivir.

Con tales elementos solo la gracia divina podia hacer prevaleciese la moral de Jesucristo, y la repentina mudanza en la moral, no pudo ser sino obra de la gracia de Dios, es decir, un verdadero milagro en el mundo moral.

Si los emperadores paganos se hubiesen empeñado en defender y propagar la religion cristiana, difícilmente hubieran podido persuadir á los suyos; pero fue muy al contrario, y los emperadores por espacio de tres siglos se empeñaron en exterminar la nueva doctrina.

Ni ellos, ni los filósofos, ni los sacrificadores, ni el pueblo, pudo contener los rápidos progresos de la predicacion; luego la fundacion y propagacion del Cristianismo es obra de la Omnipotencia divina.

No hay como destruir el siguiente dilema: El Cristianismo se propagó por medio de los milagros ó no; si lo primero, luego es obra de la divina Omnipotencia; si lo segundo, esto mismo es el mayor de todos los milagros.

Proposicion 5.ª—La ley evangélica contiene la verdadera revelacion.

Prueba.—La ley evangélica reune todas las señales características y notas positivas de la verdadera revelacion.

Primero, su fundacion y propagacion es un acto de la divina Omnipotencia, como queda probado en la anterior proposicion.

Segundo, contiene verdades superiores á nuestro alcance.

Tercero, está confirmada con milagros y profecías.

Cuarto, contiene los medios suficientes para la bienaventuranza.

Quinto, es universal para todos los hombres, y cumpliendo la religion cristiana con todas estas condiciones, es evidente que contiene la verdadera revelacion.

Proposicion 6.ª—La religion cristiana no es contraria á la felicidad social, antes bien la promueve.

Prueba.—La religion cristiana enseña que los ciudadanos por un deber de conciencia, y bajo las penas mas graves en la otra vida, están obligados á la sumision ante la ley y autoridades legítimas.

La religion cristiana ordena dar á cada uno lo que es suyo, poniendo la obligacion de conspirar todos al bien de la sociedad.

La religion cristiana da mayor vigor á las leyes *civiles*, pues donde ellas no alcanzan con sus castigos, acude la Religion con el recuerdo de las penas de la otra vida; luego la religion cristiana no es contraria á la felicidad social, sino mas bien la promueve.

De la Iglesia.

La Iglesia es la sociedad de los fieles reunidos entre sí por la profesion de una misma fe, y la participacion de los mismos Sacramentos, bajo la direccion de sus pastores legítimos unidos á su centro el romano Pontífice.

La Iglesia puede considerarse de dos modos, en sí misma y con relacion á las demás sociedades; considerada en sí misma es una consecuencia necesaria de la verdadera Religion, y como sociedad, es de carácter visible y tiene sus notas y dotes propias.

Proposicion.—La Iglesia es visible.

Prueba.—Jesucristo al fundar su Iglesia se hizo visible tomando la forma humana, presentándose á los hombres en

figura de niño, creciendo entre ellos y enseñándoles su doctrina; todos los actos de su vida y muerte fueron visibles.

Jesucristo estableció un jefe y un gobierno tambien visible, reune sus Apóstoles, testigos de sus palabras y de sus acciones, con el fin de que estos puedan servirle de órganos humanos y visibles, estableciendo tambien los Sacramentos (signos visibles).

La propagacion de esta misma Iglesia es un hecho muy visible, y las ceremonias materiales las hizo necesarias para la admision del hombre en la Iglesia. La Iglesia en su composicion no es otra cosa que un agregado de elementos visibles, una sociedad de hombres reunidos bajo sus pastores en sus distintas categorías de maestros que enseñan y gobiernan, y discípulos que son enseñados y gobernados.

Las notas que distinguen la verdadera Iglesia de las sectas son cuatro: Una, santa, católica y apostólica.

Proposicion.—La verdadera Iglesia es una.

Prueba.—Además de los textos de la sagrada Escritura y de los santos Padres que prueban esta unidad, es evidente que el reino de Dios sobre la tierra es uno, tiene una sola fe, una esperanza y una caridad, tiene una misma comunicacion de Sacramentos y de gracias, de modo que todas las iglesias particulares reunidas forman la unidad absoluta de la Iglesia universal, y por esta razon enseña á todos los pueblos la unidad de Sacramentos, de doctrina y de gobierno.

Proposicion.—La verdadera Iglesia es santa.

Prueba.—Santo es su fundador, santa su mision, santos los Sacramentos que estableció y santa la doctrina, que es la palabra del mismo Dios, santo el sacerdocio instituido en ella, y santa la asistencia del Espíritu Santo y del mismo Jesucristo hasta la consumacion de los siglos.

Proposicion.—La verdadera Iglesia es católica.

Prueba.—Á esta Iglesia son llamados todos los pueblos del mundo; ella procura reunir en sí á todos los habitantes de la tierra, sin distincion de clases, tiempos ni lugares, y últimamente es católica porque cuantos la abrazan en cualquiera parte del mundo, forman un solo cuerpo místico en la unidad de fe y en la comunion de los fieles.

Proposicion.—La verdadera Iglesia es apostólica.

Prueba.—La verdadera Iglesia ha sido fundada y propagada por los Apóstoles, y profesando su fe ha conservado siempre la sucesion directa de los mismos hasta nuestros dias, ha sostenido la unidad de fe y la comunion con la Cabeza de la Iglesia universal que es su centro.

Á mas de las notas ya dichas distinguen á la verdadera Iglesia tres dotes especiales, á saber: La perpetuidad, infalibilidad y necesidad.

Proposicion.—La verdadera Iglesia es perpétua.

Prueba.—Jesucristo al fundar su Iglesia le prometió la asistencia del Espíritu Santo hasta el fin de los siglos, y asegura que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; lo mismo prometió estar con los Apóstoles hasta la consumacion de los tiempos.

Proposicion.—La verdadera Iglesia es infalible.

Prueba.—La Iglesia no seria indefectible si no fuera tambien infalible en todo lo que pertenece á la fe, á las costumbres y á la decision de los hechos dogmáticos; ella es, pues, infalible en la enseñanza de la verdad de la doctrina, y en la interpretacion fiel de la sagrada Escritura.

Proposicion.—La verdadera Iglesia es necesaria.

Prueba.—Fuera de la verdadera Iglesia no puede encontrarse salvacion. La Iglesia, nacida del amor de Dios hácia los hombres, tiene por fin ver á los hombres reunidos como miembros de un solo cuerpo místico, cuya cabeza es Cristo.

Solo en la verdadera Iglesia se hallan puros y completos la verdadera doctrina y los Sacramentos instituidos por Jesucristo.

Proposicion.—La Iglesia romana es la verdadera Iglesia.

Prueba.— La Iglesia romana es la única que reune en sí todas las notas y caractéres propios de la verdadera Iglesia.

Ella tiene un jefe visible, ella conserva la integridad de los Sacramentos y conserva pura la doctrina pura de Jesucristo; ella tiene por fundador al mismo, y tiene leyes santas que conducen al género humano á la salvacion eterna.

La Iglesia romana es la que contiene la verdadera universalidad, y á la que corresponden los verdaderos católicos de cualquiera parte del mundo en que se hallen. La Iglesia romana es la que conserva la sucesion perpétua de san Pedro y los demás Apóstoles, cuyos sucesores son los únicos que tienen legítima mision.

Con estos caractéres la Iglesia romana es imperecedera; ella sola es infalible, y por consiguiente es necesaria para la salud de los hombres.

De la potestad de la Iglesia.

La verdadera Iglesia tiene una potestad que nació con ella, que recibió del divino Maestro y que está consignada en las sagradas Letras, confirmada por la constante y perpétua tradicion de los Padres.

Esta potestad no es otra cosa que la autoridad que á la Iglesia compete de establecer leyes, hacerlas cumplir y castigar á los infractores. Esta autoridad es toda espiritual, es distinta enteramente de la temporal, no tiene otro objeto que determinar las cosas pertenecientes á la fe, á las costumbres y á la disciplina.

El imperio sagrado se forma de la potestad legislativa y de la potestad judicial. La potestad legislativa no es otra cosa que el derecho de dar las leyes necesarias para la consecucion del fin social de la misma.

El orígen de esta potestad es divino; la ejercieron sus primeros pastores, y la ejercieron perfectamente sus sucesores, porque perpétua es tambien la sucesion.

Las leyes que deciden sobre materia de fe y costumbres no pueden variarse ni modificarse; las que pertenecen á la disciplina, aun cuando obligan á todos, pueden modificarse y variarse interviniendo legítima autoridad, y exigiéndolo las circunstancias de tiempo, lugares y personas.

La potestad legislativa comprende la facultad de conceder dispensas, privilegios y exenciones.

La dispensa es la relajacion de la ley en favor de un particular para un solo caso y por la autoridad competente.

Los privilegios de exencion son una ley especial en favor de un indivíduo ó de una corporacion, dispensándoles de la observancia de la ley general.

Las causas por que pueden concederse así la dispensa como el privilegio, deben ser la necesidad ó la utilidad de la Iglesia, la paz ó la caridad cristiana.

Las leyes eclesiásticas, como toda ley, necesitan para obligar ser promulgadas: cómo y en dónde deban promulgarse, están discordes entre sí los teólogos y los canonistas; unos quieren y sostienen que la sola publicacion de las leyes eclesiásticas hecha en Roma es bastante para que tengan fuerza de obligar en todas las provincias cristianas, y los otros exigen que sean publicadas en cada una de las provincias, y que mientras no se verifique no tengan fuerza alguna.

Hay un otro requisito que exigen los regalistas para la publicacion de las leyes de la Iglesia, y este es el conocido

por *plácito régio*, en cuya virtud ninguna ley eclesiástica puede promulgarse sin ser antes inspeccionada por el soberano.

Estos mismos fundan el derecho de esta exigencia en el derecho que dicen inherente á la soberanía, y al que no se puede renunciar, y cuyo ejercicio va unido á la seguridad del Estado y á la felicidad de los súbditos.

Los ultramontanos por el contrario niegan absolutamente la existencia de ese derecho, el que consideran contrario á la libertad de enseñanza y régimen eclesiástico establecido divinamente; dicen que el derecho divino en ese caso quedaria subordinado al derecho humano, que sujetaria á Dios al hombre, y la potestad civil haria de la Iglesia un instrumento y aniquilaria la independencia de la sociedad cristiana fundada por Jesucristo.

Prescindiendo de estas cuestiones, la actual disciplina vigente exige por las leyes de la Novísima Recopilacion y las de Indias no se publiquen leyes ni disposicion alguna sin que antes se hayan presentado al Consejo, con cuya consulta el soberano concede ó niega el pase.

Segun la Novísima Recopilacion, necesitan del pase ó *exequatur* los siguientes:

Primero, las bulas, breves, rescriptos y despachos de la Curia romana que contuviesen ley, regla y observancia general para su reconocimiento.

Segundo, los que aun siendo de particulares contuviesen derogacion directa ó indirecta del santo concilio de Trento, cuya doctrina está recibida, y lo mismo tratándose de concordatos celebrados con la Santa Sede.

Tercero, los notariados, grados, títulos de honor, ó los que pudiesen oponerse á los privilegios ó regalías de la Corona, patronato de legos, concesion de beneficios ó pensio-

nes á extranjeros, beneficios patrimoniales y prebendas de oficio.

Cuarto, los de jurisdiccion contenciosa, mutacion de preces, delegaciones ó avocaciones para conocer en cualquier instancia de las causas eclesiásticas, apeladas ó pendientes en los tribunales eclesiásticos de la nacion.

Quinto, los monitorios ó publicaciones de censura.

Sexto, los que alteren, muden ó dispensen los institutos de los regulares, aunque sea á beneficio ó graduacion de algun particular.

Séptimo, los breves ó despachos que para la ejecucion de la jurisdiccion ordinaria eclesiástica intente obtener cualquiera cuerpo, comunidad ó persona.

Octavo, los breves de dispensas matrimoniales, los de edad, *extra tempora*, oratorio, ú otros de semejante naturaleza, estando la silla episcopal vacante. Por las mismas leyes los que contravinieren á lo mandado incurren en las penas de prision correccional, multa de 300 hasta 3,000 duros si son seglares, y si son eclesiásticos en las de extrañamiento temporal por primera vez, y en la de perpétuo en caso de reincidencia.

Proposicion. — La Iglesia católica es una sociedad perfecta.

Prueba.— Este es un hecho y un dogma; este dogma lo enseña la palabra eterna, y es un hecho puesto á los ojos del mundo; con diferentes nombres designó Jesucristo esta sociedad. La llama Iglesia, reino, monarquía, sociedad pública, y por consiguiente debe tener todos los derechos y atribuciones de una corporacion externa y visible; y efectivamente, la Iglesia católica por institucion divina tiene ese carácter exterior, público y permanente. La Iglesia tiene en sí los tres poderes que se reconocen necesarios en toda sociedad de hombres, á saber; legislativo, judicial y ejecutivo.

La Iglesia es una sociedad muy diferente de la civil, pues que tiene un fin, un objeto, medios y leyes enteramente diferentes.

PROPOSICION.—La Iglesia es independiente del poder civil.

Prueba.—Ciertamente lo es en materias espirituales, y en lo eclesiástico, segun las palabras de Jesucristo: *Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.* Jamás ha perdido la Iglesia esta independencia, y de lo contrario, fíjese la época, el tiempo y la persona en que esto hubiese sucedido.

No cabe duda alguna en que la autoridad eclesiástica es muy distinta de la civil, y los derechos de la una no son los derechos de la otra; cada una es independiente y suprema en su Gobierno; los límites de las dos los demarca el fin de su institucion, sin necesidad de entrometerse la una en los derechos de la otra.

Ambas potestades deben sin duda reinar con la mejor armonía, guardando el consejo del Espíritu Santo: «Está sen«tado el príncipe en su trono y el sacerdote en su solio, y «reinará el consejo de paz entre ellos.»

Disputan entre sí teólogos y canonistas sobre cuál es la verdadera clase de Gobierno, y el mayor número se inclina que se parece mucho al monárquico, fundándose en las razones siguientes:

Jesucristo concedió á san Pedro, príncipe de los Apóstoles, el primado del apostolado, la potestad de confirmar á sus apóstoles, la potestad y mision de magisterio é imperio, y por lo tanto la jurisdiccion en la universal Iglesia y sobre los Apóstoles ora congregados ora dispersos.

El romano Pontífice tiene el sumo imperio, es el único en la Iglesia y en el mundo, y el solo sucesor de san Pedro.

Todos los fieles y todos los obispos están sujetos á Pedro,

es decir, al romano Pontífice; todo el poder de los obispos está subordinado, por derecho divino, á la autoridad del romano Pontífice, por cuyas razones la forma del imperio eclesiástico parece inclinarse á la monarquía, pero es una monarquía del todo nueva y singular y sin ejemplo, porque solo en ella el supremo monarca tiene príncipes y hermanos instituidos como él mismo por derecho divino, de tal manera que el monarca no puede quitar el episcopado, y los obispos no pueden separarse de la obediencia y sujecion al monarca.

Esta monarquía es la sola divina por su orígen, institucion, continuacion y potestad.

La sociedad cristiana tiene derecho de darse las leyes necesarias para la consecucion del fin propio de la misma.

El orígen de esta potestad es del todo divino, la ejercieron sus primeros pastores, y la ejercerán los sucesores de aquellos perpétuamente.

Las leyes de la Iglesia unas son invariables, y son todas las que tratan de materia de fe y de costumbres; otras pueden alterarse y modificarse, y son las que pertenecen á la disciplina, cuando hay una justa causa é interviniendo la legítima autoridad, y atendiendo siempre á las circunstancias de tiempo, lugares y personas.

Relaciones entre la Iglesia y el Estado.

La independencia de ambas sociedades es la base de donde arranca el orígen y consecuencia de las relaciones que las ligan; ya no se disputa acerca de la independencia de la potestad temporal, ni hay quien se atreva á poner en duda la independencia de la espiritual dentro de los límites de sus atribuciones.

No se defienden las doctrinas de los que quieren sujetar absolutamente la Iglesia al imperio, ni tampoco las de aquellos que quieren subordinar directa ó indirectamente los poderes civiles al eclesiástico.

La independencia de la Iglesia nunca consistió, ni puede consistir en su existencia exterior, política ó legal dentro de la sociedad. Si la sociedad persigue á la Religion, la Iglesia es independiente; lo es si la tolera; si la protege tambien es independiente, y si procede de acuerdo con ella no es menor su independencia.

La Iglesia tiene una existencia propia que no debe confundirse con la externa, política ó legal que nace de sus relaciones con la sociedad, con sola la diferencia de que su disciplina será diversa segun lo sean los Estados.

Reglas generales sobre la materia.

1.ª Cuando la Iglesia no está admitida ni tolerada en la sociedad, el poder temporal no tiene parte alguna en la forma exterior de la administracion eclesiástica; de consiguiente esta procede de las leyes de la Iglesia. En este caso la Iglesia tiene una existencia libre, fundada en la naturaleza espiritual del hombre, sin que por esto deje de someterse al poder secular en cuanto tiene relacion á las cosas temporales, y nada exige contrario á las creencias cristianas.

Esta fue la práctica de los primeros fieles en tiempo de las persecuciones, y mientras las leyes del imperio les fueron contrarias ó indiferentes.

2.ª En las naciones en que la religion católica está solo tolerada como las demás sectas, la Iglesia no tiene derecho á exigir mas proteccion que otra cualquiera, y las leyes civiles no tienen otro deber que el de proteger la libertad de

cultos sin mezclarse en sus formas disciplinales. En este segundo caso, la Iglesia solo puede reclamar del Estado que no interrumpa su disciplina, dispensándola la proteccion legal que á las otras.

Con respecto á las demás sectas, debe respetarlas, y en caso de disputa contentarse con una discusion tranquila sin ningun género de coaccion.

3.ª Cuando la religion del Estado es la católica, pero el Estado tolera otros cultos, la Iglesia exige especial proteccion, y el Estado tiene derecho á mezclarse en los puntos de administracion externa.

En este tercer caso la sociedad defiende á la Religion, la sostiene y provee á sus necesidades.

La Iglesia tiene el derecho á que se impidan los ataques contra la Religion, á que se castigue á los que con actos externos falten al respeto debido á los templos y ministros del altar; pero no puede exigir que se prohiba el tránsito de una religion á otra, ni que se erijan en delitos públicos los errores contra el dogma católico, ni que se obste á la publicacion de doctrinas en que con la debida moderacion se sostengan principios de otras sectas.

El Estado interviene para establecer ciertas reglas que constituyen una parte de su administracion exterior, reglas que deben formarse, que deben tomarse de los acuerdos y transacciones entre ambas potestades, las que pueden variarse segun los tiempos y circunstancias.

4.ª En los países esencialmente católicos, en que está prohibido el ejercicio de otra cualquiera secta, el Gobierno está en el deber de proteger á la Iglesia católica, auxiliarla con la fuerza material, y establecer por medio de las leyes algunos puntos de disciplina exterior, unos que son consecuencia de la soberanía, y otros del mútuo convenio.

De esta regla nace la concordia entre el sacerdocio y el imperio, y de ella nace la regla de disciplina cuya observancia obliga del mismo modo al Gobierno y á las autoridades eclesiásticas.

En este cuarto caso la Iglesia tiene derecho á reclamar contra las innovaciones y cismas que puedan ocurrir en el país, é implorar el auxilio del brazo secular para llevar á debido efecto sus disposiciones; puede prohibir la circulacion de escritos contrarios á la verdad católica, pedir que se castigue á los que quieran de palabra ó de otro modo perturbar la pacífica posesion del culto católico, y que se le permita la tranquila exposicion de sus principios.

El Estado tiene en este caso el derecho á que la Iglesia predique el respeto y obediencia al Gobierno, se preste á sus deseos y reclamaciones en materias disciplinales, y á que ayude en lo posible á la consecucion del fin político y social de la nacion; tiene derecho á exigir que los ministros del altar no abusen de su sagrado carácter en perjuicio del Gobierno constituido; puede exigir á mas que la Iglesia auxilie con sus bienes cuando así lo exija la causa pública; debe hacer observar religiosamente los acuerdos y leyes civiles que emanando de la soberanía se dirigen á la felicidad temporal de su pueblo.

Influencia de la Iglesia en la sociedad.

Los indivíduos todos tienen derecho á entrar en la Iglesia, y la Iglesia llama á todos los hombres, sin distincion de clases ni de tiempos, para darles entrada en el reino de Cristo, y esto lleva consigo una influencia general. Influye la Iglesia luchando sin cesar contra las pasiones y vicios, restablecien-

do el comercio del alma con Dios, la adoracion y culto espiritual por medio de la comunion cristiana, sin fuerza ni violencia, consiguiendo con la predicacion nuevos triunfos cada dia, conservando á los convertidos, derramando la gracia sobrenatural por medio de los Sacramentos, auxiliando y consolando á todos en sus penalidades. La Iglesia ejerce tambien su influencia en los Estados segun la situacion particular de cada uno.

El influjo de la Iglesia se dirige á conservar la union íntima con el Estado para mantener siempre la fuerza del espíritu nacional, inculcando la obediencia al Gobierno; y en los Estados en que hay tolerancia, combatiendo el error, exponiendo tranquilamente su doctrina, y llamar á la verdad á cuantos vegetan en el error.

En los países en que existe la igualdad entre todos los cultos la Iglesia reconoce el órden social y político, se somete á él proclamando el orígen divino de sus poderes, combate en favor de sus instituciones, y aparta del error á los que quieren escucharle.

En aquellos países en que la religion cristiana ni está admitida, ni está tolerada, la Iglesia limita su influencia á proclamar la nueva alianza, á predicar que Jesucristo es llamado á reinar sobre la tierra, que ella tiene la mision de instruir y bautizar á todos los pueblos, que el divino Fundador de la Iglesia ha consignado todos los poderes recibidos de su Padre para ilustrar el mundo, é influir en la felicidad exterior.

Influye la Iglesia en la sociedad temporal con la fuerza de su doctrina; é hizo tales progresos aun en el tiempo de la persecucion, que los mismos emperadores, convertidos al Cristianismo, le dieron importancia en el Estado, y encargaron á los prelados la intervencion de ciertos negocios tempo-

rales, y les colocaron en tan alto grado de influencia que llegaron á ser reguladores en los asuntos domésticos, y hasta en las instituciones de los pueblos: desde entonces la influencia de la Iglesia en la sociedad fué aumentando hasta colocar al jefe de la Iglesia como árbitro de las cuestiones políticas y de derecho público. Esta influencia cesó por modificaciones ocurridas en las sociedades modernas, pero jamás estas podrán quitar á la Iglesia la influencia necesaria que tiene sobre los indivíduos y sobre la sociedad humana, pues que siempre seguirá trabajando porque florezcan las virtudes y las buenas costumbres.

Límites de las dos potestades.

Los límites de ambas potestades tienen por base el orígen, la naturaleza, fin y medios, y la diversidad de objetos á que cada una se dirige.

Los que aseguran que la Iglesia completamente depende del poder civil, limitan extraordinariamente la potestad eclesiástica, y por el contrario, los que declaran que el poder civil depende directa ó indirectamente del eclesiástico, reducen á este á la nulidad. Para dirimir cuestiones de esta naturaleza podrán servir las siguientes reglas:

1.ª La Iglesia reconoce el poder del Estado en cualquiera situacion en que se encuentre, y cualesquiera que sean las creencias religiosas de los depositarios del poder.

2.ª El principio de obediencia al poder secular, inculcado en el Evangelio, es indispensable y absoluto en todos los países, aun cuando la religion católica no sea la única del Estado.

3.ª El principio de obediencia de que se habla en la re-

gla anterior, en nada se disminuye cuando la religion católica es la única del Estado.

4.ª En todos los países en que existe la unidad religiosa se goza de ciertos derechos reconocidos por las leyes y por los cánones, y que tienen sus límites: esto hablando de la disciplina exterior, pero no así cuando se trata de las cosas esenciales de la Religion.

5.ª El poder eclesiástico no puede recibir limitacion alguna en lo que es esencial al ejercicio de las facultades que le son propias, pero sí puede recibir limitacion en aquellas que le son accidentales.

6.ª El poder temporal no puede tener limitacion alguna del poder eclesiástico en aquellas cosas que pertenezcan al gobierno.

Todos los puntos disciplinares que pueden ser objeto de disgusto ó de disputa entre ambas potestades se reducen á dos: uno que pertenece á la disposicion necesaria para poner en ejecucion el dogma, y otro lo relativo á la forma exterior de administracion eclesiástica. Los primeros son de la competencia exclusiva de la potestad de la Iglesia; los segundos para resolverlos conviene el acuerdo entre ambas partes.

Cuando no pueden convenirse las dos potestades, entonces la Iglesia resiste los actos de la potestad temporal, protesta contra ellos, y, sin romper la unidad religiosa, sigue la Religion quieta y pacífica, debiendo siempre proteger el Gobierno la ejecucion del culto; pero si no se aviniesen de ningun modo en puntos de disciplina, ó se interrumpen las relaciones diplomáticas con la cabeza de la Iglesia, ó se celebran nuevos tratados.

En conclusion, ni la autoridad temporal puede impedir que la eclesiástica obre en el círculo de sus atribuciones, pero ni esta debe estorbar que el Gobierno tome las providencias que

considere necesarias para la felicidad temporal de sus súbditos.

Todas las disputas interminables en esta materia se remedian siempre con un concordato, en el que sin resolverse la cuestion de principios se hace callar toda disputa.

TÍTULO PRIMERO.

El derecho eclesiástico considerado en sí mismo.

De dos modos puede considerarse el derecho eclesiástico: objetivo y subjetivo.

El primero comprende las reglas establecidas para dirigir la sociedad cristiana; el segundo presenta el conjunto de la legislacion eclesiástica en su desenvolvimiento histórico, en su armonía con la Iglesia, y en su aplicacion práctica.

Con varios nombres se distingue el derecho eclesiástico.

Primero, llámase derecho sagrado por el carácter de santidad que distingue á la Iglesia, y que ella imprime á sus actos legislativos.

Segundo, llámase derecho pontificio, porque gran parte de las disposiciones del derecho emanan de la autoridad del jefe de la Iglesia.

Tercero, llámase derecho canónico, de la palabra cánon, que significa regla, y que la Iglesia ha adoptado para expresar sus disposiciones eclesiásticas.

Puede definirse el derecho eclesiástico: coleccion de leyes divinas y humanas por las que se rige la sociedad cristiana, y se dispone la disciplina eclesiástica.

El derecho eclesiástico se divide en divino y humano.

El primero trae su orígen de Dios, el segundo de los hombres.

Se divide el derecho divino en natural y positivo: el primero es promulgado por la razon, y el segundo por la revelacion.

Se divide tambien en antiguo y nuevo: el antiguo comprende tres clases de preceptos: morales, ceremoniales y judiciales. Los primeros, contenidos en el Decálogo, son los únicos que se conservan, y los otros dos han cesado consumada la obra de la redencion.

El derecho divino nuevo está consignado en el Evangelio.

El derecho divino humano se divide en escrito y no escrito. El primero se forma de las constituciones de los Pontífices, cánones de los concilios y sentencias de los santos Padres. El segundo de la tradicion y de la costumbre.

Se divide tambien en general y particular. El primero obliga á todos los cristianos, y se observa en todas las iglesias; y el segundo á ciertas iglesias, corporaciones, lugares y personas.

Las fuentes del derecho divino son: Primero, la sagrada Escritura, determinada por el juicio de la Iglesia. Se compone de dos códigos, el Antiguo y el Nuevo Testamento: ambos tienen cuatro clases de libros: legales, históricos, sapienciales y proféticos.

Segundo, las tradiciones que la Iglesia ha guardado siempre como genuinas, y que obligan á los fieles: estas tradiciones son dogmáticas, universales é inmutables, y sola la Iglesia puede interpretarlas auténticamente.

Las tradiciones son constitutivas ó interpretativas: las primeras proponen una nueva doctrina, y las segundas explican la doctrina oscura ó dudosa, dependiendo ambas del juicio infalible de la Iglesia.

Segundo, las tradiciones humanas se dividen en apostólicas y eclesiásticas: las primeras traen su orígen de los Após-

toles; las segundas tienen por autores á los obispos, sucesores de los mismos.

La tradicion genuina va acompañada de los siguientes caractéres: 1.° Ser conformes á la recta razon; 2.° á los decretos de la sagrada Escritura; 3.° á las costumbres y tiempos de donde se derivan; 4.° á la condicion de aquellos que tienen parte en ellas; 5.° á los escritores de aquella edad; 6.° al testimonio de aquellos varones graves y doctos que la siguieron.

Las fuentes del derecho general escrito son los preceptos dados por los prelados de la Iglesia reunidos legítimamente por la cabeza visible de la misma; lo que esta ha promulgado en virtud de la potestad legislativa, y las sentencias de los santos Padres.

Llámanse concilios generales las reuniones de los prelados de la Iglesia, convocados y presididos legítimamente para tratar los asuntos pertenecientes al dogma, á las costumbres y á la disciplina. Estas reuniones representan á la Iglesia universal, y forman cuerpo legislativo deliberante, infalible en materias dogmáticas: sus decisiones son invariables, y obligan en todo el mundo.

Deben asistir á los concilios generales: Primero, todos los obispos que no estén legítimamente impedidos, los que por derecho divino tienen voto decisivo. Segundo, las dignidades de la Iglesia por su jerarquía de jurisdiccion, como son los cardenales, los obispos titulares, los abades mitrados, con jurisdiccion cási episcopal, y los generales de las Órdenes regulares. Tercero, asisten tambien como consejeros y consultores algunos clérigos versados en las ciencias eclesiásticas. Asisten por sí ó por sus representantes los príncipes católicos.

Constituciones pontificias.

Las constituciones y rescriptos pontificios se conocen con el nombre de bulas y breves, segun la forma de su expedicion: estas letras pontificias contienen alguna disposicion general relativa á la Iglesia universal, ó á alguna particular, ó para alguna corporacion. Suelen ser de tres clases: Primera, las llamadas *motu proprio*, cuando el pontífice las expide sin relacion ó consulta de otro; segunda, las que se llaman epístolas decretales, cuando se expiden á peticion ó consulta de los obispos ó de otras personas públicas; las terceras, que se llaman encíclicas, cuando se dirigen á los obispos de todo el mundo, ó á alguna nacion, para explicar algun punto de doctrina, quitar algun abuso, ó establecer la unidad de enseñanza.

Todas están comprendidas bajo estos nombres de bulas y breves.

Llámanse bulas las letras auténticas del papa extendidas en la forma solemne, expedidas ordinariamente por la Cancillería, aunque tambien se expiden por la Cámara, ó por la Curia, segun la clase de negocios y seguridades que se emplea. Unas se dicen consistoriales, que se despachan por el Consistorio, y son firmadas por el pontífice y los cardenales; otras se llaman intermedias, cuando son expedidas por el pontífice elegido, y dadas antes de su consagracion.

Llámanse rescriptos las disposiciones pontificias en que se concede alguna gracia á peticion de algun particular. Hay dos clases de rescriptos, unos de gracia y otros de justicia: los primeros versan sobre materias beneficiales, dispensas, remisiones é indulgencias, y los segundos sobre puntos relativos á la jurisdiccion contenciosa.

Llámanse tambien breves las letras papales acerca de negocios menos graves, y expedidas con menos solemnidad.

Se diferencian las bulas de los breves en que las primeras se usan en los negocios graves; llevan el sello de plomo, el cual tiene por un lado las imágenes de san Pedro y san Pablo, separadas por una cruz, y por el otro la efigie del pontífice reinante, ó su nombre con sus armas; están escritas en carácter eutónico, sin puntos ni ortografía; comienzan con el nombre del pontífice, y con la fórmula *Servus servorum Dei;* tienen una fórmula larga y especial para la fecha, y son de pergamino grueso y oscuro.

Los breves se distinguen en que el sello es de cera encarnada, que se llama anillo del Pescador, y comprende el nombre del pontífice y el número que ocupa entre los de su nombre; están escritos en idioma latino elegante, con la ortografía ordinaria; tienen una fórmula breve para la fecha, y se expiden por el cardenal secretario de breves.

La tercera fuente del derecho general escrito son las sentencias de los santos Padres, varones doctos y piadosos que han florecido en la Iglesia, y la han ilustrado con sus escritos.

La autoridad de estas sentencias está en razon del consentimiento unánime, de la diferencia de opiniones y de las materias que trata. Por grande que sea la autoridad de los santos Padres, nunca pueden considerarse como sanciones canónicas, pues para legislar es necesario la potestad legislativa. Solo podrán considerarse como leyes aquellos dichos y sentencias que se hallen comprendidos en los decretos de los concilios y de los pontífices.

Las fuentes del derecho particular escrito son: primero, los concilios particulares; segundo, los concordatos y leyes civiles.

Los concilios particulares se distinguen con diferentes nombres : Primero, patriarcal, cuando es convocado y presidido por el patriarca, y obliga en todo el territorio sujeto á aquella dignidad ; segundo, nacional, cuando es convocado y presidido por el primado; tercero, provincial, cuando la reunion es solo de los obispos de una provincia, por su metropolitano ; cuarto, episcopal, cuando el obispo reune á su clero para darle constituciones, que se llaman sinodales.

Llámanse concordatos los convenios celebrados ó tratados concluidos entre el Papa como jefe de la Iglesia, y los Gobiernos de distintos países acerca de puntos dudosos, disputas y cuestiones sobre sus respectivos deberes : estos son de dos maneras. Se llaman convenios cuando versan sobre materia beneficial, ó algun otro punto disciplinar sobre el que ha existido discordia entre ambas autoridades, y se llaman tratados los que comprenden el arreglo general de la disciplina, y el modo legal de existir la Iglesia en el Estado.

Se promulgan los concordatos haciendo saber el poder espiritual al pueblo cristiano el convenio por medio de una constitucion especial, y el poder temporal lo publica como ley del Estado.

Pueden considerarse las leyes civiles como parte del derecho canónico siempre que consignen la unidad religiosa, admitan la doctrina tomada de los cánones de los concilios generales y constituciones del romano pontífice ; las que establecen las reglas necesarias para la ejecucion de los concordatos, y el ejercicio de los derechos que correspondan á los soberanos.

Estas leyes entre nosotros son las de Partidas, Novísima Recopilacion, las pragmáticas, decretos y órdenes que tratan de materias eclesiásticas.

Las fuentes del derecho no escrito se reducen á la costumbre y á la tradicion.

El derecho consuetudinario existe en la sociedad cristiana como en las demás, y unas veces es el fundamento de la ley, y otras el complemento de la misma; consistiendo en una série de hechos uniformes que llega á tener autoridad y se convierte en derecho : la costumbre la hace la frecuencia de actos iguales reconocidos por el legislador.

Se distinguen tres clases de costumbre : Primera, *secundum jus,* cuando los actos son conformes á la ley existente, y la ponen en uso ó la interpretan ; segunda, *præter jus,* cuando faltando la ley, la frecuencia de los actos llega á establecer ó prohibir algo; tercera, *contra jus,* cuando los actos repetidos impiden que se admita la ley escrita, ó admitida la derogan.

Tendrá la costumbre fuerza de ley cuando se observe con conocimiento y libertad de parte de aquellos á quienes obliga, si no se interrumpe la frecuencia de actos, cuando no es contraria al derecho divino y natural, si no da ocasion á pecado, si no es contraria al bien comun, y debe contener el consentimiento del legislador.

Los efectos de la costumbre son : Primero, interpretar la ley ; segundo, introducir una nueva ; tercero, irritar los actos hechos en contrario ; cuarto, derogar la ley preexistente y que le es contraria.

La tradicion no es mas que un derecho antiguo, establecido de viva voz por el legislador, y transmitido á la posteridad de palabra ó por escrito.

Se diferencia de la costumbre en que esta no viene de la voluntad del legislador; se funda en la frecuencia de actos y en el tácito consentimiento de aquel.

Últimamente el derecho canónico se divide en antiguo, nue-

vo y novísimo. El derecho antiguo abraza todas las leyes, desde la fundacion de la Iglesia hasta el concilio de Trento. El nuevo lo constituye el dicho Concilio, y el novísimo lo forman todos los decretos desde el concilio de Trento hasta nuestros dias.

Del cuerpo del derecho.

El cuerpo del derecho canónico contiene cinco partes: Primera, el decreto de Graciano, el cual se divide en tres partes; la primera contiene ciento y una distinciones, divididas en cánones ó capítulos: los veinte primeros tratan de los elementos, principios, fuentes y dignidad del derecho eclesiástico; hasta el noventa y tres tratan del clero, del orígen de las personas eclesiásticas, de la forma de vivir; y de ahí hasta la última distincion, del pontífice y de la jurisdiccion eclesiástica. La segunda parte del decreto contiene treinta y seis causas; cada una se divide en cuestiones, y estas en capítulos: la causa treinta y tres se divide en siete cuestiones de penitencia. La tercera parte del decreto contiene el tratado de consagracion, dividida en cinco distinciones, y trata de las cosas sagradas, ritos, ceremonias, etc.

La segunda parte del cuerpo del derecho canónico la forman los cinco libros de las decretales, dispuestas por san Raimundo de Peñafort por mandado de Gregorio IX. El órden y materias que lo forman están expresados por estas palabras: *Judex, judicium, clerus, sponsalia, crimen.*

El primer libro trata de los prelados y ordenacion de los clérigos; el segundo, de los juicios y procesos judiciales; el tercero, de las obligaciones de los clérigos, contratos, testamentos y sepulturas; el cuarto, de las leyes, esponsales y matrimonio, y el quinto, de los delitos, acusacion y pena.

La tercera parte del cuerpo del derecho canónico la forma el texto de las decretales formadas por Bonifacio VIII de las varias respuestas de Gregorio X, Inocencio IV y Clemente IX, promulgado en el año 1298; consta tambien de cinco partes ó libros, siguiendo el mismo órden de las decretales.

La cuarta parte del cuerpo del derecho canónico la forman las constituciones clementinas, reunidas por Clemente V y Juan XXII, distribuidas en cinco libros, por el órden de las decretales y del sexto.

Últimamente la quinta parte del derecho la forman las extravagantes de Juan XXII.

TÍTULO SEGUNDO.

Jerarquía sagrada.

Esta voz jerarquía se compone de dos palabras griegas, que significan sagrado principado ó prefectura sagrada.

El orígen de la jerarquía viene de los mismos Apóstoles, como depositarios de la potestad eclesiástica, adornados con las facultades de administrar los Sacramentos, enseñar la doctrina y gobernar la Iglesia.

Los Apóstoles transmitieron á sus sucesores la plenitud del carácter episcopal, y al mismo tiempo sus poderes, con la gradacion necesaria para hacer reinar en la Iglesia el órden, la armonía y la sábia direccion.

Tres son los poderes que constituyen la jerarquía: el episcopado, el presbiterado y el diaconado.

La definicion esencial de la jerarquía es la siguiente: La potestad de la Iglesia distribuida entre diferentes personas.

Por lo que hace á las personas que ejercen esta potestad, se define: La coleccion de personas eclesiásticas, que consta

de obispos, presbíteros y ministros, á quienes corresponde la potestad eclesiástica por derecho divino.

Los obispos forman el primer grado de la jerarquía de órden; el papa es superior á todos en la jurisdiccion: una y otra jerarquía son de derecho divino, y se comprende en ella el triple poder de conferir, de enseñar y de dirigir, que todo se reduce á la potestad universal, necesaria al bien y utilidad de la Iglesia.

La jerarquía de órden comprende aquellos grados entre los que está distribuida la potestad de administrar los Sacramentos y ejercer todas las funciones del ministerio espiritual.

El primero es el de los obispos, que iguales entre sí por derecho divino, tienen tambien igual potestad, sin limitacion en su orígen á lugares y personas: á esta potestad va unida la jurisdiccion necesaria para su ejercicio.

Entre la potestad y su ejercicio existe una diferencia: la primera, es decir, la potestad, es absoluta é ilimitada; el ejercicio está circunscrito al territorio señalado, por cuya razon es válido aunque ilícito cuanto emana de la potestad de órden episcopal, y es nulo cuanto el obispo hace fuera de su territorio, perteneciente á la jurisdiccion gubernamental.

Dos son los principios que sirven para distinguir la potestad de órden en el primer grado de la jerarquía: Primero, la universalidad y la igualdad absoluta en su orígen, y en este concepto el pontífice es igual á los demás obispos; y segundo, las limitaciones que imponen las leyes canónicas al ejercicio.

El segundo grado de la jerarquía de órden lo forman los presbíteros, los que están investidos, en virtud de su ordenacion, con la potestad necesaria para desempeñar la administracion de Sacramentos en la parte que les corresponde.

La potestad de todos los presbíteros es igual por derecho

divino, y con ella reciben la jurisdiccion necesaria para el ejercicio de las facultades que le son propias; advirtiendo tambien aquí que una cosa es la potestad y otra su ejercicio.

El último grado de la jerarquía de órden lo constituyen los diáconos por derecho divino, cuya institucion tuvo por objeto servir al altar, y en tiempo de los Apóstoles tuvieron el encargo de bautizar y predicar.

La potestad de órden por derecho divino es diferente de la que corresponde por derecho eclesiástico: en la primera no cabe dispensa ninguna, y en la segunda puede la Iglesia dispensar y decidir lo que por derecho humano corresponde á cada grado.

Á mas de los diáconos hay tambien los ministros inferiores, que tienen funciones especiales por derecho eclesiástico, y entre ellos están comprendidos los subdiáconos, quienes hasta el siglo XI no fueron elevados al órden mayor.

Existe una gran diferencia entre la jerarquía de órden y la de jurisdiccion, aunque ambas son de orígen divino, y están distribuidas entre las personas á quienes les corresponde el sagrado principado de la Iglesia. Se distinguen, sin embargo, en que la jerarquía de órden tiene por objeto el ejercicio de la potestad necesaria para la administracion de Sacramentos y sacramentales, y la jerarquía de jurisdiccion da la facultad de hacer y disponer todo aquello que sea necesario para el buen régimen de la Iglesia.

Todo lo que es inherente al órden tiene su fundamento en las facultades recibidas en la ordenacion, y el ejercicio en los principios fundamentales de la Iglesia considerada como sociedad. La primera tiene un grado menos que la segunda: la primera es inamisible, igual y completa, y la segunda puede restringirse.

Últimamente, en la primera la Iglesia no ha creado nue-

vos grados, pero ha establecido muchos con respecto á la jurisdiccion.

Los grados de la jerarquía de jurisdiccion por derecho divino los forman en primer lugar san Pedro y sus sucesores, á quienes corresponde la supremacía; los demás grados que forman la jerarquía de órden están divididos en distintas clases segun el derecho humano: desde los mismos Apóstoles comenzó á desarrollarse la jerarquía, y ya se conocian varias provincias eclesiásticas con sus metropolitanos; se crearon despues los patriarcas, y últimamente los primados; y así que, habiendo recibido la misma potestad por derecho divino, sin embargo son superiores en jurisdiccion los patriarcas á los primados, estos á los metropolitanos, y últimamente estos á los demás obispos.

La potestad presbiteral se considera como en tres clases: una señalada al servicio de la catedral; otros destinados á presidir los pueblos de la diócesis, y los terceros para el servicio inmediato de las iglesias particulares.

De este modo el segundo grado de la jerarquía de órden y el tercero de la jurisdiccion se distribuyen entre los arciprestes urbanos, los rurales y los párrocos, que componen los grados de la jurisdiccion por derecho humano.

La dignidad superior en este último grado es el arcedianato, que aun en el órden inferior, como jefe de los diáconos, tenia grande importancia y notable intervencion en cási todos los negocios de la diócesis.

La jurisdiccion, sin relacion al órden, es la potestad eclesiástica que tiene por objeto la confeccion y administracion de Sacramentos y sacramentales, segun que ha sido instituida por Cristo y la Iglesia sin relacion á los órdenes sagrados.

Tres son los principios que sirven á resolver las cuestiones de precedencia entre los grados de la jerarquía eclesiás-

tica: Primero, cuando concurre el órden con el órden, en este caso el órden superior precede al inferior, y cuando son iguales, el mas antiguo al mas moderno; segundo, cuando concurre la jurisdiccion con la jurisdiccion, en este segundo caso se atiende á la clase de jurisdiccion y á la extension del territorio, prefiriendo el mayor al menor, y cuando son iguales se atiende al órden y á la clase de potestad con que están investidos, de modo que la jurisdiccion del fuero externo se prefiera á la del interno, la criminal á la civil, y la ordinaria á la delegada, y, cuando la jurisdiccion y el órden son iguales, se considere mas digno el que use insignias de mayor dignidad; tercero, la jurisdiccion está con el órden ó sin el órden, en este caso solo se atiende en el órden de preferencia á la jurisdiccion, y el que la tiene mayor ocupa lugar preferente. En caso de disputa acerca de la precedencia debe protestarse públicamente.

El obispo es el juez único competente para dirimir estas cuestiones, y de su fallo no se da apelacion.

TÍTULO TERCERO.

De la admision á la jerarquía eclesiástica.

El acto augusto de la ordenacion, cuyo signo mas característico es la imposicion de las manos, confiere gracia y carácter, y por él se recibe un poder inamisible, en virtud del cual el ordenado llega á ser miembro de la jerarquía eclesiástica. Para entrar debidamente en ella debe hallarse inspirado de santas intenciones, y llevado solo del celo de la casa del Señor.

Solo los obispos por derecho divino, á quienes corresponde la ordenacion, pueden admitir á la jerarquía eclesiástica.

De dos modos puede considerarse la facultad de ordenacion en los obispos: Primero, atendida la facultad episcopal en sí misma, y segundo, atendida la localidad en que cada obispo puede legítima y válidamente ejercerla.

El ministro ordinario de la ordenacion es solo el obispo; sin embargo, es probable que la Iglesia puede dispénsar á un presbítero para que confiera el subdiaconado y las órdenes menores.

Los obispos propios, segun la antigua disciplina, eran los de la ordenacion. La imposicion de manos era la base de la sujecion de un clérigo á un obispo determinado.

Los legos podian á su arbitrio elegir el obispo que les confiriese las órdenes, pero una vez ordenados eran adscritos á la iglesia, á la que estaban obligados perpétuamente, no pudiendo reconocer á otro obispo propio que el que les habia ordenado.

Desde fines del siglo X se llamó obispo propio al de la diócesis en que uno nace ó es bautizado, ó en la que posea algun beneficio, y en latin se llama *episcopus originis* al primero, y *episcopus beneficii* al segundo. Bonifacio VIII añadió despues el de domicilio: *episcopus domicilii;* es decir, el obispo de la diócesis que se hubiese elegido para vivir, ó en que hubiese fijado la residencia. Últimamente se conoció el título de familiaridad, que consiste en el lazo que une al obispo con el que vive en su casa.

La Iglesia ha establecido las siguientes reglas sobre los títulos:

1.ª El concilio de Trento declara que el título de familiaridad solo tiene lugar cuando el clérigo ha permanecido por espacio de tres años con el obispo, y este, sin intervenir fraude, le confiere un beneficio.

2.ª El pontífice Inocencio XII estableció que ninguno pu-

diera conferir *prima tonsura* á un súbdito ajeno *ratione originis*; que se entendiese por tal súbdito á aquel que hubiese nacido en la diócesis del obispo, no por casualidad, sino por tener en ella los padres fija su residencia.

Dispuso además que el clérigo ordenado de tonsura ó menores no pudiese ser ordenado por otro obispo, sino despues de haber presentado las testimoniales del de orígen y de domicilio.

Dispuso además que para sujetarse á un obispo por título de beneficio es necesaria la pacífica posesion de este, con los réditos suficientes para la cóngrua sustentacion, debiendo hacerse expresion en el título de órden, así de las testimoniales del de orígen y del de domicilio, como de los réditos del beneficio.

Dispuso que se entendiese por obispo de domicilio aquel en cuya diócesis se hubiese establecido el ordenando por espacio de diez años, ó hubiese trasladado los bienes y casa, y residido el tiempo necesario para probar que habia sido su ánimo permanecer allí, debiendo en tales casos jurar que esta habia sido su intencion. Finalmente dispuso que aun los obispos que ordenasen á sus familiares, no pudieran hacerlo sin las testimoniales del prelado de orígen y de domicilio.

La ley castiga á los clérigos ordenados ilícitamente, y á los prelados ordenantes con la suspension, y al obispo quitada la potestad de conferir órdenes en un año, é Inocencio XII añadió otras mayores penas, segun la culpa, y por el tiempo que dispusiere el romano Pontífice.

Llamábanse dimisorias en la antigua disciplina las cartas en que el obispo recomendaba al clérigo que dejando de estar adscrito á su iglesia pasaba á serlo á otra.

Llámanse cartas testimoniales aquellas en que el obispo propio certifica de la buena conducta del clérigo, y atestigua que no tiene impedimento alguno canónico.

Llámanse dimisorias en la actual disciplina, la autorizacion del obispo propio que concede á un súbdito suyo para que pueda ser ordenado por otro prelado, y vuelva despues á su diócesis. Pueden conceder estas dimisorias el obispo propio, el obispo confirmado, el vicario capitular (despues del primer año de sede vacante), el vicario general delegado expresamente por el obispo, y los prelados mayores de los religiosos.

Pueden concederse estas dimisorias á los que tengan los requisitos necesarios para recibir las órdenes, y expresando el exámen que han sufrido, y que en ellos han sido aprobados.

La voz título en los primitivos tiempos de la Iglesia significaba el lugar destinado á la reunion de los cristianos, y en este sentido prohibian los cánones la ordenacion sin título, aunque el ordenando estuviera adscrito á alguna iglesia en que prestase sus servicios. Posteriormente esta voz título denota los medios de subsistencia con que ha de contar el que se ordena.

Los concilios de los primeros tiempos establecieron que todo clérigo tuviese su título.

Hasta la época del concilio Lateranense III no se conoció otro título de ordenacion que el de beneficio. Despues de dicho Concilio se creyó que el patrimonio podia ser admitido como título.

El concilio Tridentino fijó como título único eclesiástico, verdadero y propiamente dicho, el beneficio, y como supletorios el patrimonio y pension.

De qué bienes deba formarse el patrimonio y la pension es lo que el derecho comun, de acuerdo con el concilio de Trento, admiten únicamente para formarlo los bienes raíces propios del que va á ser ordenado.

Solo puede intervenir en su formacion el obispo de orígen y domicilio, y solo él puede fijar el mínimum de la renta segun las circunstancias de la diócesis.

Las prescripciones legales que deben observarse en la ordenacion son la edad, el exámen, el tiempo y el lugar.

FIN DEL TOMO CUARTO.

ÍNDICE.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO CUARTO.

